

SAAVEDRA, ÁNGEL DE. DUQUE DE RIVAS (1791-1865)

SUBLEVACIÓN DE NÁPOLES CAPITANEADA POR MASANIELO

(Con sus antecedentes y consecuencias hasta el restablecimiento del gobierno español)

ÍNDICE

PRÓLOGO

INTRODUCCIÓN

LIBRO PRIMERO

CAPITULO I

CAPITULO II

CAPITULO III

CAPITULO IV

CAPITULO V

CAPITULO VI

CAPITULO VII

CAPITULO VIII

CAPITULO IX

CAPITULO X

CAPITULO XI

CAPITULO XII

CAPITULO XIII

CAPITULO XIV

CAPITULO XV

CAPITULO XVI

CAPITULO XVII

CAPITULO XVIII

CAPITULO XIX

CAPITULO XX

LIBRO SEGUNDO

Toraldo.- Annese.- El Duque de Guisa

CAPITULO I

CAPITULO II

CAPITULO III

CAPITULO IV

CAPITULO V
CAPITULO VI
CAPITULO VII
CAPITULO VIII
CAPITULO IX
CAPITULO X
CAPITULO XI
CAPITULO XII
CAPITULO XIII
CAPITULO XIV
CAPITULO XV
CAPITULO XVI
CAPITULO XVII
CAPITULO XVIII
CAPITULO XIX
CAPITULO XX
CAPITULO XXI
CAPITULO XXII
CAPITULO XXIII
CAPITULO XXIV
CAPITULO XXV

Ad extremum ruunt populi exitium, cum extrema onera eis imponuntur.
-TÁCITO

AL EXCMO. SR. D. FRANCISCO JAVIER DE ISTÚRIZ,
SENADOR DEL REINO, ETC., ETC., ETC.,
COMO TESTIMONIO DE FINA Y CONSTANTE
AMISTAD EN PRÓSPERAS Y ADVERSAS FORTUNAS.
SU COMPAÑERO,
ÁNGEL DE SAAVEDRA, DUQUE DE RIVAS.

PRÓLOGO

El nombre de Masanielo, tan célebre en la Historia y popularizado en estos últimos tiempos por la poesía, y mucho más aún por la música de Auber, fue uno de los primeros que ocurrieron a mi imaginación al poner el pie en la hermosísima ciudad de Nápoles, teatro del, aunque pasajero, formidable poder de aquel ente extraordinario, y me propuse, desde luego, tomarlo para asunto de un artículo de revista. Pero cuando recorrí las calles y plazas que presenciaron su arrojo, su próspera, aunque fugitiva fortuna, sus horribles crueldades y, su lastimosa muerte y empecé a reunir noticias y documentos sobre su persona y hechos, conocí que necesitaba de más ancho campo, y me decidí a escribir la historia de su dominación. Mas como ésta no podía ser comprendida sin tener idea del

estado a que llegó el reino de Nápoles bajo el gobierno de los virreyes españoles, y particularmente bajo el del duque de Arcos, y como fue de tan pocos días y a la muerte de Masanielo no concluyó la sublevación, antes bien, se hizo más grave y peligrosa, advertí que para presentar una idea exacta de aquella revuelta y dejar satisfecho al lector era indispensable dar más ensanche a mi trabajo y trazar un cuadro completo de tan memorable acaecimiento.

Resuelto a emprender esta obra, aunque desconfiado de mis fuerzas para llevarla a cabo, hice nuevas investigaciones reuní mayor copia de documentos, examiné curiosos manuscritos, leí cuantos autores de aquellos sucesos tratan y conferencié largamente con los eruditos del país, eligiendo para servirme de guía en mi trabajo a los escritores que merecen mayor crédito entre los mejor informados de las ocurrencias de aquel memorable período. Siendo éstos: Tomás De Santis, contemporáneo, y colocado entonces en posición a propósito para escribir con buenos datos, pues era secretario de uno de los sediles o barrios de la ciudad de Nápoles y desempeñaba además otro empleo en la administración, y, aunque pesado y falto de color, sin aventurar ningún juicio, escribió con prolijidad lo que presencié, indagando con solicitud lo que ocurrió fuera del alcance de su vista. Alejandro Giraffi, también contemporáneo, que publicó en Venecia, con nombre supuesto, un diario muy prolijo de la dominación de Masanielo. No se sabe quién fue, pero se colige por su obra que era hombre del pueblo y de instrucción pedantesca; se entusiasma y extasia con las acciones de su héroe, aunque no aprueba sus crueldades, da acogida a las vulgaridades más absurdas y nunca pierde el respeto al duque de Arcos. Su estilo es humilde, pero a veces se remonta ridículamente, citando textos de la Escritura. Se conoce que escribía de noche lo que pasaba de día, y que se halló presente a todos los acontecimientos. Rafael de Torres, también contemporáneo, que escribió y publicó en Génova la historia de aquella sublevación, en latín cespado e hinchado, poniendo pomposos discursos en boca de los personajes, y empedrando la narración con sentencias y apotegmas políticos; pero expone los sucesos con buen orden y claridad, y se conoce que escribió con muy buenas noticias. El conde de Módena, secretario y director del duque de Guisa, escritor culto y entendido, enemigo acérrimo de los españoles, que le tuvieron largo tiempo prisionero, y dándose en su obra exagerada importancia, refiere con bastante exactitud, aunque de oídas, las ocurrencias de Masanielo, y con mayor seguridad, las del corto tiempo que el duque francés dominó a Nápoles, como cosa que él mismo preparó, de que fue testigo y en que tuvo una parte tan principal. Parrino, panegirista de los virreyes, y que escribió medio siglo después. Giannone autor más moderno, que escribió con un método particular y raro la historia general de Nápoles. Y el moderno doctor Baldacchini, quien últimamente ha publicado un excelente compendio de la historia de aquella revolución, escrito con muy buen gusto, con calor sumo, con buenos estudios y con elegante pluma.

También entre el cúmulo de manuscritos que he registrado elegí los que, a juicio de los eruditos, merecen más crédito, y que aparecen ser, efectivamente, de mucho valor, como el del maestro de campo Capecelatro, que es el más precioso de todos y muy raro; el de Agnello de la Porta, más conocido, y que da muy buenas noticias y descende a curiosas minuciosidades; una relación anónima, no muy extensa, y que pocos han visto, de aquellos sucesos, que posee, con otras obras muy raras, el príncipe de San Giorgio; varias cartas de aquel tiempo, y, entre ellas, algunas muy importantes, de un proveedor

general que padeció grandes pérdidas en aquel desorden, y otras del ayuda de cámara del duque de Arcos; y otros documentos de la época, que existen en los archivos públicos y en los particulares, y, de los que insertamos algunos en el apéndice de esta obra.

Con estos datos y con el consejo de personas doctas la he escrito. No sé si he trabajado con acierto y si he conseguido trazar una historia clara e interesante de aquellos dramáticos sucesos que turbaron el año 1647 un reino importantísimo, dependiente entonces de nuestra inmensa monarquía. Si no he acertado a desempeñar dignamente mi propósito, no será por falta de estudio, sino de capacidad. Y puede que, a lo menos, haya logrado recordar un episodio digno de atención de nuestra historia del siglo XVII, que, tratado por escritor más idóneo, podrá formar una obra digna del tiempo en que vivimos.

Nada más tengo que manifestar a mis lectores; pero no puedo concluir este prólogo sin pagar el tributo de gratitud a las distinguidas personas que me han ayudado eficazmente en este trabajo, entre las cuales es una obligación de mi reconocimiento nombrar al señor comendador Espinelli, archivero general del reino de Nápoles, que puso a mi disposición los escasos documentos de aquella época que tiene en custodia; al señor duque de Lavello, que me escribió una sencilla memoria para enterarme de la antigua organización municipal de Nápoles; al caballero Escipione Volpicella, eruditísimo en la historia de su patria y distinguido literato, que me instruyó en largas conferencias de muchas particularidades, y que me informó sobre el grado de crédito de los autores que manejaba; al señor Luis Blanch, escritor eminentísimo, con quien he consultado varios trozos de esta historia, rectificando con los suyos mis juicios; al señor Cuomo, a los príncipes de Cásaro y de Montemileto y al marqués de Estriano-Tito, que me proporcionaron libros de sus bibliotecas, y, por último, al señor príncipe de la Rocca, que me facilitó con particular empeño registrar libros raros y preciosos manuscritos. A todos les doy las más expresivas gracias, y a su cooperación y auxilio me reconoceré deudor si alguna gloria y aplauso mereciese esta obra.

INTRODUCCIÓN

La desacertada administración de los sucesores de Carlos V y de Felipe II desmoronó pronto la gran monarquía, fundada con tanta gloria y sobre tan sólidos cimientos por los Reyes Católicos, acrecentada con tanta fortuna por aquel intrépido guerrero y mantenida con tanto tesón y prudencia por este eminente político. No parece sino que Felipe III, Felipe IV y Carlos II subieron ex profeso al trono de las Españas para arruinarlas y destruir la obra de sus antepasados. Su política vacilante y mezquina; su ciego abandono en brazos de sus favoritos; su empeño en sostener a toda costa la desastrosa guerra de Flandes; la indiferencia y descuido o, por mejor decir, equivocado sistema administrativo con que trataron las nacientes colonias americanas, o, hablando con más exactitud, los vastos e importantísimos imperios que en el Nuevo Mundo les habían adquirido el arrojo y el heroísmo de Hernán Cortés y de Francisco Pizarro, y la injusticia y rapacidad con que dejaban gobernar los ricos Estados que poseían en lo mejor de Europa, hacían no sólo inútil, sino embarazoso, en sus débiles e impotentes manos, aquel inmenso poderío.

Las otras potencias europeas, regidas entonces con más acierto, y sobre todas Francia, constante émula y antigua rival, gobernada por el célebre cardenal Mazarino, veían gozosas acercarse la ruina del temido coloso español, y no se descuidaban en aprovechar todos los medios de apresurarla. En cuantos países dominaba fuera de la Península no perdían ocasión alguna de acalorar el descontento, y en la Península misma agitaban sin cesar a las provincias más activas y bulliciosas. En todas partes, pues, se veían de tiempo en tiempo los resultados de sus instigaciones, que nada hubieran podido si la poca capacidad de las autoridades que la gobernaban, lo absurdo de las leyes que se les imponían y lo errado de la administración a que se las sujetaba no hubieran presentado siempre ancho campo en que se dilatasen.

Pero donde se vieron más claramente los efectos de tan descabellado sistema. de gobierno y el partido que de ellos podían sacar los extranjeros fue en la rebelión del reino de Nápoles, acaecida el año de 1647, pues, tras de varios desastrosos sucesos, puso aquel importantísimo Estado en manos de la Francia, y no lo separó totalmente de la monarquía española porque la falta de costumbre de independenciam, los desórdenes y desconciertos de la anarquía y los desaciertos, rivalidades y ligerezas de los franceses hicieron preferible a aquellos naturales, cansados y desfallecidos de su propio esfuerzo, el yugo a que estaban acostumbrados,

Corto fue, ciertamente, el período de aquella memorable revuelta, pero importantísimo en la Historia y digno de la atención del filósofo y del repúblico, porque pueden estudiar en él la energía que da la desesperación a los pueblos oprimidos, lo terrible que son los momentos de la desenfrenada dominación popular, que mancha, ennegrece e imposibilita la mejor causa, y lo que se engañan los ambiciosos, ora naturales, ora extranjeros, que creen fundar en los pasajeros favores y en el efímero entusiasmo del populacho una dominación duradera.

Aún no había sujetado del todo Felipe IV la tenaz rebelión de Cataluña, acalorada y sostenida por los franceses; aún hacía vanos esfuerzos para recuperar la corona de Portugal, incorporada a la de España en tiempo de su abuelo cuando la derrota y muerte del rey don Sebastián en Marruecos, y perdida por sí, incapacidad e indolencia; la guerra de Flandes era cada día más ruinoso, aunque no deslucida para las armas españolas; el Milanesado no estaba tranquilo, y continuaba la guerra con Francia, que comenzó sobre el Estado de Mantua, y que seguía encarnizada en los Países Bajos en el Rosellón y en el norte y costas occidentales de Italia, cuando estalló en Nápoles aquella famosa rebelión llamada de «Masanielo», que nos proponemos referir con sus «antecedentes» y «consecuencias», hasta el total restablecimiento del dominio español en aquel reino. Emprendemos este trabajo histórico después de haber recorrido los sitios que sirvieron de escena a aquellos trágicos acontecimientos; de haber leído y estudiado con atención los autores contemporáneos y posteriores que de aquellos sucesos tratan; de haber examinado curiosísimos manuscritos de aquel tiempo y los escasos documentos que de él existen en los archivos públicos, y de haber oído la tradición, que de padres a hijos ha llegado hasta nuestros días, sintiendo haber hallado en todas partes acriminaciones acerbas y más o menos apasionadas contra los españoles, que no eran, ciertamente, entonces más dichosos y ricos en su propio país que los habitantes de los otros Estados que dominaban, y que fueron los primeros. y de una manera harto más dolorosa, víctimas del desgobierno de los

últimos reyes austríacos, como lo demuestra el lastimoso estado en que el imbécil Carlos II dejó morir la poderosa y opulenta monarquía española.

CAPITULO I

Desde que las armas españolas, mandadas con tanta gloria por el Gran Capitán, aseguraron a la corona de Aragón, ya reunida con la de Castilla, la posesión del reino de Nápoles, se empezaron a notar en él síntomas de descontento y de resistencia a la dominación española, bien que fuese mucho más grata a los napolitanos que la francesa. En el tiempo mismo de don Fernando el Católico, y poco después de la visita que hizo a aquel Estado, su capital se alteró por la escasez de víveres y por lo penoso de los impuestos, siendo virrey el conde de Ribagorza. El año 1510, que lo era don Raimundo de Cardona, se levantó todo el reino para impedir, como lo consiguió, el establecimiento de la Inquisición. Reinando ya Carlos I, aunque fue rechazada y rota la expedición francesa de Lautrech, dejó en pos de sí grandes disgustos y peligros, y una tranquilidad dudosa. En el brillante virreinato del célebre don Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, el disgusto de los nobles por la restricción de sus privilegios, y el del pueblo por carestía de vituallas fueron tan graves, que obligaron al emperador a pasar a Nápoles, de vuelta de su expedición a África. Su presencia fue muy grata y consoladora para aquellos súbditos, porque concedió al reino, y en particular a la ciudad de Nápoles, varios privilegios y exenciones.

Pero de allí a poco, en el año 1547, como se intentase de nuevo introducir la Inquisición en aquel Estado, se sublevó todo con gran furia, viniendo a las manos con los españoles y pasando en sólo la ciudad, de trescientas las personas que fueron víctimas, por una y otra parte, de aquel conflicto. El inflexible virrey acreditó entonces la entereza de su carácter; pero tuvo que desistir de su propósito, renunciando al establecimiento del odioso tribunal.

En tiempo del duque de Osuna, el año 1581, los nobles reclamaron con descomedimiento sus abolidos derechos, y el pueblo se amotinó por lo crecido de los impuestos y por la falta de subsistencias. Con los mismos pretextos volvieron a alterarse los ánimos en el virreinato del conde de Miranda. Y en el del conde de Lemus, el año 1600, hubo grandes disturbios promovidos por ciertas nuevas doctrinas predicadas por el díscolo fraile Campanella, quien, de acuerdo con muchos de sus secuaces, llegó a entablar trato con los turcos, ofreciéndoles, si venían a sostenerle, facilitarles la ocupación de algunas fortalezas de la costa. Siendo virrey el conde de Benavente, en 1603, fue grande la miseria pública, y hubo estrepitosas asonadas por la alteración de la moneda. En los tiempos del otro famoso duque de Osuna, aunque demasadamente popular en Nápoles, no faltaron trastornos y disgustos. Y cuando, llamado precipitadamente a España, dejó el mando al cardenal Borja, retardó éste algunos días el tomar posesión del virreinato, porque la ciudad andaba revuelta y amotinada. Reinando Felipe IV tuvieron graves disgustos los virreyes cardenal Zapata y duque de Alba, con las frecuentes sublevaciones contra los impuestos, que eran por demás exorbitantes, y con los continuos tumultos por falta de pan y por la baja de la moneda. El conde de Monterrey luego, y más adelante el duque de Medina de las Torres, descubrieron y cortaron oportunamente y castigaron con

gran rigor conspiraciones muy serias y tratos muy adelantados con los franceses para entregarles el reino.

Ocurrencias tan repetidas podían haber advertido al Gobierno español que debía, o tener siempre en aquel reino bullicioso y tan dócil a las instigaciones extranjeras fuerza suficiente para sujetarlo, o regirlo con tanta justicia y blandura que encontrara su conveniencia en formar parte de la monarquía española. Y esto hubiera sido lo más fácil, y también lo más útil para la metrópoli, y lo más justo, además, pues en Nápoles no había antipatía contra España, y la ayudaba lealmente con sangre y con tesoros en sus descabelladas empresas. Pero los monarcas españoles o, por mejor decir, sus favoritos y los delegados que a Nápoles enviaban, en lugar de uno u otro método de dominación, eligieron el de dividir los ánimos y el de sembrar la desconfianza, primero, y luego, el odio entre el pueblo y la nobleza de aquel reino, para que, faltando el acuerdo, no pudiera ser consistente la resistencia y lograr a mansalva esquilmarlo y oprimirlo. Y así lo ejecutaron, pues el Gobierno de los virreyes fue últimamente tan funesto para aquel hermoso y abundantísimo país, que aún hoy se recuerdan en él su arbitrariedad y sed insaciable de oro con estremecimiento.

De tiempo inmemorial gozaba el reino de Nápoles la intervención en sus propios intereses de un Parlamento compuesto de los barones, señores de la tierra, y de diputados de algunas ciudades y de Corporaciones eclesiásticas, el cual, aunque no con una forma constante, ni en período fijo, se reunía a convocación del soberano o de sus lugartenientes. Pero esta Corporación respetable, sin cuyo beneplácito no se podían imponer al país contribuciones nuevas, había perdido, con el curso de los tiempos y con las diversas dominaciones, su valor e influencia, pues, «corrompida o forzada, se prestaba dócil, a las exigencias del Poder. Siendo acaso, el más fuerte apoyo de la tiranía, porque legalizaba sus actos. ¡Suerte terrible de las más saludables instituciones cuando, bastardeadas por el tiempo o las circunstancias, pierden su propia dignidad y olvidan los intereses que representan!

Las ciudades principales del reino estaban, además, regidas por una especie de municipalidad electiva, como la de la capital. Componíase la de ésta de los diputados de los seis «sediles», plazas o distritos en que estaba dividida la ciudad; de los «electos» de las mismas, y de los capitanes de las «utinas» o barrios en que cada «sedil» se dividía. De los seis «sediles» o distritos, en cinco pertenecían la elección y la votación a la nobleza exclusivamente, y en uno solo, al pueblo, pues, aunque en tiempo antiguo la representación de éste no era tan diminuta, cuando empezó a falsearse la institución extendieron en ella los nobles su poderío con tanta ventaja. El «sedil» del pueblo tenía, es verdad, el nombramiento de los cincuenta y ocho capitanes de «utina» (especie de alcaldes de barrio); pero mientras que los cinco de la nobleza nombraban libre y directamente su «electo», aquél sólo lo proponía en terna a la elección del Gobierno, dándose, sin embargo, al elegido y nombrado de esta manera el pomposo y mentido nombre de «electo del pueblo», y concediéndosele cierta preponderancia, algo parecida a la que tenían nuestros síndicos. De los diputados de los seis «sediles» y de los capitanes de las «utinas», presididos por los seis «electos», se formaba la Corporación municipal de Nápoles, sin cuya aquiescencia no se podían imponer cargas a la ciudad, ni establecer nuevas gabelas, ni exigir arbitrios de ninguna especie. Eran sus funciones administrar los

fondos del común, los hospitales, colegios y establecimientos públicos, y cuidar de la Policía y mantenimiento de la población. Pero, aunque se componía de tantos individuos, no tenía nada más que seis votos, uno por cada «sedil», verificándose luego separadamente en cada uno de ellos las votaciones generales.

También esta Corporación, que, aunque monstruosa en su forma y embarazosísima en su acción, había llenado dignamente en lo antiguo el círculo de sus atribuciones, carecía ya de vida propia. Y si bien salían aún alguna vez de su seno enérgicas protestas contra la opresión de la ciudad, y aun del reino todo, y contra la exorbitancia de las exacciones, era ya un instrumento dócil en manos de los virreyes para llevar a cabo con cierta legalidad aparente sus exigencias.

Nada, pues, tenían que esperar los napolitanos de las protectoras instituciones que les habían dejado sus mayores: el tiempo las había desvirtuado, el poder de la dominación extranjera corrompido. Ni podían con propio esfuerzo devolverles su vigor, o establecer otras análogas a las circunstancias, abrumados bajo el peso de un yugo extraño. Y cuando los barones y nobles, unos por el duro trato que daban a sus colonos y dependientes, para aumentar sus riquezas, se habían granjeado el odio del pueblo; otros porque especulaban sin pudor con la miseria general, arrendando las rentas públicas y los nuevos arbitrarios impuestos, se habían atraído la animadversión del país, y algunos porque, presentándose sumisos en la capital para obtener, a costa de bajezas, mercedes y distinciones, habían incurrido en el desprecio universal. Y el pueblo, aislado y solo, oprimido por la fuerza extranjera y esquilado y empobrecido, se perdía en vanas, aisladas e impotentes tentativas, sin apoyo y sin dirección.

Caminaba el hermoso reino de Nápoles, a su total exterminio. No se notaba en él la mano del Gobierno sino para extraer, oprimir y esterilizar. La seguridad pública estaba completamente perdida. Las costas, de continuo expuestas a las repentinas incursiones de los piratas berberiscos. En los montes campeaban numerosas tropas de bandidos, que la pobreza general y el común despecho engrosaban continuamente, y que llevaban sus devastadoras correrías hasta las villas más considerables cuando podían sorprenderlas desapercibidas. La población se disminuía visiblemente por la miseria, por las continuas levadas de gentes para Flandes, Lombardía y Cataluña, y con la emigración continua de los infelices napolitanos, que iban hasta las playas turcas a buscar su remedio, como asegura un autor contemporáneo. La agricultura decaía notablemente por la falta de brazos, por la inseguridad de los campos, por lo crecido de las contribuciones. La industria, reducida y escasa, se veía ahogada en su cuna; y el comercio, asustado de las continuas guerras y trastornos y de los descabellados derechos y tarifas, huía de un país de que se habían sacado, en los últimos veinte años, más de cincuenta mil hombres para la guerra, y del que se habían llevado a España ochenta millones de ducados, producto de gabelas, arbitrios y extraordinarios impuestos.

En tan abatido y lastimoso estado se encontraba el reino de Nápoles cuando, en el año 1644, entró a ejercer su virreinato el almirante de Castilla don Juan Alfonso Enríquez de Cabrera, duque de Medina de Ríoseco. Este excelente caballero y previsor hombre de Estado conoció muy luego el aburrimiento del país y la imposibilidad y el peligro de apretarlo con nuevas exigencias. Y al mismo tiempo que dedicó todo su conato a regularizar la administración y a poner coto a las rapiñas autorizadas de los oficiales

públicos, escribió a la Corte, manifestando la necesidad de mirar con compasión a aquellos extenuados pueblos y de reforzar las guarniciones españolas, sumamente disminuidas. Pero en Madrid, ocupados con la guerra de Cataluña, y cercados por todas partes de desastrosas circunstancias y de necesidades urgentísimas, despreciaron las sensatas reflexiones del sesudo virrey, y le contestaron pidiéndole terminantemente hombres y dinero.

Obedeciendo el almirante, a su pesar, las nuevas exigencias y teniendo, además, que prevenirse contra una armada turca que se dejó ver en el golfo de Tarento, que socorrer luego a Malta, amenazada por aquella fuerza, y, que acudir a Roma por la muerte del Papa Urbano VIII, se vio en la dura precisión de imponer una contribución nueva, que causó gran disgusto, sobre el consumo de harinas, y que levantar algunos batallones para enviarlos a las costas de Cataluña. Mas, al mismo tiempo, representó de nuevo y reiteró sus clamores contra las vejaciones que afligían a los napolitanos, y sobre la absoluta falta de recursos en el país. Su celo, rectitud y previsión fueron tratados en España de apocamiento y de debilidad, y le pidieron terminantemente que enviara nuevos socorros, con lo que, desconcertado el almirante, escribió al rey haciendo renuncia de su cargo y rogando le nombrase sucesor, «porque no quería que en sus manos se rompiese aquel hermoso cristal que se le había confiado». Notables palabras, que trasladan todos los historiadores contemporáneos, y que son una fuerte pincelada que caracteriza el retrato de aquel prudente, leal y entendido caballero.

CAPITULO II

Don Rodrigo Ponce de León, duque de Arcos, cuyo carácter duro y tenaz estaba ya acreditado en otros mandos de importancia, fue nombrado por la Corte de España para suceder al almirante y reemplazar dignamente la llamada blandura y hasta incapacidad del antecesor. Y después de una larga y, peligrosa navegación, contrariada constantemente por deshechas borrascas, presagio de las que ba a correr en su nuevo gobierno, llegó con buenos aceros y terminantes instrucciones a Nápoles y tornó posesión del virreinato el día 11 de febrero de 1646. Al siguiente partió el almirante con las demostraciones más claras del amor que en el corto tiempo de su gobierno, se había granjeado de los napolitanos, pues aunque los dejaba recargados con la nueva y pesada contribución sobre el consumo de harinas, sabían todos la repugnancia con que lo había hecho, el interés grande que había tenido en mejorar su suerte y que dejaba tan importante y codiciado puesto por no querer servir de instrumento para oprimirlos.

El nuevo virrey conoció luego no sólo que su venida no había sido muy grata al país, sino que el estado de miseria y de descontento en que lo hallaba no le permitía cumplir con las ofertas, acaso exageradas e imprudentes, que había hecho al Gobierno. Mas para no desacreditarse con él dejando en enviarle socorro y para acreditarse con sus gobernados, discurrió apretar a los contribuyentes morosos y a los arrendadores de impuestos y arbitrios anteriores, que estaban en descubierto de no despreciables sumas, con lo que se lisonjeaba de reunir lo bastante para responder a las exigencias de Madrid, sin recargar al pueblo y ganarse la buena voluntad de éste, que siempre mira de mal ojo a los que especulan con su miseria.

Era costumbre antigua, introducida por los virreyes, el arrendar no sólo la mayor parte de las rentas permanentes y contribuciones ordinarias, sino también los impuestos provisorios y los arbitrios con que se cubrían los servicios y donativos extraordinarios, método con que los hacía el Gobierno más pronto efectivos, y se libertaba de los inconvenientes, atrasos y odiosidades de la recaudación. Y muchas veces, que no encontraba licitadores para estos arriendos, obligaba por fuerza a los pudientes a que los tomaran, y si bien los que de un modo o de otro arrendaban los impuestos los exigían sin piedad de los contribuyentes, se acomodaban con los comisarios y con las autoridades, desembolsando de pronto y como anticipo una parte de la suma para procurarse rebajas o dilaciones en la totalidad. Sobre los que adeudaban algo, que no era poco por esta razón, fue, pues, sobre los que cayó inexorable, y no sin aplauso, porque tenía de su parte la justicia del nuevo virrey. También se esmeró contra el contrabando, que era ciertamente escandaloso. Pero no se ensañó tanto con los contribuyentes atrasados, porque conoció que en el estado de miseria y de aburrimiento en que estaban la propiedad y la industria en todo el reino era el apretarlos enteramente inútil y arriesgado. Para proceder con menos nota de arbitrariedad creó dos comisiones de magistrados y de oficiales de cuenta y razón, que, reuniéndose en casa y bajo la presidencia del visitador general del reino, entendiesen: una, en proponer las medidas más oportunas para impedir el fraude de los contrabandistas; otra, para ajustar cuentas y apremiar a los arrendadores moroso.

Cuando entendía el duque de Arcos en estos negocios, un inesperado acontecimiento vino a turbar su ánimo, manifestándole la facilidad con que los napolitanos se alteraban, si bien le dio a conocer al mismo tiempo la desunión que reinaba entre ellos, y que, por tanto, no eran muy temibles sus conmociones.

Sabido es el culto que de tiempo remotísimo tributa la ciudad de Nápoles a su patrón San Jenaro y el milagro anual de la licuación de la sangre de este mártir. Desde muy antiguo era costumbre, que aún hoy dura, trasladar la imagen de plata del Santo y la ampolla que contiene aquella preciosa reliquia desde el tesoro de la catedral, donde se conserva, a la iglesia en que debe celebrarse la fiesta el primer domingo de mayo. Esta traslación se verifica siempre el sábado anterior por la tarde, con gran pompa y concurrencia. En la época de que hablamos costeaba y dirigía por turno la procesión cada uno de los «sediles» o distritos de la ciudad, erigiendo en su plaza un altar, donde se depositaba al paso la imagen y reliquia y se hacía un largó descanso. Tocábale aquel año (1646) hacer la función al «sedil» de Capuana, donde los nobles habían preparado una magnífica estación. Mas al presentarse los diputados de él con su «electo» en la catedral para, recoger del tesoro la efigie de plata del Santo y la milagrosa ampolla, les manifestó secamente el canónigo tesorero que no podía entregarles ni uno ni otra sin una orden por escrito del arzobispo. Alterados con tan inesperada contrariedad y con tan nueva exigencia, quisieron hacer valer el derecho de la costumbre, negándose a ir a pedir al prelado un permiso que jamás había sido necesario. Y las contestaciones acaloradas de unos y otros y el retardo de la procesión empezaron a hacer su efecto en la multitud. Personas prudentes y bienintencionadas avisaron del conflicto al virrey, y éste, por el intermedio del regente de la vicaría, recurrió al arzobispo para que desistiese de su inusitada pretensión y dejase correr las cosas según la costumbre constantemente admitida y respetada. Mantúvose inflexible el prelado; pero como también la virreina le mostrase su deseo de que se aviniese, rogándole por medio de personas de cuenta que lo

hiciese así en su obsequio, se convino en ir inmediatamente a hacer por sí mismo la traslación, aunque por distinta carrera de la que estaba preparada. No agradó mucho al duque este expediente, que no podía menos de ofender a la nobleza toda y en particular a la del sedil de Capuana; pero pensando en la urgencia y en que lo peor de todo era que no se verificase aquella tarde la procesión, no opuso inconveniente.

Era el cardenal Ascanio de Filomarino arzobispo de Nápoles, y de quien hablaremos muy a menudo en esta historia, personaje sagaz y entendido sobre manera, pero tenaz y orgulloso, y si bien hijo de padre ilustrísimo, por serlo de madre plebeya, estaba mirado con desdén por algunos nobles, demasiado rígidos en materia de alcurnia, lo que le tenía muy desabrido. Y por indisposición personal con los principales señores del sedil que hacía la fiesta aquel año, discurrió aquel nuevo y poco prudente modo de mortificarlos. Fue, pues, a la catedral, ordenó la procesión, púsose al frente de ella con sus hábitos pontificales, y rodeado de numerosa y lucida comitiva, dirigió la carrera por distintas calles de las preparadas. Indignados los nobles del desaire, trataron de atropellar por todo y de procurarse por sí mismos cumplida reparación; pero cediendo a los ruegos y reflexiones de personas sensatas que temían un escándalo, se contentaron con salir al paso y protestar en debida forma a nombre de la ciudad. Verificáronlo reunidos en gran número y llevando consigo al notario Pablo Milano, secretario del sedil. El cardenal arzobispo no consintió en detenerse, irritado hasta lo sumo y reprendiendo con durísimas palabras el intento, que llamó desacato atroz de los nobles. Llegó en esto el duque de Maddalone con su hermano don José Caraffa, con el caballero Tomás Caracciolo, con el electo del pueblo y seguido de una respetable y numerosa comitiva de gente granada, y con corteses razones persuadió al prelado a que se templase y se detuviese un momento para no dar ocasión a más serios disgustos. Detúvose por fin la procesión; pero como inmediatamente empezase a leerle en voz alta el notario la protesta que llevaba escrita, el cardenal arzobispo, ciego de cólera, le arrancó violentamente de las manos el papel, hízolo pedazos y gritó muy descompuesto: «Que la imagen y la reliquia eran suyas y de su Iglesia, y que sólo a Roma tenía que responder de ellas.» Los nobles, irritadísimos, contestáronle también sin mesura: «Que la imagen y la reliquia eran de la ciudad.» Y repetidas en torno estas distintas voces con no es, caso calor, causaron gran rumor y tumulto. Los clérigos y la comitiva del cardenal, conociendo que iban a llevar lo peor de la contienda, huyeron despavoridos. La imagen y la reliquia se depositaron, para evitar algún desacato, en el palacio de Montecorvino, que estaba allí cerca. Pero seguía el altercado y crecía la confusión, insistiendo el arzobispo en llevar adelante la procesión o en quedarse allí a custodiar aquellos sagrados objetos. Mas un momento de desorden que sobrevino, el haber visto en él ultrajada su persona y la advertencia de varios sujetos de importancia de que peligraba su vida, le obligaron a refugiarse, ronco y despechado, en la casa inmediata de un noble llamado César de Bolonia. Allí se desnudó de sus sacras vestiduras y permaneció hasta que, entrada ya la noche, se retiró a su palacio. También la imagen de San Jenaro y la milagrosa ampolla que contiene su sangre fueron llevadas por los diputados y electos, en cuanto se restableció la tranquilidad, a la iglesia en que debía celebrarse la función, que se verificó sin disgusto al día siguiente, calmada la ansiedad del populacho y acomodados los ánimos de unos y de otros a fuerza de ruegos, negociaciones y buena voluntad.

A este ligero preludio de conmoción más seria y de alborotos más graves y duraderos se siguieron nuevos cuidados para el virrey, el duque de Arcos, que le obligaron a desistir de su buen propósito de no recargar al país con nuevos impuestos, pues se vio forzado a hacerlo para asegurar el reino, amenazado por los franceses.

CAPITULO III

El cardenal Mazarino, desabrido con el nuevo Papa porque no había querido dar el capelo a un sobrino suyo, quiso ponerlo en apuro so pretexto de que protegía abiertamente los intereses de la Casa de Austria y de España, con menoscabo de los de Francia, y después de acalorar a los Barberinis, que andaban revueltos, resolvió apoderarse de las plazas españolas de Toscana.

En mayo de 1646 zarpó de las costas de Provenza una armada francesa al mando del joven almirante duque de Bressé, compuesta de treinta y cinco naves, diez galeras y sesenta leños menores, con ocho mil hombres de desembarco, al mando del príncipe Tomás de Saboya, encargado de la expedición. Tomaron tierra en las marismas de Siena, se apoderaron de Telamón y de los fuertes de las Salinas y de San Estéfano, puntos descuidados y desprovistos, y pusieron sitio a Orbitello, plaza bien abastecida de gente y de vituallas y defendida por el valeroso don Carlos de la Gatta, caballero napolitano enviado pocos días antes por el virrey para gobernarla.

Pronto llegó a Nápoles el rumor de esta inesperada acometida, y conociendo el duque de Arcos toda su importancia, trató de acudir con prontitud y esfuerzo a rechazarla. Encontrándose sin fuerzas españolas, pues apenas dos mil hombres de ellas, con algunas compañías de tudescos, guarnecían todo el reino, levantó apresuradamente seis mil soldados de naturales y allegadizos, y con gran copia de bastimentos y con tres mil doblas de oro, los embarcó en cinco buenas galeras y dos barcas, a las órdenes del marqués del Viso, enviándolos a Orbitello, cuya conservación era importantísima. Llegó el socorro oportunamente, pues, desembarcando en Porto Ercole, entró, desbaratando a los sitiadores, en la ciudad. Regresaron a Nápoles los bajeles, ufanos del buen éxito de la expedición, y animado el virrey, quiso enviar nuevo refuerzo en cuarenta faluchos y un bergantín, que corrieron diversa fortuna. Pues, acometidos de improviso por las galeras francesas, se perdieron la mayor parte, salvándose la gente con gran dificultad en las costas romanas. La plaza seguía apretada, y el duque de Arcos hacía nuevos esfuerzos para socorrerla cuando apareció una armada española en las aguas de Cerdeña, que, incorporada pronto con la napolitana, reunió treinta y una galeras, treinta y cinco naves gruesas y diez brulotes.

El almirante francés, al descubrirla, ordenó sus fuerzas y salió a la mar para provocar el combate. Los franceses, como dice el historiador Parrino, que no iban a aventurar más que hombres y bajeles, querían venir a las manos, fuera cual fuese el éxito. Pero los españoles, que en un revés podían perder plazas y reinos, anduvieron más cautos y se mantuvieron a tiro de cañón. El fuego de éste duró casi tres días sin interrupción, causando gran daño a ambas partes, hasta que una fuerte ráfaga de lebeche las separó harto malparadas y las obligó a refugiarse en los puertos vecinos. Los españoles habían

perdido más de cien hombres y un brulote, que se incendió por sí mismo. Los franceses, una nave gruesa y al joven almirante, muerto por un tiro de artillería. Con lo que, desanimados y dándose por vencidos, recogiendo sus naves y galeras, dieron la vuelta a sus playas y dejaron a la armada española dueña de aquellos mares y, por tanto, de la victoria. Dos galeras: mandada una por el marqués del Viso; otra, por el conde de Linares, llegaron a Porto Ercole para dar socorro a Orbitello, pero no lograron conseguirlo por la vigilancia y fuerza de los sitiadores.

Noticioso de todo el duque de Arcos, y persuadido cada día más de la necesidad de conservar aquella plaza, levantó nuevas tropas, envió la caballería por tierra a marchas dobles y la infantería por mar, encomendando la empresa al marqués de Torrecusa, general de mucho nombre y merecida reputación. Llegó éste con felicidad, combatió y puso en completa fuga a los sitiadores, desbarató sus trincheras y salvó la importante plaza cuando estaba ya en el último apuro. Después de tal feliz resultado, volvió a los puertos de España la armada, con beneplácito del duque, que hubiera hecho mejor en conservarla a la mano cuando aún podían rehacerse los franceses y cuando tan desguarnecido tenía el reino que gobernaba, en tiempo en que los síntomas de una conflagración general no eran dudosos.

Los reveses de las armas francesas de mar y tierra, en las costas de Toscana, no desanimaron a Mazarino ni le hicieron cambiar de propósito, pues envió nueva expedición contra Piombino, pertenencia de un pariente del Pontífice, y contra la isla de Elba, ocupada en parte por los españoles. Apoderáronse los franceses de ambos puntos, lo que, y el desdén y alejamiento del Papa, por ciertos altercados que ocurrieron aquellos días en Nápoles con el nuncio, pusieron en mayor cuidado al virrey y en la urgente necesidad de buscar nuevos y pronto recursos para atender a la seguridad del reino, muy de cerca amenazada. Reforzó con actividad suma las fortificaciones de Gaeta y de otros puntos importantes de la costa, armó naves y galeras, convocó los batallones del país, que protestaron por cierto no saldrían a guerrear fuera del reino, y envió un sujeto de confianza a reclutar seis mil tudescos, que exigieron pesadas condiciones, aprovechándose de la necesidad con que se los buscaba.

Para estos aprestos necesitábase dinero; después del consumido en las anteriores expediciones, y hallándose el duque de Arcos en el último extremo, acudió a pedir, con acuerdo del Consejo colateral, un servicio extraordinario y un nuevo esfuerzo al apurado país. Parrino, autor de mucha nota, que refiere menudamente estos sucesos, y después de él, el historiador Giannone, dicen que apeló al parlamento para esta exigencia. Pero documentos fehacientes de aquel tiempo, que hemos podido examinar, demuestran claramente que no fue al Parlamento del reino, que hacía tres años no se convocaba, sino a los sediles de la ciudad de Nápoles, a quienes se dirigió el virrey en aquella ocasión. Y consta que les pidió fuese su decisión extensiva a todo el reino, a lo que se negaron constantemente, manifestando que sus facultades no pasaban de los muros de la ciudad. Se les pidió, pues, un millón de escudos de donativo o servicio extraordinario, Y aunque algunos sediles, y particularmente el de Capuana, se negaron a concederlo, demostrando la imposibilidad de recaudarlo y el disgusto peligroso que iba a producir en la población, los ruegos, las negociaciones y las amenazas consiguieron al cabo que los sediles se pusieran de acuerdo y concedieran los recursos que, la autoridad exigía.

Pasóse en seguida a discutir qué nuevos arbitrios podrían establecerse para cubrir el millón de escudos acordado; y se ocurrió en mal hora un impuesto sobre el consumo de frutas, sin recordar que, establecido ya en tiempo del conde de Benavente, había sido causa de continuos tumultos, y que su abolición fue una de las principales de la popularidad del último duque de Osuna. Grande oposición hicieron los sediles todos a semejante arbitrio, que, ciertamente, era el más pesado para la masa: inmensa de gente pobre y menesterosa que poblaba la ciudad, pues recargar el consumo de la fruta, que era su alimento y regalo, como lo es el de todos los pueblos meridionales en tiempo de verano, era encarecerla y ponerla, por tanto, fuera de su alcance, privándola de la única subsistencia que podía tener en aquella estación. No dejaron de hacerse valer con energía estas razones; pero, apretados de nuevo los electos y diputados, accedieron con despecho a que la terrible gabela se estableciese, y tal vez por aventurarlo todo, para ver si salía de un modo o de otro del atolladero.

Apenas se anunció con bando público el día 1 de enero de 1647 la nueva imposición, se notó el descontento general y el abatimiento sombrío y la peligrosa aflicción de las clases menesterosas. Y a medida que se acercaba la estación en que iba a ser más sensible su efecto, se multiplicaban las representaciones por escrito y de palabra dirigidas al virrey para que no se llevase a cabo tan desastrosa disposición; se llenaban las esquinas de pasquines y de protestas, y acosaban a todas horas a las autoridades anónimos, ya con ruegos, ya con reflexiones, ya con amenazas. No se hablaba de otra cosa en la ciudad. Todos presagiaban grandes desventuras. Y una mañana, a mediados de abril, que fue el duque de Arcos a la iglesia del Carmen, circundó su carroza el populacho, reverente aún, y le pidió que aboliera la gabela con que los iba a matar de hambre, expresándose, más que en gritos, en dolorosos clamores. Y a poco de completamente establecida, amaneció reducida a cenizas, sin que se supiese quién la había incendiado, una casilla de madera construida en el mercado para residencia de los recaudadores.

*

Tantos y tan grandes apuros y embarazos como apretaban por todos lados al virrey, no le distrajeran de sus aprestos de defensa para la seguridad del reino. Siguió fortificando las costas, levantando gente de guerra, armando naves y aprestando galeras. Los franceses, por su parte, tampoco desistían de su intento, y, avisados de cuanto ocurría en Nápoles, quisieron dar el ataque antes que estuviese organizada la defensa. Reunieron, pues, las fuerzas navales que tenían diseminadas en Piombino, Portolongone y otros puntos, y el día 1 de abril aparecieron dentro del golfo de Nápoles con cinco gruesas naves muy bien pertrechadas y dos brulotes. Su intento era sorprender y quemar el arsenal, y apresaron de paso, a vista de la ciudad, algunos barcos pescadores. Gran confusión y trastorno causó en ella esta aparición, y, divididos los ánimos entre esperanzas y temores, era general el desconcierto. El duque, acudiendo al mayor riesgo, mandó salir al encuentro del enemigo las naves que estaban listas, y las que con presura se pudieron armar, tripuladas en gran parte por la nobleza napolitana, que se brindó, leal y valerosa, a tan importante servicio. Una repentina calma inutilizó toda maniobra e impidió el combate, cuyo éxito, favorable a los españoles, no hubiera sido dudoso. Y aquella noche, aprovechando la oscuridad y el viento fresco que saltó de la tierra, se retiraron prudentemente los franceses a sus

guaridas. Encontrándose al amanecer sin enemigos, volvieron a fondear los bajeles españoles y a sosegarse los ánimos de la población.

A los pocos días, cuando se preparaban algunas galeras para llevar a España parte del producto del nuevo servicio, se voló, a las tres de la madrugada del 12 de mayo, y sin que se supiese ni aun sospechase cómo, la capitana con más de cuatrocientos hombres y teniendo a bordo el dinero público y además las riquezas, Dios sabe cómo adquiridas, de varias personas que, previendo grandes trastornos, trataban de ponerlas en salvo. Este incidente, en el que el acaso o la traición hizo en parte lo que habían intentado en vano, los franceses, afligió a unos, alegró a otros y alarmó a todos, como presagio de, grandes desventuras.

CAPITULO IV

Llegada la estación calurosa en que se conoció todo el peso de la nueva gabela, crecía por puntos el desasosiego popular y se iban convirtiendo los ruegos en amenazas. El virrey, dudoso entre retroceder aboliéndola o mantener con energía lo dispuesto, andaba vacilante y discursivo y sin tomar ninguna resolución. Por momentos crecía el apuro, y, viéndose estrechado ya de cerca, aconsejándose con un tal Cornelio Espínola, genovés establecido de muchos años en Nápoles, hombre de negocios y muy enterado de los intereses públicos, y con el padre Esteban Pepé, muy estimado del pueblo, y a quien habían hecho en el confesonario importantísimas revelaciones de próximos alborotos, resolvió abolir la imposición; pero en lugar de hacerlo inmediatamente, con lo que hubiera conjurado la tempestad, quiso buscar antes otro arbitrio con que sustituirla. Reunió, para ello, el Consejo colateral, con asistencia de las autoridades, nobles, arrendatarios de los impuestos y personas más influyentes en los sediles, para tratar de esta materia detenidamente y perdiendo un tiempo precioso.

Enredada la discusión, todo era tropezar con dificultades e inconvenientes, y confundir, como siempre acontece, en pomposos e inútiles discursos, en apasionadas peroratas y en largos e inconexos razonamientos, el asunto claro y urgentísimo que una pronta resolución requería.

Los interesados en el arriendo de la gabela, que ya habían hecho su anticipo, que tenían ya tomadas sus medidas y nombrados los comisionados para exigirla, ciegos por el interés, no veían más que sus cálculos defraudados si se les sustituía otro arbitrio de más larga y difícil recaudación, e insistían, tenaces, en que se sostuviese lo dispuesto. El visitador general del reino, don Juan Chacón, persuadido (dice el conde de Módena, contemporáneo y no muy amigo de los españoles) por su mujer, a quien había regalado quince mil ducados Carlos Espinelli, uno de los arrendadores, tomó la parte de éstos con sumo calor, exhortó al virrey a que sostuviera su autoridad, castigando rigurosamente a los que se atrevían a exigir de ella inoportunas concesiones. Y muchos de los nobles concurrentes, a quienes en nada afectaba la fatal contribución hablaron en el mismo sentido, deseosos, sin duda, de mostrarse ardientes defensores de la dignidad real. Pero otras personas de la Junta, más sensatas o menos interesadas en el negocio que se debatía, opinaron más prudentemente Y manifestaron con gran copia de poderosas razones que

era necesario atemperarse a las circunstancias y hacerse cargo de la justicia con que el pueblo reclamaba la abolición de un gravamen odioso, que le encarecía su sustento; que el disgusto general, y mucho más cuando está fundado, no debe mirarse con tanto desdén; y que en el estado de irritación en que se hallaban los ánimos, era forzoso ceder algún tanto para no dar vida a una conmoción popular que, acaso, no se podría sosegar muy fácilmente. Entre estos encontrados pareceres nada resolvió el duque de Arcos sino una nueva dilación. Esta fue que se reunieran inmediatamente los sediles, para buscar un arbitrio que sustituyera el impuesto sobre el consumo de la fruta. Reunióse, pues, el Cuerpo municipal y, después de largas y prolijas discusiones, tampoco tomó resolución definitiva. Todo eran retardos, peligros, idas, venidas, mensajes, consultas y confusión.

Entre tanto, las noticias, desfiguradas de lo que en estas reuniones se decía, aumentaban la ansiedad pública y la indignación contra los arrendadores de la gabela, contra los empleados y contra los nobles que la defendían; y no ganaba nada la reputación del virrey, cuya perplejidad, como indicio de flaqueza, aumentaba los bríos de la multitud, entre la que no faltaban quienes sembrasen la fecunda idea de que no había más remedio que romper en abierta insurrección. Los síntomas de que esta calamidad se aproximaba llegaron a los pocos días a ser tan patentes, que el duque mandó, por todo remedio, que no se celebrara aquel año la fiesta de San Juan Bautista, como era uso en la ciudad, para evitar la reunión del pueblo, que era grande en aquella función; medida de mera debilidad, impotente para evitar la concurrencia y muy a propósito para alterar los ánimos, dar nuevo pábulo a la inquietud y animar a los agitadores.

No se concibe cómo un hombre con fama de carácter duro y tenaz, acostumbrado a mandos de importancia, a graves negocios y endurecido en situaciones difíciles y arriesgadas, mostró entonces tanta irresolución o tan estúpida indiferencia, viendo claramente que se le hundía el terreno debajo de los pies, y que se desplomaba sobre su cabeza el cielo que lo cubría. O no dio importancia al descontento del pueblo, fiado en la mala inteligencia que entre éste y la nobleza reinaba, y en que, por tanto, no encontraría cabeza entendida que lo dirigiese, o, confiado en sus cortas fuerzas, que, en verdad, eran escasísimas, quiso dejar aparecer el motín para escarmentarlo, o desdeñó completamente a los malcontentos, como gente toda miserable y de ninguna valía. Pero el resultado mostró muy pronto cuánto se engañan los gobernantes que creen puedan faltar caudillos de provecho a las masas sublevadas, que dejaban tomar cuerpo a los motines con la esperanza de vencerlos y que desprecian los clamores de la plebe en los países en que hay encontrados intereses, agravios que vengar y falta del necesario sustento.

Como para hacer más crítica y peligrosa la situación, llegó por entonces la noticia de que en la vecina Sicilia un levantamiento popular acababa de obligar al virrey, marqués de los Vélez, a abolir completamente los impuestos y gabelas, y a conceder en seguida el más amplio perdón a los amotinados; suceso de funesto ejemplo para Nápoles, donde fue aplaudido con entusiasmo.

Amontonados estaban ya los combustibles y prontos a arder; sólo faltaba la chispa que los incendiase. Inevitable era ya la sublevación; sólo le faltaba caudillo bastante osado que diese el primer grito y se pusiese a su cabeza. La chispa saltó de un impensado y vulgar acontecimiento, que vamos pronto a referir. El caudillo se presentó en donde menos se podía esperar.

Entre los que más atención habían prestado a las instigaciones y discursos de los sublevadores, y entre los que más se había manifestado el descontento del pueblo con expresiones violentas y con dolorosas exclamaciones, sobresalía un joven de lo ínfimo del populacho que ganaba su mísera existencia vendiendo por las cales de la ciudad, en una banasta, pescado, que le confiaban los regatones de la pescadería, o que él mismo compraba a vil precio en las playas a los pescadores. Este ente tan humilde y despreciable era el destinado por la Providencia para ser, dentro de pocos días, el ídolo del reino de Nápoles, y para ejercer en él un dominio más absoluto que el que ha ejercido hasta ahora ningún monarca de la Tierra. Era el famoso Tomás Aniello de Amalfi, a quien el vulgo, por abreviación común, llamaba Masanielo, nombre con que, adquiriendo tanta fama, es conocido en el mundo y pasará a la posteridad más remota en las páginas de la Historia y en los cantos de la poesía. Por su segundo apellido lo han creído algunos naturales de la célebre y decaída ciudad de Amalfi; pero su fe de bautismo, que tenemos a la vista, no deja duda de que nació en Nápoles en 1620, en el barrio llamado de Lavinaro, donde habitaba la parte más pobre y mísera de la población, sin que esto contradiga el que pudiese ser originario de aquella costa.

Masanielo, pues, tenía veintisiete años de edad, aspecto agradable, ojos negros y de melancólica mirada, tez curtida por la intemperie, proporcionadas facciones, cabellos rubios y ensortijados. Los andrajos que formaban su ligero vestido a la marinesca eran limpios y arreglados de una manera original y fantástica. Tenía mediana estatura, gran agilidad, explicación fácil, aunque ignorantísimo; pensamientos elevados y generosa condición. Habitaba en la plaza del Mercado, donde se amontona y hierve la plebe de la populosa Nápoles, y en la pared exterior de su pobre casucha (que ya no existe) estaban, por acaso, pintados de antiguo el escudo de armas de Carlos V y un vítor a aquel emperador; circunstancia de poca monta, pero que tal vez le hizo grata la memoria de aquel soberano, y le inspiró el deseo de restablecer los privilegios, que le dijeron había concedido a la ciudad; como también pudo contribuir a exaltar su fantasía, inspirándole el ansia de figurar en un tumulto, el que otro Tomás Aniello, de las costas de Sorrento, hubiera sido uno de los jefes del pueblo en la famosa rebelión contra el establecimiento del Santo Oficio, que tuvo lugar, como dejamos apuntado, en el virreinato de don Pedro de Toledo.

Era Masanielo casado con una joven de Puzzoli, hermosa, y a quien amaba con extremo, aunque algún diligente investigador de aquellos extraordinarios sucesos, y cuya erudición nos ha sido muy útil en este trabajo, haya averiguado que no lo merecía mucho, por ser su conducta muy poco arreglada. Y acaso el cariño a la mujer fijó el que inflamó al marido para la empresa que acometió. Dicen, pues, varios autores que de las cosas de aquel tiempo han escrito, y se lee en el manuscrito de Capecelatro, que pocos meses antes de la época a que hemos llegado la mujer de Masanielo quiso introducir en la ciudad, sin pagar derechos, una porción de harina acomodada en un envoltorio, figurando un niño de pecho que llevaba en brazos, y que, descubierto el fraude, fue maltratada por los guardas y conducida a la cárcel, hasta que pagase la multa exorbitante que le impusieron; que, afligido Masanielo, malbarató su pobre ajuar, y con su importe y la ayuda y míseros socorros de sus vecinos y amigos, pagó la multa y recobró a su mujer, jurando, empero, vengarla, y concibiendo desde entonces un odio implacable contra las gabelas y contra sus exactores.

El fue como confesó después, el que había con tanto sigilo quemado la casilla del mercado pocos meses antes, y él era el que ya acaloraba pública y descaradamente una sublevación.

Había costumbre, el día de la Virgen del Carmen, de levantar en la plaza, delante de la iglesia, un castillejo de madera, que, defendido por una tropa de mozalbetes vestida a la turquesa, y asaltada por otra con distinto traje, servía de espectáculo al populacho. En los últimos días de junio se reunían estas tropas de pilluelos, nombraban su cabo y se ejercitaban a su manera, recorriendo en ridículo alarde las calles y plazas de la ciudad. Aquel año (1647) una eligió por caudillo a un mozuelo muy atrevido, llamado «el Pione», y la otra a Masanielo: origen hartó humilde de su gigantesco poder. Viéndose jefe de aquella cuadrilla, acrecentó su tropa con los mozos más perdidos de su barrio, los armó de cañas y de palitroques, comprados con veinte carlines que le dio el cocinero del convento del Carmen, y les enseñó a gritar: «¡Fuera la gabela! ¡Viva Dios! ¡Viva el rey! ¡Viva la abundancia!». A la cabeza de ellos, tremolando una bandera de papel de colorines, y repitiendo estas voces, recorría los barrios más populosos en confuso tropel, sin que nadie lo atajara, y causando risa y desprecio general la ridícula comparsa y sus alaridos. Pero, animado con la tolerancia de los que debían haberle contenido y aun castigado, se atrevió hasta a pasar por delante del palacio. El rumor de la gente baldía que acompañaba a los muchachos, y los descompuestos gritos de éstos, llamaron al balcón al virrey y a las personas de cuenta que le hacían la corte. Y al pasar por delante de él, aquella insolente y desharrapada pillería, hizo acciones tan soeces y ademanes tan deshonestos, que obligaron al duque y a los suyos a retirarse, lo que produjo una insultante carcajada de la muchedumbre. Ni aun este aviso, a que no debía haber dado lugar, y de que tan lastimado debió de quedar su amor propio, despertó al virrey de su inexplicable letargo. Pues como algunos le manifestasen que pedía un pronto castigo tal desacato, contestó, impasible, que «no merecía sino desprecio aquella chabacana muchachada».

Continuaba Masanielo sus paseos por la ciudad con la misma algazara y sin estorbo, y pasando solo una tarde, de vuelta de ellos, por el atrio de la iglesia del Carmen, dos hombres retraídos en él, y que hablaban con reserva entre sí, lo pararon y le preguntaron con, desprecio: «¿Qué quieres hacer tú?» A lo que contestó con firmeza: «Ser ahorcado o dar abundancia a la ciudad.» Rieronse de su respuesta, exclamando: «¡Buen sujeto para arreglar a Nápoles!» Y el mancebo repuso con energía: «Si tuviera tres o cuatro de tanto corazón como yo, y que de veras me ayudaran, veríais lo que soy capaz de hacer en bien del pueblo.» El tono solemne y decidido con que pronunció estas palabras fue de un efecto mágico, pues hicieron impresión tan fuerte en aquellos dos hombres, sin duda ya bien dispuestos, que, llamándolo aparte, le juraron seguirle en cualquier empresa, por ardua y arriesgada que fuese. Eran éstos Domingo Perrone, fugado de la cárcel, antiguo capitán de «Útina», y después famoso contrabandista, que vestía sotana para sustraerse, como se hacía en aquel tiempo, de la jurisdicción civil, y José Palumbo, antiguo capitán de bandidos, después cabo de esbirros, y varias, veces preso y encausado por malas fechorías; ambos audaces, promovedores de alborotos y muy acreditados con el populacho. Su ayuda y consejos fueron muy importantes para Masanielo; y aún mucho más los de un tal Julio Genovino, preso entonces en la cárcel de la Vicaría, y de quien

haremos muy a menudo mención en esta historia, por lo que necesario es hablar de sus antecedentes.

Había sido electo del pueblo en tiempo del último duque de Osuna, contribuyendo no poco a la sospechosa popularidad de aquel esclarecido virrey. Y habiendo luego promovido las asonadas contra el cardenal Borja, fue encausado y remitido preso a España, donde lo condenaron por vida al presidio de Orán. De allí salió, por indulto real, a los diecinueve años. Vuelto a Nápoles, se ordenó *in sacris*, no para mudar de vida y costumbres, sino para seguir en sus malas mañas más a su salvo, amparado del carácter y hábito clerical. Este hombre astuto, revoltoso y letrado, y en quien ochenta años de edad no habían calmado el espíritu turbulento y el ansia de novedades, conoció desde luego el partido que se podía sacar de las circunstancias y lo mucho que podía servir la audacia de Masanielo; sopló, activo, por todos lados el fuego que ya ardía, y dirigió, sagaz, al arrestado mancebo, con oportunos consejos, inspirándole un odio de muerte contra la nobleza y presentándole un campo más ancho del que se ofrecía a sus estrechas miras y mezquinos proyectos. De suerte que puede decirse que tuvo aún más parte que Masanielo en aquellos terribles acontecimientos, pues si el impetuoso joven les dio cuerpo con su arrojo, el taimado viejo les dio alma con su doctrina.

.Todo cuanto se platicaba y se hacía era tan en público y con tan insolente descaro, que no podía ignorarlo el aletargado virrey. Y lo sabía sin duda, pues el electo del pueblo Andrés Naclerio, su íntimo familiar, le refería cuanto pasaba. Pero temiendo que se decidiese, por temor, a abolir la gabela, cuyos arrendadores le tenían ganado, cuidaba al mismo tiempo de no dar importancia a los hechos y de pintarlos como dignos de desprecio. Dejándose decir que el común descontento nada valía, y que, en último caso, no faltaban grilletes y dogales para los revoltosos que, incautos, quisieran pasar de las hablas a los hechos, con lo que el duque repetía tranquilamente que todo lo que pasaba en Nápoles no era más que una niñería despreciable y una ridícula muestra de impotencia. ¡Ah! No sabía que los grandes trastornos suelen empezar con escenas ridículas de muchachos y acaban con escenas de tigres sangrientísimas y horrorosas.

CAPITULO V

Notábase falta de fruta en Nápoles, a pesar de la abundante cosecha, porque, habiendo ocurrido en el mercado una disputa entre regatones y hortelanos sobre quién debía pagar la gabela, el electo del pueblo Andrés Naclerio había sentenciado en contra de éstos, porque, como forasteros, era menos temible su disgusto que el de aquéllos, habitantes de la ciudad, con amigos y conexiones en el populacho.

Y los lugareños de la comarca, por no sufrir el recargo, se retraían de acudir a donde no encontraban ganancia y sí sólo vejaciones. Pero el día 7 de julio de 1647, que era domingo, estando la plaza henchida de gente, que se lamentaba de la escasez de su favorito alimento, llegaron de Puzzoli varios hortelanos con abundantes cargas de fruta, particularmente de higos, que, exquisitos y en gran abundancia produce su territorio. Y al insta tropezaron con los guardas y con la exacción del impuesto. Resistieronla rudamente los puzzolanos, disputando con los regatones y tenderos sobre quién debía de pagarlo,

retardándose así la expendición de la anhelada fruta a la inquieta muchedumbre, que ansiosa la esperaba.

Iban siendo tan vivas y pesadas las contestaciones, tan tenaces y ejecutivas las reclamaciones de los exactores, tan desasosegado el continente de la multitud, que, llegando todo a noticia del virrey, mandó inmediatamente al electo Naclerio que fuese con presura a restablecer el orden, dando fin a la contienda. Llegó al mercado a toda prisa el magistrado popular, impuso con su presencia silencio y confirmó con poco tino su sentencia anterior contra los hortelanos, amenazando, además, con graves penas a los que se resistiesen, y haciendo imprudentísimo e inoportuno alarde de su autoridad.

No se amilanaron los pobres rústicos; antes bien, manteniéndose firmes en no pagar la gabela, prosiguieron, tenaces, la disputa, reforzándola con poderosas y sentidas razones, dispuestos, en último caso, a volverse a su pueblo con la mercadería. Cuando uno de ellos (cuñado de Masanielo, y sospéchase que de acuerdo con él), después de acalorar con duras palabras el altercado, llamando la atención general, exclamó en altas y desaforadas voces: «Dios nos da la abundancia y el mal gobierno nos la quita. Ya que no puedo ganar nada con mi trabajo, gocen los pobres de mi hacienda, antes que me la roben los guardas»; y, volcando dos cofines que había traído, esparció por tierra cuantas frutas contenían. De aquí saltó la chispa que incendió los combustibles amontonados.

Arrojáronse los muchachos a los higos y ciruelas, que por el suelo rodaban; quisieron también impedirlo los tenaces exactores, y, llegando Masanielo con su cuadrilla, ayudó a recoger la desparramada fruta, exhortando a todos a que no la comiesen, sino que la tirasen, como él empezó a hacerlo descaradamente, a los guardas y al electo Naclerio. Seguía éste, impertérrito, amenazando con galeras y horca a los promovedores de aquel desorden, y Masanielo, cogiendo, en vez de fruta, una gruesa piedra, se la tiró con tan buen tino que le dio en el pecho un fuerte golpe, lo que, y el granizo de ellas que empezó a venir de todas partes, al grito unánime de «¡Fuera gabelas!», pusieron en fuga a los exactores y en grave peligro al electo. Pero, ayudado por Antonio Barbara, capitán de justicia, y de algunos vecinos honrados, se salvó en el inmediato convento del Carmen, de donde, saliendo a la marina y arrojándose, despechado y confuso, en un bote, logró ganar el arsenal y dirigirse a palacio a dar cuenta de todo al virrey.

Fugados y escondidos los exactores y desaparecido el electo, quedó el pueblo en helada inacción y en profundo silencio, como asombrado de lo que acababa de hacer. Pero Masanielo y los suyos, sin perder un instante, dieron fuego a la casilla de la gabela, con cuantos libros, asientos y dinero había en ella; y en seguida, puesto en pie sobre un banco que halló cerca, sirviéndole de dosel las llamaradas y humo del incendio, gritó el audaz pescadero con acento agudo y penetrante: «¡Viva Dios! ¡Viva la Virgen del Carmen! ¡Viva el Papa! ¡Viva el rey de España! ¡Viva la abundancia! ¡Muera el mal gobierno! ¡Fuera la gabela!» Repitiéronse estas voces con unánime entusiasmo, pareciendo que un solo pecho las alentaba, que una sola boca las profería, y agitóse, terrible, aquella masa compacta de vivientes, que cada instante crecía con las turbas que, como torrentes despeñados, desembocaban por todas las avenidas, pues corrió rápidamente por toda la ciudad la noticia de lo que ocurría en el mercado. Y apoderándose los alborotadores de la torre de la iglesia del Carmen, anunciaron, con las campanas a vuelo, que había nacido la sublevación.

Ya venía estrecha aquella anchurosa plaza a la apiñada y confusa muchedumbre, que aunque sin plan, sin dirección y sin cabeza, conoció por instinto que era necesario moverse y llevar adelante el tumulto, y varias voces, « ¡A palacio, a palacio!», la pusieron en movimiento, aumentando la confusión. Rota la masa, tomaron por distintas calles las turbas, dirigiéndose una de ellas al arrabal de Chiaja para quemar, como lo hicieron, otra casilla de la gabela que estaba allí establecida. Verificado lo cual, por consejo de algunos que conocían la necesidad de un jefe que regularizara el movimiento, acudieron allí al palacio de don Tiberio Caraffa, príncipe de Bisignano, maestre de campo, general y sujeto muy bienquisto del pueblo, para que se pusiese a su frente y solicitara del virrey, en nombre de todos, la abolición del impuesto.

El duque de Arcos en su palacio oía acercarse el rumor de la sublevada muchedumbre, informado ya por el electo Naclerio y por otros fugitivos del desorden ocurrido en el mercado, que tan rápidamente por toda la ciudad cundía. Y en lugar de reforzar su guardia, de avisar a los cuarteles y castillos, de poner en orden las tropas españolas y tudescas, que, aunque escasísimas en número, mucho pudieran aún haber hecho, de montar a caballo con los nobles de la ciudad, pues todos decididos le hubieran seguido, porque conocían que iban, al cabo, a ser víctimas del alboroto, y de sostener, en fin, con decoro la reputación de las armas del rey y su propia autoridad, se contentó con no hacer nada y esperar los sucesos entre cuatro paredes, aunque no debía creer el movimiento de poca importancia cuando, a la primera noticia que de él tuvo, puso en salvo a su mujer y a sus hijos en el vecino fuerte de Castelnuovo.

Perplejo estaba como no lo había estado jamás, y abatidísimo de alma y de cuerpo, pues, según refiere un autor contemporáneo, tomaba para restaurarse un bizcocho empapado en vino en el momento que llegó la desbocada muchedumbre, precedida del pavoroso estruendo que va delante de una inundación. Vio entonces, estupefacto, desde detrás de las vidrieras, desembocar por distintos lados de la gran plaza que tenía delante un mar alterado que, llenándola toda, dirigió sus hinchadas olas contra el palacio. Los pocos y desapercibidos soldados españoles que lo custodiaban no pudieron oponer resistencia, ni aun tiempo tuvieron de intentarla, pues fueron arrollados, derramándose por vestíbulos, patios y corredores las bramadoras turbas; y, subiendo en tropel las escaleras, atropellaron a la guardia tudésca, le quitaron las alabardas y entraron sin obstáculo en las habitaciones, cuyas cerradas puertas las hacía pronto astillas el ímpetu popular.

Ya estaban profanados los regios salones por la más inmunda pillería, cuando llegó la parte de pueblo que se había dirigido a Chiaja, trayendo al príncipe de Bisignano a su cabeza, pues, aunque este buen caballero estaba postrado en cama con un acceso de gota, había montado a caballo para ver si podía evitar los males que a la ciudad y a la autoridad real amenazaban. Engrosóse el gentío con este refuerzo, y el príncipe, que era justamente acatado de todos por sus prendas personales, abriéndose no sin dificultad camino entre la confusión, llegó a palacio y contuvo la canalla que lo invadía en el momento crítico y apurado en que iba a ceder, a los golpes de sus alabardas, la puerta del gabinete donde estaba retraído el virrey con el padre Juan de Nápoles, general de franciscanos, que gozaba opinión de santo, con, el príncipe de Satriano y con otras personas de cuenta. Mucho tuvo que trabajar para que, contenido el populacho, le dejase entrar solo, como lo consiguió a fuerza de ruegos y de promesas.

Apenas lo vio el duque, le dijo: «Precisamente iba en este momento a enviar por vos.» Y le atajó el príncipe con viveza: «Pues, señor, ya estoy aquí a rogar por Dios a V. E. que alivie sin demora al pueblo de la gabela, para que vuelva a la tranquilidad y se eviten los desastres que nos amenazan.» El duque, siempre perplejo y dilatorio, le repuso: «Si pudiera reunirse el Consejo colateral, trataríamos de este asunto.» Y cuando el Príncipe y los demás que estaban presentes iban a manifestarle que el estado de las cosas no admitía ya tales dilaciones, los amotinados, que estaban fuera, les ahorraron el trabajo, pues, cansados de esperar, acabaron de romper la puerta y entraron bramando de furia en el gabinete, repitiendo con gritería infernal: «¡Fuera la gabela! ¡Muera el mal Gobierno!» Trémulo y pálido el virrey, viéndose estrechado tan de cerca, exclamó en alta y angustiada voz: «Sí, hijos míos; todo se hará luego»; palabras que el historiador contemporáneo Rafael de Torres dice le refirió Octaviano Saulli, que se halló presente, y como auténticas las pone así en castellano en su historia latina de aquellos acontecimientos.

Esta oferta del duque y los esfuerzos del príncipe de Bisignano, y, sobre todo, las exhortaciones del padre Juan, a quien todos veneraban, dieron tiempo para escribir apresuradamente varias papeletas selladas y firmadas por el virrey, aboliendo el impuesto de la fruta y reduciendo a la mitad el de la harina. Y asomándose al balcón, tratando en vano de sobrepajar con su débil voz la gritería general, las tiró a la muchedumbre. Ésta, en cuanto se impuso de su contenido, más agitada que nunca, manifestó que ya no se contentaba con tan poco, y que quería la abolición de todas las gabelas, y pidió que bajase el virrey a la plaza para oír sus peticiones.

Mucho trabajo le costaba al duque de Arcos el hacerlo. Quiso por una puerta secreta huir a Castelnovo, pero le dijeron que estaban levantados los puentes y calados los rastrillos. Y viéndose dentro de su propio gabinete en poder de los sublevados, persuadido por los personajes que le rodeaban y asistido de ellos, sacó fuerzas de flaqueza y, sin color en el rostro ni aliento en el corazón, bajó por una escalera excusada y se presentó en la puerta principal del palacio. Recibió allí tremendos insultos, mezclados con humildes adoraciones, pues mientras unos corrían a besarle la mano, la cabeza descubierta y doblada la rodilla, otros le amenazaban con palabras y con indignos ademanes le escarnecían. Estrechado por todas partes, llegó a verse apuradísimo en medio de aquella barahúnda, donde las palabras y los discordes gritos se confundían, imposibilitando todo concierto. Su peligro era grande, cuando logró, por fortuna, aprovechando los esfuerzos de los caballeros que le rodeaban y los de algunos de entre la turba, que aún respetaban, por fuerza de costumbre, su autoridad, entrar de nuevo en el palacio y cerrar la puerta, y, hallándose casualmente en un patio la carroza de uno de los de su séquito, saltó en ella con el prior de la Roccella y otros dos señores, y mandó que, saliendo por una puerta lateral, le condujesen pronto a la iglesia de San Luis de padres mínimos, que estaba enfrente. Trató en vano el cochero de penetrar por aquella apiñada muchedumbre, que conociendo inmediatamente al virrey, estrechó la carroza de tal manera, que andaba casi sin tocar al suelo de un lado a otro, a impulso de las oleadas del gentío, como una nave sin velas ni timón, juguete de las olas en deshecha borrasca. Angustiadísimo iba el duque, y desconcertados los que le acompañaban, y más viendo muchas espadas y picas amenazarle de cerca, como de lejos algunos arcabuces y ballestas, y a la gente más soez, perdido todo respeto, saltar al estribo y poner las manos violentamente en su persona,

llegando, según afirma un autor contemporáneo, hasta tirarle del bigote... ¡Así andaba el delegado de los reyes, así la autoridad suprema del reino!

En tan extremo conflicto echó mano el virrey de un recurso muy conocido, y rara vez puesto en práctica sin éxito. Empezó a tirar al pueblo puñados de monedas de oro, de las que iba provisto para la fuga, y a este medio debió su salvación. Pues, si oyó algunas voces que con noble acento resonaban: «No queremos tu oro, queremos que remedies nuestra miseria aboliendo injustas gabelas», los que del cerca apretaban la carroza se arrojaron, codiciosos, a la presa, haciendo un claro, que sostuvieron, valerosos, los caballeros, algunas personas bienintencionadas y unos cuantos soldados españoles que acudieron oportunamente; y abriéndose luego paso el ímpetu de los caballos, consiguió, el virrey llegar a San Luis, entrar dentro y cerrar las puertas de la iglesia y, del convento.

La multitud, furibunda y enardecida, se agolpó contra el nuevo asilo de la víctima que quería devorar, repitiendo en desaforados gritos: «¡Viva el rey de España! ¡Muera el mal Gobierno!», cuando un tiro de arcabuz, disparado inoportunamente desde el palacio, mató a un hombre desconocido del pueblo que se mostraba de los más inexorables. Huyeron en el primer momento los más tímidos, pero acrecentó sobre manera este incidente el furor de la masa popular. Una parte de ella acometió al palacio, se apoderó de él, despedazando a los españoles, y tudescos que encontró al paso, y destruyó cuanto le vino a la mano, arrojando por los balcones los deshechos muebles, rotos espejos y desgarrados cortinajes. Otra quedó bramando de furor en torno al convento, para apoderarse de él a viva fuerza. Y otra, puesto el cadáver desconocido en una silla, lo llevó por los barrios bajos, gritando: «¡A las armas!», y sirviendo de bandera a la ya indomable sublevación.

El cardenal Filomarino, arzobispo de Nápoles, a quien el estrepitoso rumor primero, y después los continuos avisos que recibió, le advirtieron el origen y los progresos del desorden, en cuanto supo la angustiada posición del virrey, voló en su carroza a ayudarle y a defenderle. El respeto de que gozaba en la ciudad, tanto por sí como por su elevado ministerio sacerdotal, le abrió el paso hasta la iglesia de San Luis. Allí el pueblo, que estaba ya rompiendo las puertas de unas accesorias, donde estaban refugiadas y en la mayor angustia algunas señoras, cercó respetuoso la carroza del prelado, rogándole con vivos clamores que arrancara pronto del tenaz virrey la abolición de los impuestos, repitiendo sus «vivas» y sus «mueras». El cardenal les ofreció hacerlo inmediatamente, diciéndoles que a eso venía; pero que era necesario, para conseguirlo, que se calmasen y contuviesen, con lo que logró aquietar un momento el desorden y entrar en el convento con la debida precaución para que no se lanzasen tras él los más atrevidos.

El virrey (no hemos podido indagar ni sospechar la causa), no tuvo por conveniente recibirle y abocarse con él. Y solamente después de hacerle esperar un rato le envió con un gentilhomme un pliego, en que, sellada y firmada de su puño estaba la abolición de la maldita gabela y la reducción de la de harinas. No contentó mucho al cardenal arzobispo este resultado de su visita; pero, ahogando generosamente, por lo crítico de las circunstancias, todo resentimiento, y deseando sólo salvar al duque de un desastre, y al pueblo napolitano de un gran crimen, salió a la calle y volvió a montar en su carroza, mostrando a la muchedumbre, con satisfactoria sonrisa y aire complacido, el papel, diciendo que iba a leerlo y publicarlo a la plaza del Mercado. Atrájose la atención general, y mandó secretamente al cochero que tomase la calle de Toledo arriba, logrando

llevarse tras de sí aquel numeroso gentío y retirarlo de San Luis, cuyos alrededores quedaron casi desiertos.

Pero a poco, aun cuando ya estaban bastante distantes, empezó a desconfiar el pueblo, reconociendo la opuesta dirección por donde se le conducía. Y exigió se le leyese aquel papel, tras del que iba como encantado. Fue preciso darle gusto, y en cuanto vio que no era tan satisfactorio como creía, pues ya solicitaba, no la remisión de una parte, sino la completa abolición de todos los impuestos, abandonó la carroza del arzobispo y se derramó en furiosas turbas. Unas fueron a recorrer la ciudad, para incendiar cuantas casillas de guardas había en ella; otras volvieron a San Luis, para entrarlo a viva fuerza y matar al virrey. Aquéllas lograron su intento, pero éstas se encontraron sin el objeto de su furor.

CAPITULO VI

El duque de Arcos, en cuanto vio lejos de la plaza a la furibunda multitud, aprovechando los momentos, saltó, con ayuda de los frailes, las tapias de un corral, y pasando a unas casas contiguas, fue al convento de los Ángeles de padres teatinos en Pizzo-Falcone, y de allí, por el barrio de Mortele, que aún estaba tranquilo, en una silla de manos llevada por soldados españoles, por no fiarse de los silleteros del país, se refugió en el castillo de San Telmo, situado en un cabezo que señorea la ciudad. Y lo consiguió con mucho trabajo, por ser la cuesta muy agria y haber tenido en algunos malos pasos del camino que echar pie a tierra y andar expuesto al sol, pues, siendo muy corpulento y obeso, no podían con él los que le conducían.

La fuga del virrey aumentó el furor de los sublevados. Mataron cuantos españoles y tudescos encontraron al paso, con circunstancias de ferocidad inaudita, y, apoderándose de sus armas, se derramaron por la ciudad en numerosos grupos, generalizando rápidamente la insurrección.

El príncipe de Bisignano, desde que vio atropellada la persona del virrey, conociendo que nada podía remediar, y no queriendo autorizar con su presencia tanto desorden, trató de evadirse y de retirarse con disimulo; pero, sospechándolo los amotinados más sagaces que le rodeaban, y que cuidaban como prenda de seguridad el que tan elevado personaje tuviese parte en aquellos excesos, lo estrecharon y vigilaron tan de cerca, que tuvo que disimular sus intenciones y que borrar las sospechas con sus razonamientos, dejándose llevar de un lado a otro, según el impulso de la turba que le empujaba. Llegó así por la cuarta o quinta vez al mercado, centro y foco permanente de la sublevación, y, con pretexto de descansar un rato y de rezar a la Virgen, entró en la iglesia del Carmen, seguido de cuanta gente cupo en ella. Allí, subiéndose al púlpito y tomando el crucifijo (como refiere el contemporáneo Giraffi), empezó a exhortar a la tranquilidad y al sosiego con muy sentidas palabras, ofreciendo que el arzobispo, él y los demás señores de la ciudad amigos del pueblo conseguirían del virrey cuanto fuese razonable para el bien general. No dejó de hacer efecto esta arenga en los circunstantes. Y creyendo el príncipe que haría el mismo en la muchedumbre que llenaba la plaza, salió, volvió a montar a caballo y prosiguió sus exhortaciones. Mas fueron completamente desatendidas; más bien

que calmar los ánimos, consiguieron irritarlos, pues todos gritaron que no podían ya fiarse de promesas ni de intercesiones, y, más furioso que nunca, se derramó el gentío, que ya pasaba de cincuenta mil hombres, a abrir las cárceles y a empezar sus particulares venganzas, habiendo también concebido ya el proyecto de apoderarse de San Lorenzo y de su torreón, depósito de armas y de artillería.

Se acercaba la noche, y los padres teatinos y los de la Compañía de Jesús, o de *motu proprio* o por orden del arzobispo, salieron de sus conventos con cruz y ciriales, dirigiéndose por distintos rumbos al mercado, y creyendo poder contribuir al restablecimiento de la tranquilidad con sus ruegos y amonestaciones. Y, aunque oyeron en su tránsito inusitados insultos del populacho y recriminaciones muy amargas, aunque bien fundadas, por los muchos bienes, libres de toda contribución y gabela, que poseían, continuaron su marcha majestuosa, y llegaron, casi a un mismo tiempo unos y otros, a la plaza del Carmen. Muy estrechos se vieron en ella entre la apiñada multitud, que no les dejaba paso y que les gritaba, furibunda: «Retiraos, padres, a vuestros conventos, y pues no salís a impedir que se nos desuelle con impuestos, no salgáis ahora a estorbar que nos libertemos de ellos». Con lo que temiendo, no sin causa, que pasaran más adelante los amotinados, se retiraron, deshecha la procesión, lo más pronto que pudieron.

También aquella tarde acometió una parte del populacho a San Lorenzo; pero opuso aquel punto, defendido por soldados españoles, tal resistencia al desordenado aunque impetuoso ataque, que se apartaron de él las turbas, escarmentadas. Más afortunadas fueron en el allanamiento de las cárceles, pues lo verificaron sin oposición, inundando la ciudad de los malhechores que en ellas estaban, y que dieron nuevo pábulo a la sublevación. La única que respetaron fue la de la Vicaría, tanto por haber sido palacio de Carlos V, cuyo nombre sonaba ya mucho, cuanto por ser de jurisdicción del arzobispo. En tanto, otro pelotón de amotinados asaltó la casa de un tal Vagliano, hombre riquísimo, que era cajero del impuesto sobre las harinas, y la saquearon y dismantelaron toda, arrojando por las ventana muebles, cuadros, tapicerías y hasta joyas y dinero, haciendo con, todo una inmensa hoguera. Y como uno de ellos intentase retirar de las llamas una moneda o una alhajilla de ningún valor, todos le gritaron, dándole sendos golpes, que «no se trataba de robar y que sería ahorcado el que lo hiciese».

Asaltaron luego las tiendas de los armeros, y se proveyeron en ellas de picas, alabardas y ballestas y de algunos arcabuces. Y queriéndose apoderar de una en que había algunos barriles de pólvora, encontrando resistencia, prendieron fuego a la casa, que voló con estrépito grande, causando la muerte de más de ochenta personas, hiriendo muchas más y poniendo en nueva confusión la ciudad.

Entró la noche, y el príncipe de Bisignano, molido de haber pasado todo el día a caballo, y desengañado completamente de que no podía de modo alguno dominar aquel espantoso desorden, muerto de hambre y de sed, y acrecentados con la fatiga y el disgusto los dolores de la gota, pensó en los medios de ponerle en salvo y de salir de aquel laberinto. Echó la voz entre los más razonables de aquellos furiosos, por medio de los que aún le respetaban y obedecían, de que era necesario descansar, para volver al día siguiente con más vigor a atacar el torreón de San Lorenzo, cuya ocupación era necesaria, y que era, al mismo tiempo, indispensable pasar la noche con orden, y en tal disposición que no pudiera ser el pueblo sorprendido; que convenía, pues, dividirse en varios cuerpos, que

ocuparan las plazas principales, donde, mientras unos tomaran alimento y durmiesen, los otros estuvieran alerta y vigilantes. Cundieron estas especies con rapidez por las turbas, ya hambrientas y cansadas, por lo que las juzgaron razonables, y se prestaron a ponerlas en práctica. El príncipe se apresuró a dar como pudo órdenes e instrucciones, dividió las masas, envió cada una, aunque sin orden ni concierto, a distintos puntos, y se quedó con una pequeña reserva, compuesta de sus Parciales, y cuando se vio menos vigilado, se separó con cautela y logró alejarse y entrar en Castelnuovo.

También el duque de Arcos, amparado de las tinieblas de la noche, mudó de asilo, pues aunque el castillo de San Telmo es de suyo fuerte y ocupa una ventajosísima posición, dominando la ciudad, y aunque estaba encargado de su mando y defensa don Martín Galiano, el famoso en Lombardía por su heroica defensa de Valenza del Po, estaba tan desprovisto que apenas tenía víveres para tres días y municiones para algunas horas de resistencia, por lo que determinó el virrey trasladarse con su séquito a Castelnuovo, también mejor situado por estarlo en la marina. Y así lo verificó, tomando las más oportunas medidas para la seguridad de su tránsito, y cuidando antes de proveer a las necesidades del castillo, por medio de los padres cartujos, que estaban inmediatos, y que se encargaron, como lo hicieron diestramente, de introducir en él municiones y vituallas, ayudando generosamente al socorro don Pedro Caraffa con dinero propio.

A medianoche salió de San Telmo el virrey con los del Consejo, varios nobles napolitanos, empleados, magistrados y una numerosa escolta de soldados españoles. Pero antes dejó convenidas con el gobernador ciertas señales, para avisarle cómo y cuándo debía romper el fuego sobre la ciudad en caso necesario, y envió también, con la debida cautela, algunos de sus confidentes a ella para avisar a los almacenistas que mojaran e inutilizaran cuanta pólvora hubiese en los almacenes. Llegó felizmente y sin obstáculo a Castelnuovo, cuyo gobernador, don Nicolás de Vargas Machuca, no había perdido tiempo en abastecerlo de lo necesario, y en acrecentar con oportunos reparos sus obras de defensa. Allí encontró el duque a su familia, que le esperaba con ansiedad, a muchos señores napolitanos, entre ellos al fatigado y desfallecido príncipe de Bisignano, a la mayor parte de los altos empleados públicos y gran número de personas comprometidas.

La noche avanzaba, y ofrecía la extensa Nápoles un aspecto espantoso. Dividido el inmenso pueblo, ya casi completamente armado, en distintas masas sin concierto ni caudillo, ocupaban las plazas principales.

Gruesos grupos, con presunción de patrullas, recorrían las calles en desorden. Confusos pelotones, con apariencia de grandes guardias, se establecieron avanzados a observar los castillos, las marinas y las puertas de la ciudad. En todas partes resonaban de cuando en cuando gritos furibundos, vivas y mueras. En todas circulaban mil ideas absurdas y contradictorias, mil falsas noticias, mil proyectos para el nuevo día. Pero en ninguna se ocurrió el pensamiento, ni se pronunció una sola palabra de independencia, de nacionalidad, de cambio de dominación. Haciéndose de continuo en todas respetuoso alarde de amor, de sumisión, de fidelidad al rey de España; no habiendo un solo individuo en tan innumerable gentío amotinado que se creyese rebelde. Ya el resplandor de un incendio se alzaba entre los altos edificios; ya se oía un tiro de arcabuz, que no se sabía quién lo había disparado ni a quien iba dirigido; ya un terror pánico se apoderaba de un grupo, que huía despavorido, poniendo todo un barrio en consternación; y en medio de

tan espantoso y confuso desorden, cruzaban buscando un asilo a favor de las tinieblas, trémulos y disfrazados, los nobles y los pudientes, ya solos, ya con sus aterradas familias, abandonando sus casas, sus comodidades y sus riquezas. Unos se acogían al arrimo de los castillos; otros lograban, a fuerza de oro, embarcarse en los botes y lanchas de Santa Lucía y de las playas de Chiaja y de la Margelina, y algunos se alejaban por tierra de la ciudad, para esconderse en los bosques o para refugiarse en las alquerías.

En la plaza del Mercado duraba permanente el foco y centro de la sublevación, ocupada siempre por inmenso gentío. Y allí estaba con su séquito Masanielo, sin haber aún ejercido autoridad ninguna en las turbas, ni dádoles dirección, aunque con una actividad prodigiosa y con una audacia satánica había tomado parte en los más importantes acontecimientos del día. Llegaron cerca de la medianoche a aquel sitio cuatro enmascarados, de muchos que, con los sayos y capuces de las cofradías, se habían mostrado en todas partes, acalorando la sedición. Y levantándose uno de ellos el antifaz, mostró a la luz de la luna y al resplandor de las hogueras ser el octogenario Julio Genovino, que, llamando la atención general, dirigió una larga y bien escuchada arenga a la muchedumbre que le rodeaba. Aplaudió mucho el que el grito general del pueblo fuese el de viva el rey de España y muera el mal Gobierno, «porque no se trata -dijo- de quitarle la corona y la soberanía de Nápoles, sino solamente de poner remedio a la injusticia y rapacidad de sus ministros y delegados». Y exhortando vehementemente a su auditorio a no soltar las armas hasta conseguirlo, y atizando el odio contra la nobleza, a quien culpaba de todas las miserias del país, y apuntando diestramente la necesidad de igualarla con el pueblo en los sediles de la ciudad, concluyó su discurso, asaz-elocuente, manifestando la urgencia de una cabeza y supremo jefe que regularizase los esfuerzos de todos y dirigiera la sublevación para que fueran felices y seguros los resultados.

Mucho efecto hicieron las palabras del sagaz anciano, pues ya se había conocido por instinto en la muchedumbre la necesidad de un resuelto jefe y denodado caudillo que la capitaneara; y Palumbo y Perrone y otros de los que más influjo lograban en el populacho, de acuerdo con Genovino, empezaron a esparcir el nombre de Masanielo, conociendo su audacia y, al mismo tiempo, lo fácil que les sería dominarlo por su incapacidad.

La especie cundió favorablemente y con rapidez por la ciudad toda, en el oportuno momento en que se extendió por ella la noticia de la fuga del príncipe de Bisignano y de la traslación del virrey a Castelnovo, y, conmoviéndose nuevamente los ánimos, y volviéndose a poner en desordenado movimiento las turbas, y tocando a vuelo las campanas del Carmen y de otras torres, que estaban en poder de los sublevados, y recorriendo varios grupos las calles con hachones encendidos, y creciendo por puntos la gritería, el desorden, la confusión, fue aclamado Masanielo supremo jefe y única cabeza del pueblo amotinado.

CAPITULO VII

Mientras en la plaza pública, al aire libre, bajo la bóveda inmensa de la noche, se consolidaba la sublevación, en las lóbregas estancias de Castelnovo se discurría sobre el

modo de sujetarla y deshacerla: no con medios violentos y decisivos, ya imposibles; no con las armas, escasas en número, y sin combate ya vencidas y desairadas, sino con la astucia y con manejos ocultos, aprovechando con destreza los desaciertos y poniendo en lucha y contradicción las pasiones y varios deseos de los amotinados. Y se resolvió emplear en estos medios el tacto, la actividad, la decisión que debieran haberse empleado con más justicia en no provocar el conflicto, con más nobleza en haberlo impedido, cuando sus primeros síntomas se manifestaron.

Propúsose, pues, el virrey recobrar con paciencia y sagacidad cuanto había perdido con su imprevisión, con su terquedad y con su indolencia, y conservar a toda costa la autoridad de derecho, ya que la de hecho le había sido tan fácilmente arrebatada. Para conseguirlo, se decidió poner todo su conato en procurar que el pueblo, continuase de, cualquier modo dirigiéndole peticiones, aunque fuesen las más descabelladas, porque eran siempre un reconocimiento tácito y un acto positivo de dependencia, y a aprobar, con su autorización oficial los nombramientos que hiciesen y cuantas disposiciones de gobierno, buenas o malas, tomasen los sublevados, para aparecer siempre como la cabeza y jefe supremo del reino. Decidido así a esperar los sucesos en la inacción, y a aprovecharse de ellos con habilidad, determinó valerse oportunamente de la influencia del cardenal Filomarino, que no podía ser favorable a la nobleza, y servirse de ésta de tal modo que si no le podía ser útil para sus planes, se hiciese sospechosa al pueblo, para imposibilitar una avenencia temible que pudiera muy bien convertir el motín en rebelión de muy grandes y trascendentales resultados.

Avínole bien al duque de Arcos, para llevar a cabo sus proyectos, el encontrarse en Castelnovo gran número de señores y caballeros, que, temerosos del furor popular, se habían allí refugiado, y que con celo y lealtad le servirían; con la mayor parte de los capitalistas y hombres acaudalados de la ciudad, que, temiendo persecuciones y despojos, sólo anhelaban el restablecimiento del orden; con empleados públicos de todas categorías que le ayudasen, y con el Consejo colateral, para dar más sólida legalidad a sus disposiciones.

Como varias veces hemos hecho ya mención, y continuaremos haciéndola en esta historia, de tan importante Corporación nos parece del caso decir algo de su forma y atribuciones. Componíase, pues, el Consejo colateral de los virreyes de Nápoles de cuatro magistrados, dos españoles y dos napolitanos, bajo la presidencia de un regente; y aunque entraban también en él algunos caballeros españoles y del país, que no usando toga se llamaban consejeros de capa corta, los licenciados, como siempre acontece, extendieron sagazmente su preponderancia, hasta invalidar la influencia de estos compañeros legos, quedándose de hecho solos y exclusivamente dueños de las deliberaciones y, por consiguiente, del Poder. Fue creado este Consejo por el suspicaz don Fernando el Católico, cuando concibió tan infundados recelos de las nobles y leales intenciones del Gran Capitán, y quiso con él poner coto, sin deprimirla, a la autoridad de los virreyes. Estaban éstos obligados a consultar al Consejo colateral en todos los asuntos graves, pero no a seguir siempre su dictamen; mas, en las disposiciones que debían tener fuerza de ley, se necesitaba su consentimiento y su refrendo, siendo en todos casos un alivio grande de responsabilidad personal. En las difíciles circunstancias en que se había colocado el

duque de Arcos, y para la ejecución del plan que se proponía, ya se deja conocer cuánto le importaba la asistencia de tal Corporación.

También encontró en el castillo al duque de Maddalone, señor de ilustre prosapia y de pingüe y antiguo estado, pero de desordenada vida y desarregladas costumbres, que estaba allí preso hacía algunos días por la abierta y desvergonzada protección que daba a los forajidos del campo y a los malhechores de la ciudad. Y, según el conde de Módena, a quien seguiremos más de cerca en la segunda parte de esta historia, por sospechas de que había contribuido al incendio de la nao capitana, que referimos en su lugar, cargo que nos parece poquísimamente fundado, cuando ni aun siquiera lo insinúan los otros escritores contemporáneos y nacionales, que hablan largamente de este personaje. Parecióle al virrey hombre utilísimo en aquellas circunstancias para cooperar a sus planes, aunque dudaba de su buena fe. Entrando en conferencia con él, y después de tantearlo muy a su sabor y de asegurarse de que por falta de medios era incapaz de trabajar por cuenta propia, lo juzgó buen hallazgo, y determinó servirse de él en ocasión oportuna, poniendo en juego las relaciones que le ligaban con Porrone y Palumbo, como protector de sus fechorías, y la intimidad con que trataba a Genovino, el más temible y astuto y de cabeza verdaderamente revolucionaria de todos los revoltosos.

En meditar estos planes, y en dar los primeros pasos para llevarlos a efecto, pasó el duque de Arcos la noche, siempre con el oído atento a los rumores de la ciudad. Mas deseando, al mismo tiempo, no perder del todo la posesión de ella, envió alguna tropa española y alemana a desembarazar las inmediaciones del castillo, a ocupar el palacio abandonado, que estaba y está unido a la fortaleza por un puente; a asegurar las avenidas con fosos y reparos y a establecer un puesto militar en Pizzo-Falcone, punto elevado y muy importante; todo lo que consiguió sin ruido y sin tener que hostilizar al pueblo, de asiento en el mercado, y derramado por otros parajes de la ciudad en el mayor desorden.

Salió el nuevo sol a presenciar nuevos atentados y espantosas venganzas, y resonó por todas partes el estruendo de tambores y clarines, el ruido de las armas y los clamores de la muchedumbre, considerablemente acrecentada con los habitantes de los pueblos y caseríos de la comarca, que acudían armados con los útiles de labranza, convertidos en instrumentos de guerra, a hacer causa común con los de la capital. Y no sólo los hombres hacían ya alarde de aquel formidable aparato guerrero, sino que también las mujeres y niños, con escobas, asadores y cuchillos, y aun con alabardas y alfanjes, echando fieros y bravatas y despreciando el peligro, acrecentaban la sublevación.

Puestas, pues, con el nuevo día en movimiento las turbas populares, ya dirigidas, aunque todavía no completamente, por el pescadero Masanielo, recorrieron la ciudad en busca de pólvora y municiones, porque ya se habían procurado no sólo gran número de espadas y de alabardas, sino también muchos mosquetes, arcabuces y escopetas, y siete cañones de corto calibre, que encontraron, por indicación de una criada, enterrados en el patio de la casa de un armador de naves. Acudieron a los depósitos y almacenes públicos, donde creció de todo punto su furor, hallando la pólvora mojada e inútil. Tomáronla, sin embargo, a fin de secarla al sol, y fueron a buscar, para matarle, a un tal Buzzaccarino, que era el que la tenía en custodia; mas, no hallándole, porque lo supo a tiempo y se refugió en Castelnovo, le asaltaron la casa, quemando y destruyendo cuanto en ella había.

Noticiosos luego los amotinados de que en el Mandaracho, barrio junto a la marina, había un mercader de ella, corrieron allá, y, no escarmentados con la voladura de la tarde anterior, entraron en tropel con algunas cuerdas encendidas, e inflamándose la pólvora que, efectivamente, en buena cantidad estaba allí almacenada, su explosión arruinó la casa, con muerte de cuantos estaban dentro y en sus alrededores, cuarteando los edificios contiguos y estremeciendo toda la ciudad. Pero mientras unos huían despavoridos y otros se acercaban a sacar de entre los escombros a los heridos, que pedían socorro con dolorosos clamores, un pelotón de pueblo en el mayor desorden corrió al palacio de don Ferrante Caracciolo, duque de Castel de Sangro, apoderándose de un depósito considerable de excelentes armas que en él había. Y el efecto que hizo en los ánimos la explosión, y el disgusto de las desgracias que con ella habían ocurrido, y las disputas por el reparto de las armas nuevamente adquiridas, y palabras irritantes, y noticias sin fundamento que circularon por la muchedumbre, acrecentaron tanto su furor, inspirándole tal frenesí de desorden, de destrucción, de venganza, que, noticioso el virrey, avisó desde Castelnovo a San Telmo que tuviera la artillería pronta para la primera señal.

No se creyó, al cabo, conveniente hacer uso de esta medida extrema, y el duque de Arcos, para divertir un momento el furor de los sublevados, o para tentar el camino de amansarlos, o para empezar a poner en ejecución su proyecto de aumentar la desconfianza que de los nobles tenía el populacho, rogó al príncipe de Bisignano, a pesar de lo escarmentado que estaba del día anterior, o acaso por esta razón misma, que volviese con nuevas ofertas a la plaza del Mercado. El buen caballero prestóse a disgusto, aunque de muy buena fe, deseoso de manifestar su celo por el servicio de la corona; y con Héctor Ravaschiere, príncipe de Satriano, salió de Castelnovo. Eran ambos personajes de mucha importancia en el reino, condecorados con la excelsa insignia del Toisón de Oro, y atravesaron a caballo la marina, llevando en la mano un escrito del virrey, ofreciendo al pueblo la abolición total de los impuestos sobre la fruta y las harinas.

Llegaron a la plaza del Mercado, no sin dificultad y aun peligro, porque el furor popular andaba muy crecido y desmandado, y oyeron en su tránsito ya «vivas» y alabanzas, ya «muera» y vituperios, según las ideas momentáneas de los grupos que atravesaron. En la plaza, ceñidos de espesa muchedumbre, en presencia de Masanielo y de los otros jefes de la insurrección, volvieron a las arengas y exhortaciones, leyendo en sonora voz las ofertas del virrey. Los sublevados, que, orgullosos con el buen principio de su empresa, llevaban ya mucho más adelante sus pretensiones, y cansados de tantas promesas no cumplidas, se agitaron furiosos en derredor, comunicando su movimiento a los ángulos más remotos de la plaza; y con espantosos bramidos, afrentando el nombre del virrey e insultando a sus nobles mensajeros, pidieron a una, la abolición de todos los impuestos extraordinarios establecidos por los virreyes, y que les entregasen sin demora el privilegio original de Carlos V, en que estaban consignadas, clara y terminantemente, las exenciones de que debía gozar la ciudad. Desairados y aburridos, trataron de retirarse ambos príncipes, cuando llegó el de Montesarchio con nueva comisión del virrey; pero, sin dejarle hablar, se alzó tal gritería, fueron tan formales las amenazas y aun los amagos, y, llegó a tal extremo el calor de las apiñadas turbas, que los tres, con dificultad suma, y con peligro inminente de ser sin piedad despedazados, se refugiaron más que de paso a su guarida. El sagaz y perseverante Julio Genovino era el que había recordado este documento

importante para el pueblo, y el que, para empeñarlo a que con todo tesón lo solicitase, se lo había pintado como la panacea, que debía curar todas sus miserias y desventuras.

Crecía por puntos el furor popular, viendo ya en todo engaños y traiciones de la nobleza, idea que los directores de la conmoción inculcaban con empeño en las masas, ignorando, ¡insensatos!, que con ella ayudaban a los planes del virrey, inutilizaban todos sus esfuerzos, quitaban consistencia al movimiento, se creaban enemigos terribles y hacían imposible todo futuro arreglo en bien del país.

Resonando por todas partes el tremendo grito de «¡A las armas!», cuando nadie las había soltado; tocando las campanas a rebato, como para provocar a una reunión, que hacía veinticuatro horas que no se disolvía, y que continuamente se acrecentaba, se preparaban las agitadas turbas a combatir, no se sabe con qué enemigos, cuando los padres dominicos, a pesar de la mala acogida que tuvieron el día anterior los teatinos y jesuitas, quisieron salir también en procesión a probar fortuna. Pero a pocos pasos, viendo que el populacho los escarnecía y baldonaba, y que, hollando todo respeto, se arrojó hasta arrancarles la cruz que los guiaba, retiráronse, afligidos y escandalizados, a su convento; y en su iglesia, como se había ya hecho en las demás por orden del arzobispo, manifestaron el Santísimo, apelando a la misericordia del Cielo, única que podía salvar ya la desventurada Nápoles de la calamidad que la afligía y de los desastres que se le preparaban.

CAPITULO VIII

En medio de la confusión y desorden que la ira sin objeto, y el movimiento sin dirección producían, apareció a caballo, también mensajero del virrey, el prior de la Roccella; y como todos, sin dejarle hablar ni respirar siquiera, le pidiesen con desaforados gritos el privilegio de Carlos V, se le ocurrió en mal hora, para salir del apuro, decir que estaba en el archivo de San Lorenzo. Y la masa popular que le estrechaba, con uniforme impulso llevándose lo consigo, se lanzó en la dirección de San Lorenzo, con un clamoreo aterrador. El aturdido caballero, que había soltado la especie a tuestas y como medio evasivo, ignorando si el tal documento estaba allí, y cómo buscarlo ni exigirlo en caso de que estuviese, y si era posible acercarse y penetrar en aquel punto fuerte, defendido por soldados españoles, trasudaba acongojado, sin saber cómo salir del compromiso en que tan ligeramente se había puesto, y en que le iba, de seguro, la vida. Pero hizo su buena suerte que el pueblo se distrajese y arremolinase un instante, por cualquier incidente insignificante, que tan comunes son en los grandes bullicios, y aprovechándolo el prior, saltó del caballo, y a favor de la confusión, tomando a todo correr por una callejuela, logró esconderse en un convento de teatinos, y de allí volver disfrazado a Castelnovo.

El virrey, aunque con mentido semblante mostraba sentir en el alma el mal suceso de sus mensajes y los insultos que habían recibido los ilustres mensajeros, se complacía sobre manera, porque, enconándose más y más los ánimos de nobles y plebeyos, se hacía cada instante más imposible su reunión, que era lo que en aquella situación más temía. Y después de condolerse con los fugitivos y de informarse por sus relaciones, que algo exagerarían el miedo y el desaire, del estado de la ciudad, creyó llegado el momento

oportuno de servirse del duque de Maddalone, ora para tentar de veras un concierto, ora para también desacreditarlo. Llamólo aparte, dióle sus instrucciones y, volviendo a asegurarse de su buena fe, lo envió, animoso, en busca de los sublevados.

Presentóse el duque a caballo en la plaza del Mercado, habiendo tenido en su tránsito buena acogida, pues su desenvoltura, su despilfarro, sus conexiones con la gentuza y hasta sus desórdenes y calaveradas lo hacían grato a la muchedumbre. Muy bien recibido fue también por Masanielo y por los antiguos conocidos que capitaneaban las turbas, y, rodeado de inmenso gentío, a quien logró imponer silencio, comenzó a exhortarlo a la tranquilidad y a la quietud, ofreciendo que el virrey haría todo cuanto deseara el pueblo.

Éste, que oyó repetir las mismas razones y las ofertas mismas que le habían ya traído los anteriores emisarios, empezó a arremolinarse y a interrumpir al duque con un sordo murmullo, que, creciendo rápidamente, acabó en horribles alaridos de indignación, y en el grito, por unánime aterrador, de «¡El privilegio de Carlos V, el privilegio de Carlos V!», estrechando de tal modo al mensajero que casi tenía suspendido su caballo sin tocar con los pies en el suelo. No se acobardó Maddalone, y con desembarazo dijo, y con seguro acento: «Bien, dejadme; iré a buscarlo»; e hicieron su voz resuelta y su ademán decidido tal efecto en la muchedumbre amenazadora que lo ahogaba, que, abriéndose, le hizo calle, por donde a toda rienda volvió a Castelnovo.

Aprovechó la ocasión el solapado Genovino (tal vez con ánimo de llamar la atención general para proteger la fuga de su conocido), y, alzando la voz, arengó al pueblo, inculcándole la importancia de haber a la mano el privilegio que deseaba porque con él se demostraría cuán ilegales eran todas las gabelas impuestas por los virreyes a la ciudad; y también insistió en la necesidad de exigir que en los sediles de ella se igualase completamente al pueblo con la nobleza, cuya tiránica avaricia y cuyo abandono de la causa pública decía ser los verdaderos motivos del abatimiento y miseria, del reino de Nápoles, y concluyó exhortando de nuevo a la fidelidad al rey de España, pues no eran de modo alguno rebeldes, dirigiéndose sus esfuerzos solamente contra los inicuos ministros que tan mal le servían, oprimiendo a los súbditos y privándole con vergonzosas rapiñas de más de la mitad de lo que producían los donativos y legales tributos de aquel fidelísimo reino; ideas todas que cundían rápidamente y hacían grande y profunda impresión en las masas populares.

Empezaba la sublevación a tomar la consistencia que da siempre una organización buena o mala, que regulariza y da unidad al movimiento. Ya estaba acatado y reconocido el pescadero Masanielo como cabeza suprema del pueblo; Domingo Perrone y José Palumbo habían sido nombrados sus tenientes; Julio Genovino, consejero; y un joven osado y fogoso, llamado Marcos Vitale, su secretario. Éstos, componiendo una especie de cuerpo soberano, y de acuerdo con los otros hombres del pueblo más influyentes, dispusieron nombrar con las formalidades posibles un electo del pueblo que reemplazase al apedreado Naclerio, y dieron cierta forma a la masa de sublevados activos, que pasaba ya de ciento cincuenta mil hombres, dividiéndola por barrios o cuarteles, dando a cada uno por cabos a los que ya ejercían en él influencia y que más calor y osadía habían demostrado en los acontecimientos anteriores.

Organizada de un modo o de otro la insurrección, fuerza era que ocupase su actividad infernal en alguna empresa; pero no teniendo enemigos con quien combatir, pues no miraban como tales a las tropas que ocupaban el palacio y la altura de Pizzi-Falcone, y aún duraba el escarmiento de la intentona sobre la torre de San Lorenzo, se ejercitó en costosas venganzas y en incendios inútiles, que nos es indispensable, aunque doloroso, referir. Masanielo y los que le rodeaban formaron una lista de más de sesenta casas, que debían ser asaltadas inmediatamente, como se verificó sin apelación. Ya se deja conocer que en la designación de ellas tendrían gran parte los odios y resentimientos personales de los que la hicieron.

Era la primera de la lista, cosa natural, la casa de Jerónimo Letizia, arrendador del impuesto sobre el consumo de harinas, a quien tenía el pescadero particular ojeriza por la prisión que, como dejamos referido, padeció su mujer. Fue, pues, inmediatamente acometida y desmantelada, arrojando a la calle por los balcones cuanto había dentro, hasta las puertas y celosías; y amontonado todo, hicieron con fajinas embreadas, de que llevaron a la empresa gran provisión las mujeres y los muchachos, una espantosa hoguera. En ella ardieron preciosos muebles, magníficas alfombras, ricas telas, joyas de gran valor y hasta sacos de dinero. La muchedumbre, atizando el fuego y exaltada a la vista de las llamas, que todo lo consumían, gritaba frenética, como refiere Giraffi: «Todo esto es sangre nuestra; así merecen arder en el infierno los que nos la han chupado.» De allí fue la turba, llevando consigo tizones de aquella hoguera para encender más pronto otras, a la casa o, por mejor decir, palacio de Felipe Basili, que de pobre hornero había en pocos años héchose poderoso con los arriendos de varios arbitrios, y lo destruyeron y quemaron todo. Viéronse allí arder estrados de riquísimo brocado, colgaduras y cortinajes de damasco, delicada lencería, hermosos espejos de Venecia, cuadros de gran mérito, piezas de vajilla de oro y de plata, y hasta un saquito lleno de gruesas perlas; dos hogueras en la plaza del Espíritu Santo consumieron brevemente tan ta riqueza. En seguida fue asaltada y destruida la casa del consejero Antonio de Angelis, a quien llamaba el vulgo «consejero del mal Consejo», y nada perdonaron las llamas; ni más de diez mil pesos ea metálico que en los mismos sacos en que estaban fueron arrojados en ellas, sin despertar la codicia de los incendiarios.

Sobrevino la noche y no puso término a la obra de destrucción, pues se dirigieron las turbas a la casa del consejero Miraballo, situada en el arrabal de las Vírgenes y la destruyeron y abrasaron. Luego, acometiendo el palacio de Andrés Naclerio, el electo, entregaron al fuego, sin piedad, cuanto en él había; arrasaron furiosas un precioso jardín de plantas y flores exóticas, traídas con gran costo y cultivadas con cuidadoso esmero, y destruyeron en él primorosas fuentes y curiosos juegos de agua.

Grandes riquezas, incalculables capitales, fueron destruídos en un momento aquel día nefasto, sin considerar cuánto podía importar su conservación para acudir a las necesidades públicas y a las mismas urgencias de la sublevación; pero siempre las turbas populares, que jamás calculan ni piensan en lo por venir, creen ciegas que destruyendo lo que pertenece a sus tiranos, se libertan de la tiranía, y desconocen, en su odio a los ricos, que la suma de las riquezas particulares forma la riqueza pública.

El humo y las llamas de los voraces incendios que, atizados por una muchedumbre frenética, devoraban en cortos instantes inmensos recursos, avisaban a las infelices

familias que, refugiadas en Castelnuovo, tenían desde sus almenas fijos los ojos en la parte de la ciudad, donde estaban sus casas, que eran ya víctimas del furor popular y que caían de la cumbre de la opulencia en el abismo de la pobreza y abatimiento. ¡Lección terrible para los que se enriquecen a costa de la miseria pública, haciendo imprudentemente alarde de sus tesoros, sin temer que puede llegar un día en que la víctima se convierta en verdugo!

Lo ciertamente notable en aquella ocasión fue que, en medio de tanta confusión y desorden, entre aquellas turbas sin ley ni rey, entre tantos miserables desharrapados que carecían de todo medio de vivir y tantos malhechores y forajidos, aun cuando rodaban por el suelo monedas de oro y piezas de plata, sólo tres miserables osaron sustraer algo, y esto harto mezquino y despreciable para encontrar en el acto un pronto y ejemplar castigo. Pues mirándolos con horror cuantos a la destrucción cooperaban, fueron llevados ante el inflexible Masaniello, quien inmediatamente condenó al uno, que había guardado un freno de caballo, a cincuenta palos, y a los otros dos, que habían tomado una taza de plata y un cuadrito con el marco del mismo metal, a la horca, cumpliéndose la sentencia en el acto por mano del verdugo.

Y también es digno de notar y lo es de consignarse en la Historia, como prueba del espíritu que reinaba en el pueblo napolitano, que en medio del saqueo general y de aquel completo desorden, se salvaban con el mayor respeto los retratos del rey que se hallaban en las casas proscritas, colocándolos inmediatamente en las esquinas inmediatas con fervientes aclamaciones bajo un dosel improvisado con las más ricas telas, que para este solo objeto retiraban de las llamas. Ejemplo grande del amor incomprensible que conservaban los amotinados al soberano, cuyos ministros escarnecían y cuyos súbditos asesinaban, y muestra clara de que no pensaron los napolitanos en separarse de España hasta que dieron oídos a instigadores extranjeros, que ya acudían a la ciudad para sacar partido de las circunstancias.

CAPITULO IX

La pretensión del pueblo de que se le entregara el privilegio de Carlos V puso en grande embarazo al duque de Arcos, no porque se negase a hacerlo, sino porque era imposible, ignorándose completamente si existía, pues aunque se practicaron las más exquisitas diligencias para dar con él, fue imposible encontrarlo ni sospechar siquiera su paradero. El manuscrito de Agnello della Porta dice que «no se hallaba o, por mejor decir, no se quería dar con él por estar interesados los arrendadores de las gabelas en que no se presentase». El de Capecelatro, digno de mayor crédito, se expresa en estas palabras que traducimos a la letra: «Los curiosos de las antigüedades de Nápoles no han visto nunca tal concesión; pero se dijo que los nobles la habían ocultado.»

Y el moderno historiador Baldacchini, citando a estos contemporáneos escritores, añade: «Que muchos piensan que el tal documento fue quemado por los españoles, y otros que fue enviado a España y allí archivado.» Lo cierto es que, no pudiendo haberlo a la mano, discurrió el virrey, mientras lo disponía mejor, que se escribiese en pergamino con las fórmulas acostumbradas y con encabezamiento de letras de oro y con sus

correspondientes sellos, una confirmación de aquel privilegio, alzando todas las gabelas de la ciudad y del reino y dejando sólo los impuestos que había en tiempo de aquel emperador, y se ocuparon toda la noche diestros pendolistas en este trabajo, que fue entregado al duque de Maddalone para que lo llevase al pueblo.

Al empezar el día tercero de la insurrección presentóse a caballo este personaje en la plaza del Mercado llevando en la mano el flamante pergamino y llamando con él la atención general. Pero apenas empezó a leerlo en alta voz, conociendo el pueblo que no era aquél el documento que solicitaba y que el mismo duque le había indirectamente ofrecido, prorrumpió en desaforados gritos, diciendo: «¡Traición, traición! Mueran los nobles, que nos engañan. Queremos el privilegio de Carlos V, escrito con letras de oro, no modernas, sino de aquel tiempo, y no en pergamino nuevo, sino viejo y antiguo». Quiso, turbado, Madalone manifestar que el original que deseaban no se había encontrado, y que aquél tenía la misma fuerza y valor; cuando llegando decidido Masanielo, recordando acaso que pocos días antes había recibido a la puerta del duque algunos insultos yendo a vender pescado, lo trabó con violencia de un brazo y lo tiró del caballo a tierra, amenazándolo de muerte y llamándole traidor y engañador del fidelísimo pueblo. Gran peligro corrió el ilustre mensajero, acometido y pisoteado por la muchedumbre, sin que ninguno lograra herirle, por el ansia misma con que todos lo solicitaban. Algunos agradecidos que tenía entre la turba lo socorrieron, y Masanielo mismo, enviándolo preso y maniatado al convento del Carmen bajo la custodia de Domingo Perrone. Mientras duró su prisión, que fue pocas horas, tuvo, sin duda, tiempo de entenderse con su antiguo favorecido y ahora carcelero, combinando atrevidamente un plan harto osado, cuyos resultados no tardaremos en referir, y en cuanto halló oportunidad, ayudado por su guardador mismo, huyó disfrazado, tomó una falúa que le condujo a una playa remota, y no tardó en volver a caballo a una de sus posesiones no lejanas de Nápoles.

Tomasso De Santis y otros autores cuentan que después vino a corto rato el prior de la Roccella con un duplicado del mismo documento, pero en lo ocurrido a este caballero, como dejamos relatado en el capítulo anterior, hemos seguido el prolijo diario de Giraffi, testigo de vista, y que no hace en este día mención alguna de él, ni parece posible que el prior, después de haber burlado al pueblo la tarde anterior, viniese sin defensa a entregarse a su venganza, ni que en los escasos momentos con que contaron en Castelnuovo hubiera habido tiempo para entretenerse en hacer copias y duplicados, ni que el virrey creyese que desechado el pergamino que llevaba Maddalone aprovechase el encargado al prior, siendo enteramente iguales. El conde de Módena, que se complace en exagerar el maquiavelismo, que no negamos ni aplaudimos, del duque de Arcos, dice, bien que como sospecha suya, que él fue quien avisó a la plebe de que el documento que iba a presentar Maddalone era falso y de ningún valor, como asegura también que repartió bajo mano a los amotinados doce mil arcabuces para que se defendieran de cualquier intentona de la nobleza, especie tan absurda que no necesita de refutación.

De un modo o de otro, bien fuera solo por el duque de Maddalone, o bien acompañado o seguido del prior de Roccella, hecha la presentación de la confirmación del privilegio de Carlos V a los sublevados, no hizo este documento otro efecto en ellos que el de acrecentar su furia y animarlos a proseguir sus saqueos y sus venganzas, y también el de

aumentar el prestigio de Masanielo con el populacho, pues su violenta acción de poner la mano en tal elevado personaje dio al vulgo una alta idea de su arrojo y de su poder, con lo que ensoberbecido el pescadero, publicó un bando con pena de la vida para el que desertara de la causa popular y para los que indiferentes e indecisos no la abrazaran y siguieran en el término de veinticuatro horas. Esta disposición aumentó el número de los alborotadores con muchos que, tímidos, no habían osado presentarse, y acrecentó el número de los refugiados en las fortalezas con todos los que temieron tal compromiso.

Derramáronse las turbas a proseguir los incendios y destrozos, pues habiendo llegado a Masanielo, siempre de asiento en el Mercado, algunos exaltados a quejarse de que el duque de Caivano se jactaba de que su casa no sería asaltada y de que no temía a aquellos descamisados, mandó acometerla inmediatamente, y no sólo destruyeron y quemaron el palacio que el tal duque tenía y habitaba junto a Santa Clara, ardiendo en él documentos importantísimos, pues era secretario general del reino, sino que también allanaron el palacio en que vivía su hijo, la casa de su hermana y hasta una quinta que tenía en Posilipo.

En seguida entró el pueblo al almacén de un genovés, proveedor de armas, y tomaron allí mil quinientas de fuego. Asaltó y arrasó después el palacio de un tal Cevallos, que de pobre escribiente de Rentas había llegado a titularse duque de Ostuna y a comprar en Puglia un Tico estado, que producía sesenta mil ducados de renta. De allí se encaminaron las turbas, cada vez más ansiosas de destrucción, al palacio de César Lubrano, hombre riquísimo, que de mozo de la aduana había llegado, arrendando gabelas, a comprar para su hijo un alto título y un pingüe feudo. Y como averiguase el pueblo que había ocultado la noche anterior sus más ricas alhajas y mejores ropas en un convento inmediato, no respetó la inmunidad, y sacando de él cuanto estaba escondido lo entregó a la voracidad de las llamas.

Contar extensamente y por menudo todos los edificios de más o menos importancia saqueados y enumerar todas las riquezas quemadas por aquella banda de energúmenos sería enojoso y desagradable. Baste saber que la ciudad estaba llena de hogueras de destrucción, donde cuanto pertenecía a nobles o ricos era sin piedad reducido a cenizas, y llegó a tanto el ciego furor de los incendiarios, que arrojaban vivos a las llamas caballos de regalo de gran precio, y las mulas de tiro que encontraban en las caballerizas y hasta las aves domésticas y los perros de caza.

Masanielo deseaba emprender algo que acreditase su mando y que diera nuevo aliento a la sublevación. Y aconsejado, sin duda, por Julio Genovino (que como tan entendido y experimentado debía de conocer que aquellos incendios y venganzas en cosas inanimadas, además de destruir la riqueza del país y de aumentar enemigos no harían más que malgastar la actividad de las turbas y que al cabo habían de caer en el cansancio, síntoma precursor de la muerte de los alborotos que duran mucho sin positivos resultados) determinó apoderarse a toda costa de San Lorenzo. Su situación en el centro de la ciudad, el ser una especie de Casa consistorial, donde en lo antiguo se reunía el Parlamento y ahora celebraban sus sesiones los electos y diputados municipales, por lo que era mirada con gran respeto, el encerrar un archivo público y, el haber allí en una torre bastante fuerte un gran depósito de armas y de artillería, hacían muy importante su

ocupación, y no siendo pertenencia real, no creían el atacarlo acto de rebelión, a lo que tanto horror tenían todos aquellos sublevados.

Diez mil hombres se aprestaron con el orden que les fue posible para la empresa, de que se encargó Masanielo en persona, y divididos en varios trozos marcharon sin confusión por distintas calles hacia San Lorenzo. Llegados que fueron empezaron el ataque con arrojo y no sin acertada dirección contra el convento. Lograron entrar en él, ahuyentar a los religiosos y establecerse con ventaja para embestir el torreón. Defendíanlo cuarenta buenos soldados españoles mandados por el bizarro mayor napolitano Biagio de Fusco, y estaban además acogidos allí varios caballeros y empleados, que engrosaban la guarnición. Dio el pueblo la arremetida con calor y no con gran desconcierto; pero la certera arcabucería de los defensores lo rechazaba constantemente con notable pérdida, mas no con escarmiento, pues los apiñados pelotones, hacinando los cadáveres, repetían sobre ellos los asaltos.

Y después de tres largas horas de defensa, combatida la torre desde la calle con un cañón de grueso calibre, desquiciadas sus puertas con petardos y atacada con arte y con tenacidad por la parte del convento, tuvo que rendirse a discreción. Los refugiados que en ella estaban se evadieron, aprovechando el desorden. Los soldados españoles, muy mermados y muerto su bizarro capitán, rindieron las armas y se entregaron sin más partido que salvar las vidas.

Importantísima adquisición fue esta para los sublevados y grande el orgullo del pescadero por la victoria, que aseguró completamente su dominio: el entusiasmo del triunfo fue universal. Dueño el pueblo de la torre de San Lorenzo, enarbó en ella el estandarte, real, y debajo, el de la ciudad de Nápoles, y expuso en un dosel, en la parte exterior con repetidas aclamaciones y salvas, el retrato del rey Felipe IV, que encontró en la sala de juntas, y puso a vuelo la campana mayor, que se llamaba de la Ciudad, y cuyos sones, que atronaban la atmósfera, retumbando en las bóvedas de Castelnuovo, fueron el primer aviso que tuvo el virrey de la pérdida de punto tan importante. Quemaron los vencedores casi todo el archivo público, con pérdida de instrumentos de mucho interés para el reino y para los particulares, revolviéndolo todo en busca del privilegio de Carlos V, y se apoderaron de gran cantidad de armas y municiones, y de dieciocho gruesas piezas de artillería, que repartieron por las puertas y plazas de la ciudad, provistas de todo lo necesario para servirse de ellas con ventaja.

Manifestábase la alegría popular con toda suerte de extravagancias y desórdenes, y los vencedores, embriagados con su triunfo, se creían ya dueños del Universo, cuando llegó la noticia, reproduciendo la alarma, de que quinientos alemanes venían por el camino de Puzzoli y algunas compañías de españoles, procedentes de la guarnición de Capua, por el de Aversa. Marchó Masanielo al encuentro de éstos con fuerzas tan superiores que los destrozó fácilmente, y envió a uno de sus tenientes contra los otros, que sin mucho trabajo quedaron prisioneros. Más tarde, otras compañías de caballos, también llamadas por el virrey, se acercaron a Nápoles con las debidas precauciones, y viendo de lejos el muro artillado y las puertas cerradas y defendidas, retrocedieron oportunamente.

Obedientes al terrible tañido de la campana de la Ciudad, empezaron a acudir de todas las inmediaciones hombres armados a engrosar la sublevación; pero Masanielo, que en

verdad no necesitaba más gente y que empezaba a conocer los inconvenientes de la confusión, los enviaba de nuevo a sus hogares con orden de defenderlos de los españoles y de los nobles, extendiéndose así rápidamente por toda la comarca el movimiento de la capital.

CAPITULO X

Viendo el duque de Arcos que la sublevación tomaba una consistencia peligrosa y deseando ya tentar el vado a las negociaciones, discurrió, a nuestro modo de ver con poca oportunidad, enviar un mensaje al desvanecido pescadero, pidiéndole cortésmente, y como de igual a igual, algunos víveres delicados para sí y su familia. Lisonjeado sobre manera el caudillo popular con esta petición, se apresuró a concederla y a enviarle una crecida provisión de exquisitas frutas y otros regalados refrescos, en que abundaba ciertamente la ciudad. Mas cuando muy ufano entendía en disponer la remesa, haciendo alarde de su generosidad con el refugiado de Castelnovo, algunos de los que le rodeaban, mirando de mal ojo tanta premura en el hombre del pueblo, le dijeron que no se diese tanta prisa en complacer a sus opresores ni diese tanto aprecio a halagos dispuestos para adormecerlo y amansarlo, y haciéndole subir al campanario del Carmen, que señorea el mar, le mostraron una galera que maniobraba con diligencia para acercarse a la playa y tomar a bordo dos compañías de españoles, que debían ir a reforzar la guarnición del castillo o a verificar tal vez un desembarco donde más conviniese para hostilizar a la sublevación. Indignóse Masanielo, y por remediar pronto el descrédito que le podía haber acarreado su buena fe y su generosidad, juntó las turbas, gritando: «¡A las armas!», y salió decidido con fuerza escogida y numerosa al encuentro de aquellas tropas. Éstas, viéndose descubiertas e imposibilitado el embarco, intentaron la retirada; mas siendo imposible, se hicieron fuertes en un convento, teniendo pronto que rendirse después de una inútil aunque vigorosa resistencia. Este nuevo triunfo aumentó el entusiasmo, y volviendo los vencedores al mercado, reunidos con los de San Lorenzo y con los de las facciones anteriores, dispuso Masanielo repartirles, no sólo los refrescos con tanta prisa preparados para el virrey, sino gran cantidad de víveres y de barriles de vino, que se sacaron de los almacenes públicos. Mereció y obtuvo por esto los mayores aplausos y los más sonoros vivas de la muchedumbre, que, comiendo, bebiendo, poniendo aparte para la familia y destrozándolo todo, gritaba: «¡Todo es nuestro, todo está comprado con nuestra sangre!». Y aún no contento el caudillo con haber dado tan cumplida satisfacción a las sospechas de los unos y con haber completamente desconcertado las asechanzas de los otros, para asegurarme más la confianza del pueblo, y para poner en más aprieto a los españoles, mandó fortificar las avenidas del palacio y de los puestos donde permanecían las tropas y cortar los víveres a los castillos, que hasta entonces habían conservado franca comunicación con la ciudad.

Mucho cuidado dio al virrey la actitud hostil de los sublevados, su marcada decisión y su fortuna y regularidad en las operaciones que intentaban. Y aunque ya estaba seguro de que era imposible que la nobleza desertara de la casa del rey y que se reuniese con ellos, le parecía peligroso dejar tomar tanto cuerpo y consistencia al movimiento popular, por lo que se decidió a echar mano de los medios que tenía en reserva.

El cardenal Filomarino, encerrado en su palacio desde que logró retirar al pueblo de San Luis para dar lugar a la evasión de la autoridad suprema, que estaba en inminente peligro, no había vuelto a trabajar activamente para amansar el motín.

Miró con suma inquietud los pasos dados por los señores, de quien era enemigo implacable, para calmar la conmoción, temiendo que, lográndolo, recuperasen su perdida influencia. Mas cuando vio, gozoso, que sus mensajes y relaciones con el pueblo en aquella ocasión le habían sido completamente contrarios, juzgó llegado el caso de ejercer la suya, y valiéndose de medios reservados e indirectos, ofreció al duque de Arcos sus servicios. Fueron inmediatamente aceptados, y después de mutuos conciertos pasó el cardenal arzobispo a Castelnovo a abocarse con el virrey.

Se echó sagazmente aquel día la voz de que unos frailes habían por casualidad encontrado el privilegio original de Carlos V, y que los electos de los sediles nobles y el padre teatino José Caracciolo lo habían llevado a Castelnovo, noticia que cundió con rapidez y que fue acogida con alegre ansiedad, si bien no faltó quien desconfiara de ella, creyéndola un nuevo ardid de mala ley. Sobre esta ocurrencia, que siendo cierta allanaba muchas dificultades, se fundó el mensaje de que se encargó el cardenal Filomarino, después de conferenciar largo rato reservadamente con el virrey.

Marchó, pues, en su carroza, llevando el privilegio dichoso para entregarlo al pueblo que, advertido del caso, corrió a la plaza del Mercado, ocupándola toda y agolpándose en sus avenidas. Fue recibido con respeto en ella el arzobispo, y abriéndose el gentío le dio estrecho paso hasta la iglesia del Carmen. Entró el cardenal, llevando delante de sí a Masanielo con la espada desnuda en la mano; en derredor, los jefes populares; y detrás, una apiñada y compacta muchedumbre. Y puesto en pie en el presbiterio leyó en clara y alta voz el anhelado documento, que estaba escrito en viejo pergamino, con antiguas y deslustradas letras de oro y con el carácter de la época en que debió de ser expedido.

Tanto a la llegada del prelado como mientras duró la lectura, circularon por las apretadas masas ciertos sordos murmullos poco favorables, que en vano quisieron acallar Masanielo con ceño amenazador y con señas de satisfacción y convencimiento los del séquito arzobispal. Y concluida la lectura, cuando era de esperar una explosión de entusiasmo, varias y aisladas voces, que resonaron en el general silencio, manifestaron dudar de la autenticidad del documento. Desconcertóse el arzobispo, asomándole al rostro la turbación. Mas con sentidas palabras, buscando con los ojos el apoyo de Masanielo, dijo: «Que era ofensiva a su dignidad aquella desconfianza, pues que como verdadero pastor del pueblo, siempre solícito por su bien, no podía querer engañarlo.» No dejó de hacer efecto esta queja del prelado. Y Masanielo, que le tenía gran veneración, gritó con desenfado: «Señor, ésta es gente inconsiderada, que no sabe el respeto que debe a vuestra eminencia, y lo cree igual al duque de Maddalone y a los otros señores. Pero yo, que conozco lo que valen las palabras de vuestra eminencia, defiendiendo la verdad del privilegio contra la furia y la ignorancia de todos.» Arremolinóse el gentío no muy satisfecho, y el cardenal, dueño de sí mismo, con sangre fría imperturbable exclamó, en alta y sosegada voz: «Yo creo que éste es el privilegio que se desea, y para quitar toda duda, venga alguna persona inteligente y que merezca la confianza del fidelísimo pueblo a reconocerlo detenidamente, que yo resuelto estoy a no moverme de aquí hasta que se averigüe la verdad.» Este medio, bien preparado de antemano u ocurrido oportunamente

al sagaz Filomarino, tuvo cumplido éxito. Pues sosegados los ánimos con aquella muestra de confianza, fue nombrado y elegido Julio Genovino (era lo que se deseaba) como letrado conocedor en, la materia y consejero del pueblo para examinar el privilegio. Pasó éste inmediatamente de las manos del cardenal a las del poderoso pescadero, quien lo entregó al viejo solapado, que se retiró aparte para examinarlo con detención.

Entre tanto, aunque se acercaba la noche, permaneció el cardenal firme, como había ofrecido, en el convento del Carmen. Y no perdió ciertamente el tiempo, antes bien, lo empleó dignamente en favor de sus diocesanos. Pues advertidos de que estaban decretados nuevos saqueos e incendios, que aquella noche debían verificarse, habló con tanto tino y resolución a Masanielo y exhortó con tanta unción y celo a los más díscolos y feroces de los sublevados, que consiguió, no sólo que se suspendieran aquellos actos de destrucción, sino que el mismo Masanielo le ofreciese solemnemente que por complacer a tan buen prelado no se llevarían a efecto los dispuestos para aquella noche ni se permitirían otros en lo sucesivo. Y mandó echar un bando, prohibiendo con pena de la vida todo saqueo e incendio. Y en verdad que en aquella ocasión se portó el arzobispo como buen caballero, pues los palacios designados para ser destruídos aquella noche eran precisamente los del duque de Maddalone y de otros nobles, sus más encarnizados enemigos, y de quienes había recibido hasta insultos personales.

Julio Genovino, o bien porque con la adquisición de aquel documento, falso o verdadero, se llenaba el objeto de la sublevación, imposibilitando el establecimiento de nuevas gabelas; o porque empezaba a concebir celos del desmesurado poder del ignorante y zafio pescadero; o porque, como describe el historiador Santis, y da a entender el conde de Módena, ambos contemporáneos, estuviese ya vendido al virrey por la oferta de la presidencia de la real cámara de la Sumaria, dio por bueno el documento, después de haber pasado largo rato en examinarlo. Y lo hizo con tanta destreza y sagacidad, que llamó varias veces a otros sublevados, también letrados, pero ignorantes, como para consultarles ciertas dudas, que se decidieron siempre favorablemente, cuidando él, después de proponerlas, de llamar la atención de los consultados a algunas manchas y señales del pergamino, que lo acreditaban de antiguo, y sobre ciertos rasgos y letras que no dejaban duda de la autenticidad.

Que el viejo y astuto consejero del pueblo estaba ya de acuerdo con el virrey, a quien también había hecho reservadas visitas José Palumbo, es casi indudable. Y habiendo sido elegido aquella mañana a insinuación suya, «electo del pueblo» un tal Francisco Arpaya, en reemplazo de Naclerio, el virrey se dio tanta prisa a complacerlo, que confirmó en el acto el nombramiento e hizo en el mismo día venir al agraciado a Nápoles, de donde estaba ausente. Había sido este Arpaya compañero de Genovino en los motines del tiempo del cardenal Borja, por lo que había estado muchos años en galeras, y ahora se hallaba, no se sabe cómo, de gobernador de un pueblecito junto a Aversa.

Convencido y asegurado el pueblo con la deposición de su fidelísimo consejero, de que era exactamente auténtico el privilegio que le entregaba el virrey por mano del arzobispo, mostróse muy satisfecho dispuesto a recibirle con entusiasmo, como la corona de sus generosos esfuerzos, como la reparación de todos sus agravios, como prenda cierta de su futura felicidad. Y aunque la noche estaba muy avanzada, permaneció el gentío en bulliciosa quietud, llenando la iglesia, la plaza y todas sus avenidas. El arzobispo, ufano y

contentísimo del buen éxito de su misión, para completarla, al entregar al pueblo aquel documento importante, le leyó en alta voz la cédula de que venía acompañado y en la que el virrey, con el refrenado del Consejo colateral, ofrecía el más completo olvido de lo pasado, y en nombre del rey el «perdón» más lato y general a cuantos hubiesen tomado parte en la «rebelión». Estas mal escogidas palabras, a que tanto horror tenía el pueblo de Nápoles, causaron un sentimiento de indignación, que se extendió como un golpe eléctrico por el inmenso gentío y reventó en el espantoso trueno de un universal alarido, que estremeció la ciudad. Y resonando en grito unánime: «¡No somos rebeldes, no necesitamos perdón; viva el rey de España, mueran los que insultan al fidelísimo pueblo napolitano!», se agitó aquel mar de vivientes en deshecha borrasca, arremolinándose las turbas en la confusión de las tinieblas, retumbaron los tambores, crujieron las armas, creció la gritería, y hubo un momento terrible de desorden y de ciega furia, en que hasta la autoridad de Masanielo fue completamente desconocida.

Al cabo, los esfuerzos de éste y de otros cabos populares, las rápidas arengas de Genovino, las voces o protestas del cardenal y la misma vehemencia de la excitación, que debía hacerla pasajera, aquietaron poco a poco aquel vértigo de furor, dando lugar a nuevas exhortaciones del prelado, que, mostrando largamente su sangre fría, la conciencia de su dignidad y el valor cívico más completo, dijo al pueblo: «Que el duque de Arcos no había querido ofenderlo, y que supuesto que le desconcertaba la fórmula en que se había extendido la cédula, se concertase y dictase otra en los términos que juzgase más honrosos y convenientes, seguro de que la firmaría y sellaría el virrey.» Fue, como debía ser, muy bien aceptada la propuesta y aquietada la muchedumbre lo mejor posible, se reunieron los jefes populares y los hombres de influencia y se acercaron al prelado; pero no ya para extender una simple cédula de indulto, sino para convertirla en una verdadera capitulación con la suprema autoridad: así crecen las exigencias de los motines, a medida que se les van haciendo concesiones.

No agradó mucho al cardenal el partido que querían sacar los alborotadores de la incauta propuesta, que había juzgado único medio de conciliación. Pero era ya tarde para retroceder, y aviniéndose con el nuevo compromiso, trabajó con sagacidad, secretamente de acuerdo con Genovino, para que los encargados de extender el extraño documento fueran pocos y gente no muy exagerada. Nombráronse, pues, al efecto a Masanielo, a Julio Genovino, al nuevo electo Arpayá, que llegó a tiempo; a dos o tres de los jefes populares de más nota y algunos clérigos y letrados, y presidida esta Junta poco numerosa por el arzobispo, se retiró a la sacristía del Carmen a desempeñar su encargo sin demora, extendiendo en toda forma los artículos de una capitulación.

Vivos fueron los altercados, sobre todo cuando apareció la proposición de que fuese entregado el castillo de San Telmo al pueblo como rehenes y seguridad del tratado, pues hallando casi general acogida en la Junta, tuvieron que trabajar mucho el arzobispo y Julio Genovino para combatirla. Pero manifestando este viejo sagaz que el castillo era del rey y que no se le podía quitar sin acto de rebelión, hizo en todos, y particularmente en Masanielo, tanta fuerza, que fue desechado el artículo casi por unanimidad. Siguió la conferencia borrascosa, y el arzobispo cardenal dio en ella claras pruebas de su talento, tino y sagacidad, allanando dificultades, combatiendo no pocas descabelladas exigencias, mostrándose más amigo verdadero de los intereses públicos que los que con tan escasas

luces como exageradas pretensiones, y acaso con miras sospechosas, se llamaban sus más celosos defensores.

CAPITULO XI

Mientras continuaba la Junta su penoso trabajo, y después de noche tan agitada y borrascosa, apareció la ciudad inquieta y sobre las armas al amanecer del día 10 de julio, cuarto de la sublevación, y Masanielo, que mostraba actividad suma, desarrollándose en él rápidamente un instinto particular de mando, pensó, del modo que podría alcanzar su comprensión, en arreglar aquellas masas que, armadas y sin objeto, vagaban por todas partes. Dispuso reunir las y revistarlas para darles una organización cualquiera, que a lo menos las hiciese susceptibles de cierta obediencia, para obrar de concierto y con determinado fin. Pasó, pues, muestra general, con grande espanto de la parte indiferente o contraria de la población, que vio reunidos y armados en aquel acto más de ciento doce mil hombres. Dividiólos el caudillo popular en pelotones de quinientos o seiscientos, con sus cabos respectivos, y de la reunión de varios de ellos formó cuerpos o divisiones, nombrándoles jefes, dándoles bandera y señalando a cada uno el puesto en que se debía establecer y los puntos a donde acudir en caso de alarma. Trató de formar caballería, reuniendo cuantos caballos de silla y de tiro pudo recoger, y montó en carretas, tiradas por bueyes o mulas, algunas piezas de artillería.

Consiguió completamente el poderoso pescadero verificar esta organización en pocas horas, y deshecha la reunión, se quedó, aclamado de nuevo capitán general del pueblo, con un cuerpo escogido de siete u ocho mil hombres en la plaza del Mercado, que era como su cuartel general.

Hecho este arreglo, mandó Masanielo, a pesar de sus ofertas al arzobispo y del bando publicado la noche anterior, que se registrase de nuevo el ya saqueado palacio de Caivano, por aviso de que había aún ocultas considerables riquezas. Y, efectivamente, se encontraron detrás de unos tabiques y fueron entregadas a la voracidad de las llamas. Y refiere Giraffi que las mujeres atizaban la hoguera, obligando a sus hijos, aun a los que llevaban al pecho, a hacerlo también con sus inocentes manos, maldiciendo en espantoso alarido a los que se enriquecían con la sangre de los pobres.

Otra turba fue de *motu proprio* a asaltar el palacio de Maddalone, salvado la noche anterior. Pero lo halló muy bien defendido por los bravos y gente perdida, ahijada del duque ausente, que no se atrevió a pasar adelante, contentándose con apedrear las puertas y ventanas.

Al mismo tiempo, la codicia que ya empezaba a sacar la cabeza o el encono de una enemistad particular, arrancó a Masanielo la orden de asaltar la casa de Cornelio Espínola. Pues, aunque era notorio que, lejos de ser opresor del pueblo, había aconsejado resueltamente al virrey: primero, que no decretase el impuesto sobre la fruta, y luego, que lo aboliese sin demora, como dejamos dicho; y, aunque nadie ignoraba que no había hecho su riqueza especulando con la miseria pública, era muy rico, calidad que basta para ser perseguido en las conmociones populares, porque la envidia y la codicia, cuando se

rompe el freno de las leyes, no se andan en reparos para escoger sus víctimas. Afortunadamente avisado a tiempo el opulento genovés, tuvo modo de guarnecer su casa de valedores y amigos armados, que la hubieran a toda costa defendido, dándole espacio para poner a buen recaudo sus caudales y sus más preciosos efectos. Llegados los incendiarios, contuvieron su furia viendo que tenían que librar un combate, y Masanielo, o por no meterse en un nuevo empeño de mala calidad, o arrepentido de su inconsiderada orden, o aconsejado oportunamente por Genovino, que debía favores al rico negociante, voló en persona a contener a aquella gente y a evitar la tropelía. Contentó mucho su resolución a la generalidad, lo que visto por el caudillo y consultando el deseo de los mejor intencionados, dio completa satisfacción del susto al Espínola, proclamándolo intendente general de abastos de la ciudad; aprobólo la inestable y voluble muchedumbre, convirtiéndose los «¡mueras!» y los baldones en «¡vivas!» y en aplausos.

No asustó menos al genovés este honor tan inesperado que el anterior insulto, aunque por distinta causa. Y se excusó de admitir el alto empleo que le confería la sublevación, manifestando que, por extranjero y por no ser individuo del consejo, no podía legalmente ejercerlo. Pero insistió Masanielo en que lo aceptara, y sólo otros graves acontecimientos, que vamos a referir, lo libertaron del compromiso.

El poderoso pescadero, cabeza suprema del pueblo de Nápoles, no sólo atendió a organizar la fuerza sublevada, sino también al gobierno de la ciudad, publicando oportunos bandos de Policía, cuidando del abasto de la población y dando vado a todos los negocios públicos. Hizo levantar en la plaza del Mercado un tablado con un palco, en que, acompañado de sus tenientes Domingo Perrone y José Palumbo, del consejero del pueblo Julio Genovino, del secretario Marco Vitale y del nuevo electo Francisco Arpayá, administraba justicia, expedía decretos, daba sentencias, oía quejas y despachaba rápidamente, no sin natural facilidad, sana intención y recto juicio, los asuntos más graves. Con su tosca y remendada camiseta, sus calzones de lienzo listado y su gorro colorado de marinero, despechugado y descalzo, gobernaba como autoridad única y supremo magistrado, decidiendo sin apelación en la parte militar, civil y eclesiástica y entendiéndose con desenfado y agilidad con abogados y notarios, litigantes y pretendientes, sometiendo todos, sin réplica; a su decisión absoluta. Genovino era quien le dictaba en voz baja las resoluciones. Y refiere el contemporáneo historiador Santis que antes de pronunciar Masanielo sus acuerdos y sentencias inclinaba un instante la cabeza y se ponía la mano en la frente como para reflexionar, pero realmente para poder oír al consejero. Y que un día que, para darse más importancia (pues, aunque ignorante sabía usar por instinto la charlatanería impostura necesarias en su posición), dijo a los circunstantes: «Pueblo mío: aunque nunca he sido soldado ni juez para poder regir con acierto, me inspira el Espíritu Santo.» Le contestó un chusco: «Di que te inspira el Padre Eterno», aludiendo a Genovino, viejísimo, calvo y con gran barba blanca.

Cerca del mediodía fue terminada en la iglesia, del Carmen la capitulación, que debía ser leída al pueblo para que la aprobase. Y el cardenal envió a un su hermano, fraile capuchino, a Castelnovo, para dar parte de todo lo ocurrido al duque de Arcos y exhortarle a no oponer una resistencia inútil a las nuevas exigencias. Este le contestó que, en cuanto fueran aprobados por el pueblo los artículos de la avenencia, les daría su sanción. Y entre tanto, le envió una pragmática en forma, revalidando el privilegio de

Carlos V, alzando todas las gabelas y concediendo indulto completo, sin usar de las palabras «perdón» y «rebelión», que tan mal efecto habían causado, y acompañada de un billete de su puño pidiendo al prelado que publicara aquellos documentos en forma pontificia.

Con tan buen despacho, y creyendo el arzobispo llegado ya el deseado fin de tanto desconcierto, avisó a Masanielo que reuniera el pueblo en la plaza del Mercado para oír los artículos acordados, que debían luego presentarse a la aprobación del virrey, y para publicar solemnemente el privilegio y la pragmática. El jefe Popular dio inmediatamente sus órdenes para que a las dos de la tarde concurrieran en la plaza los cabos de barrio, con parte de su fuerza bien armada y provista, dejando el resto sobre las armas en sus respectivos puestos.

Llegada la hora se llenó la extensa plaza del Mercado de un inmenso gentío, que acudió ansioso a ver el desenlace de aquel espantoso drama y el fin anhelado de tan violenta situación. Y al cabo de corto rato, la llegada de unos trescientos bandidos forasteros, a caballo y armados completamente, causó general inquietud. Esta aparición inesperada sorprendió tanto a Masanielo como a la turba. Pero Domingo Perrone lo aquietó, diciéndole que era gente suya y de toda confianza, que venía a reforzar al pueblo y a ayudarle en su empresa. Y esta misma explicación la hizo correr de boca en boca por la multitud. No satisfizo mucho al pescadero, y quiso disponer que se los acuartelara, y sobre todo que dejaran los caballos, porque incomodaban con ellos al gentío. Mas Perrone le aseguró de tal modo, haciéndolos echar pie a tierra, que al cabo los bandidos se mezclaron con el pueblo, y aun algunos de ellos entraron, so pretexto de rezar a la Virgen, en la iglesia del Carmen, donde no faltaba concurrencia.

Entró Masanielo en el convento para avisar al arzobispo de que ya esperaba el pueblo impaciente la lectura de los capítulos y la publicación del privilegio. Y estaba en la sacristía concertando con el prelado el modo de verificar uno y otro, cuando Perrone, pálido y alterado, le hizo de lejos seña, llamándolo hacia el presbiterio, como para darle algún aviso urgente. Salió Masanielo presuroso al sitio adonde le llamaba su teniente y amigo, y la detonación de un tiro de arcabuz, cuya bala pasó silbando sobre su cabeza, atronó el templo. «¡Traición, traición!», gritó el jefe popular, y otros cinco arcabuzazos le respondieron, sin que lograran herirle. Perrone había desaparecido.

Y puesta ya en confusión la turba que ocupaba la iglesia, creció con los que acudieron al ruido de las descargas, conmoviéndose la plaza toda. Y en cuanto se divulgó instantáneamente lo ocurrido se revolvió la indignada muchedumbre contra los bandidos. Éstos pensaron al pronto en resistir, y, disparando sus armas, fueron contestados con las del pueblo, creciendo la confusión y la gritería. Corta fue la pelea. Furioso el pueblo, destrozó sin piedad a los forasteros, haciendo en ellos una terrible carnicería. En vano apelaron aquellos miserables a la fuga, sin provecho buscaban un asilo. Ni la inmunidad del templo, ni la santidad del altar, ni la veneranda imagen de la Virgen les sirvieron de amparo. Más de treinta fueron hechos pedazos en la iglesia misma, sobre las gradas del presbiterio, inundando con su sangre el pavimento de naves y capillas. Los que, huyendo de la matanza de la plaza, donde había ya más de ciento cincuenta cadáveres, se refugiaron en el convento, forzando la portería, corrieron la misma suerte. Tres fueron despedazados en la sacristía, uno de ellos bajo el sillón mismo del arzobispo y oculto con

las pontificales vestiduras. Domingo Perrone, descubierto ya que era el alma de la conjuración y que se había escondido en una celda, murió a cuchilladas bajo el manto de un religioso carmelita, que con valor denodado lo defendió primero, y luego, con fervor religioso le ayudó a bien morir, teniendo en seguida, para salvarse del furor popular, que abrazarse con la imagen de la Virgen. Un hermano de Perrone fue muerto de un pistoletazo. Y seguían por todos lados la matanza y el encarnizamiento con los bandidos refugiados en las casas contiguas, donde eran buscados con ansia, y lo mismo los que más lejos se escondían; su exterminio era irrevocable. Muchos aún procuraban el asilo del convento, donde corrían su miserable suerte en brazos de los religiosos, que, don los crucifijos en las manos y las palabras del Evangelio en la boca, confesaban a unos, absolvían a otros, intercedían por ellos y aun se predicaban a sí mismos y se confortaban para la muerte, viéndose tan expuestos a ser víctimas del ciego furor popular.

El cardenal arzobispo se portó del modo más digno y heroico, conteniendo a unos, amparando a otros, dando la absolución a los moribundos y volando a donde creía ver víctimas que salvar, sin curarse del silbido de las balas ni de los reflejos de los puñales. En medio de la confusión llegó perseguido y ya herido a ampararse de sus rodillas un tal Antonio Grasso, jefe popular, amigo de Perrone, y cómplice en aquella conspiración, pidió la vida para hacer revelaciones importantísimas. Logró así dilatar su triste fin algunos momentos, y en ellos declaró que los bandidos habían venido por orden y disposición del duque de Maddalone y de su hermano don José Caraffa, de acuerdo con él y con Perrone para matar a Masanielo y apoderarse de la ciudad, con cuyo objeto nuevas tropas de facinerosos estaban emboscadas cerca y llegarían al anochecer. Esta declaración de Grasso voló de boca en boca, más tan desfigurada, como siempre acontece, y tan monstruosamente acrecentada, que acabó por asegurarse y por creerse que este conjurado había descubierto estar minada toda la plaza del Mercado, sus alrededores y el convento del Carmen, y soterrados ya veintiocho barriles de pólvora para exterminar de un solo golpe al pueblo todo. Y esta especie, aunque tan inverosímil y de casi imposible ejecución, aumentó el furor de las turbas, y no faltó escritor contemporáneo que incluso la refiriese como cierta.

Terminada tan sangrienta carnicería, profanado el templo, cubierta la tierra de arroyos de sangre, turbia la atmósfera con el humo de los arcabuces y con el polvo de la brega y asordada con los alaridos de los moribundos, los gritos de venganza insaciable y la algazara del agitado gentío, fueron cortadas las cabezas de los bandidos muertos y colocadas por orden de Masanielo en unas pértigas alrededor del Mercado, y los cuerpos, arrastrados hasta los barrios más lejanos por los muchachos y las mujeres, desaparecieron en los fosos y cloacas, dejando en las calles regueros de sangre y algunos miembros despedazados, de que se encargaba la voracidad de los perros.

CAPITULO XII

Grande y justa era la indignación general contra el duque de Maddalone, autor del horrible atentado, que había impedido la deseada avenencia, estremecida la ciudad y lanzado al pueblo en la peligrosísima carrera de sangre y de matanza, que lleva sólo a la perdición. Y grande era el rencor y el deseo de venganza que ardía en el corazón de

Masanielo, cuya salvación atribuía ya el vulgo supersticioso a milagro de la Virgen, propalando que las balas se habían detenido y aplastado, sin causarle daño alguno, en el escapulario del Carmen que llevaba al cuello.

Concluido el estrago de los bandidos y el de muchos otros, acaso inocentes, que se sospecharon ser sus amigos y valedores, y aprisionados otros muchos más por recelo de que les eran adictos, se derramaron armados pelotones por la ciudad, sus arrabales y sus alrededores para seguir descubriendo y matando fugitivos e impedir que se acercasen nuevos invasores. Muchos fueron encontrados muertos y enviadas sus cabezas a adornar con las otras la plaza del Mercado.

La masa popular y su caudillo, Masanielo, en lo que más empeño tenían, era en haber a las manos al duque de Maddalone. Y cuando furiosos grupos lo buscaban infatigables, corrió la noticia de que estaba escondido, y era verdad, en el convento de San Efrén, de los padres capuchinos. Dirigióse allá la indignada muchedumbre; pero el duque, advertido a tiempo, vestido de fraile, se puso en salvo y tomando luego un caballo huyó a Benevento. Furioso el pueblo por su evasión revolvió contra su palacio, donde mató a algunos dependientes y lo quemó y destruyó todo. Pero por orden del pescadero se conservaron cuidadosamente las joyas, telas y vajillas que se hallaron emparedadas.

Súpose después que aquella mañana había visto a caballo en un barrio excusado a don José Caraffa, hermano del duque y su cómplice en el atentado de los bandidos, acompañado del prior de la, Roccella, de quien dejamos hecha mención en esta historia, y que se habían ambos ocultado luego en el convento de Santa María la Nueva. Más de cuatro mil sublevados volaron iracundos a buscarlos y descubrirlos a toda costa. El rumor de las turbas avisó a los refugiados, y el prior trató de convencer a su amigo de cuánto importaba dejar aquel asilo y buscar otro más seguro. Pero arrastrado Caraffa por la fuerza de su destino, se obstinó en permanecer allí y dejó salir solo al prior, que, con buena fortuna, consiguió ocultarse en casa de un tintorero, donde no pudieron dar con él. Asaltado el convento, escondieron los frailes a don José, mientras que fueron inhumanamente despedazados dos de sus gentileshombres. Crecía el apuro a medida que la gente iba franqueando por la fuerza la entrada del edificio, y entonces discurrió Caraffa escribir al virrey a Castelnuovo cuatro letras pidiéndole que tirase algunos cañonazos hacia aquel sitio para espantar y contener al pueblo. Confió este billete a un lego, que se encargó de entregarlo en pocos minutos y que lo escondió en las sandalias. Mas fue detenido, descubierto y maltratado, redoblándose el furor de los sublevados con la certeza de que allí tenían a la víctima que tan ansiosos buscaban. En tal conflicto rogó el padre Juan de Nápoles al escondido que huyese, porque ya el pueblo lo invadía y escudriñaba tordo, sin respetar no ya las celdas de los religiosos, sino tampoco los sepulcros, ni los camarinos, ni los sagrarios. Decidióse al cabo a la fuga el caballero, disfrazado con un hábito de capuchino, y se descolgó por una claraboya del coro a espaldas de la iglesia, y atravesando un corralón y un almacén de seda, salió a una estrecha callejuela, y entró en la casa de una mujer perdida, a quien ofreció una gruesa suma por el secreto. Pero ella, o por temor del populacho o por otra causa, después de esconderlo debajo de su cama, corrió a avisar a los que lo buscaban. Un tremendo alarido de furibunda alegría lanzó la turba al ver en sus manos al hermano del duque de Maddalone. Y arrastrándolo vengativos de un lado a otro, cargado de duros golpes y de groseros insultos, lo llevaron

por varias calles como para dilatar su agonía. Aquel ilustre y desventurado caballero, tan orgulloso y tan altivo antes, pedía ahora con dolorosos acentos misericordia, prodigaba humillaciones a sus verdugos, ofrecía gruesas sumas por su rescate. Todo en vano, pues al llegar a la plazuela del Ceriglio, entre la gritería general de «¡Matadlo, matadlo!», recibió dolorosas puñaladas, basta que un mancebo, hijo de un carnicero, con la cuchilla de la carne le cortó de un solo tajo la cabeza. Al verla rodar por el suelo «fue universal el aplauso -dice Giraffi-, como si hubiera sido la del bárbaro otomano». Un hombre del pueblo se arrojó a morderle un pie, diciendo se lo iba a comer, porque pocos días antes se lo había tenido que besar. Opusieron los circunstantes a tal atrocidad. Pero recordando que se había asegurado, cuando ocurrió el disgusto del año anterior entre la nobleza y el arzobispo, por la procesión de San Jenaro, que el Caraffa le había dado en lo acalorado de la disputa un puntapié al prelado, le cortaron el pie derecho. Y ensartándolo luego con la cabeza en un pica, llevaron aquel trofeo con gran algazara a la plaza del Mercado, habiéndole puesto un cartelón, que decía: «Éste es don José Caraffa, traidor a la patria y al fidelísimo pueblo.»

Presentados estos despojos a Masanielo, los contempló con bárbara complacencia, dio golpes con una varita que tenía en la mano a la desfigurada cabeza, le tiró de los bigotes, le dirigió groseros insultos y horribles sarcasmos y mandó colocarla con las otras infinitas que adornaban su cuartel general, poniéndole para más escarnio una corona de papel dorado. Y en seguida (pues le gustaban las peroratas al pescadero) arengó al populacho sobre lo inexorable de la justicia divina, que tarde o temprano castiga al malvado. Concluido el discurso, entendió en que se colocasen con más orden y simetría las cabezas que circundaban la plaza y de que a cada paso llegaban frescas remesas. Mandó recoger y traer allí el destrozado cuerpo de Caraffa y lo colocó atravesado sobre una viga. La cabeza y el pie, puestos en una jaula de hierro, los mandó llevar a la puerta de San Jenaro, inmediata al arruinado y desmantelado palacio del duque de Maddalone, y ofreció al que le trajese vivo a este personaje ochocientos escudos, y cuatrocientos al que se lo presentase muerto.

Pero no cesaba la conmoción popular. Armados pelotones, donde no faltaban niños y mujeres, recorrían la ciudad buscando bandidos o partidarios de ellos, y con este pretexto saciando cada uno sus particulares venganzas. Los gritos de «¡Muera, muera!» resonaban por todas partes. Cuerpos destrozados yacían aquí y allí esparcidos, sangre humana manchaba todas las manos, salpicaba todas las paredes, profanaba todos los templos. Nada había seguro, nada respetado, nada fuera del alcance de los furibundos asesinos. Nunca se había mostrado hasta aquel triste día, en toda su atroz fealdad, tan horroroso desorden.

Ni la vida de Masanielo estaba a cubierto. Desde en medio de la confusión le dispararon dos tiros de arcabuz, que tampoco le hirieron, y fue imposible saber quién los había disparado.

Gran temor causó esta ocurrencia al supremo jefe popular, y el peligro propio le obligó a poner todo su conato y a emplear sus esfuerzos todos en sosegar lo más pronto posible aquella indomable agitación. Se lanzó decidido en medio de las furiosas turbas, buscó y reunió a sus partidarios, aunque después de la reciente traición de Perrone desconfiaba de todos, y logró al cabo hacerse oír, y poco después hacerse obedecer, dictando severas

medidas para restablecer el orden e imposibilitar nuevas tentativas contra su persona. Aumentó la talla por la cabeza de Maddalone, que era la fantasma que le perseguía. Mandó, so pena de la vida, que nadie usase capa ni luengas vestiduras, para que no pudieran ocultarse armas bajo el ropaje. Y fue tan exactamente obedecido, que hasta el cardenal Filomarino y todos los eclesiásticos vistieron al momento de corto, y las mujeres mismas llevaban recogido a media pierna el faldamento.

Prohibió con pena de muerte que se saliera sin permiso suyo de la ciudad y que entrase en ella nadie que no trajese vituallas para el abasto público, y esto después de bien reconocido y registrado en las puertas. Mandé que todos sus partidarios pusieran una señal convenida a la Puerta de sus casas. Y dispuso terminantemente cortar los víveres a los castillos y romper los caños y acueductos que los proveían de agua. Publicó bando para que todos los vecinos iluminasen sus casas por la noche. Ordenó que en las plazas se encendiesen grandes hogueras. Dedicó la noche toda a abrir zanjas y levantar barricadas y reparos en los puntos más importantes para evitar una sorpresa. Y tomó las más rigurosas medidas para que no faltase agua a la población, consternada de nuevo con la noticia vaga de que un bandido, antes de morir, había declarado que estaban envenenadas las fuentes de la ciudad.

El duque de Arcos, estuviese o no de acuerdo con Maddalone, quiso en un principio mandar romper el fuego al castillo de San Telmo y disponer una salida. Mas cuando vio errado el golpe de los bandidos temió exacerbar al pueblo triunfante, capaz ya de todo en aquellos momentos de exaltación. Y escribió un curioso billete al cardenal Filomarino, mostrándose muy disgustado de lo ocurrido. encargándole que entregase al pueblo los bandidos que pudiera haber a la mano, pues él haría lo mismo, y rogándole anudase a toda costa las negociaciones.

El cardenal, en cuanto empezó a calmarse la agitación, volvió sin pérdida de instantes a poner en juego sus recursos. Y, aunque las circunstancias habían empeorado mucho y los ánimos estaban hartos encendidos, llegó a proponer a Masanielo, que le miraba siempre con veneración profunda y con religioso respeto, que se enviarían al virrey los artículos para que los aprobase, y conseguido el objeto que se proponía el fidelísimo pueblo, se restableciese la calma en la ciudad y se repusiese su vecindario de tantos sustos y desventuras.

Muchos de los jefes de la sublevación, acalorados con lo ocurrido, se oponían vigorosamente a seguir ningún trato con el virrey, proclamando guerra a muerte contra la nobleza y los españoles. Pero los consejeros de Genovino, que, además de estar ganado, empezaba a temer el progreso indomable que iba tomando la conmoción y veía a Masanielo desconfiado e indócil emanciparse de su influencia, consiguieron templar los ánimos lo bastante para dar oídos a los que predicaban paz. Y el prestigio del arzobispo, fundado en gran parte en su conocido odio a la nobleza y en su poca deferencia por el virrey, y aun por el Gobierno español, logró dar entrada a la razón y convencer a todos, de modo que se resolvió finalmente el enviar a Castelnovo los artículos acordados, y que las tristes ocurrencias del día habían impedido que fueran públicamente leídos.

Eligióse para mensajero a un clérigo, sobrino de Palumbo, y muy zafio y muy presumido, que se llamaba don José Fattoruso, acérrimo partidario de las más extravagantes

exigencias del populacho. Presentóse a prima noche este negociador al virrey, quien cuidó de halagar su vanidad recibéndolo magníficamente y con toda ceremonia. Y reuniendo el consejo y llamando a todos los secretarios de decretos, mandó sacar varias copias de los artículos, discutiéndolos al mismo tiempo ligeramente y aprobando luego su contenido.

El clérigo era quien dictaba, por no soltar el original, con una prosopopeya ridícula y con un tono tan de suficiencia, que, a pesar de lo serio de las circunstancias, provocaba la risa de los circunstantes. Cuando llegó al artículo en que se exigía la igualdad de votos y de prerrogativas del pueblo y de la nobleza en los sediles, un caballero de alta jerarquía manifestó, alterado, que aquello era mucho pedir y que no se podía consentir en ello. Y levantándose con furia muy cómica el cleriguillo, dijo en tono decisivo: «Señor mío, así lo quiere Masanielo.» Y el virrey, conteniendo con una severa mirada al opositor, contestó: «Sí, señor; muy bien, cúmplase el gusto del señor Masanielo». ¡Tan apuradas andaban las cosas! Con esto se calmó Fattoruso, quedó convenida la capitulación y se creyó que al nuevo día quedaría definitivamente arreglada la ciudad.

Terrible fue aquél para el duque de Arcos, pues no sólo le pusieron en cuidado la ferocidad del pueblo, la audacia de los sublevados y los espantosos sucesos que a su vista habían ocurrido, sino también las noticias de que la insurrección cundía rápidamente por el reino, aunque con diferentes formas. En Sorrento había habido graves conflictos y alborotos, quedando el pueblo triunfante. En Salerno había sido atropellada la autoridad y se habían abolido todas las gabelas. En Aversa empezaban con sangre los disturbios. En Abruzzo, Puglia y Calabria reinaba la mayor confusión. Ya empezaba a conocer el antes terco y luego perplejo virrey que corría grave riesgo la fidelidad y dependencia de aquel importantísimo estado, conducido, con sus desconciertos y con las inconsideradas exigencias de Madrid, al último grado de desesperación.

CAPITULO XIII

Con el nuevo día, que fue el 11 de julio, prosiguieron activamente las obras de fortificación en los barrios, se enviaron gruesas partidas a caballo para hacer la descubierta, salieron nuevos emisarios a extender el odio a la nobleza y a los españoles y se aprestaron más piezas de artillería. También se redoblaron las pesquisas para buscar a los bandidos que aún pudieran estar ocultos en la ciudad, y, sobre todo, para descubrir y haber al duque de Maddalone, blanco del odio encarnizado del pueblo y de la sed de venganza de su caudillo.

Publicóse un bando obligando, so pena de la vida, a los nobles a que enviaran a alistarse en la tropa popular a todos sus criados y dependientes, con caballos, armas, municiones y asignación. Muchos lo ejecutaron inmediatamente; otros, se excusaron con la notoria pobreza a que la sublevación los había reducido, manifestando que no tenían más que su persona y su espada, no admisibles entonces por sospechosas.

Puso Masanielo precio cómodo a los comestibles. Y porque en el día anterior había habido violencias, cuyo temor mantenía cerradas las tiendas y retraídos a los trajineros,

dispuso la publicación de un bando en forma regular, prohibiendo con pena de muerte todo insulto y molestia a los puestos de comestibles y a los que se dedicaban a abastecer la ciudad, mandando a los capitanes de barrio no permitiesen separarse de ellos a ningún individuo armado, y condenando, en fin, a la pena de traidores a los que incendiaran, saquearan o causaran daño a los pacíficos habitantes.

Cuando entendía en estos arreglos le avisó una mujer que habían visto al duque de Maddalone a caballo en la Arenela, casal inmediato; mandó Masanielo gratificarla con cincuenta escudos, y doblando la talla por la cabeza del duque, envió a buscarlo al punto indicado una tropa de gente montada. Fue en vano la diligencia; estaba ya en salvo, y sólo hallaron a dos criados suyos y a su barbero, los cuales tres infelices, insultados, golpeados y heridos, fueron llevados con gravísimo peligro de la vida a la plaza y presentados al jefe popular. Hízoles éste reiteradas preguntas sobre el paradero de su amo; pero, o por ignorarlo verdaderamente o por honrada fidelidad, se mantuvieron firmes en que nada sabían. El pueblo quiso hacerlos pedazos, pero Masanielo consiguió impedirlo, y los dejó ir en libertad. Lo mismo hizo con dos caballeros, que por querer huir de la ciudad, saliendo de ella sin permiso, habían incurrido en la pena de muerte. Llevados ante su tribunal, los declaró libres de todo cargo y les dio un pase para que fueran donde les pareciese. No fue tan afortunado un panadero acusado de haber dado el pan faltó. Lo hizo confesar en el acto por un fraile y cortarle la cabeza por el verdugo.

Ciertamente, era tan grande (lo aseguran todos los autores contemporáneos) el instinto de orden y de gobierno que manifestaba Masanielo, tan extraordinario el prestigio de su presencia y de su nombre, tan absoluto el dominio que ejercía en las turbas, que los hombres más ilustrados de Nápoles y el mismo cardenal Filomarino estaban atónitos y pasmados, dando margen a la ignorancia para creerlo inspirado. Y se esparcieron mil ridículos cuentos y patrañas, aplicándole frases de la Escritura. Y hasta lo creyeron San luan Bautista, según refiere una curiosa carta de aquel tiempo, que original hemos visto.

Las noticias de lo ocurrido en Nápoles llegadas a Roma pusieron en agitación al Papa y sus ministros, excitados diestramente en contra por el conde de Oñate, embajador español, y secretamente en favor por el marqués de Fontenay Mareuil, que lo era de Francia. Y entre tanto que aquél exigía del Padre Santo órdenes terminantes para el cardenal arzobispo y para todo el estado eclesiástico del revuelto reino, mandándoles ayudar al virrey y procurar por todos los medios imaginables acabar con la sublevación, éste oponía obstáculos y dilaciones a que se expidiesen. Y conociendo la oportunidad para sustraer del dominio español tan rico e importante Estado, envió secretamente a Nápoles emisarios que acaloraran la conmoción y que, si era posible, la dirigiesen en el interés de la Casa de Francia, que tanto anhelaba rehacerse con la posesión de aquel reino.

El fidedigno historiador Tomás De Santis refiere que, en un día de confusión popular, se acercó a Masanielo varias veces un hombre desconocido disfrazado de mujer, que, con acento extranjero, le dijo: «Que la suerte le ofrecía una buena corona, si tenía habilidad para procurarse la alianza de alguna nación poderosa», con otras frases para animarlo a no desperdiciar la ocasión que la fortuna le presentaba. Y que Masanielo, sin hacerle caso alguno, le contestó rudamente: «Que no quería más corona que la de la Virgen ni más fortuna que librar al pueblo de las gabelas, volviendo luego a sus banastas y a vender

pescado por la ciudad.» Este acontecimiento y las noticias que unos barqueros de Prócidas, llegados de Roma, trajeron, de que había allí un príncipe francés que se interesaba mucho por Masanielo y por los napolitanos, y varias especies que de cuando en cuando circulaban por los corrillos sobre la necesidad de apoderarse de las fortalezas, de hacer guerra a muerte a los españoles y de pedir socorro a los franceses, especies que, en honor de la verdad, siempre eran rechazadas por la muchedumbre, combatidas por Genovino y, consiguientemente, por Masanielo, prueban evidentemente que agentes secretos de Francia empezaban ya a trabajar de concierto aprovechando la oportunidad.

Estos incidentes, de que llegaba la noticia, tal vez abultada, a Castelnovo, y el ver que, aunque aprobadas ya las capitulaciones avanzaba el día sin arreglarse nada y que proseguían con actividad las obras de fortificación, creciendo en consistencia el levantamiento con los nuevos decretos y disposiciones gubernativas del caudillo popular, traían inquieto al virrey. Y envió mensajeros al cardenal con una carta en que le pedía que apresurase la publicación de los capítulos acordados, porque toda dilación podía perjudicar al servicio del rey y aumentar los desastres de la ciudad. El prelado, conociendo también la gravedad de las circunstancias y lo peligroso de las dilaciones, habló a Masanielo, requirió a Genovino y puso en juego su autoridad personal para que no se retardase en dar cuenta al pueblo de la capitulación, con lo que debían volver las cosas a su estado normal. Y así que vio todo preparado y dispuesto convenientemente, envió a Castelnovo a su maestro de cámara para anunciar al duque que iba a cumplirse su deseo. Contestóle el duque con un billete manifestándole su satisfacción y que se ponía para todo en sus manos.

Ya estaba convocado el pueblo para hora determinada en la plaza del Mercado, donde debían publicarse en toda forma el privilegio, la pragmática y la capitulación, debiendo volver en seguida a ejercer la suprema autoridad el virrey y deshacerse completamente el alboroto y la reunión popular, por haber llenado su objeto, cuando un nuevo incidente vino a turbar los ánimos y a poner en duda la buena fe de los convenios. Y fue que las galeras de Nápoles que estaban en Gaeta, mandadas por Giannettin de Doria, aparecieron en el golfo, navegando con próspero viento hacia el fondeadero. Puso su vista en grande temor al pueblo y a Masanielo en cuidado. Lo que, advertido por el diligente Filomarino, envió a toda prisa al castillo a su teólogo consultor para rogar al virrey que las hiciese retroceder inmediatamente. Éste, conociendo y apreciando las circunstancias, contestó por escrito al prelado, incluyéndole la orden para detener las galeras y ponerlas a la disposición del pueblo.

Tranquilizados los ánimos de todos con esta prueba de buena fe y satisfecho Masanielo, envió en una lancha orden a Doria para que virase en redondo y se mantuviese a una milla del puerto. Fue al instante obedecido, y con la misma lancha mandó Doria a tierra uno de sus oficiales para saludar en su nombre al jefe popular. No admiró poco al marino el aspecto del pueblo, y más que todo, la juventud, facha, rudeza y miserable traje del pescadero, a quien trató de ilustrísima, como ya lo hacía el mismo virrey. Recibiólo Masanielo con cómica gravedad, y como el recién llegado le pidiese permiso de desembarco para el general y algunos víveres de frescos, nególe lo primero, encargando que ni un solo soldado viniese a tierra, y concedióle lo segundo, mandando enviar a bordo inmediatamente cuatrocientas hornadas de pan, pipas de vino y otras vituallas.

Arreglado este negocio, se dispersó el pueblo, mientras llegaba la hora de la lectura de los capítulos, a proseguir (a pesar de los bandos y prohibiciones, dados más «por fórmula» que para que se obedeciesen) en los incendios y saqueos, y por cierto que no campeaban va en ellos el desprendimiento y el horror al robo, que en otra ocasión elogiamos. Fueron, pues, quemadas y robadas a aquella mañana las casas del presidente Fabricio Cennamo, de Vicente Cuomo y de otros pudientes. Y nacieron disputas y riñas muy serias sobre el reparto de los despojos.

Al cabo, hechos los preparativos y llegado el momento, se verificó la deseada publicación y lectura de los capítulos del convenio en la iglesia del Carmen con toda solemnidad. El arzobispo, bajo un dosel levantado delante del altar mayor, presidió el acto, estando a sus lados, en pie, Masanielo, Palumbo, Genovino y Arpayá; la iglesia atestada y la plaza llena toda de apretado gentío; el privilegio, la pragmática y la capitulación fueron leídos desde el púlpito y publicados a son de trompeta y con todas las formalidades de estilo por un notario público. Acabada la ceremonia, subió al púlpito Genovino, arengó al pueblo felicitándole por su triunfo y propuso que se cantase un tedéum. Y entonando él mismo el primer versículo, siguióle todo el pueblo, acompañado del órgano de la iglesia. Gran entusiasmo causó esta solemnidad, y, aunque no faltaban semblantes pálidos y descontentos de los que sentían tuviesen término los desórdenes, la generalidad estaba satisfecha, y repetía alegres vivas al cardenal, a Masanielo y también al virrey.

Éste, en cuanto recibió aviso del buen éxito del acomodo, se trasladó del castillo a palacio, y envió a su capitán de guardias, don Diego Carrillo, a dar gracias a la ciudad, recorriéndola toda a caballo y a invitar a Masanielo a venir a verlo y a recibir mercedes. Asustóse el pescadero con el convite, y preguntó sobresaltado al arzobispo si serían cadenas y horca las mercedes que le esperaban. Lo tranquilizó el prelado, dándole grandes seguridades y aconsejándole no retardara la visita. Él, sin embargo, quiso consultarlo con el pueblo, y vio que la opinión general era que debía ir a palacio, con lo que se resolvió a hacerlo. Pero no quería separarse del cardenal, con quien quiso con gran empeño confesarse antes. Mas éste le dijo que no era necesario, y que cuando todo estuviera tranquilo tendría tiempo de hacerlo más despacio y con mejores auspicios, y le aconsejó que para ir a ver al duque mejorara de traje, vistiéndose no sólo decentemente, sino como convenía tanto a su carácter de capitán general del pueblo cuanto al decoro de la suprema autoridad a quien iba a presentarse.

Rehusó Masanielo el dejar sus harapos, pero impelido, según él mismo dijo, por el arzobispo hasta con pena de excomunió, se puso un magnífico vestido de tela de plata, obligando a su hermano, más joven que él y de la misma condición, a mejorar de ropa. Y como se vistió delante de todos en medio de la plaza, manifestó lo demudado, desencajado y flaco que se había puesto en sólo cinco días que llevaba de no comer, dormir ni sosegar, pues parecía un esqueleto, como dice Giraffi, y apenas podía moverse ni tenerse en pie, de decaimiento y debilidad.

CAPITULO XIV

A media tarde, el arzobispo en su carroza, llevando a un lado a Masanielo lujosamente ataviado y en un hermoso caballo tordo, con rico caparazón y vistoso penacho al otro, al electo Arpayá, también a caballo, y detrás, en una silla de mano, a Julio Genovino, y seguido de todo el pueblo, con aplauso universal, partió de la plaza del Carmen y se dirigió a palacio. La carrera estaba recién barrida y regada, adornada con ricas colgaduras, henchida de gente; reinaba gran orden en el bullicio, y las campanas a vuelo publicaban la alegría de la ciudad. Precedía a esta procesión un trompeta, que tocaba y gritaba en seguida: «¡Viva el rey!» «¡Viva el fidelísimo pueblo!» Y como una vez añadiese de *motu proprio*: «¡Viva Masanielo!», éste, indignado, arremetió a él le asió de los cabellos y lo quiso matar.

Al llegar a la plaza del castillo había crecido tanto la concurrencia, que era imposible abrirse paso, por lo que tuvo que detenerse la procesión en Fontana-Medina. Allí, el capitán de la guardia del virrey llegó a caballo y sin armas al encuentro de Masanielo para saludarle en nombre del duque y manifestarle el placer con que iba a ser recibido. El pescadero oyó la embajada con gravedad y casi altanería, y contestó pocas palabras, discretas y oportunas, pues el poder supremo, aunque de pocos días, da a veces temple a los más humildes y tono elevado aun a los más zafios y miserables. En seguida ocurrió una curiosa escena, cuya relación vamos a traducir literalmente del ingenuo cronista Alejandro Giraffi, que parece la presencié y que conserva en su pluma la fisonomía de la época y el sello de las circunstancias.

Dice, pues, aquel contemporáneo escritor: «Parándose Masanielo y haciendo seña al pueblo, que ascendía ya al número de veinte mil almas, de que no pasara adelante, en un punto, con increíble silencio, quedó muda e inmóvil aquella innumerable muchedumbre. Púsose luego Masanielo de un salto en pie sobre la silla de su caballo, y con alta y amorosa voz, dijo: «¡Pueblo mío!, gracias sean dadas a Dios con eternas voces de júbilo por la antigua libertad reconquistada. ¿Quién de vosotros creería tal cosa? Parece un sueño, una fábula, y veis que es verdad, que es un hecho. Infinitas gracias demos a la beatísima Virgen del Carmen y después a la paternal benignidad del eminentísimo señor cardenal, nuestro pastor. Vamos, pueblo mío, ¿quiénes son nuestros amos?... Responded conmigo: Dios y la Virgen del Carmen.» Y el pueblo lo repetía. «El rey Filipo -proseguía Masanielo-, el cardenal Filomarino y el duque de Arcos.» Y el pueblo, con inmediato y conforme eco, reproducía las voces de su general. Hizo éste breve pausa, sacó del pecho los privilegios del rey don Fernando y del emperador Carlos V, con las nuevas pragmáticas firmadas por el virrey, colateral y consejo de Estado, y con más alta voz, continuó: «Ya estamos libres de todo impuesto, ya descargados de tanto peso. Ya están quitadas y abolidas todas las gabelas. Ya se nos ha restituido aquella cara libertad que nos concedió el rey Fernando, de feliz memoria, y que nos confirmó el emperador Carlos V. Yo nada quiero ni nada pretendo más que la pública felicidad. Muy bien sabe el eminentísimo cardenal arzobispo mi recta intención, pues se la he dicho y redicho mil veces con juramento, y también sabe que al principio de nuestros justos resentimientos, por el deseo que tenía su eminencia de ver quieto al pueblo, me ofreció con generosidad regia doscientos escudos al mes de su propio bolsillo por todo el tiempo de mi vida con tal que no fuésemos adelante en nuestras pretensiones, tomando a mi cargo el ponerlos de acuerdo lo mejor y más brevemente posible, la cual oferta rehusé siempre, dándole infinitas gracias. También sabe que si no me hubiera visto apretado una hora hace por su

eminencia con el tenaz vínculo de un precepto y atemorizado por el espantoso rayo de la excomunión para ponerme el vestido que llevo, jamás hubiera dejado mis ordinarios harapos de marinero, porque tal nací, tal viví y tal pretendo vivir y morir. Después de la pesca de la pública libertad, que la haré en el tempestuoso mar de esta ciudad afligida, volveré a la otra antigua y a vender pescado, sin reservarme para mi casa ni un alfiler. Os ruego, pues, ya que ninguna otra cosa os pido, que cuando yo muera me rece cada uno de vosotros un Avemaría. ¿Me lo ofrecéis?» «Sí, sí -respondieron universalmente todos-; lo haremos con mucho gusto, pero de aquí a cien años.» «Os doy gracias -prosiguió Masanielo-, y por el amor que os tengo quiero daros un consejo: no dejéis las armas de la mano hasta que vuelvan de España, confirmadas y reconocidas por el rey nuestro señor, las gracias recibidas y los capítulos estipulados. Y nos os fiéis jamás de los nobles, porque todos son traidores y enemigos nuestros.» (Aquí se tendió en palabras tales y de tanto despecho, que por modestia las llamamos.) Y prosiguió: «Yo voy a negociar con su excelencia; dentro de una hora me volveréis a ver, o mañana lo más tarde. Pero si mañana por la mañana no estoy con vosotros, destruid a fuego y sangre el palacio y toda la ciudad. ¿Me dais todos vuestra palabra de hacerlo así?» «Y como que la damos y que lo haremos -respondió resueltamente el pueblo-; podéis estar bien seguro de ello.» «Bien, muy bien -continuó Masanielo-; de cuanto hasta ahora hemos hecho está grandemente contento su excelencia, porque, aunque se han quitado las gabelas no ha perdido nada Su Majestad. Quien ha perdido es esa nobleza enemiga nuestra. Ya está pobre, ya han vuelto a la primera mendicidad los avaros y voraces lobos de tantos asentistas y partícipes, que compraban y vendían nuestra sangre. El que ellos pierdan redundan en gloria de Dios, servicio de nuestro rey y público beneficio de la ciudad y del reino de Nápoles. Ahora serás verdadero rey de este ínclito reino de Nápoles, rey Filipo; ahora adornará las sienes del monarca español la más rica corona que jamás ha ceñido; ahora cuanto le demos (en lo que andaremos todos a porfía en todo tiempo, por más que digan los enemigos envidiosos de la austríaca grandeza) será verdaderamente suyo. No como acontecía antes, que le dábamos tesoros y se convertían en humo. Por esto está tan contento de lo que hemos hecho y de lo que hagamos el señor virrey, como que ve destruídos a sus verdaderos enemigos.» Dichas estas y otras muchas palabras, se dirigió al señor cardenal, y le dijo: «Eminentísimo señor, dad la bendición al pueblo.» Sacó la cabeza del coche su eminencia, y con dos signos de cruz a una y a otra parte por las ventanillas, dio su pastoral bendición. Y como después de esto quisiese seguir adelante la cabalgata, era tan grande la apretura del inmenso gentío apiñado en la plaza del Castelo, que imposibilitaba el paso. Y por esto y por no parecer conveniente que en tiempo de avenencia se encontrara el virrey con tanta gente, Masanielo, imponiendo silencio a todos con una breve seña, mandó, bajo pena de la vida y de rebelión, que ninguno osase dar un paso más. Y con maravilla grande fue inviolablemente obedecido. Prosiguió él la marcha a caballo, y detrás, en su carroza, el señor cardenal, seguido de Arpaya, del hermano de Masanielo y de Genovino. Llegados a la plaza de palacio, encontraron una fuerte trinchera custodiada por compañías de caballos y de infantes, estando todos los balcones guarnecidos de armada soldadesca. Pasó apresurado Masanielo aquel reparo, y su eminencia y los demás y las carrozas del séquito. Entrando en el patio de palacio, se encontraron en la escalera al señor virrey, que salía a recibir al señor cardenal. Éste le presentó a Masanielo, que le hizo reverencia arrojándose al suelo y besándole los pies en nombre del pueblo para darle gracias por las acordadas capitulaciones, y le dijo: «Que

venía allí para que su excelencia hiciese de él lo que quisiese, para que lo ahorcara o enrodara; en, fin, para que hiciera lo que gustase.» Pero el señor virrey le hizo poner en pie, diciéndole: «Que nunca lo había mirado mal ni pensado que hubiese ofendido a Su Majestad en nada, que, por tanto, estuviera de buen ánimo, pues lo apreciaba mucho.» Y dicen que al hablarle así lo abrazó muchas veces, y que Masanielo le repuso: «Que jamás había tenido otro pensamiento que el del mejor servicio de Su Majestad y de su excelencia, y que ponía a Dios por testigo de esta, verdad.» En seguida, subiendo a la más secreta cámara del palacio, conferenciaron largo rato entre sí el señor cardenal, el señor virrey y Masanielo sobre las ocurrencias de la ciudad y sobre el estado de las cosas públicas.» Hasta aquí, Giraffi.

Otros historiadores cuentan que Masanielo se desmayó a los pies del virrey, lo que puso a todos en grande apuro, y que echándole agua en el rostro se le volvió en sí y pudo por su pie subir la escalera y entrar, completamente repuesto, en el despacho del duque, donde solos con el cardenal entraron en prolija conferencia.

A poco rato empezó a interrumpirla el confuso rumor de la muchedumbre, que poco a poco fue llenando la plaza de palacio. No de la gente que mandó Masanielo detenerse en la plaza del castillo, pues, obediente, no había avanzado ni un paso, sino de los que viniendo de todos los barrios llegaban por otras calles, ignorando la orden del pescadero. Y empezando a alarmarse con la prolongada visita, por no faltar instigadores que esparcieron la voz de que habían arrestado al jefe popular, clamó con desaforados gritos que quería verlo y que saliese al balcón. El mismo virrey, cuidadoso de aquellos clamores y de lo que crecía el bullicio, pidió a Masanielo que sin tardanza lo verificase, para asegurar con su presencia a aquella conmovida multitud. Hízolo así, acompañado del arzobispo y del duque. Y en medio de la tempestad de aplausos que se levantó dio a escuchar su voz, gritando: «Heme aquí sano y salvo. Paz, paz.» El entusiasmo popular creció de todo punto, manifestándose con lágrimas, alaridos, vivas y aclamaciones; se pusieron a vuelo las campanas de San Luis, a las que, sin saber por qué, respondieron las de toda la ciudad, con tan asordador rimbombe, que obligó a Masanielo a mandar que cesasen, como se verificó muy pronto. Cuando paró el estruendo vitoreó, repitiendo los vivas aquel inmenso gentío, a Dios, a la Virgen del Carmen, al monarca español, al arzobispo, al virrey y al fidelísimo pueblo napolitano, y en seguida, vuelto al duque de Arcos, que, ¡oh vergüenza!, estaba besándolo y limpiándole el sudor con su pañuelo y llamándole a voces libertador de Nápoles, pasmado de ver la influencia mágica de sus palabras, le dijo: «Ahora quiero que vea vuestra excelencia cuán obediente es este pueblo», y poniéndose el dedo en los labios en señal de silencio, enmudeció como por encanto aquel confuso mar de vivientes, sin oírse ni el rumor más pequeño. Y luego dijo en voz alta: «Bajo pena de la vida y de rebelión, mando despejar y que no quede nadie en esta plaza.» Inmediatamente, en el más profundo silencio, sin sentirse más que el ruido sordo de las pisadas, desapareció aquel inmenso gentío por distintas calles, quedando la plaza completamente desierta. Lo que dejó confusos y pasmados al duque de Arcos, al cardenal Filomarino y a cuantos lo presenciaron.

Continuó la conferencia, acordándose en ella que se imprimieran y publicaran las capitulaciones con las firmas, refrendos y requisitos necesarios, y que el sábado próximo se leyeran al pueblo en la catedral y se juraran su obediencia, con solemne oferta del

virrey, de los consejeros y de todos los funcionarios públicos de que serían ratificados en Madrid. También se trató de que Masanielo devolviese el mando supremo al virrey; pero encontró éste inconvenientes para aceptarlo y confirmó al pescadero en el alto cargo de capitán general del pueblo, confiriéndole también el título de duque de San Jorge, que cedió a su favor en aquel acto el marqués de Torrecusa. Pero no pasó de allí esta gracia, pues no consta que Masanielo hiciese uso de ella ni que causase efecto alguno en el pueblo. El virrey le encargó mucho que acabase con los bandidos, elogiando el servicio que había hecho al reino en perseguirlos y exterminarlos, y puso a sus órdenes al preboste general para que ejecutara puntualmente sus sentencias. Varios autores dicen que Masanielo ofreció al duque la plata de las iglesias, encargándose de despojarlas, y que, habiendo rechazado éste la proposición, se convino en que recaudaría un cuantioso donativo para el rey.

Ya había anochecido cuando concluyó esta entrevista, en que el pescadero, desconociendo la posición que se había adquirido, descubrió su condición villana en acciones humillantes y en extravagancias ridículas, y en que el duque de Arcos desmintió la suya de alto personaje y su carácter de suprema autoridad, con degradantes adulaciones, con tímidos miramientos y con miserables complacencias, si bien merece elogio por haber rechazado el consejo que le dieron algunos de apoderarse de la persona de Masanielo y de caer con las tropas sobre el pueblo desapercibido: ora lo hiciese por no creerse con fuerzas bastantes, ora por no faltar a la buena fe, manchando su nombre con una iniquidad.

Acompañó el duque al arzobispo y a Masanielo hasta la escalera, donde besándole a aquél la mano y abrazando de nuevo a éste, le volvió a llamar en público y a boca llena «fiel servidor del rey y glorioso defensor del pueblo», y le echó al cuello una cadena del valor de tres mil escudos. Resistióse el pescadero a admitirla; pero las instancias del virrey y el mandato del cardenal le obligaron a resignarse con el regalo. Volvieron todos a tomar sus caballos y carrozas, y con el mismo orden en que habían venido dirigieron al palacio arzobispal por medio de alegre y pacífico concurso que los vitoreaba y por una lucidísima carrera iluminada, enramada y colgada magníficamente y al ruido de las campanas, que celebraban a vuelo aquel importante día. Mas, como muy pronto veremos, no vino con él el remedio suspirado para los desastres de la desventurada ciudad.

En el palacio arzobispal estaba dispuesto un abundante refresco, y cuando lo disfrutaban Masanielo y los suyos, muy festejados por Filomarino y por las personas eclesiásticas y seglares de su séquito cundió rápida alarma por el populacho con la noticia de que varias tropas de bandidos se acercaban a la ciudad. Nació este rumor de que regresando de sus tierras el marqués de San Telmo Caracciolo con muchos criados y guardas a caballo se asustaron los sublevados que custodiaban la puerta de la ciudad, y sin más examen hicieron armas contra aquella gente, apoderándose del marqués, a quien trataron de hacer pedazos, sin dar oídos a sus explicaciones. La marquesa viuda, tía del que en tanto apuro se encontraba, sabedora de la ocurrencia, fue inmediatamente en busca del arzobispo para salvar al sobrino de aquel desastre. Oyó Masanielo sus lamentos y sus razones, y tocado de sus gemidos, la tomó por la mano, la tranquilizó y le aseguró que sería puesto sin demora el marqués en libertad, para lo que envió apresuradamente a la puerta en que

estaba detenido a uno de los suyos, que llegó, por fortuna, a tiempo para que lo dejaran libre y llegar a salvo a su casa.

Trató Masanielo, ya avanzada la noche, de retirarse a descansar de las fatigas de aquel día, y el cardenal le dio su carroza, en la que, con su hermano, Genovino y Arpayá, se dirigió a la plaza del Mercado. La noticia de invasión de forajidos se había esparcido demasiado para que no fuese ya general la inquietud, por lo que se reforzaron los puestos, se dispusieron patrullas, se hicieron fogatas en las plazas y encrucijadas y se pasó la noche toda con las armas en la mano y en desordenada inquietud.

CAPITULO XV

Después de aceptados por el virrey los capítulos propuestos por el pueblo de quedar restablecido en toda fuerza y vigor el privilegio de Carlos V, abolidas todas las gabelas y lleno, por tanto, completamente el objeto de la sublevación, parecía regular que se calmaran los ánimos, que se sosegara la ciudad y que se restableciera la autoridad legítima, concluyendo la dictadura del pescadero. Pero lejos de suceder así, el día que siguió a la entrevista, con que se creyeron zanjadas todas las dificultades, fue uno de los más turbulentos y en que ostentó más necio orgullo y absoluto poder el jefe popular.

La noticia de estar amenazada la ciudad por tropas de forajidos, que se esparció la noche anterior, cobró con el nuevo día gran incremento, exaltó los ánimos y renovó el desorden y la confusión.

Volvió Masanielo, poniendo aparte sus galas y vistiendo sus habituales harapos, a establecer en la plaza su tribunal. No ya en el palco y el tablado en que solía, sino en la ventana de su propia casa, donde le presentaban los memoriales y peticiones en la punta de una pica, y él los recibía y decretaba teniendo en la mano un arcabuz con la mecha encendida y pronto para hacer fuego, y a la puerta de su casa estaban reunidos siempre más de dos mil hombres armados, que ejecutaban sin réplica sus más leves caprichos.

Envió gruesos pelotones a guardar las afueras de la ciudad y diferentes turbas con cabos de su confianza a recorrerla toda para buscar y exterminar cuantos bandidos pudiese haber aún ocultos en ella. Las tropelías y venganzas particulares a que daría lugar esta pesquisa pueden muy bien imaginarse. El resultado fue traer a la presencia del pescadero más de cien cabezas, que aumentaron el espantoso adorno de la plaza del Carmen. Reprodujo la prohibición de capa y ropas talares, y por haberse hallado, según dijeron, un bandido disfrazado de mujer, con armas escondidas bajo las faldas, mandó cercenar éstas y recortarlas hasta la rodilla, a lo que tuvieron que sujetarse sin réplica no sólo las mujeres del pueblo, sino también las más ilustres matronas de la nobleza. Dispuso que se bajara el pan a un precio ínfimo y que se aumentara considerablemente su peso, y a un hornero que se resistió a verificarlo lo condenó a ser quemado vivo en su propio horno, como se ejecutó inmediatamente. Presentáronle cuatro bandidos aquella mañana, que se habían hallado ocultos en un arrabal, y les hizo cortar allí mismo, en su presencia, las cabezas con la cuchilla de cortar el pescado. Y era tal el vértigo de matanza que se había apoderado del tal Masanielo, que, para que las ejecuciones fueran más violentas y más

notorias a toda la ciudad, mandó establecer en la calle de Toledo, y a la vista del palacio, un ancho patíbulo con los instrumentos más espantosos de muerte y dos verdugos, que no pasaron ociosos el día.

Fue detenida en la Merinela una falúa sospecha, que venía de las playas de Sorrento, con seis marineros y cuatro hombres armados, y como encontraron a uno de ellos un paquete de cartas, condujeron todos maniatados a la presencia del pescadero. Resultó ser correspondencia del duque de Maddalone con su secretario la que conducían, y estando la mayor parte escrita en cifra ininteligible y el resto en generalidades ambiguas, de que no se sacaba noticia alguna, sufrieron un largo y prolijo interrogatorio los marineros y los otros cuatro. Aquéllos probaron no saber nada del duque ni de quiénes eran aquellos hombres que les habían fletado la barca. Pero éstos, después de padecer espantosos tormentos, en que confesaron mil cosas absurdas y contradictorias, fueron decapitados.

Este acontecimiento aumentó la inquietud pública, temiendo nuevas maquinaciones del no escarmentado duque de Maddalone y avivó los temores del jefe popular, que veía dondequiera asechanzas contra su vida, creciendo sin límites su crueldad y sed de sangre. Y cuantos le presentaron aquel día como sospechosos fueron sentenciados y ejecutados en el acto, pereciendo unos en la horca, otros en la rueda, muchos arcabuceados y algunos despedazados por la multitud.

Dispuso Masanielo aquel día que cuantos clérigos y frailes se encontrasen en la calle fueran conducidos a su presencia para averiguar por sí mismo si eran verdadera gente de iglesia o facinerosos disfrazados, y fue exactamente obedecido, causando infinitas vejaciones a hombres pacíficos y desarmados y yendo algunos de ellos al patíbulo porque un enemigo particular los calificaba de bandidos. Mandó, bajo pena de la vida, que cuantas personas estuviesen retraídas y ocultas en los conventos y casas particulares volviesen inmediatamente a las suyas, y al momento que se publicó el bando se vieron atravesar pálidos y desconcertados las calles y volver a sus moradas a muchos caballeros, militares retirados, negociantes extranjeros, sacerdotes, ancianos, enfermos y señoras que habían buscado un asilo y que tenían que abandonarlo por no ser descubiertos y asesinados en la pesquisa general que debía verificarse. Dio también orden el pescadero de que los tenderos artesanos abrieran sus tiendas y talleres se pusieran a trabajar como solían, y al punto fue sin réplica obedecido, y dispuso, en fin, para evitar la confusión, que retiraran las masas populares, dejando en cada calle cuatro hombres y un cabo. Con eso quedaron sobre las armas unos treinta mil hombres, ganando cada uno un carlino (medio real de vellón) y ración de pan, carne y vino.

Aquel funesto día trabajó mucho la famosa «Compañía de la muerte», formada de la más relajada juventud, y en la que dicen figuró en primer término el célebre pintor Salvator Rosa, cuyos valientes cuadros representando varias escenas de la sublevación hemos examinado detenidamente. Pero, aunque formase parte de tan sanguinaria cuadrilla, no creemos digna de gran fe la que le atribuye en aquellos sucesos y en la intimidad con Masanielo la romántica pluma de una célebre escritora inglesa.

Algunos caballeros, por ganarse la gracia del supremo dictador, le enviaron aquella mañana, de regalo, hermosos caballos y joyas de gran precio, que él no admitió, diciendo enfurecido: «Que nada quería de la nobleza.» Avisáronle varios espías que aún existían

escondidas en capillas y monasterios muchas riquezas pertenecientes a las personas cuyas casas y palacios habían sido asaltados los días anteriores. Dispuso al instante el reconocimiento general de los sitios que le indicaron y encontróse, en efecto, gran cantidad de ropas, joyas, vajillas y dinero. Mas no mandó, como antes, que todo fuera entregado a la voracidad de las llamas, sino que todo se conservase y llevase intacto, con el mayor cuidado y seguridad, a los almacenes de la plaza del Mercado para pagar la gente armada y ayudar al donativo que debía hacerse al rey. Autores hay que aseguran que quiso el pescadero conservar todas aquellas riquezas para sí, porque empezaba a despertarse en su pecho la codicia y el deseo de mejorar de fortuna y de condición; pero el estado de miseria en que dejó a su familia demuestra que, si tuvo esta idea, no supo o no logró verificarla. Lo cierto es que se recogieron entonces grandes riquezas escondidas y mucho dinero soterrado, pues de un solo escondite se sacaron más de cien mil escudos, sin que conste su paradero.

Mucho deseaba Masanielo prender fuego al palacio del duque de Maddalone, que era su continua pesadilla; pero desistió de hacerlo por temor de que hubiese en él pólvora dispuesta a propósito para facilitar una voladura, y envió a algunos de sus satélites para reconocerlo prolijamente y acabarlo de saquear. Encontraron allí dos moros esclavos del duque y los condujeron a la plaza del Mercado. Mandóles el dictador que declarasen cuanto supieran de su amo y que se bautizasen sin réplica. Uno se resistió tenazmente a ambos preceptos, y después de apurar con indiferencia musulmana los más atroces tormentos, fue enroddado. El otro, ofreciendo hacerse cristiano, declaró que el duque su señor había estado en Benevento, y que de allí había ido a las sierras de Calabria, donde permanecía reuniendo una tropa de bandidos. En premio de su docilidad en abjurar su secta y de la declaración hecha, le fue en el acto conferido el destino de capitán de uno de los pelotones de la que podemos llamar guardia permanente del pescadero.

Notable mudanza se advertía en el carácter de este hombre extraordinario. Vióse de repente suspicaz y reservadísimo, mostrando una sed de mando y de poderío insaciables. El temor de ocultas asechanzas lo había vuelto bárbaramente cruel, huyendo de todo consejo y rechazando con furor toda reconvención. Obraba por sí solo, y alejó de sí con agrio desdén a Palumbo, a Genovino y al electo Arpaya. Gustábanle las adoraciones, saboreábase con la lisonja y empezó a concebir confusos planes de sólido engrandecimiento y de permanente autoridad, y no sabiendo él mismo cómo llevarlos a cabo, obraba en todo de la manera más contradictoria y extravagante. Se le ocurrió convertir su pobre casuco en un palacio magnífico, e inmediatamente dio orden de derribar todos los edificios inmediatos, como empezó a ejecutarse, sin escuchar los clamores de los dueños ni las reclamaciones de los vecinos. Mandó venir arquitectos y albañiles y a varios mercaderes que le enviaran ricas telas para colgaduras. Trató de formarse una servidumbre y de darle la librea correspondiente, y empezó a mezclar sus modales toscos y humildes con los graves y pomposos de gran señor. ¡Pobre Masanielo!

Crecía por puntos, a medida que quería engrandecerse y adoptar las formas aristocráticas, su odio a la aristocracia. Y como dos caballeros de Nápoles le pidieran aquel día, por medio de sus procuradores, justicia sobre cierto asunto contencioso, se negó a oírlos, vomitando insultos y denuesos contra la nobleza. Pero el blanco de sus odios, el objeto continuo de su anhelo de venganza era el fugitivo duque de Maddalone. Mandó buscar

por la ciudad a todos sus criados y protegidos, y fueron asesinados cuantos tuvieron arbitrariamente una u otra calificación, y él mismo en persona fue con sus sicarios más furibundos a asaltar el Palacio que tenía aquel personaje en la ribera de Chiaja. Entró en él, entregó a las llamas cuanto encontró, dio cuchilladas y golpes de alabarda en las puertas y paredes, y viendo en una galería los retratos del duque y de su padre, se enfureció de tal modo, que acuchilló la imagen de éste, llamándole padre de un traidor, y a la de aquél le picó los ojos y le cortó la cabeza, arrancándola del lienzo y llevándola como trofeo a la plaza del Mercado. Allí la colgó de la viga en que, ya corrompido e inficionando el ambiente, estaba aún el cuerpo mutilado del infeliz hermano, don José Caraffa. ¡Coincidencia singular! Esta cabeza pintada y este cadáver destrozado y corrompido estaban precisamente en el mismo sitio de la plaza en que pocos años antes padeció el último suplicio el inocente príncipe de Senza, víctima de una negra trama urdida por los dos hermanos; el retrato de uno y los despojos putrefactos del otro parecía que estaban allí proclamando una justicia superior a la de los hombres.

Dio aquel día el capitán general del pueblo varios decretos de buen gobierno: uno de ellos sobre el abasto del aceite. Y el virrey, retraído de nuevo en el castillo, también publicó otros contra los bandidos y revalidando los de Masanielo para aparecer siempre, que era su idea favorita, como suprema autoridad, y por no interrumpir las relaciones, a pesar del horror de jornada tan desastrosa, le pidió socorro de vituallas, apresurándose el hombre del pueblo a enviárselas con abundante forraje para sus caballerizas.

También la duquesa de Arcos se puso aquel día en amistosa comunicación con la mujer del pescadero, enviándole un rico presente de vestidos y de joyas, con que no tardó ella en engalanarse, afectando entre sus parientas y amigas, todas de lo ínfimo del populacho, una cómica gravedad y una ridícula altanería.

A media tarde llegaron a la bahía de Nápoles tres galeras, y el almirante, Giannettin de Doria, avisó al virrey, quien, siguiendo su sistema de complacencias, le ordenó ponerlas a la disposición de Masanielo. Éste le mandó fondear lo más lejos posible, suministrándole víveres en abundancia, pero sin permitir que nadie viniese a tierra.

Al anoecer llegó el cardenal arzobispo al Carmen, con pretexto de rezar a la Virgen, para tratar de amansar a aquel hombre, árbitro absoluto de la ciudad y que tan inexorable y sediento de sangre se mostraba. Recibiólo Masanielo con el respeto más profundo, mostrando oír con humildad sus templadas reconvenciones, y le rogó que subiese con él al campanario de la iglesia a bendecir al pueblo y a su espada de capitán general. Hizo uno y otro el reverendo prelado, complacencia que no dejó de desopinarlo entre la gente sensata, y, ciertamente, no tendría él mismo mucha fe en una bendición dada a una furibunda canalla, manchada de sangre, cuando desaparecían los últimos rayos de un sol que había presenciado tantos horrores en un recinto circundado de cabezas y miembros humanos y al través de un ambiente fétido y corrompido que envenenaba a la ciudad.

Nunca se mostró más espantosa la tiranía popular, nunca fue tan absoluto y atroz el poder del pescadero miserable. Mas de quinientas personas perecieron, ya por el puñal de los asesinos, ya por la cuchilla del verdugo, ya por las llamas de los incendiarios. Los cuatrocientos mil habitantes que contaba ya entonces la ciudad con sus arrabales, de todas condiciones, edades y sexos, temblando el ceño de su inexorable dominador y la furia de

sus sicarios obedecieron, postrados, sus más extravagantes caprichos... ¡Tremendo día fue el viernes 12 de julio de 1647, sexto de la sublevación! Su memoria se conserva aún fresca de padres a hijos en los napolitanos.

CAPITULO XVI

Confuso y abatidísimo estaba el duque de Arcos, refugiado otra vez en Castelnovo, viendo que todos sus planes para acabar con la sedición, plegándose a sus exigencias, habían sido inútiles, pues crecía la autoridad del prodigioso pescadero, y el pueblo se mostraba cada momento más furibundo y tenaz y menos dispuesto a soltar las armas y a entrar en razón. Celebró varias consultas reservadas con el cardenal y con Julio Genovino para buscar, de común acuerdo, remedio a tantos desastres y el modo de restablecer el orden lo más pronto posible. Ambos consejeros, concedores de lo terrible de la situación y deseosos ya de que tuviera fin, lo exhortaron a la prudencia, manifestándole que no se podía acabar de un golpe con el poder colosal de Masanielo, y que era necesario temporizar hasta que comenzara a declinar su prestigio, como forzosamente había de suceder en vista de sus crueldades y desaciertos. Y convinieron los tres en lo importante que era no dilatar la ceremonia de jurar en la catedral la capitulación, con toda pompa y solemnidad, para que no tuviese pretexto plausible la sublevación y para producir un efecto que no podía menos de ser muy saludable sobre la muchedumbre.

El cardenal y Genovino se encargaron de trabajar para que no se dilatase la ceremonia y para darle el mayor aparato, y el virrey dispuso la rápida y copiosa impresión de las capitulaciones para que se repartiera con profusión al pueblo, manifestando así la buena fe con que las aceptaba y juraba y la buena voluntad con que las cumpliría.

Amaneció, pues, el sábado 13 de julio y empezaron a agitarse las turbas para buscar bandidos ocultos, que era el pretexto mejor para saciar particulares venganzas y lucrativos saqueos, y para con la idea de maquinaciones ocultas y de peligros permanentes mantener viva la conmoción popular. Masanielo se estableció en su tribunal, entregándose a su manera al despacho de los negocios públicos. Y como le trajeran presos a varios marineros que habían encontrado recorriendo las tiendas y fingiéndose en ellas parientes suyos. pidiendo de su parte dinero para ciertas obras de fortificación, les mandó inmediatamente cortar la cabeza. También sentenció a muerte a otros miserables, que con el nombre de bandidos le presentaron.

Lo mismo hizo Masanielo con otros que le dijeron ser criados de Maddalone, imputándoles que llevaban correspondencia escrita en cifra y escondida en los zapatos. Dispuso nuevas investigaciones en conventos e iglesias para buscar tesoros escondidos, y mandó levantar en varios puntos de la ciudad horcas y patíbulos. En fin: el día séptimo de la sublevación mostraba que iba a ser tan horroroso como el anterior.

También publicó aquella mañana el supremo dictador varios bandos y órdenes de policía, imponiendo pena de la vida, sin remisión, a la más ligera contravención de los más insignificantes artículos, y se ocupó en proveer varios destinos públicos.

Nombró maestro de campo a un tal Andrea Polito, de oficio batihoja, hombre de ínfima condición, ignorantísimo y brutal, grande enemigo de españoles, y el que con más encarnecimiento los había perseguido y asesinado los días anteriores. Dio el mando de un barrio a un hermano de Palumbo, revoltoso furibundo, y el de otro, a Jenaro Annese, maestro arcabucero, de quien haremos larga mención en el progreso de esta historia, y repartió otros cargos de menor importancia a los más sobresalientes en sanguinaria ferocidad y en tenaz oposición a todo acomodamiento.

El nuevo maestro de campo, ostentando un lujo de crueldad inaudito, y los otros jefes de los barrios y todos los nuevos empleados, por no quedarse en zaga, se mostraron aquella mañana misma inexorables contra cuantos se calificaban ligeramente de sospechosos, y cometieron execrables tropelías, descarados robos, lamentables ejecuciones, llenando de asombro a la ciudad, erizada de cadalsos y sembrada de cadáveres, y reuniéndose luego, bien de *motu proprio* y por ostentar patriotismo ardiente y adhesión sin límite al dominador; bien acalorados por los que tenían aún interés en que siguiera el desorden, que tan ancho campo dejaba a las venganzas y a las rapiñas; bien diestramente manejados por los investigadores extranjeros, que deseaban llevar las cosas más adelante, representaron a Masanielo que para su seguridad propia y para la del pueblo era indispensable tener en depósito la posesión del castillo de San Telmo hasta que volviese de España revalidada la capitulación. Esta exigencia, que como dejamos apuntado sacó ya la cabeza, en la conferencia del Carmen cuando se extendieron los capítulos, y que fue desechada por los argumentos de Genovino y del cardenal, volvía a aparecer ahora con el apoyo de los primeros jefes populares y acompañada de tan buenas razones de conveniencia general, que la adoptó inmediatamente el pescadero, y encargó al arzobispo que la hiciese saber al punto al virrey. El sagaz prelado no quiso combatir la idea en el primer momento de su desarrollo, y fue con el mensaje a Castelnovo. El duque de Arcos respondió: «Que el disponer del castillo de San Telmo y de las demás fortalezas cerradas no estaba en su arbitrio, porque los castellanos recibían el título y el mando directamente del rey, a quien juraban homenaje, y que no podían entregarlos a nadie sin orden expresa directa y firmada por Su Majestad. Que, por tanto, aunque él quisiera, como efectivamente quería, complacer al pueblo, no sería en este punto obedecido. Que no exigiesen de él una cosa imposible, y que empeñaba de nuevo su palabra de que las capitulaciones, una vez juradas y aceptadas por todos, serían muy pronto ratificadas por el soberano.» Volvió con esta respuesta Filomarino al jefe popular y le reprodujo los argumentos que ya expuso en la otra ocasión contra esta exigencia, añadiendo las razones y consejos que le parecieron más convenientes. Con lo que Masanielo, dándose por convencido, desechó con energía la propuesta de sus tenientes y validos, y para evitar nuevas reclamaciones, mandó inmediatamente publicar bando con pena de la vida para quien osase proponer la toma como rehenes o, de otro modo, de los castillos y fortalezas de Su Majestad.

A mediodía vino el duque a palacio, y Genovino y Arpaya fueron a conferenciar con él ostensiblemente sobre el modo de verificar la ceremonia del juramento. El arzobispo cardenal, entre tanto, fue a prepararlo a la iglesia mayor, y el jefe del pueblo mandó, so pena de la vida, pues éste era requisito indispensable de todas sus disposiciones, que se barrieran y adornaran las calles de la carrera y que concurriesen todos los habitantes de Nápoles a la solemnidad popular.

La proximidad de la fiesta iba cambiando el aspecto de la ciudad. Desarmáronse los verdugos, desaparecieron los patíbulos, se adornaron con ricas telas y vistosas enramadas los edificios, olvidó las armas el pueblo y empezaron los preparativos de la función a distraer los ánimos, a calmar las cabezas, a amansar las enconadas pasiones; así pasan las masas populares con rapidez pasmosa de un extremo a otro extremo; así los hombres todos, individualmente, y más cuando están reunidos, se dejan arrebatar de las sensaciones del momento y pasan de unos deseos a otros instantáneamente, agitándose y calmándose, ignorando por qué y obedeciendo ciegos los más pequeños y desconocidos impulsos. Las ideas religiosas tuvieron mucha parte en la mudanza de aquel día. El celebrarse el solemne juramento en sábado, consagrado a la Virgen y cuando tan próxima estaba la festividad de Nuestra Señora del Carmen, observación que cundió por las turbas, fue generalmente mirado como de agüero feliz para asegurar la dicha de la agitada capital y del despedazado reino.

Con gran recelo y desconfianza se disponía el virrey a atravesar la ciudad, y creyó a tal punto que iba a ser víctima aquella tarde del populacho, que hizo su testamento y se preparó a morir como cristiano, y encargó al cardenal Trivulcio, que se hallaba casualmente en Nápoles, de paso para Sicilia, que faltando él tomara el gobierno del reino hasta que fuese reemplazado por quien tuviese el rey por conveniente. ¡Infundadas sospechas! Nadie había pensado, como no tardó en verlo por sí mismo, en hacerle daño, ni aun en faltarle en lo más mínimo al respeto.

A las dos de la tarde salió de palacio en su carroza de gala, seguido de otras muchas en que iban los consejos y altos funcionarios del reino, circundado de pajes y escuderos a pie y a caballo. Le precedían cien caballos españoles con timbales y clarines; Masanielo, vestido de tela de plata, y el hermano de éste, con traje también de plata sobre fondo azul celeste, iban a las portezuelas en sendos caballos hermosísimos, enjaezados con primor y riqueza, y detrás marchaban Genovino, en silla de manos, por su mucha edad, y Arpayá, Palumbo y otros jefes populares a caballo y con más armas de las que a fiesta tan pacífica convenía.

Tomó la procesión por la calle de Toledo, y crecía tanto en ella el gentío, que no se podía dar un paso, por lo que Masanielo tuvo que mandar a las turbas detenerse, siendo, como siempre en todo, puntualmente obedecido. En la carrera recibió el virrey repetidas demostraciones de profundo respeto, sin oír una sola voz ni ver un solo gesto que pudiera darle cuidado, y halló en todas las esquinas retratos de Felipe IV y de otros reyes de España, sus antecesores, colocados en doseles y acatados con toda reverencia. Por todas partes resonaba: «¡Viva el rey de España!», «¡Viva el duque de Arcos!», y él, sacando la cabeza por las ventanillas de la carroza, respondía: «¡Viva el fidelísimo pueblo napolitano!» Entre tan gratas aclamaciones y arrullada por aquel agradable murmullo de las pacíficas y tranquilas turbas, que asisten con júbilo a una fiesta popular, llegó la lujosa comitiva a la iglesia mayor. Masanielo y su hermano echaron presurosos pie a tierra y dieron el brazo al virrey para salir de la carroza. El capellán mayor del reino, don Juan de Salamanca, le dio agua bendita, y dudando si también debía dársela al jefe popular, una mirada expresiva del duque le determinó a hacerlo. En medio de la nave principal del templo, el cardenal arzobispo, con pontificales vestiduras, a la cabeza del cabildo y de la clerecía, recibió respetuosamente al virrey, y ocupando uno y otro sus respectivos

doseles, Masanielo un sillón a la derecha del prelado, y los altos funcionarios sus puestos, y estando llena la iglesia de apiñado y silencioso gentío, el consejero Donato Cópola, duque de Cansano, secretario general del reino, puesto en pie en el presbiterio, leyó en alta e inteligible voz los capítulos acordados. Fueron oídos con profunda atención y vivo interés, interrumpiendo algunas veces la lectura y el silencio general entusiasmados aplausos de la unánime multitud; también con disgusto universal fue a menudo interrumpida con explicaciones, adiciones y observaciones inoportunas, que en agrio y agudo grito hacía el desatentado pescadero, ya con el tono ridículo de catedrático, ya con el aire solemne de supremo dictador. Terminada la lectura, se acercó reverentemente al virrey el electo del pueblo seguido de los otros municipales, y en una discreta arenga le dio las gracias en nombre de la ciudad por la capitulación acordada, rogándole la santificación con el Público juramento. Y entonces el duque de Arcos, puesto en pie y con la mano diestra sobre los santos Evangelios, que le fueron presentados por el arzobispo, juró la observancia de los capítulos convenidos y solicitar con todo empeño la real aprobación. Si juró en falso y con el ánimo decidido a emplear también el perjurio, como uno de tantos infelices medios de gobierno como se le ocurrieron en Nápoles, no podemos asegurarlo; pero su posterior comportamiento, indigno de su esclarecido nombre, nos induce a creer que este solemne y religioso acto fue un nuevo caso de debilidad y de mala fe que añadió a tantos otros que tenían ya menguada su reputación y manchada su memoria. Después del virrey prestaron igual juramento, por su orden jerárquico, los consejos, autoridades y empleados, y se entonó con toda pompa un pausado tedéum.

Mientras lo cantaba el coro y la clerecía, acompañados de órgano y de una música estrepitosa, Masanielo en pie y con la espada desnuda, ufanísimo con la gloria de su triunfo, que era entonces completo, y desvanecido con el aplauso popular, con el respeto y sumisión que le tributaban las autoridades supremas, y exaltado con el aparatoso, espectáculo, perdió, sin duda, la cabeza, pues llamó imperiosamente a uno de los gentileshombres del arzobispo y lo envió varias veces al virrey con los más ridículos e impertinentes mensajes; ya notificándole que quería seguir mandando como capitán general y que exigía como tal tener guardián a su puerta y expedir patentes de oficiales de guerra, ya que echara de los castillos a todos los nobles y ricos en ellos refugiados, con otras exigencias no menos descabelladas y de malísimo agüero. El duque de Arcos respondía a todo que sí, por no turbar aquel acto religioso, disimulando su enojo y la desconfianza que le inspiraban tan necias como audaces embajadas, y aunque el mensajero, avergonzado, se excusó con él de aquellos pasos, le mandó continuarlos y no rehusarlos para evitar algún incidente desagradable, pues aquella ocasión de contemporizar y no de encender imprudentemente alguna chispa que produjera un incendio.

Mientras duró el tedéum duraron este ir y venir y los impertinentes recados, y concluido, cuando todos se disponían a salir de la iglesia, levantó la voz Masanielo, y en un largo y extravagantísimo discurso, empedrado de sandeces y de ideas luminosas, de frases chabacanas y de períodos elocuentes, de humildad seráfica y de satánica soberbia habló del pueblo, de la nobleza, del rey, de sus propios servicios al trono, de la lealtad napolitana, de las gabelas, de los arrendadores de los impuestos, de los bandidos, del duque de Maddalone; en fin, de todas las ocurrencias pasadas, y concluyó, como siempre,

asegurando que quería volver a su humilde condición y al ejercicio de pescadero, para manifestar al mundo que no su propio interés, sino el del rey y el de la patria le habían inspirado la empresa tan felizmente coronada. Diciendo así, como si estuviera poseído de un acceso de locura, empezó a desgarrarse el lujoso vestido, corriendo del cardenal al virrey para que le ayudasen a destrozarlo, con tales visajes y contorsiones que pasmaron a los circunstantes y conmovieron a la muchedumbre.

El arzobispo y el duque, atónitos, le contuvieron y calmaron con caricias y buenas razones, recordándole que estaba en la Casa de Dios, y que sólo su buen deseo podía disculpar la inconveniencia de sus acciones. Sosegóse al fin cayendo en repentino abatimiento, y salió el virrey acompañado hasta la puerta por el prelado y clerecía, y subiendo en su carroza y volviendo a montar a caballo Masanielo y los suyos, ordenada la comitiva como había venido, se dirigió la procesión por la Vicaría y la Nunciatura a la plaza del Mercado, entre los aplausos y vivas de la alborotada multitud. Al pasar por delante del miserable casuco de Masanielo se presentó su mujer en una ventana, ataviada con los regalos de la virreina, y el duque de Arcos la saludó, descubriéndose y levantándose con el mismo respeto que a la más excelsa princesa pudiera haber tributado. Y se retiró, finalmente, a palacio; saludado por la salva real de los tres castillos y por el repique general de las campanas, cuando el sol escondía sus últimos rayos tras las verdes cumbres de Posilipo.

CAPITULO XVII

La solemne escena del juramento celebrado la tarde anterior había cambiado totalmente la fisonomía de la ciudad, creyendo todos sus habitantes satisfecha, de un modo o de otro, la sublevación, y puesta firme base de una estable tranquilidad,

Las turbas mismas, tan feroces e indomables por la mañana del sábado, se mostraban en la del domingo 14 de julio pacíficas y conciliadoras. Sólo una pequeñísima parte turbulenta e inflexible bramaba aún por las calles y plazas, y rodeaba y separaba de toda idea de concordia al desatentado pescadero.

Diversas eran, es cierto, las opiniones y, por consecuencia, las ideas que circulaban en los corrillos; pero todas generalmente y con corta excepción propendían a la paz y al restablecimiento de las autoridades legítimas, comprometidas con juramento a rehabilitar y sostener las franquicias populares. Unos, los de mejor fe, creían terminadas las miserias públicas, purgado el país de facinerosos e igualados para siempre los derechos del pueblo y de la nobleza en los sediles, y miraban a Masanielo con la veneración debida a un ser inspirado del Cielo, pero cuya misión estaba ya cumplida; con el entusiasmo y profundo respeto debidos a un héroe, a un generoso libertador, pero cuyos esfuerzos no eran ya necesarios. Otros, que también creían asegurados los antiguos privilegios de la ciudad y arreglado ya todo con la capitulación, de manera que eran imposibles nuevas arbitrariedades en la administración pública, aunque confesaban el mérito extraordinario del hombre singular a quien se debían bienes tan positivos, deseaban que se restableciese pronto la autoridad real, porque temían haberse creado un tirano difícil de derrocar y una tiranía mucho más dura y terrible que la que con tanto tesón habían combatido. Algunos

deseaban el restablecimiento total y absoluto del virrey, esperando reacciones violentas y castigos ejemplares que reparasen los daños individuales y borrasen hasta las huellas de tantos desórdenes y desconciertos. Y muchos, desconfiados y recelosos, dudaban del porvenir; temían que la capitulación no fuese revalidada por el rey, y no querían soltar las armas, y aun reproducían la pretensión de apoderarse del castillo de San Telmo; pero repugnando la autoridad del duque de Arcos, a quien aborrecían, deseaban cualquier cosa que no fuese la dominación de Masanielo, pues lo miraban de mal ojo después de la mucha sangre que inútil y bárbaramente había derramado, de la altanería y codicia que iba descubriendo y de la falta total de concierto que manifestaba en sus actos y en sus palabras, comprometiendo la situación. Sólo los ciegos partidarios del pescadero, los jefes de los barrios, los hombres sin porvenir, revoltosos e inquietos y los que aún tenían venganzas que satisfacer, riquezas que codiciar y necesidad de movimiento y de agitación, aunque en escaso número, dominaban, como acontece siempre, a todos los demás, porque eran más osados, estaban más unidos y trabajaban con más ardor, manteniendo, a pesar de la mayoría de la población, vivo en medio de ella el fuego del motín, pronto a inflamar de nuevo toda la ciudad.

Otro virrey menos desacreditado que el duque de Arcos lo estaba ya con los napolitanos, de fe menos dudosa, de resolución más firme y de más arrojo para emplear los medios nobles y dignos, que siempre dan buen resultado cuando se usan con energía, razón y oportunidad hubiera podido sacar un ventajosísimo partido del estado general de los ánimos aquel día y haber evitado los nuevos trastornos y desastres que sobrevinieron. Pero tímido, desconfiado de sí mismo, con los oídos cerrados a los consejos saludables de hombres de gobierno y de sagacidad, esperándolo todo del tiempo y de manejos oscuros y miserables, nada hizo; desperdició el momento oportuno y vio impasible desairada nuevamente su persona y escarnecido el poder soberano que representaba.

Masanielo, como si no estuviera ya cumplido el objeto de la sublevación que capitaneaba, como si el juramento de las capitulaciones nada hubiera significado, y sin recordar las tan repetidas ofertas de volver a su humilde estado y ejercicio y de renunciar las pompas del mundo cuando lograrse abolir las gabelas, siguió impertérrito en su despótico y absoluto dominio, dando nuevos decretos de policía, fulminando nuevos bandos de proscripción y haciendo sus inexorables y sangrientas ejecuciones. Mandó, pues, que nadie soltara las armas, so pena de la vida, y so pena de la vida también, que todos los que supieran dónde había bandidos refugiados o riquezas escondidas, se lo revelasen inmediatamente. Incendió la casa, con cuantos estaban dentro, de una panadera acusada de haber expendido aquella mañana el pan falto de algunas onzas de peso. Avisado de que cuatro miserables, que le dijeron, con verdad o sin ella, ser bandidos, estaban retraídos en la iglesia del Carminclo de padres jesuitas, mandó matarlos sin demora, y se ejecutó del modo más atroz. Envió allá un pelotón de gentuza que cercó el edificio, derribó una pared, entró sediento de sangre e hizo pedazos cruelmente a los refugiados, y como los frailes reclamasen la inmunidad eclesiástica y los efectos del convenio jurado la tarde anterior y protestasen contra el escándalo inútil de aquella sangre derramada, fueron atropellados sin consideración, muriendo uno de ellos a manos de aquella furibunda canalla.

Se encaminaron después aquellos sicarios, de orden de Masanielo, que parecía haber perdido todo aplomo y obrar bajo una influencia satánica, a profanar otros monasterios y otras iglesias en busca de partidarios escondidos del duque de Maddalone y de ocultos tesoros. En esta pesquisa, que daba ancho campo a todo género de delitos, fue embestido, por mandato expreso del pescadero, el convento de monjas de Santa Cruz, donde se sospechó que existían varios objetos preciosos de César Lubrano. Entraron en él aquellos hombres feroces, atropellando la clausura de un modo tan descompuesto, que pusieron a las infelices religiosas en gran conflicto; pero, por fortuna de ellas, llegó oportunamente el aviso de aquella sacrílega tropelía al cardenal Filomarino, que, ardiendo en justísimo enojo, voló a socorrerlas con verdadero celo pastoral; enviando un eclesiástico de respeto a manifestar con entereza al caudillo popular lo atroz y sacrílego de su conducta. Éste volvió en sí, se atemorizó y dispuso que se retirase al instante aquella gente, enviando a decir al prelado que aquel asalto se había hecho sin orden suya, y que castigaría a los que lo habían dirigido. Y lo hizo así, pues mandó cortar la cabeza a tres de sus más ardientes partidarios, que no habían hecho más que obedecerle.

Había dado orden terminante Masanielo de que nadie saliera aquel día de la ciudad sin permiso suyo, bajo pena de la vida; y debiendo monseñor Caffareli, arzobispo de San Severino, marchar a su diócesis, vino en hábito corto, obedeciendo los bandos anteriores contra las ropas talaes, a pedir el pase a casa del pescadero. Éste se lo dio al momento, mandando, para honrarlo, que lo acompañasen cuatrocientos hombres de su guardia. Y como, dándole gracias monseñor, le manifestase que iba por mar, quiso que le escoltasen cuarenta falúas; y como también lo rehusase el viajero, diciéndole que tenía ya fletadas tres, que eran suficientes para su bagaje y comitiva, le presentó un talego con cuatro mil doblas de-oro, exigiendo que las tomara para gastos de viaje. Rechazó cortésmente tan extraña oferta monseñor Caffareli; pero, viendo que empezaba a descomponerse y a izquierdear el generoso dictador, tomó, para contentarlo y contenerlo, quinientas, y aguantó por despedida un estrecho e insultante abrazo de aquel frenético.

Presentóse en su tribunal aquella mañana un ilustre caballero de Aversa, de la nobilísima familia de Tuffo, para cierta urgente reclamación; y después de oírlo atentamente el jefe popular y de despacharlo contento, le dio un puntapié por despedida, diciéndole: «Anda con Dios; te hago príncipe de Aversa».

Determinó Masanielo aquel día exigir una pesada contribución a los jesuitas, cartujos y benedictinos, para atender a las urgencias públicas. También hizo comparecer personalmente en su presencia a los pudientes de la ciudad y a los negociantes, que, creyendo terminada la sublevación con el juramento de los capítulos acordados, habían dejado incautamente el asilo de las fortalezas para volver a sus negocios. A cada uno que se le presentaba le preguntaba bruscamente si era fiel al rey. Y oyendo, como era regular, la respuesta afirmativa, lo forzaba a firmar un papel, con la obligación de aprontar en cortísimo plazo la gruesa suma que a él se le antojaba, sin que súplicas ni reflexiones pudieran hacérsela disminuir; y al que osaba aún resistirse le señalaba con el dedo el patíbulo y le hacía ver al verdugo, con cuyas insinuaciones todos firmaban temblando. ¡Así, como siempre acontece, exigía y cobraba las contribuciones arbitrarias, impuestas por su capricho, el que levantó el pueblo para aliviarlo de las gabelas y para darle libertad!

CAPITULO XVIII

La mañana de aquel lúgubre domingo, tan llena de sangre y desafueros como los dos horrorosos días precedentes, volvió a consternar la ciudad; y aunque la generalidad de sus habitantes desaprobaba ya semejantes medidas, aterrada por el furor de los satélites de Masanielo, y desconfiada de que la autoridad legítima volviese a restablecerse en el Poder, se agitó de nuevo, a su pesar. Empezando así por miedo o por desesperación a conmoverse, generalizóse pronto la sublevación en el caudillo, y harta de crueldades y de excesos.

Masanielo redoblaba su actividad y sus medidas de terror, pero obrando sin plan ni concierto y contradiciéndose a cada momento en sus palabras y en sus acciones.

Al mismo tiempo que mandó publicar bando con pena de la vida para el que soltase las armas o faltase de su puesto, envió un mensaje a palacio, diciendo que se quería retirar del mando e irse a Posilipo o donde se le ordenara, y que sería conveniente que el virrey desarmase antes los retenes y guardias populares de la ciudad. Éste dio inmediatamente las órdenes oportunas, y muchos fueron desarmados y licenciados no sólo sin oposición, sino con gusto de todos. Pero al llegar a verificarlo en otros puntos, apareció Masanielo, furibundo, con sus satélites, se opuso a la orden del virrey, baldonando su persona y escarneciendo su autoridad y proclamándose el «solo dueño y absoluto señor» de Nápoles.

Obraba aquel día con tanto desconcierto hasta en lo interior de su casa, y entre sus más íntimos amigos y decididos parciales, amenazando e insultando a todos, que a media mañana fue a refugiarse en palacio, huyendo de sus furores, su cuñado Pizzicarolo, que hasta entonces había gozado de su más íntima confianza; y dijo públicamente que Masanielo, que estaba demente, lo había querido matar porque él le había dicho que, si no concluía con los incendios y asesinatos, iba a tener mal fin. También Genovino y Arpaya tuvieron que esconderse, para evitar indignos tratamientos, y otros revoltosos de los más granados se refugiaron en los castillos.

Poco antes de mediodía montó Masanielo a caballo, y solo y con la espada desnuda en la mano, recorrió a escape la ciudad, atropellando y derribando a cuantos se le ponían delante, y repartiendo mandobles y cuchilladas sin tino ni concierto, con que hirió a muchos de sus más ardientes partidarios. Se detenía en los puestos militares del pueblo y en los sitios en que había levantado algún patíbulo, y allí hacía cortar la cabeza al primero que se le antojaba, calificándolo de partidario del duque de Maddalone. Ya eran muchas las víctimas de este extraño modo de enjuiciar, cuando condenó a tres paisanos, cuyos parientes fueron a echarse a los pies del arzobispo para pedirle que salvara la vida de aquellos inocentes. El prelado (a quien fuerza es hacer la justicia de consignar en la Historia que no perdonó fatiga, ni rehusó incomodidad o peligro con que salvar la vida de un hombre mientras duraron aquellas desventuras) corrió al encuentro de Masanielo, le afeó con entereza su inexplicable conducta y manifestóle resuelto que hacía muy mal en faltar a la santidad del domingo con aquellas ejecuciones. El pescadero, no tan dócil como solía, quiso llevar a cabo la sentencia dada contra aquellos miserables; pero el

arzobispo, con digno tesón y con laudable severidad, consiguió, al cabo, que lo difiriera para el siguiente día.

Ocurriósele entonces a Masanielo que, pues nada podía hacerse de bueno en domingo, era mejor ir a solazarse al campo; y dispuso de pronto comer en Poggio-Reale, sitio ameno en las cercanías de la ciudad. Dio las órdenes necesarias para esta improvisada comida, y se empeñó en que el cardenal arzobispo fuese de ella, yendo en su compañía a disfrutarla. Rehusólo éste, como era de esperar, lo que, desconcertando mucho al atrevido pescadero, le hizo desistir de la idea de ir al campo y disponer celebrar el banquete en Santa Lucía del Mar, en casa de un tal Onofre Coffiero, ardiente partidario suyo y hombre de bajísima condición. Allí dicen algunos autores que encontró un banquete espléndido preparado de antemano por el virrey, lo que no nos parece verosímil, pues la idea de holgarse aquel día se le ocurrió a Masanielo poco antes, y aun entonces quiso verificarlo en el campo, siendo sólo la repulsa de Filomarino a su convite lo que le decidió a ir a casa de su amigo; y ni el virrey pudo tener tiempo de prevenir y enviar el repuesto, ni pudo estar jamás de acuerdo con el dueño de la casa. Otros dicen que el banquete se celebró en palacio, cosa imposible, por las mismas razones expuestas y por la escena que vamos a referir, y en que están de acuerdo cuantos han escrito la relación de estos sucesos.

Sentóse en casa de Caffiero a la mesa con algunos de sus tenientes y allegados Masanielo, y no se mostró nada temperante, comiendo y bebiendo con exceso extraordinario. A media comida se le ocurrió ir a concluir la fiesta y a apurar algunos frascos de vino de Capri y de lacrimacristi a las esmaltadas rocas y deliciosos bosquecillos de Posilipo; y deseando que a esta merienda campestre lo acompañara el duque de Arcos, para desquitarse de que no hubiera querido hacerlo el arzobispo a la comida proyectada en Poggio-Reale, sin más pensarlo se encaminó a palacio. Llegó a él con una calza puesta y otra quitada, sin cuello, sombrero ni espada, y encendido y anhelante. El jefe de la guardia se dispuso, en cuanto lo columbró, a hacerle honores; pero él se opuso, mandando a gritos a los soldados que estuviesen quietos. Entró apresurado, subió la escalera principal en dos saltos y, sin más etiqueta ni previo aviso, se presentó delante del virrey. No se sorprendió éste poco con la tal visita, y más con el cordial convite que le hizo el pescadero. Según el sistema de complacencias y contemporizaciones que se había propuesto el duque de Arcos, nos parece que tendría algunos momentos de perplejidad, y que más por orgullo de cuna que por orgullo de empleo, conoció que debía rechazarse mediante invitación. Hízolo, en efecto, pretextando una fuerte y repentina jaqueca; pero endulzando la repulsa con la oferta de su magnífica falúa dorada para verificar el paseo, que fue con gusto aceptada por el borracho o demente pescadero.

Bajó éste a la marina, si disgustado de no llevar consigo al virrey, contentísimo de pasearse en su falúa; y entró en ella con su hermano, con su secretario, Marcos Vitale, y con otros de los suyos, llevando la provisión necesaria para la merienda, compuesta especialmente de mariscos, que llaman «fruta di mare», a que son aficionadísimos los napolitanos, y de razonable cantidad de botellas, que no tardaron mucho en ser agotadas. Seguíanle otras barcas con partidarios suyos armados, y otras con diferentes músicas, dirigiéndose todos hacia Posilipo, tierra a tierra y con lenta y sosegada boga. Numeroso

concurso acudió a la playa a ver aquel paseo de mar, siguiéndolo por la orilla. Y aunque resonaban algunos vivas, la mayor parte de aquella gente era de curiosos, que deseaban ver el fin de aquellas extravagancias. Iba Masanielo divirtiéndose en tirar puñados de monedas de oro al mar para que las sacaran del fondo los buzos y nadadores, dando muchos aplausos a los que lo conseguían, y cargando de baldones, insultos y groseras amenazas a los que no eran tan diestros o afortunados. Y habiendo armado disputa sobre aquellos lances con alguno de los que le acompañaban, le dio de golpes y le dijo a gritos las más descompuestas palabras.

Al llegar al frente del santuario de la Virgen de Piedigrotta, veneradísima desde tiempo inmemorial por los napolitanos, y particularmente por la gente de mar, recordó que alguien le había dicho que en aquella ermita estaban escondidos varios efectos preciosos de los palacios saqueados; y mandando acercar la falúa a tierra, ordenó a los partidarios suyos que por ella le seguían entrar en la iglesia, registrarla, sacar las riquezas que encontraran y llevarlas al depósito general de los almacenes del Mercado. No fue necesario más; mientras él continuó su paseo, aquel santo lugar fue profanado por unos pocos, sin que nadie osara impedirlo, aunque disgustó y escandalizó a todo el pueblo, cansado ya de sus propios desórdenes.

En tanto que Masanielo estaba en Posilipo, envió la virreina, duquesa de Arcos, sus carrozas y su séquito a traer a palacio a la zafia mujer del pescadero, la que vestida riquísimamente, y, según dice Giraffi, no en la carroza de la virreina, sino en una del duque de Maddalone, a quien había servido para su boda, y que valía ocho mil escudos, con su suegra y su cuñada, y con un niño de pecho, sobrino suyo, en los brazos, y con acompañamiento de unas cuantas vecinas, todas con magníficos trajes, que formaban ridículo contraste con sus fachas toscas y con sus modales groseros, marchó muy oronda a palacio. Recibióla la guardia con los honores de capitán general, y a la puerta los gentileshombres, pajes y alabarderos, y rodeada de ellos, y en la silla de manos de la virreina, subió la escalera, entrando con su séquito estrafalario por los salones principales hasta el gabinete de la duquesa. Recibióla ésta, presentándole varias joyas de valor y repartiendo otras a las mujeres que la acompañaban, y le dio sitio en el estrado a su derecha. La conversación fue cual podía ser entre una virreina humillada y una placera enaltecida. Empezó por decirle aquélla: «Sea vuestra ilustrísima muy bien venida»; y por contestar ésta: «Y vuestra excelentísima muy bien hallada. Vuestra excelentísima es la virreina de las señoras, y yo la virreina de las plebeyas».

El visitador general del reino, don Juan Ponce de León, sobrino del duque de Arcos, y una de las personas más odiadas de los napolitanos, llevó a tal exceso el lujo de su bajeza, que (vergüenza nos da el referirlo), tomando de los brazos de la pescadera el sobrinillo de pecho, lo besó con la mayor ternura, lo colmó de caricias y mostró a todos como un portento, esperando con esta infame adulación ganarse el favor de aquellas gentes.

La duquesa de Arcos, que era discreta, giró la conversación con sagacidad para poder insinuar a la Masanielo lo conveniente que sería aconsejase a su marido que aceptara las altas mercedes que estaba dispuesto a acordarle el virrey, y que se retirara del mando, para que se restableciese la tranquilidad; a lo que la virreina de las plebeyas contestó con desembarazo: «Todo menos eso, pues si mi marido deja el mando no serán respetadas ni su persona ni la mía. Lo que conviene es que estén unidos y acordes el señor virrey y

Masanielo, éste gobernando al pueblo y aquél a sus españoles». Quedó cortada la duquesa con tan terminante respuesta, y dio fin a la visita prodigando besos y abrazos a aquellas mujeres, que se retiraron pavoneándose y con el mismo aparato y ceremonias con que habían venido. Al bajar la escalera la madre de Masanielo dijo en voz baja al caballero Fonseca, que le daba el brazo: «Advertid al señor virrey de que mi hijo no obedece más que a Dios y a su excelencia, y que convendrá que lo refrene un poco, para que no haga tantas locuras».

Mientras esto pasaba en palacio, los hombres más granados de la sublevación, tenderos, menestrales, propietarios, etc., que creían ya cumplido su objeto, aún mucho más completamente de lo que se podía imaginar, empezaron a entenderse entre sí, disgustados de ver aún alborotada la ciudad y mandar tan desacertada y sanguinariamente al hombre que habían puesto en el primer apuro a su cabeza para libertarlos de las gabelas y de la tiranía de un mal Gobierno. Reuniéronse con algunos cabos de barrios, capitanes del pueblo y comisionados del virrey en los claustros del convento de San Agustín. Hablaron allí largamente del estado de la ciudad y del reino, de la inseguridad en que estaban todas las vidas, todas las haciendas y de la urgencia de restablecer, con el freno de la capitulación, el dominio real. Varios fueron los pareceres, pero todos encaminados al mismo fin; y no faltó quien propusiera que se matase al que ya llamaban tirano y el día antes libertador. Julio Genovino, que estaba presente, confesando las atrocidades de Masanielo y lo incierto y terrible de la situación, opinó por que se diera tiempo al tiempo, demostrando lo arriesgada que era cualquiera apresurada resolución; y propuso que, supuesto que el pescadero obraba ya como demente, se dejase cundir el disgusto de sus locuras, para que, perdido el prestigio, se desmoronara por sí mismo su poderío y fuera más seguro y de buen resultado lo que conviniera determinar. Aprobóse este prudente dictamen del astuto viejo, y se disolvió la Junta, para volverse a reunir más adelante, según la oportunidad.

El jefe popular, harto de vino y quemado del sol de julio, volvió, ya anochecido, a la playa de la Marinela, y a una razonable distancia de la tierra, juzgando lentos los remos de la falúa, se arrojó al agua, vestido como estaba, y a nado ganó la ribera, corriendo en seguida precipitadamente a su casa. Allí hizo venir al que escribía los carteles públicos y las órdenes del Gobierno que se ponían en las esquinas, y le mandó que anunciase en todas ellas al siguiente día que nadie le obedeciese más tiempo, y que todos reconociesen por única y legítima autoridad la del virrey, duque de Arcos.

No podemos concluir este capítulo sin recordar que casi todos los autores contemporáneos, con más o menos creencia de su parte, refieren que, al ver el estado patente de desarreglo mental en que se encontraba Masanielo, fue voz común de que, por disposición del virrey, le había sido administrado entre las viandas del banquete que celebró el día anterior en casa de su amigo y partidario Onofre Caffiero cierto veneno a propósito para trastornar el juicio. El conde de Módena, contemporáneo también, pero más ilustrado que Giraffi y Santis, se hace cargo de esta idea; y aunque no la combate, hace sobre ella reflexiones que la contradicen, y que son tanto más fuertes cuanto que era enemigo acérrimo de los españoles, y que para ennegrecer las acciones del duque de Arcos da acogida a todas las hablillas populares y vagos rumores de la época. El ilustrado autor moderno Baldachini, en el precioso compendio de estos acontecimientos, que

demuestra sus superiores disposiciones de historiador, no dando crédito a tal sospecha, explica el envenenamiento de Masanielo de un modo tan filosófico como ingenioso, pues dice que fue moral y no físico; no el de las viandas emponzoñadas, sino el de las adulaciones populares, el de las caricias del virrey, el que llevan siempre envuelto el humo de los aplausos y atmósfera del poder.

Nosotros, a quienes no tacharán seguramente nuestros lectores de parciales y de partidarios del duque de Arcos, debemos, fundados en sólidas razones y siguiendo al contemporáneo Rafael de Turrís, desvanecer toda sospecha de semejante envenenamiento. Crimen que, por fortuna, no es tan común como en todos los tiempos se ha pensado, pues no muere ni ha muerto ningún personaje importante sin que el vulgo suspicaz, y que gusta mucho de encontrar para los sucesos más comunes causas extraordinarias, no lo atribuya al tósigo administrado por un rival o por un poderoso enemigo. Pero viniendo al caso presente, y dejando aparte el que los adelantos de la química no permiten ya creer en confecciones de terminadas para turbar el entendimiento, para desconcertar la memoria, para forzar la voluntad, debemos hacernos cargo de cuándo empezó a manifestar su desarreglo mental Masanielo, y si las causas naturales pudieron bastar para producirlo. Como dejamos referido, y como lo aseguran todos los historiadores, memorias y cartas de aquel tiempo, manifestó ya el extravío de su razón con sus extravagantes exigencias, violentas contradicciones e inconvenientes actos en la tarde del sábado 13 de julio en la catedral, al celebrarse el juramento; y en la mañana del domingo, su cuñado, fugitivo, dijo que estaba loco, acreditándolo el presentarse a poco el pescadero por las calles corriendo y acuchillando sin objeto y sin distinción de amigos y enemigos, y haciendo verdaderas locuras.

Y todo esto sucedió días antes de la francachela en casa de Caffiero, donde dicen algunos autores que recibió el fatal presente del virrey, de cuya verosimilitud ya hemos hablado. Consta, sí, que en aquella casa bebió con exceso, y lo confirma el estado en que dejamos apuntado se presentó en palacio a convidar al duque; que siguió por la tarde la borrachera es sabido, y consignadas están en la Historia las extravagancias de su conducta, cuando el veneno, si lo hubiera habido, aún no podía haber desplegado sus efectos; y estas reflexiones son tan obvias, que no necesitan de más explicación. El vino que con exceso bebió aquel día y el sol abrasador a que estuvo todo él expuesto desarrollaron el germen de locura que desde los primeros momentos en que se puso en evidencia se pudo muy bien descubrir en Masanielo; y que la vehemencia de las pasiones que súbitamente le invadieron, la cortedad de sus medios intelectuales para satisfacerlas, el repentino cambio de fortuna, el cúmulo de negocios, los continuos peligros, los constantes temores, las fatigas materiales, la falta de sueño y de sustento por espacio de ocho días y la confusión de ideas sin forma determinada, sin objeto fijo en que se encontraba envuelto, pudiendo ser, y fueron, causas suficientes para trastornarle el juicio, sin necesidad de un crimen inútil de un virrey español.

CAPITULO XIX

Al siguiente día, lunes 15 de julio, presentóse Masanielo al amanecer en el Mercado, a caballo y con la espada desnuda. Dio varias órdenes contradictorias, pronunció crueles

sentencias y empezó luego a correr de un lado a otro, hiriendo y atropellando a cuantos encontraba al paso. No agradó mucho a la gente de la plaza el verse tratar así por el que habían con su ciega sumisión engrandecido; y hubo ya algunos que osaron hacerle frente y tirarle piedras, acertándole una con un peligroso golpe. Ya estaba perdido el prestigio; ya no podía durar más que pocas horas el poder del pescadero. Confuso éste de aquella inusitada falta de respeto, corrió a la iglesia del Carmen, echó pie a tierra y entró seguido de numeroso concurso; subió desatentado al púlpito, tomó el crucifijo y gritó con el acento de la más acerba desesperación: «Pueblo mío, no puedo ver sin grandísimo dolor que mis padecimientos y mis servicios son ya inicualemente despreciados y pagados con negra ingratitud. Sabed que con mi muerte vais a procurar vuestra ruina; pero yo os perdono y os bendigo.» Hízolo así con el crucifijo, que volvió a colocar en su puesto, y, desgarrando el jubón, mostró el pecho desnudo, diciendo: «Heme aquí sin carne alguna, sin más que huesos y pellejo. He bebido más de dos cubas de agua, y no sé dónde se han ido»; y para mostrar más su delgadez, se desató los gregüescos, sin reparar que estaba en la iglesia, y mostró los muslos y otras partes de su cuerpo, gritando: «Ved cuál estoy por vosotros.» De los concurrentes, unos con lágrimas en los ojos lo aplaudían y animaban, mientras otros con carcajadas y silbidos, lo escarnecían. Pero él, impávido, continuando sus extravagantes contorsiones, dijo en alta voz, restableciendo el silencio en la multitud. «Sabed que no estaréis seguros hasta que hayáis hecho puerto de mar la plaza del Mercado, y un puente de Nápoles a España por el que os comuniquéis y entendáis con el rey. En cuanto a mí, estad ciertos de que seré asesinado en todo el día de mañana.» Gran confusión causó esta escena, que copiamos del historiador Santis, y que refiere con iguales circunstancias Giraffi. Y gran efecto tuvieron estas últimas palabras del demente, pues enardecieron de nuevo los ánimos populares, produciendo la última llamarada del entusiasmo.

Salió Masanielo del Carmen medio desnudo, volvió a montar a caballo y se alejó del Mercado a galope, y siempre con la espada en la mano. Recorrió las calles de la ciudad, reanimando como pudo el casi extinguido fuego de la sublevación; y encontrando aún bastantes ciegos partidarios para hacerse obedecer, mandó cortar la cabeza, como se verificó al punto, a algunos jefes populares, y de los que más se habían distinguido los días anteriores, sólo porque lo recibieron con frialdad y desdén. Hirió en el rostro a un antiguo y respetable capitán que le pidió una orden para que le entregaran ciertos soldados españoles de su compañía que estaban detenidos. Para hacer justicia a uno que se le quejó de que algunos meses antes fue multado porque un conocido le descubrió cierto contrabando de sal, mandó buscar al delator que fue decapitado. Otro hombre del pueblo se le quejó de que su mujer se había escapado aquella noche con un amante. Dio orden de indagar el paradero y reatamiento de los fugitivos, y, hallados que fueron, a él lo hizo enrodar y ahorcar a ella, sin darles siquiera tiempo de prepararse a bien morir. Encontró en la calle al duque de Castel de Sangro, y se puso furioso el pescadero porque aquel señor no se apeó de la carroza para hacerle reverencia. Dirigióse luego a las caballerizas reales, y quiso apoderarse de los caballos que allí había. Dijéronle los mozos y palafreneros que aquellos caballos eran del rey y que no podían entregarlos sin orden de don Carlos Caracciolo, caballero mayor de su majestad. Y Masanielo, furioso, echando espuma por la boca y fuego por los ojos, exclamó, «¿Qué don Carlos?... ¿Qué caballero?... ¿Qué rey? Yo aquí lo soy todo; y no conozco superior.» Y sacó por fuerza

seis hermosísimos caballos, mandando llevarlos a su casa a la plaza del Mercado; pero a corto rato se arrepintió o mudó de parecer, y los devolvió a las reales caballerizas.

También aquella mañana envió una turba armada a extraer del convento de padres franciscanos los efectos que allí tenía escondidos el visitador general del reino, Ponce de León: debido pago de los aduladores besos que con tanta bajeza había prodigado la tarde anterior al sobrinillo del pescadero.

Vuelto éste a la plaza, cansado ya de sus correrías, recordó que el duque de Castel de Sangro no le había saludado en la calle, como dejamos apuntado, y envió inmediatamente a llamarlo, con orden terminante de que bajo pena de la vida viniese a pedirle perdón de rodillas y a besarle los pies. Indignado el duque, despidió bruscamente al mensajero, y corrió a Castelnovo, donde estaba retraído el virrey, viendo que las locuras de Masanielo no tenían término y que aún le obedecía ciegamente la hez del populacho. Allí el ofendido duque de Castel de Sangro manifestó al de Arcos con sentidísimas palabras que ya era insufrible tanta degradación, e indigno de varones tanto sufrimiento; que el dominio de aquel desharrapado plebeyo era un baldón para el nobilísimo reino de Nápoles, y que no podían pasar adelante tan espantosos desórdenes. Que la nobleza napolitana, abandonada por el legítimo Gobierno, era la víctima de aquellos inconcebibles sucesos; pero que aún tenía fuerzas propias para vengarse y libertar a la ciudad y al reino de tan indignos opresores, y resolución para, en último caso, perecer como buenos en defensa de sus bienes y de su honra. El virrey, hallando nuevo motivo de inquietud en la justa indignación de aquel personaje que pudiera reanimar a la nobleza abatida, perplejo y dudoso, como siempre, le contestaba, en términos generales, condoliéndose con él de la miserable situación del reino, cuando llegaron al castillo, huyendo de los furros de Masanielo, el consejero Julio Genovino y el electo del pueblo Francisco Arpaya.

Aquél no solamente había perdido toda su preponderancia sobre el ánimo del dictador, sino que se había visto afrentado en, público; y acababa de amenazarle con la muerte, después de abrumarlo con groserosísimos insultos. Y a éste, por haberle manifestado que debían cesar ya las ejecuciones violentas y desaparecer los cadalsos, le había, dado en público un bofetón. Ambos, pues, vinieron a reforzar, aunque por distinto rumbo, las quejas, razones y argumentos de Castel de Sangro, y a pedir al virrey que tomase el mando, pues era ya tiempo, con mano fuerte y con ánimo decidido.

El duque de Arcos aún deseaba mayor madurez en la situación, y, promoviendo consultas y alargando discusiones, resolvió, al fin, que Genovino y Arpaya volvieran a la ciudad, y que, supuesto que Masanielo tenía dispuesto repetir aquella tarde su paseo por mar a Posilipo aprovecharan su ausencia para reunir de nuevo los jefes populares, o descontentos, o desengañados, y concertar con ellos secretamente lo que se debía hacer y el modo de asegurar una definitiva y terminante resolución.

A media tarde tornó Masanielo en la falúa del virrey, con las mismas provisiones y con igual acompañamiento que el día anterior, a repetir largamente el alarde del desarreglo de su cabeza. Y mientras apurando botellas y haciendo extravagancias se paseaba por el mar, seguido ya en botes, ya por la playa, de sus afectos y aun demasiados partidarios, Genovino y Arpaya reunieron con gran recato y presteza en San Agustín a los cabos de

barrio, enemigos ya del pescadero, y a los hombres más influyentes y juiciosos de la plebe y de la clase media, que deseaban el restablecimiento de la tranquilidad. Allí, después de perderse mucho tiempo en protestas y peroratas inútiles, se resolvió que debía tomar el mando el virrey, asegurando, empero, el religioso cumplimiento de las capitulaciones juradas y de los privilegios restablecidos; y que a Masanielo, en atención a que efectivamente había sido el libertador del pueblo, no se le matase, sino que se le alejara y encerrara en un castillo por toda su vida. Este acuerdo se extendió por escrito y se presentó al virrey, quien, ¡cosa increíble!, aún encontró en su perplejidad e indecisión no pocos estorbos e inconvenientes para llevarlo a cabo, pareciéndole aún poco apoyo de su legítima autoridad la indignación y despecho de las tropas españolas, italianas y tudescas que tenía a sus órdenes; el arrojo de la nobleza, desesperada y resuelta a vengarse; el anhelo de la parte más granada de la población por la paz, y reposo estable y duradero.

Volvió Masanielo al anoecer de sí, paseo por el mar, más ebrio y más descompuesto que el día anterior. Desembarcó en el arsenal, y allí proveyó varios empleos de marina, nombrando nuevos capitanes para las galeras que estaban en mitad del golfo. Se arrojó otra vez, vestido como estaba, al agua, y estuvo nadando largo rato. Tomó, al cabo, tierra, y fue a pie, y todo empapado, a la plaza, donde amenazó con la horca a varios jefes populares, y a Genovino y Arpaya, porque no le habían acompañado y hecho la corte aquella tarde: sin duda le dijo, su corazón en lo que la habían ocupado. Y llegaron su demencia y su brutalidad hasta decir a gritos que iba a prender fuego a la ciudad en castigo de que no lo amaba y obedecía ya con el entusiasmo de los primeros días. Luego empezó a correr a pie con la espada en la mano, repartiendo mandobles, tajos y reverses, y haciendo tales atrocidades de frenético, que algunos capitanes del pueblo, reunidos con otros hombres de autoridad, arrojo y buena intención, se apoderaron de su persona, lo encerraron por fuerza en su casa y mandaron a la guardia que no lo dejara salir a la calle. Pero aún continuó el mísero Masanielo sus locuras. A medianoche se presentó en su ventana entre cuatro luces, llamando la atención de cuanta gente había en el Mercado.

Y así que la vio reunida, gritó con voz ronca y sepulcral: «Pueblo mío, ya estoy muerto; dentro de pocas horas seré asesinado».

Entre tanto, aún duraban en Castelnuovo las consultas sobre el modo de restablecer al día siguiente la autoridad legítima. Y conferenciaba reservadísimo el virrey con ciertos hombres de mala catadura y de infame ralea, que entraron en el castillo secretamente a recibir sus órdenes: indigna acción de un grande de España, de una autoridad suprema, tratar así con viles asesinos. Se reforzaron los puestos militares, hicieron señales con cohetes y faroles, se comunicaron avisos a la escuadra, y una parte del pueblo mismo se preparó a ayudar con las armas decididamente para acabar con la sublevación.

CAPITULO XX

Al amanecer del 16 de julio, día de la Virgen del Carmen y de gran solemnidad para los napolitanos, estaba la ciudad toda con aquella ansiedad, incertidumbre y desconfianza que preceden siempre a los grandes acontecimientos. Apareció el palacio circundado de

tropas españolas y tudescas sobre las armas; el importante puesto de Pizzi-Falcone, reforzado de arcabuces y de artillería, con mechas encendidas, dobles centinelas, numerosos retenes.

Los puntos que guarnecía el pueblo ofrecían distinto aspecto: unos estaban desiertos y abandonados, recién quemadas las garitas, destruídos los parapetos; en otros se veía reunido un considerable número de hombres sin orden ni concierto, pero armados y en actitud imponente y aterradora. Las galeras habían cambiado de fondeadero, se habían aproximado y mantenían las proas a la tierra, cargados los cañones, armados los remos, preparada la maniobra. Discurría en gruesos pelotones el paisanaje por la ciudad, pero en silencio. Nadie osaba pronunciar el nombre de Masanielo, nadie el del virrey. Acudía taciturna la gente al Mercado para asistir a la función del Carmen, donde celebraba de pontifical el arzobispo, como si fuera a asistir a un doloroso funeral. Y en las calles, y en la plaza, y en la iglesia se miraban unos a otros con cierto aire de recelo, como deseando indagar en qué pensaba cada uno y si llevaba armas escondidas. Había en el templo y en sus alrededores muchedumbre sin confusión, silencio y quietud sin tranquilidad.

Aquella mañana había sido muerto Marcos Vitale, el secretario de Masanielo, a la puerta del castillo, donde preguntó con tono amenazador qué aprestos eran aquéllos. Y lo mató de una estocada un enemigo personal suyo, excitado (lo decimos con dolor) por el duque de Arcos. Pero el cadáver se había ocultado, y el pueblo ignoraba tal acaecimiento.

Cuando el cardenal arzobispo llegó al Carmen, encontró en la sacristía a Masanielo, que se había fugado de su casa muy temprano, burlando la vigilancia de los que lo custodiaban. Y arrojándose a los pies del prelado, le dijo en desesperado y doloroso acento que el pueblo le abandonaba ya y que estaba vendido. Y le entregó una carta cerrada y sellada que dirigía al virrey, rogándole se la enviase al instante, lo que hizo Filomarino inmediatamente con uno de sus pajes. Y continuando el demente dictador en sus amargas quejas, acabó proponiendo una gran cabalgata después de la función para celebrar el día de la Virgen. Calmólo como pudo el arzobispo, empezando a prepararse para officiar, y Masanielo aprovechó aquel momento para salir a la iglesia, que estaba atestada de silencioso gentío. Subió apresurado al púlpito, tomó el crucifijo y prorrumpió en una ardiente perorata, refiriendo, no sin natural elocuencia y profunda convicción, que daban valor sumo a sus bien coordinadas frases, las fatigas y peligros de los días anteriores; la santidad del objeto con que se había lanzado a una empresa tan altamente patriótica; el éxito feliz con que el Cielo la había coronado. Rogó al pueblo, con la vehementísima expresión de un alma enérgica resentida, que no lo abandonase al furor de tantos enemigos como se había granjeado por su causa. Y recordó la avaricia de los contratistas, la soberbia de los nobles, la arbitrariedad de las autoridades españolas y el estado miserable del reino, esquilado y empobrecido por unos, humillado y oprimido por otros y bárbaramente despedazado por todos. Luego, de repente, dando otro giro a su discurso o, por mejor decir, concluido el lúcido intervalo en que empezó su arenga, se acusó de gran pecador y exhortó a los circunstantes a que hiciesen como él, allí delante de la Virgen y en Presencia del arzobispo, una pública confesión general pidiendo a Dios misericordia. Y graduándose entonces el acceso de locura, añadió tantas sandeces y despropósitos, e hizo tantas contorsiones ridículas y ademanes indecentes, que destruyeron completamente la profunda impresión que había causado la primera parte de

su discurso. De orden del arzobispo, viendo que el público todo, si empezó a oírle con atención e interés ya le miraba no sólo con lástima sino con desprecio, arrancáronlo por fuerza del púlpito, retiráronlo de la iglesia, y lo subieron a la celda de un religioso, donde, deshecho en sudor y casi desmayado, se acostó en un lecho y se quedó profundamente dormido.

Celebráronse con gran pompa, solemnidad y pausa los divinos oficios, y concluídos éstos, cuando apenas se había retirado el cardenal, entraron en la iglesia, aún llena de gente, Salvador y Carlos Catáneo, Ángel Ardizzone y Andrés Ramos, todos plebeyos (los que la noche anterior conferenciaron misteriosamente con el virrey), armados de espadas y arcabuces cortos y gritando: «¡Viva el rey de España!», «¡Viva el duque de Arcos!», «¡Muera el que obedezca a Masanielo!» Quedó aterrada y muda la concurrencia; pasmáronse los religiosos que aún estaban en el coro y en torno del altar, y, los cuatro forajidos, con otros cuantos que los siguieron, entraron por la sacristía en el convento, buscando solícitos a su víctima y repitiendo en atronadoras voces, por nadie contestadas, sus vivas y sus muertas.

Masanielo acababa de despertar, pasado acaso el acceso de demencia, y desde la ventana de la celda contemplaba en calma el mar que había arrullado, su pobre cima, que había sido el campo de sus ejercicios juveniles, el proveedor del escaso sustento de toda su vida. Y acaso olvidado de poder y de fortuna, vagaba su imaginación por regiones más humildes, cuando reparó en las galeras, y su proximidad y aparato bélico le recordaron las ideas de mando y de poderío. En esto oyó rumor de armas en el claustro inmediato y voces que repetían distintamente su nombre. Creyó que era el pueblo, su amado pueblo que venla a darle algún nuevo triunfo, alguna prueba de sumisión y de entusiasmo. Salió apresurado de la celda y dijo a aquellos feroces: «¿Me buscáis?... Heme aquí, pueblo mío», y recibió por respuesta cuatro balas de arcabuz, que lo tendieron muerto en tierra. «¡Ingratos, traidores!», fueron sus últimas palabras. Un carnicero, que iba entre la tropa de asesinos, le cortó inmediatamente la cabeza, que aún gesticulaba, y asiéndola de la cabellera Carlos Catáneo, la llevó chorreando sangre por entre el gentío aterrado y mudo que ocupaba aún la iglesia y la plaza del Mercado. Tomó un coche que encontró casualmente y la llevó triunfante al virrey. Éste la recibió con demostraciones de júbilo y de feroz alegría, ajenas de un cristiano, no convenientes en un caballero y poco dignas de un delegado del poder supremo del monarca.

Ni una sola espada, ni una sola voz se alzaron en favor del hombre del pueblo, del que veinticuatro horas antes era el dueño absoluto de la ciudad y de todo el reino, del que había sido su ídolo diez días y el objeto de un entusiasmo general, del que, sin duda alguna, había hecho a su patria el importantísimo servicio de abolir las arbitrarias contribuciones, de restablecer la influencia popular, y el mayor de todos, el de darle a conocer su propia fuerza, y lo que podía intentar y obtener el día que pensase en crearse una verdadera nacionalidad. ¡Lección terrible para los que se fían de los aplausos populares y del merecimiento de sus servicios, para los que creen pedestal seguro de duradero poder el efímero entusiasmo, mientras más exagerado más pasajero, de las agitadas turbas!

La muchedumbre que ocupaba la iglesia, el Mercado y las calles de la ciudad, aterrorizada, no conmovida, vio en sombrío silencio pasear por ella en una pica la cabeza

de su caudillo. Y después de vacilar un momento, se decidió a proclamar la nueva inevitable dominación, y pobló el aire de vivas al rey de España, de vivas al duque de Arcos. La vocería, la agitación, el disgusto de las últimas atrocidades del pescadero, la satisfacción de los que se creían libres de persecuciones y la verdadera alegría de los amantes de la paz, fueron formando poco a poco un nuevo entusiasmo que, como enfermedad pegadiza, se comunicó a las masas populares, amigas de nuevas emociones, y se hizo muy pronto general. El cadáver del infeliz Masanielo no fue tampoco respetado. Se apoderó de él la misma inmunda pillería que se había cebado en los de sus víctimas, y lo arrojó por las calles y plazas, arrojándolo luego, mutilado y casi deshecho, en los fosos de Puerta Nolana, mientras su cabeza, después de recoger maldiciones y groserísimos insultos por los diferentes barrios en donde la pasearon, fue arrojada a un muladar junto a los graneros públicos.

No perdonó la fortuna, caprichosa e inconstante, a la pobre mujer del pescadero, tan vana y tan honrada dos días antes. Viendo la infeliz su casa insultada por el mismo populacho que hacía pocas horas la miraba como el templo de su dios, quiso, con su suegra y cuñada, refugiarse en palacio. Apuró la desventurada por las calles que atravesó todo linaje de insultos, todo género de amarguras, y, lo decimos con dolor, no halló en el palacio la buena acogida que esperaba, con razón, fiada, ¡oh mísera!, en las caricias que le habían prodigado allí dos días antes. Encontramos escrito, y es de obligación nuestra referir, que la virreina olvidó la grandeza de su cuna y la compasión propia de su sexo, pues se desquitó largamente de las humillaciones a que se había plegado, tratando con tono sarcástico y cruel a aquellas desdichadas de «señoría ilustrísima», y llamando con amargo retintín «virreina de las plebeyas» a la infeliz y desolada viuda.

Pero el cardenal Filomarino se portó en aquella ocasión como prelado, como caballero, como hombre. Voló al amparo de aquellas pobres mujeres; las sacó de las manos de la autoridad que las escarnecía, de las de la nobleza que las insultaba gozándose con sus desdichas, de las de una plebe ingrata y soez, que se burlaba de ellas y las perseguía, y condújolas a Castelnovo, cuidando allí de su comodidad y de su subsistencia.

Ya era la alegría general. El pueblo no se acordaba de su libertador sino para maldecirlo. Los nobles le tiraban puñados de monedas de oro, con lo que enloquecían. Los que habían padecido incendios, saqueos y persecuciones, mostraban inmoderada satisfacción y no pocos deseos de venganza. No había un solo habitante en Nápoles que no anhelase el restablecimiento total del poder legítimo, y aún el duque de Arcos permanecía en inacción luchando con su perplejidad y sin saber qué hacerse, cuando los repetidos consejos y hasta rigurosas excitaciones de las personas que lo rodeaban y que lo veían con asombro perder momentos tan preciosos y oportunos para restablecer sólidamente el poder real, lo decidieron por fin a mostrarse en público y a ser de nuevo verdadero virrey.

Montó a caballo, acompañado del cardenal arzobispo, de los consejeros, altos magistrados, señores y caballeros. Fue a la catedral a dar gracias al Altísimo y se expusieron al público las reliquias de San Jenaro. Recorrió la ciudad toda, asegurando de viva voz y con apacible y gracioso semblante las concesiones hechas y los privilegios restablecidos, y ofreciendo aún en nombre del rey mayores mercedes e inmunidades. Y regresó a palacio casi en brazos de la muchedumbre, que lo bendecía y vitoreaba con el mismo ardor, con el mismo entusiasmo, con la misma cordialidad con que días antes lo

maldecía y lo execraba... ¡Así son los pueblos, así lo serán hasta la consumación de los siglos!

No faltó quien aconsejase al duque de Arcos que, pues estaba restablecida su autoridad suprema, empezase en caliente a hacer escarmientos y a satisfacer ofensas. Pero tuvo entonces, lo decimos con gran gusto, la feliz inspiración de no dar oídos a semejantes excitaciones, y de publicar por sí y ante sí, y sin consejo de nadie un bando, que le honra mucho, prohibiendo acusar ni perseguir a nadie por los pasados acontecimientos, exceptuando sólo al hermano y a un cuñado de Masanielo, que estaban ausentes.

Este paso disgustó mucho a los que esperaban una violenta reacción para reponer sus intereses o satisfacer sus venganzas; pero llenó de contento a la generalidad, como lo manifestó con inequívocas demostraciones. ¡Ojalá hubiera seguido el virrey esta nueva y acertada senda que le indicó su buen juicio y no se hubiese apartado de ella tan pronto, como veremos más adelante!

Los parientes de don José Caraffa no desperdiciaron momentos para recoger los destrozados y ya corrompidos restos de aquel caballero, dándoles honrosa sepultura. Los otros sangrientos y horrorosos trofeos de la furia popular, que inficionaban con su hedor la plaza del Mercado, también desaparecieron, mientras el cadáver del secretario Marcos Vitale, depositado en San Luis, fue sacado de allí, arrastrado y mutilado por el populacho, para quien era ya un crimen haber sido partidario de su libertador.

Dedicó la noche el virrey a dictar las disposiciones necesarias para asegurar la tranquilidad pública y para empezar a poner en orden la ciudad. Y como los panaderos le representasen que era imposible el que continuara el ínfimo precio y el excesivo peso del pan, mandó, acaso inoportunamente, que al día siguiente se expendiese como se hacía antes de la sublevación. Esta medida, muy justa, sin duda, pero demasiado pronto dictada, y la noticia de haber dado muerte una patrulla en las afueras de la ciudad a otro cuñado de Masanielo, causaron desde el amanecer del día 17 de julio gran inquietud en el populacho. Aprovecharon diestramente la oportunidad los que aún deseaban reanimar la hoguera, no del todo apagada, y poniendo sagazmente en juego los recuerdos de unos, los intereses de otros y las pasiones de todos, consiguieron en poco tiempo y con poco trabajo que apareciera de nuevo la sublevación, acéfala, en verdad, pero siempre temible y amenazadora. Fue acudiendo al Mercado: primero, la gente baldía de los barrios, y luego, otra más granada, acaso por curiosidad. Se decía en los corrillos que ya Nápoles estaba padeciendo el castigo de haber abandonado inicualemente al furor de sus enemigos al héroe libertador; que si el virrey empezaba de tal modo a encarecerles el pan y a escatimarles el sustento, no tardaría en imponerles de nuevo las gabelas. Y empezaron a circular con efecto mágico por la muchedumbre sentidas lamentaciones por haber abandonado y perdido a su valeroso protector, el único que miraba por el pueblo. Encendiéndose rápidamente los ánimos, se acrecentaba por puntos la desesperación por la pérdida de su caudillo, de su libertador, del único que sabía aterrar a los tiranos e imponer condiciones a los virreyes. Y derramándose luego aquel gentío por calles y plazas, volvió a resonar en ellas con clamorosos gritos el nombre de Masanielo, produciendo su memoria un entusiasmo general. Desconcertado, el duque de Arcos envió diligente emisarios por todas partes a calmar los amotinados grupos, culpando la carestía del pan a los panaderos, con lo que sólo logró, que algunos de ellos fueran despedazados por haber

obedecido su inoportuna, disposición. Y puestas en acción nuevamente las turbas, huyeron los empleados públicos, escondieronse los amigos de la paz, cerráronse las puertas de tiendas y talleres, tomaron las armas las tropas en los cuarteles y presentó de nuevo la ciudad el horroroso aspecto que en los días de la sublevación. ¡Qué mucho si ésta había renacido con sus mismos enconos, con su misma sed de venganza y de sangre!

El nombre de Masanielo se repetía con doloroso afán por todos los labios del acalorado gentío, que había visto el día antes, sin moverse, su cabeza sangrienta en manos de los asesinos, que luego se cebó en su cadáver y que insultó a su viuda y persiguió a sus partidarios. Y por un movimiento general se resolvió a acabar con los que habían matado al hombre del pueblo y buscar sus restos mortales y celebrar con ellos, a su modo, una especie de apotheosis reparadora.

Fue inmediatamente un numeroso grupo, respirando furor y venganza, a las casas de los verdugos del pescadero, que se salvaron de la furia popular huyendo con tiempo y escondiéndose con habilidad, y otra turba fue solícita a recoger los despojos de su ídolo. Llevaron la desfigurada cabeza a donde estaba el destrozado tronco, con el que la unieron y cosieron lo mejor que les fue posible. Lavaron el ya entero y restaurado cadáver en las aguas del humilde río Sebete, lo perfumaron y vistieron con ricas ropas, y puesto en un sillón de brazos, lo pasearon en triunfo por la ciudad con fúnebre algazara y dolorosa gritería. Corrió la voz de que había resucitado Masanielo, y esta noticia, aunque inverosímil, consternó al virrey, aterró a la nobleza y embriagó de alegría al populacho que llenaba las calles y las plazas con vehementísima conmoción. Todos querían verlo, todos tocarlo, todos conservar alguna prenda de su atavío: un mínimo pedazo de sus ropas, como una preciosísima reliquia. Los que conseguían acercarse lo tenían a la mayor dicha, aunque viendo sólo un cadáver; anunciaban en alto y lastimoso grito, y con lágrimas en los ojos, a los que quedaban más lejos, que Masanielo estaba muerto.

Llegó a ser tan grande la concurrencia, que no podía ya transitar por las calles aquel nuevo paseo triunfal, por lo que se determinó darle fin, depositando aquel cuerpo en la iglesia del Carmen. Colocáronlo en un magnífico túmulo, rodeado de todas las banderas de los barrios, de los estandartes de las cofradías y de una guardia popular de más de cuatro mil hombres. Al anoecer, sacándolo en andas con las insignias de capitán general, hicieron un suntuoso entierro, o, por mejor decir, procesión, a que asistieron los cabildos, las comunidades y muchos magistrados y autoridades civiles, obligando a los puestos militares por donde pasaba que le hiciesen los supremos honores. Recorrió esta pompa fúnebre todas las calles y plazas de la ciudad, que espontáneamente iluminaron los vecinos. Y al llegar a la plaza de palacio, henchida de taciturno gentío, se paró el féretro y se detuvo larguísimo rato, y el virrey envió ocho de sus pajes con libreas de gala y hachas de cera y la mitad de su guardia tudesca para acompañarlo. Al amanecer volvió esta procesión solemne al Carmen, donde se celebró el oficio de difuntos, con salvas de artillería en el torreón y con el clamoreo general de todas las campanas de Nápoles. Las mujeres plañían y alborotaban el templo con sus gemidos y se acercaban en tropel para tocar sus rosarios en el cadáver, y se oía exclamar de cuando en cuando con fervor devoto. «Beato Masanielo, ora pro nobis.» Al mismo tiempo en la plaza del Mercado atestada de la apiñada muchedumbre que no pudo entrar en la iglesia, se vendían a precios increíbles retratos de lápiz y bustos de cera. Y los ciegos entonaban y vendían

oraciones y coplas edificantes dirigidas a aquel nuevo bienaventurado. Diósele sepultura en el mismo templo en que se celebraron las honras. Pero el manuscrito de Capecelatro dice que pocos días después fue secretamente exhumado aquel cadáver, como de persona muerta bajo el peso de una excomunión, y enterrado sin aparato alguno fuera de sagrado. Ignoramos, pues, el sitio dónde descansan los mortales restos de hombre tan memorable.

Nueve días duró solamente el portentoso e increíble poder de Masanielo; pero tan llenos de graves acontecimientos, de trascendentales trastornos, de espantosos crímenes, de violentas contradicciones y de amargos desengaños, que presentan como en un solo cuadro un ejemplo solemne y desconsolador de lo que son los hombres y de lo que son los pueblos.

LIBRO SEGUNDO

Toraldo.- Annese.- El Duque de Guisa

CAPITULO I

Muerto el hombre prodigioso, que de una manera tan extraordinaria había dado cuerpo y forma a la sublevación; conseguido el objeto de ella con la abolición de los impuestos y gabelas y con el restablecimiento de privilegios, que imposibilitaban toda exacción arbitraria; cansada la plebe de tantos días de fatiga y de movimiento, deseosa la ciudad de Nápoles de quietud y de reposo, horrorizada además de las sangrientas escenas de que había sido teatro y restablecida de hecho la autoridad real, con fuerzas disciplinadas a sus órdenes, con la nobleza a su devoción, ganados los más influyentes jefes populares, y con gran parte del pueblo sumiso y obediente de buena fe, parecía que iban ya a amanecer para aquel desventurado reino días bonancibles de orden y de reposo y de tranquilidad. Pero la mala estrella del duque de Arcos amontonaba nuevas borrascas sobre su frente, y preparaba otras escenas de sangre y de escándalo, y más serios y graves peligros para la dominación española.

Si las exequias del dictador popular manifestaron un síntoma no dudoso de que la sublevación no había muerto con su caudillo, los días siguientes patentizaron claramente su existencia, y que no era el perplejo virrey capaz de sujetarla y de destruirla. Ya un grupo del pueblo asaltaba impunemente una panadería, so pretexto de que había vendido el pan faltó; ya otro repetía los asaltos sin estorbo alguno a las casas de los matadores de Masanielo, refugiados en Castelnovo, y las saqueaban y las incendiaban; ya en el Mercado o en algún otro sitio de concurrencia se armaba una disputa, que nadie trataba de calmar ni de impedir, y que concluía a puñaladas, llamándose unos a otros forajidos y partidarios de Maddalone; ya la plaza de palacio se llenaba de gente desharrapada, que con «muera» y «vivas» presentaban mal fundadas quejas, que eran siempre acogidas con indigna debilidad; ya los soldados tudescos y españoles, que discurrían solos y desarmados por las calles, tenían que refugiarse a sus cuarteles o a los cuerpos de guardia

más inmediatos, siempre apedreados, y a menudo heridos. Y no aparecía una medida vigorosa que asegurase a unos y que contuviese a otros; no se publicaba un bando con disposiciones tales que imposibilitaran aquellos desórdenes; no se hacía un escarmiento que arredrase a los díscolos, que amedrentase a los facinerosos; en fin, no había gobierno.

Si era tan triste el estado de la capital, no era más lisonjero el de las provincias del reino. Por todo él había cundido de un modo o de otro la sublevación, y en todas estaba roto el freno de la obediencia al Poder legítimo. En las grandes ciudades se desarrolló el elemento popular; fueron arrojadas o asesinadas las autoridades, alzados todos los impuestos; repartiéronse armas al paisanaje, y se ejecutaron las más violentas rapiñas y las más atroces venganzas. En las villas y aldeas, en unas los barones, señores de la tierra, se fortificaron en sus palacios y castillos, para libertarse del furor de sus colonos, y ejercían sobre ellos la más dura tiranía, ayudados de bandidos que llamaron a sueldo; en otras, los colonos tomaron la delantera, incendiaron las casas fuertes y señoriales y se declararon de realengo. Sólo donde las guarniciones españolas y tudescas eran bastante numerosas para tener en brida a los habitantes se conservaba una aparente tranquilidad, o, por mejor decir, una mal comprimida sublevación.

Los altos señores feudales hacían, por su parte, esfuerzos para contener el desorden, demostrar fidelidad al rey y ayudar a la autoridad legítima; conociendo harto que, no siéndoles posible amalgamarse con el pueblo, no les quedaba otra tabla de salvación en tan deshecha borrasca. Pero la autoridad legítima, o porque aún desconfiaba de la ayuda de los potentados, o porque no quería combatir, les mandó derramar y despedir las fuerzas que a su costa levantaban y mantenían, perdiendo así un elemento de represión muy ejecutivo, y un medio seguro de mantener en el dominio de España aquel importantísimo Estado.

Las ciudades, villas, aldeas y campiñas que circundan la capital obedecieron a Masanielo, cuyos tenientes, con pelotones napolitanos, las recorrían y alarmaban. En las provincias más distantes no fue nunca tan absoluto el dominio del pescadero, pero se alzaron y seguían los movimientos y progresos de la insurrección. En la de Otranto fueron muy graves los conflictos. En la de Lecce las rivalidades entre los funcionarios públicos Anolini y Boccapanola, sobre quién debía dar cumplimiento a las órdenes del virrey suprimiendo las gabelas, dio margen a asesinatos, incendios y escenas de ferocidad inaudita. La ciudad de Aquila fue teatro de horrorosos desórdenes. La de Nardo, feudo del conde de Conversano, se declaró de realengo; acudió aquél a sujetarla con fuerza considerable de bandidos, y fue rechazado; pero por interposición del obispo monseñor Pappacoda hubo advenimiento, entregándose de nuevo la ciudad, con ciertas condiciones, a su señor, quien, en cuanto entró en ella, olvidándolas todas y hallándolas sin miramiento, se entregó a las más sangrientas venganzas. En Chietti, ciudad del Abruzzo, comprada poco antes a la corona por don Ferrante Caracciolo, se levantaron los nobles para sacudir el moderno yugo feudal; asesinaron a los empleados, jueces y administradores del señor, y se declararon de nuevo vasallos del rey. En Foggia, un tiro que casualmente se escapó a un centinela fue origen de una sublevación espantosa, en que hubo gran derramamiento de sangre. La provincia de Basilicata estaba sometida a la dominación de Hipólito Postrena, que se apoderó de Salerno. Mateo Caivano, hombre oscurísimo, había levantado con buen éxito el estandarte popular en Tarento. La tierra de

Bari estaba toda en fermentación. Ambos Abruzzos en el mayor desorden, presa de la más espantosa anarquía. Y las dos Calabrias, agitadas por Toraldo y Marota, comisionados del pueblo de Nápoles, eran campo miserable de los excesos revolucionarios y de las atrocidades de los bandidos, que o servían a los señores de la tierra, o se aprovechaban de la fuga de las tropas y de la ausencia de las autoridades para saquear las villas en desorden y los lugares sin defensa. Ni los respetables monasterios de la Cava y de Monte Casino se vieron libres de la invasión de los revoltosos, y corrieron gran riesgo aquellos ricos archivos, depósito y refugio en los siglos bárbaros de todo el saber humano, de ser reducidos a cenizas. Es muy curiosa la declaración que arrancó el abad del monasterio de la Cava al jefe popular que fue a atacarlo, documento que tenemos a la vista.

En fin, llegó a tal punto el vértigo de insurrección y desorden, que se difundía con la atmósfera y que se comunicaba como un contagio pestilencial, invadiendo todos los pechos, acalorando todas las cabezas, que en la aldea de Schiavoni, compuesta de unas treinta chozas, se reunieron un domingo los habitantes para hacer también su insurrección. Y como se encontrasen que eran todos parientes y amigos, que no había autoridad contra quien rebelarse, ni riquezas que saquear, ni gabelas que abolir, quedaron muy desconcertados y mohínos, cuando uno de ellos dijo, como si fuese inspirado: «Venid e incendiad mi choza, que nada me importa con tal que hagamos algo, y que no se diga que somos cobardes y malos patriotas.» Y la choza de este héroe, que así se inmolvaba en las aras de la reputación de su aldea, fue inmediatamente reducida a cenizas, con grandes alaridos, y procurando aquellos inocentes rústicos contrahacer, lo mejor que supieron, los furores que habían oído contar de Nápoles y de otras ciudades de importancia. En Tuturano, aldea inmediata a Brindis, por hacer algo, prendieron fuego a la taberna. Y en un casal de Calabria, las mujeres se rebelaron contra los maridos y quemaron a dos de ellos con sus hijos, incendiando un pajar en que se habían refugiado.

Sentimos no haber encontrado bastantes materiales para escribir con más detención sobre estos acontecimientos, cuyas particularidades darían una exacta idea del carácter de la época y del estado en que llegó a ponerse el reino de Nápoles. Pero no existen documentos de aquel tiempo en los archivos públicos, y los escritores de entonces, dedicando toda su atención a las ocurrencias de la capital, sólo hacen leves indicaciones de lo acaecido en las provincias, y alusiones a casos particulares ocurridos en ellas, que no han llegado hasta nosotros. Mas lo que dejamos ligeramente apuntado, siguiendo a los más graves autores contemporáneos, basta para dar a conocer que el país todo estaba hondamente conmovido, aunque, por fortuna de España, sin un pensamiento nacional unánime, sin un objeto fijo, sin una dirección determinada, sin un caudillo solo a quien todos obedecieran. En fin, andaba revuelta la tierra, estaban amotinados los pueblos, reinaba una desconcertada y feroz anarquía; pero en el reino de Nápoles no había hasta entonces «rebelión». Ésta apareció al cabo, porque hasta debía suceder, como no tardaremos en referir.

CAPITULO II

En Nápoles cada instante asomaban nuevas pruebas de que continuaba, como antes, la sublevación. El día 19 de julio se alteró la ciudad, volviendo a ponerse en armas el populacho, porque se esparció la falsa nueva de haber sido asesinado por los españoles el electo del pueblo. Y el día 20 hubo un serio alboroto, porque los aduaneros empezaron a exigir, como antes, los impuestos abolidos por la capitulación. El furor popular quiso dirigirse, desde luego, contra el virrey; pero Julio Genovino, deseoso de mostrar su celo por el legítimo Gobierno, para no ver retardada la posesión de la presidencia del tribunal de la Sumaria, que le estaba ofrecida, consiguió con su maña y sagacidad calmar al pueblo y persuadirle que llevase sus quejas al arzobispo, el cual se entendería mejor con el duque de Arcos, sin cuyo conocimiento, osó asegurar, se estaba cometiendo aquella tropelía por los empleados subalternos. Y, efectivamente, fue dirigida al cardenal una respetuosa representación por escrito.

Corrió en aquella ocasión gran riesgo un caballero español, llamado don Miguel Sanfelices, porque, encontrando en la calle una de las turbas, dijo imprudentemente: «Gritad, gritad, que pronto comeréis piedras.» A la ligereza de un poderoso caballo en que iba montado debió la vida, huyendo a esconderse donde no pudieron dar con él. Pero tomó con este accidente tanto cuerpo la asonada, que tuvo el virrey, para calmarla, que poner a talla la cabeza del fugitivo, como si fuese la del mayor traidor o facineroso.

Al mediodía, y cuando todo estaba ya tranquilo, alborotaron de nuevo la ciudad los habitantes de Milito, casal inmediato, entrando armados y con gran gritería por las calles de Nápoles, buscando, para matarlo, a su señor, el consejero Francisco Antonio Moscettola. Estaba éste muy descuidado comiendo con su familia, cuando vio invadida su casa por aquella furibunda turba de rústicos, seguida de gran número de curiosos, que aumentaban la confusión. Alterado y sorprendido, huyó con su mujer y logró esconderse, abandonando la casa con las muchas riquezas que contenía, y una preciosa biblioteca, al furor y codicia de sus rebeldes vasallos, que quemando, destruyendo y robándolo todo, sin que nadie lo impidiese, volvieron a su aldea satisfechos y triunfantes, pero pesarosos de no haberse llevado consigo la cabeza de su señor.

También hubo dos distintas asonadas harto cómicas. Las mujeres del populacho más soez se reunieron, recorrieron armadas y voceando las calles y plazas, y se dirigieron al Monte de Piedad, para exigir que se aboliesen ciertos artículos del Reglamento que, siendo favorables a las ropas buenas y a las joyas que empeñaban los ricos, perjudicaban a los harapos y miserias que empeñaban los pobres; y pedían, a favor de estos efectos de ningún valor, la preferencia. El director del establecimiento, hombre sagaz y de sangre fría, les abrió las puertas y las calmó con buenas razones, y con oferta de servir las, con lo que se retiraron muy ufanas y contentas, cantando victoria y celebrando su soñado triunfo. La otra asonada la hicieron los mendigos de la ciudad contra los frailes cartujos. Repartía aquel monasterio a su puerta, un día de la semana, ciertas limosnas de una obra pía, fundada por la famosa reina Juana; y los que la recibían, no queriendo incomodarse en subir por ella a la cartuja, fundada en un cerro junto al castillo de San Telmo, exigieron que se les diese en la plaza del Mercado. Resistiendo los cartujos esta inconsiderada exigencia, los interesados trataron, sin más ni más, de hacerla efectiva por la vía de las armas. Y se vieron aquel día trepar por aquellos agrios recuestos a más de mil pobres ciegos, cojos, mancos y tullidos, armados de garrotes y de algunas alabardas y

arcabuces, amenazando incendiar el monasterio y pasar a cuchillo a los monjes. Y eran tales sus bravatas y ademanes resueltos, que los religiosos cerraron las puertas y pidieron socorro al vecino castillo. Mas tomó tanto cuerpo el ataque con los valedores y amigos de aquella inmundada canalla, que tuvieron que salir los monjes con buenas razones y prudentes ofertas a calmar a los amotinados, volviendo éstos a la ciudad muy contentos con la muestra de su valentía.

Pero cuando volvió a aparecer la sublevación en toda su fuerza, y amenazadora y terrible, fue el 29 de julio. Atravesando a primera mañana la plaza del Mercado el electo del pueblo Francisco Arpaya, fue llamado aparte con gran recato por Jenaro Annese, que ya empezaba a darse tono de sucesor de Masanielo, y por un tal Vanno Panariello, jefe popular de mucha valía. Y le dijeron que el pueblo había sido completamente engañado, porque al leerle las capitulaciones juradas habían dejado en silencio muchas frases de los artículos, cual aparecían impresos, y que echaban abajo o anulaban las disposiciones más importantes. Que, por fortuna, hasta entonces nadie había reparado en ello; pero que si no se remediaba pronto tan insigne mala fe, ellos serían los primeros en publicar la indigna superchería y en excitar a los napolitanos a hacerse por sí mismos pronta y cumplida justicia. Hízose de nuevas el electo, respondiéndoles que no encontraba motivo para aquella desconfianza, y Annese y Panariello le mostraron un ejemplar impreso de la capitulación, y en el artículo que disponía la abolición total de las gabelas y contribuciones, no existentes el tiempo del emperador Carlos V, la cláusula siguiente: «... exceptuándose aquellas que estuviesen arrendadas a particulares» con lo que, ciertamente, estándolo todas, quedaba inválido y sin efecto lo pactado en tan importante artículo. Desconcertóse el electo, y aseguró que era yerro de imprenta. Y que faltaba un «no», que había, sin duda, en el original, antes de la palabra «exceptuándose». Fueron los tres incontinenti a la imprenta para asegurarse, y el impresor, con los manuscritos a la vista, demostró que había estampado con toda exactitud. Arpaya entonces ofreció hablar al instante al virrey, para que se deshiciese la equivocación, y rogó a Annese y a Panariello que no lo divulgasen. Sobrevino en esto a hablar del mismo asunto un clérigo revoltoso, llamado don Onofre Jacutio, el que, cuando los otros se apartaron aparentemente satisfechos, y se vio solo con el electo, le exigió que se le diesen reservadamente dos mil cequies por guardar el secreto. Rechazó aquél la proposición sin agraviar al clérigo, y fue a dar parte de todo al duque; no dudando de que la noticia iba muy pronto a difundirse por el pueblo y a producir funestísimos resultados.

Perplejo, como siempre, el virrey, y desconociendo, a pesar de tan repetidos escarmientos, que cuando es forzoso hacer concesiones al pueblo alborotado es mejor hacerlas en los primeros momentos, cuando aún las pide de rodillas y como gracia que después cuando las exige con las armas en la mano y como derecho, entró en consultas dilatorias y evasivas, diciendo «que no podía arruinar así, de una plumada, a más de cincuenta mil familias, interesadas de antiguo en los arriendos de impuestos y gabelas». La razón era, ciertamente, poderosa; pero no aquél el momento oportuno de darle valor. Pues aunque es un principio de justicia que todos los derechos adquiridos son respetables, y que si están acaso fundados en abusos que necesitan de reforma debe ésta hacerse poco a poco y con mucho pulso, cuidando de indemnizar a los poseedores de buena fe y de subsanar intereses creados bajo el amparo de leyes buenas o malas, y con la sanción respetable de la costumbre inveterada, las circunstancias eran en extremo ejecutivas, y no

para andarse en miramientos. La abolición terminante y completa de aquellas cargas había sido la condición primera del avenimiento: condición acordada, aceptada y jurada. No podía ya volver al campo de la discusión, y buscar medios rastrosos para no hacerla efectiva era un perjurio, una muestra insigne de mala fe, que debía producir funestísimos resultados; un medio seguro de reanimar y de justificar un incendio tan mal apagado, y que aún podía, como se verificó, reaparecer más voraz, más terrible y de más trascendentales consecuencias. Estas reflexiones fueron expuestas al duque de Arcos por el cardenal arzobispo, por algunos consejeros y por muchas personas sensatas; pero él, sin negar su valor, no les dio la pronta acogida que en aquellos críticos momentos debía haberles dado; y con sus respuestas evasivas, y con sus medios dilatorios, dio tiempo a que, publicada la superchería, se alarmara toda la ciudad. Pues resonando en toda ella el grito de traición, acudió furiosa a las armas para reclamar con ellas la validez de la capitulación, no cual andaba impresa, sino cual se había leído al pueblo en la catedral.

Llenóse la plaza del Mercado de furibundo gentío, que a palos y pedradas dispersó a los picapedreros y marmolistas que trabajaban en las lápidas que deberían colocarse allí con los artículos de la avenencia. Y quisieron hacerlos pedazos, llamándolos falsarios y engañadores; apareciendo la sublevación tan general, tan poderosa, tan embravecida cual lo estaba ocho días antes, cuando tenía a su cabeza, como supremo dictador, a Masanielo.

El duque de Arcos hizo entonces lo que siempre: refugiarse en las murallas de Castelnuovo y enviar emisarios al pueblo con excusas y con todo género de concesiones. Mas nada consiguió: la general desconfianza rechazaba con indignación las ofertas de la depravada autoridad, e insultando a sus mensajeros dificultaba todo acomodo. Y el motín tomó un aspecto imponente y aterrador. Pero presentóse a caballo, en medio de las acaloradas turbas, el príncipe de la Rocca, sobrino del cardenal, y nombrado por su influjo superintendente de Abastos; y como era muy bienquisto de los napolitanos todos, logró que lo escuchara y atendiera la muchedumbre. Y calmándola poco a poco con buenas y concertadas razones, y esforzando la disculpa de que todo era error involuntario de los copistas, hijo de la premura del tiempo y de la precipitación con que se escribieron las capitulaciones, consiguió persuadir al pueblo que nombrase una persona de su confianza, que se entendiera con él, para corregir el artículo en cuestión, y de un modo tan claro y terminante que no diese lugar a dudas ni a siniestras interpretaciones. Fue inmediatamente nombrado por la multitud el mismo clérigo Jacutio, el que entró con el príncipe en la iglesia del Carmen para arreglar el negocio.

Pronto se pusieron ambos de acuerdo, redactando el artículo de nuevo, expresando en él terminantemente la abolición de todos los impuestos, y «particularmente de los arrendados». Salió el clérigo a dar parte de este arreglo a la multitud. Pero recibió tantas nuevas enmiendas y adiciones por escrito, para añadir más seguridades y dar más claridad no sólo a aquel artículo, sino a todos los demás de la capitulación que ofrecían algún sentido dudoso, que volvió a entrar en la iglesia y a conferenciar más largamente con el príncipe de la Rocca. No tardaron tampoco en entenderse, conociendo éste que era preciso contemporizar. Y saliendo ambos a la plaza y asociándose a un tal Gregorio Accietto, mercader de sedas, muy estimado del pueblo napolitano, fueron en diputación a presentar aquellas nuevas exigencias al virrey.

Recibiólos éste con la más fina cordialidad, y haciendo exageradas protestas de su buena fe y de su deseo de lo mejor, accedió sin el menor reparo a las enmiendas y considerables variaciones que le presentaron. Y adoptándolas todas, firmándolas inmediatamente y sin la menor dificultad, mandó reimprimir sin tardanza con ellas las capitulaciones, dando por nula y de ningún valor la edición publicada. Con lo que despachó contentísimos a los diputados de la sublevación, encargándoles asegurasen al pueblo que sólo deseaba afianzar su felicidad.

El príncipe, el clérigo y el sedero tornaron al Mercado, donde los esperaban las armadas turbas, ya cansadas de su propia inacción, y que, enterándose de que quedaban plenamente complacidas, se dispersaron en alegres grupos por la ciudad.

CAPITULO III

La costumbre de reunirse y de alborotarse era ya segunda naturaleza en el populacho napolitano, y parecía que andaba solícito en busca de ocasiones para ejercer su terrible propensión. Y como no faltaban, ciertamente, pretextos, ni personas inquietas, animadas con la impunidad, que exaltarán los ánimos tan bien dispuestos, raro era el día en que no apareciese la asonada, y en que no se alterase de un modo o de otro la pública tranquilidad.

Uno de los primeros de agosto se reunió el pueblo armado en la plaza del Carmen, foco permanente de la sublevación, y resolvió atacar las casas públicas de juego. Asaltólas, efectivamente, con gran algazara, se apoderó del dinero que encontró en ellas, apaleó y maltrató a los jugadores y prendió fuego a los edificios. Y como un siciliano, hombre de corazón, que era dueño de uno de ellos, se presentase decidido con una alabarda en la mano a defender su propiedad, fue hecho pedazos por la multitud.

Otra vez se dirigió el motín a la iglesia de padres teatinos de la calle de Toledo para sacar de ella a un soldado español allí retraído. Y después de maltratado grandemente, lo llevó a la presencia del virrey, pidiéndole lo sentenciase a horca, porque bahía disparado su arcabuz contra el pueblo en una de las anteriores asonadas. Resistióse debidamente la suprema autoridad a dar tal sentencia, y entonces el populacho, sin esperar más, lo llevó al patíbulo.

El 8 de agosto saqueó e incendió el pueblo alborotado el palacio que tenía en Piedigrotta el príncipe de Caramanica, hombre oscuro y de bajísima extracción, que había juntado en pocos años incalculables riquezas.

Y entre los valiosísimos muebles que allí perecieron, hacen mención los historiadores contemporáneos de un sillón todo recamado y embutido de gruesísimas perlas.

También, a instigación de los frailes franciscos, hubo un serio alboroto. Había decidido la ciudad declarar por uno de sus protectores a San Antonio de Padua, y le había erigido una estatua de plata que debía, con la de los otros santos patronos, sacarse en las procesiones y custodiarse en el tesoro de la catedral. Y una tenaz competencia entre franciscanos y capuchinos sobre la forma que se debía dar a la capucha del santo, pretendiendo aquéllos

que fuera redonda y éstos que debía ser puntiaguda, obligó a que se depositara judicialmente la imagen, que estaba hecha a gusto de los primeros, en casa del regente Capecelatro, mientras se decidía el pleito formalmente entablado entre ambas religiones. Los franciscanos, temiendo perderlo por la influencia que entonces gozaban en Roma los capuchinos, aprovecharon las revueltas y acalararon a sus devotos para que hicieran una asonada, sacaran al santo de su depósito y lo llevaran a la catedral, terminando así a su favor, por la fuerza, aquel negocio. Dispúsose, pues, la jornada en la plaza del Mercado, armáronse las turbas, y no sin choques y serias pependencias, pues también los capuchinos tenían, aunque en menor número, valedores, asaltaron la casa del regente, se apoderaron de la imagen y en tumultuosa procesión la llevaron a la capilla del Tesoro. Y en ella, hallando muchos capellanes nobles, los arrojaron de allí, sustituyéndolos clérigos plebeyos, y confiando su custodia a los canónigos, con lo que se captaron la benevolencia del cardenal arzobispo.

Los estudiantes también quisieron, amparados del común desorden, exigir por la fuerza rebaja de los derechos de universidad. Y tomando las armas contra los doctores, que los percibían, se juntaron más de cuatro mil, ocuparon los alrededores del edificio y pusieron en grande apuro al claustro y al rector. Pero como la mayor parte de los amotinados escolares eran forasteros, y los doctores y empleados de la Universidad napolitanos, consiguieron éstos tener de su parte el populacho, que, amotinado a su vez, acudió a deshacer y castigar otro motín. Los estudiantes huyeron amedrentados, y unos salieron de la ciudad, otros se escondieron en ella y, habiendo sido muchos descubiertos, fueron maltratados y heridos, y los que opusieron resistencia hechos pedazos sin piedad.

Estos desórdenes diarios, y las noticias de lo que ocurría en las provincias, donde a cada momento era mayor la anarquía, movieron, por fin, el ánimo del duque de Arcos (alentado tal vez con la esperanza de recibir socorros de España, habiendo tenido nuevas de que las cosas de Cataluña iban bien, pues habían levantado los franceses el sitio de Lérida) a hacer algunos castigos y a tomar algunas medidas de buen gobierno; pero éstas fueron desconcertadas, y aquéllos vinieron ya tarde. Trató, pues, aunque con mal efecto, de dar nueva organización a las armadas turbas populares, mudando los cabos, que a su manera las gobernaban. Pero nombró, con malísima elección, personas poco gratas al pueblo, y, como tales, de ninguna influencia, y que al mismo tiempo ofrecían poca seguridad de buena fe, pues hizo teniente de maestre de campo a Onofre Caffiero, de Santa Lucía (en cuya casa se creyó, como dejamos dicho, envenenado a Masanielo) y a Salvador Baroni, vecino del barrio de Mortelle (que se susurraba había tenido parte en su muerte), con lo que se disgustó la ciudad toda, viendo hombres tan sospechosos tan altamente colocados; bien que ellos supieron muy pronto restablecer su opinión con el populacho muy aventajadamente. Publicó también el virrey varios bandos prohibiendo de nuevo saqueos e incendios, y uno muy notable y de perversas consecuencias, previniendo a los pueblos de señorío que le presentaran las quejas que tuviesen contra sus señores, seguros de que les haría justicia. Las alas que dio semejante disposición a los lugares de propiedad particular, y el disgusto de la nobleza, se dejan discurrir.

Deseoso, en fin, de presentar algún escarmiento, negoció con los jefes populares de su devoción que prendieran, como de *motu proprio*, y le acusaran como infractores de la capitulación, a algunos de los que habían dirigido los últimos saqueos e incendios de las

casas de juego y del palacio Caramanica. Y a dos que le llevaron los mandó inmediatamente ahorcar, sin más ni más, a la puerta de Castelnovo. Estas ejecuciones causaron, por lo pronto, buen efecto, haciendo profunda impresión en el populacho. Pero a poco rato, agolpándose la gente a ver a los ajusticiados, empezaron a decir los más audaces: «Así hará el virrey poco a poco con todos nosotros»; palabras que, repetidas, cundieron con rapidez, y empezaron a notarse síntomas de indignación y anhelo de prevenir el peligro. Súpolo el virrey, y mandó inmediatamente colocar en el pecho de los ahorcados un cartel con gruesas letras, que decía: «Arrestados y acusados por el fidelísimo pueblo por haber faltado a la capitulación, incendiando y saqueando sin licencia del virrey, ni orden de los jefes populares, han sido juzgados y condenados a muerte por este delito»; con lo cual se calmaron los ánimos y se deshizo instantáneamente la multitud.

También amanecieron ahorcados en el mismo lugar, con sus correspondientes carteles aclaratorios, un fraile agustino apóstata, espía de los franceses; un cochero ladrón y un soldado español que había matado de un tiro a un paisano, ejecuciones todas que fueron muy aplaudidas.

El día siguiente se alteró la gente de Lavinaro, y fue, armada, a pedir la libertad del hermano de Masanielo, que suponía preso en Castelnovo, y que muchos creían ejecutado secretamente en el calabozo. Y el duque de Arcos, contra su costumbre, afrontó el motín, se negó decididamente a complacerlo y dijo resuelto a aquellos furiosos que «el hombre cuya libertad pedían no estaba en Castelnovo, sino en Gaeta; mas que, aunque estuviera en el castillo, de ningún modo se lo entregaría». Entereza que deshizo el motín sin más resultas, dando a conocer cuánto, usada a tiempo y cuerdamente, hubiera podido conseguir y evitado.

Pero por más que el duque de Arcos quisiera manifestar carácter, y que podía ser verdadero virrey, tomaba ya tarde tan buena resolución. Su constante debilidad anterior lo tenía harto desacreditado y con ella había cobrado demasiada osadía el movimiento popular, para que pasajeros alardes de fuerza y de inoportuna energía consiguieran resultados estables y positivos. Así que los conspiradores no dejaban de entenderse entre sí y de prepararse a más formales empresas. Y los jefes e instigadores de la permanente sublevación, soplando y manteniendo vivo el fuego nunca apagado, combinaban un vasto plan, para que reapareciera pronto, cual nunca, terrible y amenazadora, y con objeto más grande y de mayor importancia. No faltando ya en los conciliábulos y clandestinas reuniones agentes de Francia con instrucciones y dinero del marqués de Fontenay, embajador del rey cristinísimo en Roma, el cual desde los primeros momentos de la sublevación acechaba el oportuno para apoderarse de ella y dirigiría a su provecho.

Dispúsose, pues, en secreta conjura de los más osados el dar un golpe decisivo el mismo día de la Virgen de agosto, solemnísimo en Nápoles, apoderándose en un solo punto y en un solo momento del virrey, de su familia, y de los generales, consejeros y altos funcionarios españoles. Para lo cual resolvieron convidarlos a todos en nombre del pueblo a la función solemne que debía celebrarse en la catedral. Encargóse de hacer el convite el electo Francisco Arpaya, deseoso, sin duda, de restablecer con los conjurados su opinión, un tanto lastimada por los empleados lucrativos repartidos entre su familia. Y como la decisión se tomó precipitadamente la mañana misma de la fiesta, esto es, en la

madrugada del día de la Asunción, fue muy temprano a palacio a desempeñar su solapada comisión. Escamó al duque tanta premura en convidarlo y tanto empeño en que llevara séquito tan numeroso. Y después de pensar mucho lo que le cumplía hacer, se determinó a ir solo a la iglesia, como lo verificó, disculpando a la virreina con que en tan corto tiempo no había podido disponerse y ataviarse, y a los generales y autoridades con perentorias ocupaciones y con la dificultad de que les hubiese llegado a tiempo el aviso del convite.

Desconcertó esto a los directores de la intentona. Pero como el virrey asegurase a todos sin afectación que aquella tarde asistiría a las vísperas con su familia y con todo el séquito convidado, resolvieron dilatar algunas horas el golpe, teniéndolo por seguro.

Después de concluida la misa, volvió el duque a palacio con graves sospechas de la encubierta trama, ya por los semblantes que había observado en la iglesia, ya por las palabras sueltas que había cogido al vuelo. Y puso sin demora en actividad todos los medios de espionaje que tenía en la mano. Éstos, y una delación espontánea que recibió muy oportunamente de uno de los conjurados, le descubrieron el riesgo que acababa de correr, y cuanto se intentaba hacer aquella tarde. No estuvo entonces, ciertamente, tan perplejo e irresoluto como solía. Llamó sin perder momento a los jefes populares de toda su confianza, y, de acuerdo con ellos, prendió a los cabezas de la trama, los que, confesando en el tormento su proyectado crimen, y descubriendo todo el plan, fueron inmediatamente ahorcados, y sus cadáveres expuestos a la puerta del castillo.

La actividad, acierto y energía que demostró entonces el virrey, y que tanto hubieran aprovechado antes y después, y la rapidez de las ejecuciones, consternaron a la ciudad toda, y asombraron a la masa popular, que ignoraba la conjuración aquella, pero que la hubiera sostenido, sin duda, en cuanto hubiera estallado. Deshízose la borrasca, pero quedando las nubes en el horizonte dispuestas a reunirse de nuevo a la primera ocasión.

CAPITULO IV

Julio Genovino, tipo verdadero de los instigadores de motines y asonadas, veía con impaciencia que se le retardaba el pago de sus importantes servicios, y reclamaba el cumplimiento de las ofertas que se le hicieron, cuando verdadero director del espíritu de las turbas y oráculo de Masanielo, podía él solo, si no calmar la sublevación, darle el rumbo más favorable a los intereses del Gobierno, como lo había hecho, tanto predicando continuamente lealtad y obediencia al rey de España, cuanto reconociendo como válido el privilegio de Carlos V; oponiéndose después a la petición de ocupar el castillo de San Telmo, y últimamente preparando la ruina y la perdición del pescadero.

El duque de Arcos asegurábale continuamente que podía contar con el destino ofrecido; pero que dilataba darle el título correspondiente, temeroso de que iba a desacreditarlo y a echar por tierra toda su influencia, de la que aún tanto se necesitaba, estando en pie la sublevación. Mas fueron tan reiterados los esfuerzos del viejo, en quien la ambición, como acontece, pudo más que la sagacidad, que, al cabo, el virrey le dio el nombramiento y posesión de la presidencia del tribunal de la Sumaria, siendo el resultado el que se había

previsto; esto es, que Genovino, descubierto su juego, perdió completamente la popularidad.

Había este clérigo-magistrado conseguido del virrey (para restablecer un tanto su influencia con la clase de tejedores de seda, que era numerosa) una descabellada orden para que cuanta llegase a los almacenes de la ciudad no pudiera salir de ellos, ni consumirse más que en sus fábricas, sin poder surtir a los otros telares de la provincia. Y los tratantes y mercaderes reclamaron inmediatamente contra una disposición tan perjudicial a sus intereses, y que los sujetaba a la merced de unos cuantos fabricantes de la capital. Y presentaron una demanda en justicia, y se entabló litigio en forma entre mercaderes y tejedores. Veíase el pleito y debía darse la sentencia en un tribunal de que era presidente Fabricio Cenamo, que, como dejamos referido, fue uno de los perseguidos por el populacho en los primeros días de la sublevación, quemando su palacio y sus riquezas. Causa por la cual los abogados de ambas partes lo recusaron, apoyados en el artículo de la capitulación en que se establecía que ninguno que hubiese incurrido en el odio popular y sufrido incendio en los anteriores trastornos pudiera ejercer en lo sucesivo ningún cargo público. El recusado trató de probar, para mantener el puesto, que no había incurrido en el desagrado del pueblo, y que las persecuciones y daños padecidos habían sido venganzas de enemigos particulares, que obraron de por sí y sin orden de Masanielo, ni de los jefes populares. Y Julio Genovino le dio una certificación firmada por él y por otros de sus allegados, asegurándolo así. Andaba este documento con sobrada confianza de mano en mano para aumentar las firmas, y vino a caer en las de un tal Horacio Rosseto, conocido con el apodo de *Razullo*, capitán del barrio de la Zecca, y enemigo acérrimo del hoy presidente de la Sumaria, y ayer consejero del fidelísimo pueblo y director de Masanielo. Y en un numeroso corrillo de gente bien dispuesta leyó en voz alta aquel documento, glosándolo luego con acritud, y llamando a boca llena traidores a los que lo habían firmado. Creció la multitud que lo circundaba, y él, cada vez más enardecido, manifestó que con tales certificados volverían los mayores enemigos del pueblo a los altos empleos, donde saciarían sin freno sus venganzas. Que con tales certificados se anulaban todos los artículos de la capitulación, y volvía la ciudad a caer en la más pesada servidumbre; y, por último, que con tales certificados quedaría el pueblo infamado y tratado de ladrón, calificadas de venganzas personales sus justicias y triunfantes los funcionarios prevaricadores, que habían tan justamente incurrido en el odio universal. Las palabras de *Razullo* hicieron su efecto; y creciendo rápidamente, la masa popular corrió indignada, detrás de él, a asaltar el tribunal.

Era el día 21 de agosto, y estaban en él Genovino y Cenamo tratando justamente del pleito de la seda cuando recibieron aviso del virrey de que se dirigía el pueblo amotinado contra ellos, y orden de cerrar el tribunal. Pusiéronse inmediatamente ambos en salvo, y cuando llegó la turba, atropellando e incendiándolo todo, se encontró sin las víctimas designadas, acrecentando la fuga de éstas la indignación popular.

Capitaneado siempre por *Razullo*, se dirigió el pueblo, que a cada paso se reforzaba con pelotones de gente que llegaban al alboroto, desde el tribunal a la plaza de palacio, pidiendo en voces altas y descompuestos gritos al virrey los dos fugitivos, creyéndolos refugiados en Castelnovo. Procuró el duque de Arcos con benignas palabras y benévolo ademanes conjurar aquella tormenta y calmar los ánimos, manifestando a todos que

ignoraba el paradero de los dos presidentes. Mas creciendo la multitud y poniéndose en armas toda la ciudad, Salvador Baroni, deseoso de ganar crédito, a la cabeza de los amotinados del barrio de Mortelle, atacó de *motu proprio* la plaza de los Ángeles y el importantísimo puesto de Pizzo-Falcone. Guarnecíalo el Tercio viejo de Nápoles, al mando del maestro de campo don Próspero Tuttavilla, y, aunque sorprendido, se puso en defensa. Pero como al mismo tiempo Onofre Caffiero, con la gente del barrio de Santa Lucía, se apoderase del puesto de la Cruz y del convento de San Luis, dándose la mano con Baroni, y reforzando su ataque, no pudieron sostenerse las tropas napolitanas, y se replegaron, no sin dificultad y pérdida, al palacio. Los sublevados se apoderaron del duque de Ascoli, del cuartel de los Alemanes y de la punta de Trebico, que domina al castillo del Ovo.

Estas ventajas del pueblo, conseguidas tan fácilmente por el arrojado de dos hombres, y la espantosa gritería de la plaza de palacio, henchida de sublevados, que pedían no sólo a Genovino y a Cenamo, sino también al hermano de Masanielo, obligaron al virrey a tomar su disposición favorita; esto es, a refugiarse con toda su familia en Castelnuovo, encargando a su guardia que no exasperase al pueblo y que no provocase un conflicto.

Ignorando las turbas que ya el virrey se había puesto en salvo, continuaban con furor creciente sus gritos y amenazas; y desesperados de hallar satisfacción, empezaron a apedrear el puesto de la guardia tudesca. Viendo los soldados que los dejaban allí como abandonados a los insultos del populacho, y que iban a ser arrollados, trataron de defenderse, a pesar de la terminante orden que habían recibido, e hicieron una descarga de mosquetería. Cayeron muertos sólo dos hombres del pueblo, porque la multitud, al ver calar las cuerdas, se arrojó repentinamente en tierra para evitar el efecto de las balas. Esto pareció a los que estaban más lejos que era el que la descarga había tenido completo efecto, haciendo un incalculable destrozo. Y en vez de acobardarlos, los irritó a tal punto, que arremetieron furiosos el palacio, mientras algunos, los más cobardes, corrieron a dar la equivocada noticia a los barrios más apartados y a llamar a la venganza a toda la ciudad. Hízose instantáneamente general el movimiento, y empezó la más horrenda matanza de españoles que puede discurrirse, asesinando a cuantos hallaron desperdigados por todo Nápoles. Hubo napolitano que mojó pan en la caliente sangre de sus víctimas, y que se lo comió, chupándose luego los dedos con bárbara e inaudita ferocidad. Trabóse entre las tropas y el pueblo un horrible combate; pero aquéllas, sorprendidas, diseminadas y sin órdenes a qué atenerse, fueron vencidas y arrolladas en todas partes, y tuvieron que encerrarse y fortificarse en los cuarteles y en el palacio, y hacer allí una gallarda defensa.

Jamás el pueblo napolitano, aunque sin una sola cabeza que dirigiera sus operaciones, se mostró tan acertado en el ataque, ni tan tenaz en la pelea. Mientras unas turbas combatían, aunque diezmadas por la arcabucería española, otras se apoderaron de la Aduana, y sacaron de ella gran cantidad de armas de fuego y cuatro mil espadas; y otras conducían artillería y la colocaban, no sin acierto, en los puntos desde donde podían molestar más al palacio y a los castillos; y otras, en fin, abastecieron el torreón del Carmen de vituallas, municiones y cañones gruesos.

El ardiente alborotador del barrio de Mortelle, Andrea Polito, de oficio batihoja, armó un pelotón de sus vecinos, y con él sorprendió la cartuja de San Martín y se apoderó de ella, poniendo en gran peligro el castillo de San Telmo, que está contiguo al monasterio,

colocando oportunísimamente cuatro piezas de artillería en aquellas alturas. En terrible aprieto iban poniendo al virrey y a las armas españolas las rápidas ventajas que aquel tremendo día daba la ciega fortuna a la sublevación. Y mientras los españoles fortificaban a toda prisa el palacio, colocando falconetes en los balcones y azoteas y atajando la plaza con cortaduras y fajinas, sin cesar un momento el fuego, y estrechados sin respiro por las embravecidas turbas, el duque pensó en abastecer el castillo, apretado y sitiado por todas partes, escasísimo de municiones y de vituallas, y dominado ya por los puestos populares establecidos en San Martín y en Pizzo-Falcone. Mandó, pues, a las galeras, que, por quitarse del tiro del torreón del Carmen, se habían alejado bastante de la playa, que fueran a remo a la torre de la Anunciata y a Castellamare a recoger cuanto grano y harina hubiera en los molinos. Pero todo fue en vano: el pueblo conoció a lo que iban las galeras, y despachó emisarios que imposibilitaran su intento.

Llegaba la noche, no cesaba la pelea, ni cesaba un punto la fatiga universal. Y abatido y confuso, el virrey acudió al cardenal arzobispo pidiéndole encarecidamente que saliese a probar la mano con el pueblo, tratando de calmarlo de un modo o de otro para salvar la ciudad y el reino todo de los horrores sin cuento que sobre él se precipitaban. No rehusó el prelado la comisión, y sin vacilar un momento recorrió a caballo las calles y plazas, acompañado de José Palumbo (que, sin querer nunca ser el primero en el mando, conservaba prudentemente el mismo puesto y la misma reputación que en tiempo de Masanielo), y sin evitar los sitios en que silbaban las balas y en que era más espantosa la carnicería, exhortaba a todos con ruegos y con lágrimas a la paz y a la tranquilidad. Vanos fueron sus esfuerzos, pues si bien halló, como siempre, en todas partes respeto y aun veneración, no encontró en ninguna más que sed de sangre y de exterminio y una especie de rabia infernal que no dejaba lugar alguno a la razón. Trató varias veces de penetrar en Castelnovo para conferenciar con el virrey, pero le fue imposible conseguirlo; y rendido y horrorizado regresó a su palacio, sin haber logrado nada, cuando ya estaba muy avanzada la noche.

Ésta fue aún tan trágica y tan espantosa como el día que la precedió, pues no cesó el tiroteo, retumbando sin cesar los cañonazos y continuando las obras de ataque y de defensa a la horrenda luz de las llamas de los incendios.

CAPITULO V

Al día siguiente, reunidos los distintos jefes populares, que separadamente y sin un plan determinado habían dirigido las felices y oportunas operaciones del anterior, trataron de buscar una cabeza suprema que, dando unidad al movimiento, utilizase las ventajas conseguidas; y resolvieron ponerse en manos del acreditado militar don Carlos de la Gatta, el que, como dejarnos dicho, defendió la importante plaza de Orbitello. Pero este leal caballero rechazó cuantas propuestas le fueron hechas, y se resistió tenazmente a ponerse a la cabeza de los sublevados, manifestando que no sólo sus dolencias y su avanzada edad se lo impedían, sino también, sus creencias, su honra y sus juramentos.

Desahuciados los revoltosos por hombre de tanta importancia, se desconcertaron, y volvieron los ojos a don Francisco Torrado de Aragón, príncipe de Massa, maestre de

campo general, acreditado últimamente de perito y esforzado guerrero en las revueltas de Cataluña. Grandemente sorprendió a tan ilustre personaje la elección del pueblo sublevado, y trató de eludirla con noble entereza. Pero el cariño de su mujer, joven y hermosa, que cayó en poder de los alborotadores, custodiándola como rehenes de la decisión del marido, y las secretas persuasiones de los confidentes del virrey, temeroso de que cayese el supremo mando en otras manos menos fieles a la corona de España, le obligaron a aceptar, para evitar mayores males, la dirección suprema de una rebelión furibunda. No juzgamos, sin embargo, disculpada su aceptación, porque creemos que el que no participa de las ideas y proyectos de las turbas que capitanea tiene escasa fuerza para contenerlas y evitar males, y falta, con un especioso pretexto, a los deberes de la honra y de la conciencia. El príncipe Toraldo quiso tranquilizar la suya, y para conseguirlo exigió una declaración solemne de los jefes populares, que se extendió ante notario público y en toda forma, de que la sublevación no era de modo alguno contra los derechos de la soberanía real.

Púsose, pues, a la cabeza del amotinado pueblo, y nombró su teniente de maestre de campo general a Onofre Desio, entendido militar, fiel a la corona de España, y sujeto de altas conexiones en el Consejo colateral y muy bienquisto del virrey, y acreditó en aquella ocasión su extrema sagacidad, navegando sin tropiezo en aquel mar tan borrascoso y tan erizado de escollos y de bajíos.

Reconocido por todos los barrios de la ciudad sin la menor contradicción como capitán general del fidelísimo pueblo, don Francisco Toraldo montó a caballo con su teniente, y visitó todos los puntos militares, donde fue recibido con vivas aclamaciones. Al llegar al de la cartuja de San Martín, donde mandaba Andrea Polito, se sorprendió al ver que este hombre audaz había concebido el proyecto de minar el castillo de San Telmo, y que llevaba ya no sólo comenzada, sino muy adelantada su obra, dirigida con inteligencia suma hacia la cisterna de la fortaleza. Y conociendo el peligro en que estaba punto tan importante, elogió el proyecto para inspirar confianza y aprobó la ejecución; pero para retardarla manifestó que no debía apresurarse hasta que estuviesen hechos los preparativos necesarios para entrar con toda seguridad en el fuerte, de los que ofreció ocuparse sin demora. Y dio aviso secreto de la mina al castellano para que estuviera alerta, y al virrey para que mandara refuerzos.

Entre tanto, el duque de Arcos quiso tentar algún medio de concordia, y envió mensajeros al pueblo con una cédula de indulto y con nuevas ofertas de observar la capitulación. Pero todo en vano, pues no consiguió más que recoger nuevas pruebas de desconfianza y de desprecio, degradantes insultos a su autoridad y atroces maldiciones a su detestada persona.

Con más fruto trabajaba el cardenal arzobispo: recorriendo desde muy temprano la ciudad conoció el verdadero estado de los ánimos, y trató de sacar el partido posible. A pesar del aspecto terrible de la sublevación en el día anterior y de las positivas ventajas que había obtenido, no era tan unánime como parecía, ni tan compacta como se juzgaba, pues mientras las turbas de proletarios y la gente verdaderamente acalorada combatían con buen éxito, y combatían sin cesar y encarnizadamente, la parte del pueblo que tenía algo que perder: los mercaderes, los curiales, los propietarios, deseaban que no pasasen las cosas muy adelante, porque aquel estado de agitación y de guerra perjudicaba a sus

intereses, y en ellos buscó el sagaz prelado el apoyo de sus negociaciones. Logró, no sin trabajo, reunir en el convento de San Agustín una Junta compuesta de gente granada, con los electos de los sediles y muchos capitanes del pueblo. Y allí, reconocido como principio de la nueva conmoción la ocurrencia del presidente Cenamo, se decidió que se propusieran al virrey nuevos artículos adicionales a las capitulaciones. Y que en ellos se expresase terminantemente: que todos aquellos, y sus hijos, cuyas casas y efectos habían sido quemados por el pueblo, saliesen desterrados para siempre del reino; que los signatarios del certificado en favor de Cenamo salieran de él por diez años, y que el pueblo pudiera castigarlos, además, a su gusto; que se concediese el pleno indulto por los acontecimientos del día anterior; que no se persiguiera a los que habían asaltado la Aduana y apoderándose de las armas que en ella había; que se entregara al pueblo el castillo de San Telmo, y que se guarneciera el palacio con tropas Populares; con otras disposiciones aclaratorias, componiendo en todo cincuenta y ocho artículos. Y para que la negociación pudiera entablarse con facilidad, dispuso la Junta una suspensión de armas el tiempo que duraran las conferencias.

En señal de esta tregua pronto enarboló bandera blanca el torreón del Carmen, fortaleza de los sublevados, y lo mismo hizo Castelnovo, adonde se dirigió Filomarino con general aplauso. Pero los sublevados que ocupaban a Pizzo-Falcone, o no vieron la señal, o no quisieron sujetarse a ella, y atacaron el palacio con gran furia por la parte del jardín, ocupando las casas que lo dominaban. Apretado el general Tuttavilla, que tenía el mando de las tropas, pidió socorro al virrey; mas éste, perplejo e indeciso, como siempre, y temeroso de echar a perder la negociación pendiente rompiendo la tregua, nada resolvió. Cuando un caballero español, que estaba a su lado mientras se discutía vagamente en Consejo pleno, levantándose impaciente, dijo con rostro encendido y acalorado acento: «¿Qué se espera?... ¿Queremos acreditarnos de cobardes y morir como gallinas?...» Palabras que, como dice el historiador Santis, despertando al duque de su pesado letargo, le compelieron a dar la inesperada orden de que obrara la artillería de los castillos.

Los primeros tiros de Castelnovo bastaron para desalojar al pueblo de las inmediaciones del jardín. Y volviendo luego la puntería a las calles del puerto, empezaron a causar grave daño en las masas populares allí reunidas. Los jefes de éstas, para obligar a que cesase el fuego, discurrieron levantar de pronto y de cualquier modo un dosel con el retrato del rey Felipe IV. Y como una bala lo echase por tierra, empezaron todos a gritar como energúmenos que el duque y los españoles eran traidores y reos de muerte por tan grave desacato, delito de lesa majestad.

Empezó San Telmo también a jugar su artillería, con daño de los sublevados que se agolparon al puente de los Ángeles, en Pizzo-Falcone, adonde acudió confuso y turbado Francisco Toraldo. Derribaron las balas algunos edificios, aumentando la confusión. Pero sin amilanarse los amotinados, empezaron por desquite a disparar sus cañones desde la punta de Trebico contra Castelnovo, contra el castillo del Ovo y contra las galeras. Y éstas, acosadas además del fuego del torreón del Carmen, zarparon apresuradamente y fueron a fondear detrás de la isla de Nisida, en la Punta de Posilipo.

El cardenal Filomarino, que por estos imprevistos acontecimientos no pudo llegar a Castelnovo, adonde dijimos que, desde el convento de San Agustín, se dirigía, refugióse en casa de Cornelio Espínola, y desde allí envió al virrey cuatro diputados de los que

asistieron a la reunión, con los artículos en ella acordados y con ardientes ruegos de que no retardase la aprobación. El duque, reanimado con este mensaje, vio un rayo de esperanza, y volvió a enarbolar la bandera blanca, dando a todos los puestos orden terminante de dar fin a las hostilidades.

Andrea Polito, entre tanto, apretó el castillo de San Telmo y avanzó la mina, obligando al valiente gobernador Galiano a pedir instrucciones y socorros al virrey. Y como éste no le contestase, trató aquel leal y valeroso castellano no sólo de defenderse, sino de caer con toda su fuerza sobre el sitiador. Detuviéronle algunos personajes de alta categoría, que estaban allí refugiados, y más que todos, las señales de paz que vio enarboladas en Castelnovo.

Don Francisco Toraldo, por otra parte, de acuerdo con el virrey también trabajaba para restablecer la tregua. Y poco a poco iba consiguiendo poner en razón a las turbas y hacer cesar el fuego y las hostilidades. Y envió a su teniente Desio a avistarse con Polito, de quien era amigo, para hacerle desistir del empeño de la mina, con reservadas ofertas de dinero, de mercedes y de una mitra para un hijo fraile que tenía. Con lo que, amansado el patriota incorruptible, se dispó por entonces aquel peligro.

Cesó, por fin, en todos los puntos de la ciudad la pelea, lo que agradó mucho a cuantos la paz de buena fe deseaban. Pero el duque de Arcos no envió en todo el día la ratificación de los artículos propuestos, lo que volvió a encender los ánimos, culpándole todos, con voz unánime, de los desastres que apuraban a aquella infeliz ciudad.

No eran más venturosas las provincias del reino. En todas se había considerablemente desarrollado la anarquía. Y en Chieti y en Lanciano ocurrieron lastimosos desórdenes, y se regaron las calles con sangre. Y la ciudad de Capua, plaza sobre el Volturno, fronteriza al Estado romano, y hasta entonces tranquila, se tocó del contagio general, obligando a la guarnición, muy disminuida, a encerrarse en los cuarteles y a presenciar en inacción el desenfreno del populacho y los horrores de la sublevación. Estas noticias abatieron más y más al duque de Arcos y aumentaron su funesta perplejidad.

CAPITULO VI

Al amanecer del 29 de agosto, como nada hubiese aún resuelto el virrey, continuó el pueblo los aprestos de ataque, sin curarse de la tregua. Donde más preparativos hostiles se agolparon aquella noche fue en San Martín, porque la empresa favorita de los sublevados, y tenían razón, era el ataque de San Telmo. Y concurrieron a ella a la primera luz del día más de cincuenta mil hombres, armados y preparados para en cuanto volase la mina (que creían más adelantada, porque ignoraban la mudanza de Polito) arrojarse al asalto. El gobernador Galiano, conociendo el peligro en que estaba la fortaleza, aunque aquella noche había sido socorrido por el virrey, y aumentando el número de oficiales con sujetos de acreditado arrojo, hizo señales a Castelnovo. Y como no recibiese respuesta, hizo salir por una poterna, disfrazado, al alférez don Alonso de Céspedes, para que fuera a abocarse con el duque. Llegó aquél felizmente a Castelnovo, y encontró a éste muy apurado porque los sublevados habían levantado aquella noche una trincheras en la

calle del Olmo y colocado en ella dos gruesas piezas de artillería, que podían destrozar la puerta de Castelnovo y derribar la cortina, aumentando el peligro el haber tomado el mando de aquel puesto Octavio Marchese, inteligentísimo artillero.

Reclamó entonces el duque contra aquella infracción del armisticio, y le fue contestado que la obra estaba hecha desde el día anterior. Pero no satisfecho y alarmado con las noticias que le trajo Céspedes, avisó secretamente de todo a don Francisco Toraldo y al arzobispo para que pusiesen remedio. Y quejóse públicamente a los diputados que habían venido al Tratado y pasado allí la noche de esta falta de buena fe.

El capitán general del pueblo montó inmediatamente a caballo para acudir al mayor riesgo. Fue a la cartuja de San Martín. Allí consiguió, ayudándole con maña y sagacidad el mismo Andrea Polito, calmar el ardor de la muchedumbre.

Con argumentos tomados de la ciencia militar, logró persuadirles que tanta gente y tanta confusión no servían más que para hacer imposible la empresa. Y dispuso que se retirase de allí aquel inútil y embarazoso gentío, quedando sólo: las tropas armadas, que dijo bastaban. Dióles por jefe la persona que le pareció, más a propósito para tranquilizar los ánimos, y nombró compañero de Polito, para proseguir la mina, a un ingeniero llamado Avellone, amigo de Desio, y con instrucciones reservadas para detener la operación. También cambió la guarnición del monasterio, so pretexto de que debían de volver a sus casas a descansar los pelotones que hacía tres días estaban allí padeciendo grande escasez de agua. Y cuidó de introducir otros de gente menos alborotada, con cabos más maleables. Lo mismo hizo con los demás puestos populares, recorriéndolos todos con muestras ardientes de celo por la sublevación, pero realmente para debilitarla.

Manifestóle su teniente Desio que, mientras concurriesen sólo a las armas la gente perdida y las turbas proletarias, era imposible ningún razonable concierto, y que convenía obligar a tomarlas y a concurrir a los puestos a los ciudadanos acomodados, mercaderes, curiales, etc., para tener en ellos, interesados en la pública tranquilidad y en el fin de aquellos trastornos, un apoyo y una prenda de orden. Conoció Toraldo lo sagaz y oportuno de la idea, y publicó un bando llamando a las armas a todos los habitantes de la ciudad para que entre todos se repartieran las fatigas y las glorias. Disposición que agradó mucho al populacho, no conociendo que contra él estaba precisamente dictada.

El cardenal Filomarino, por otro lado, conferenciaba con unos, hablaba con otros y reunía otra vez en San Agustín las personas más influyentes. Y como todos se quejaban de que hacía ya veinticuatro horas que el virrey tenía en el castillo los emisarios que habían ido a tratar la nueva avenencia, sin que nada resolviera, le escribió y envió varios mensajeros, que no consiguieron, por cierto, activar la negociación.

Entre tanto, los diputados negociadores quisieron con disimulo conquistar a Julio Genovino, que estaba refugiado en Castelnovo, y trataron de abocarse con él. Bien que efectivamente creyesen necesarias aún a la sublevación la sagacidad y experiencia de aquel viejo, bien que quisieran haberlo a la mano para ejecutar en él su venganza. Pero Genovino, como zorro experimentado, eludió toda entrevista, y contestó a las propuestas que con gran reserva le hicieron que no se fiaría jamás de la inestabilidad de un pueblo ingrato que había desconocido sus servicios. Pocos días después, el virrey lo embarcó

para Cerdeña; de allí quiso ir a Madrid, y de arribada en Mahón, murió abrumado de años y de traiciones.

Aquella mañana, aprovechándose de la tregua, que, aunque tan mal observada existía, salieron de Castelnuovo el prior de la Roccella, el gran cruz Juan Bautista Caracciolo y el duque de San Pedro, muy desabridos con el virrey, que los trataba con poco miramiento. Pero cuando creían, no habiendo con ellos odio particular, que los dejarían tranquilos en sus casas, el populacho dio sobre ellos, queriéndolos hacer pedazos, y los llevó ante don Francisco Toraldo para que los mandase ahorcar. Horrorizado éste, trató de convencer a la turba de que aquellos caballeros eran habitantes pacíficos, y no criminales, y que, aun cuando lo fueran, la tregua los amparaba. Pero se armó tal gritería y se desmandaron tanto aquellos furiosos, llamándolos espías y traidores, que corrieron gran riesgo, y sólo los salvaron las lágrimas y los ruegos de la hermosa princesa de Massa, logrando que se los entregasen a ella en calidad de presos, ofreciéndose a ser su carcelera.

No fue tan dichoso don Juan de Sanfelice, padre del que afortunadamente pudo libertarse de la muerte que provocó su imprudencia. Estaba este buen anciano en una iglesia extramuros, fue reconocido y trató de esconderse en un corral inmediato. Las mujeres de la casa creyeron que era un ratero, y la emprendieron con él a pedradas. Díjoles en mal hora su nombre, ofreciendo regalarlas largamente si lo ocultaban y le salvaban la vida. Y ellas, enfurecidas, lo asaltaron con los utensilios caseros y lo amarraron hasta la llegada de los maridos, a quienes lo, entregaron ufanas de su ferocidad. En poder de los hombres fue conducido, apurando insultos y golpes, a presencia de Toraldo, que, por más esfuerzos que hizo, no logró sacarlo de manos de la canalla, pues, llevándose ésta, viendo que nada conseguía del capitán general, a la plaza del Mercado, le cortaron la cabeza, arrastrando el tronco por las calles, abandonándolo, por último, en un muladar.

Se hallaba la ciudad de Nápoles en una situación sin nombre. Existía una tregua y no se peleaba, es verdad; pero no cesaban las otras hostilidades, pues seguían con actividad suma en todas partes las obras de ataque y de defensa. Y mientras el virrey nada resolvía, y los diputados del pueblo permanecían en Castelnuovo, y la reunión del convento de San Agustín no se disolvía, el pueblo se entregaba, desenfrenado, a particulares venganzas y a saquear e incendiar los palacios de los nobles y de los altos funcionarios refugiados en los castillos. Continuaba también la mina de San Telmo, pero dirigida según las buenas intenciones de Toraldo. De lo que, ignorante el valiente Galiano, y advirtiendo que le andaban ya en los cimientos de la fortaleza, se dispuso a practicar la contramina y a preparar tantos medios, de defensa, que, notándolo la gente del pueblo, empezó a gritar, reclamando la observancia de la tregua. Contestóle vigorosamente el castellano que él obraba según obraban sus enemigos. Y avisó de todo, pidiéndole instrucciones, al virrey, que nada le contestó.

Fue víctima de aquel estado de anarquía el desdichado presidente Cenamo. Estaba oculto desde que, huyendo del motín, se retiró, como dejamos referido, del tribunal en una casa de Pizzo-Falcone, donde, no encontrándose ya seguro, trató de salir para buscar en la playa de Santa Lucía una barca que lo condujera a Sorrento, donde estaba su familia. Metióse en una silla de manos, con las cortinillas echadas, y por mayor precaución se cubrió el rostro con un pañuelo. Pero de poco le valió: al llegar a Santa Lucía fue reconocido y detenido por un pelotón de pueblo, que lo quiso matar. Ayudado de algunos

amigos y valedores y del favor de Onofre Caffiero, influyentísimo en aquel barrio, logró hallar asilo en una casa, adonde pronto vino a buscarle una turba de asesinos. Noticioso de ello el virrey, mandó salir algunos soldados de palacio, que nada consiguieron, pues se apoderó, al cabo, el feroz populacho del desventurado presidente, y dilatándole una terrible agonía entre los más groseros insultos y los más dolorosos golpes, le cortaron la cabeza en el Mercado, arrastrando y mutilando el cuerpo, que, abandonado luego bajo el puente de la Magdalena, sirvió de pasto a los perros y a las aves de rapiña.

Después de tantas consultas y dilaciones, manifestó, por fin, el duque de Arcos a los diputados del pueblo que no podía convenir con el artículo en que se pedía la entrega del castillo de San Telmo, por las razones expuestas cuando otra vez se hizo la misma petición, ni acceder al otro en que se pretendía desalojar a los españoles de la guardia del palacio, porque sería esto un desaire para las tropas del rey. Salieron de Castelnovo los diputados con esta repulsa, que, divulgada por el populacho, le hizo prorrumper en furibundos alaridos de guerra y correr a las armas, dando la tregua por terminada. Pero el activo cardenal arzobispo, los hombres que deseaban la paz y los jefes populares que se avenían a la razón, y que estaban verdaderamente subordinados al general Toraldo, calmaron aquella efervescencia y se reunieron de nuevo en San Agustín. La idea de si el apoderarse del castillo de San Telmo era o no acto de rebelión se discutió muy detenidamente.

Y se hizo una consulta de letrados para dilucidarla, opinando éstos que sí, como igualmente que el virrey no tenía dominio sobre los castellanos, porque la autoridad de éstos procede directamente de la corona, con lo que casi todos los concurrentes se pusieron de acuerdo. Pero como no faltaban en la Junta algunos díscolos, interesados en que continuara el desorden, y empujados tal vez por los agentes extranjeros, no se convinieron con la decisión, persistiendo, furiosos, en que se rompiese la negociación y se obtuviese por la vía de las armas lo que se deseaba. Acaloróse el altercado entre unos y otros, ayudado de la gritería de la turba, que hervía en las calles circunvecinas. Cuando uno de los presentes, que era letrado, clamó en alta voz: «Señores, ¿queremos o no ser vasallos del rey de España? Si lo queremos, mostrémoslo con las obras y hagamos una honrosa sumisión; si no, rompamos el juramento de fidelidad y aventurémoslo todo en una guerra de rebeldes.»

Pasmó a todos los reunidos la cuestión planteada en términos tan explícitos, y Mateo Jovele, mercader de sedas, levantándose y dominando la asamblea toda con una voz de trueno, contestó: «Sí, señor; queremos ser vasallos del rey de España; pero queremos ser bien gobernados.» Aplaudieron todos la respuesta, y aprovechando el momento, Desio, el teniente de Toraldo, dijo: «Pues si somos y queremos ser vasallos del rey de España, sometámonos al virrey, que lo representa, y aseguremos el buen gobierno con la capitulación, cumpliéndola todos de buena fe.» Convino la Junta, siguió la discusión tranquila y sosegada y se determinó en ella desistir de la exigencia de San Telmo y de la guardia del palacio y rogar al virrey de nuevo la aceptación de los otros artículos.

Fueron a Castelnovo con noticias de lo ocurrido dos diputados: el hijo de Polito, que debía ser obispo, y el clériguín Fatturoso, de quien ya hemos hecho mención en esta historia. Y Desio y Marchesse montaron a caballo y recorrieron la ciudad con pañuelos blancos en los bastones, gritando paz. Pero al llegar al puesto de Pizzo-Falcone, donde

estaba la gente más alborotadora, fue tal el disgusto por tan grata nueva, que, apoderándose aquellos furiosos de Desio, porque tropezó su caballo y no pudo huir, como lo verificó Marchesse, llamándole traidor y engañador del fidelísimo pueblo, se dispusieron a ahorcarlo. Ya estaban preparados el confesor y el verdugo cuando llegaron oportunamente el príncipe de Celamare y el marqués de Oliveto, señores muy queridos en Nápoles, y los plebeyos Onofre, Rosmundo, Genovino Ottone y Pedro Cano y le salvaron la vida, gritando a los que lo iban a matar: «Que la paz estaba ya ajustada, y que si ellos querían otra cosa, se fuesen a sus casas, porque toda la ciudad estaba de acuerdo para que no hubiera más guerra.»

También la noticia de la paz llegó a San Telmo justamente en el momento en que, escamado del bullicio y movimiento general, se preparaba Galiano a poner en juego su artillería. El electo Arpayá fue el que le llevó la nueva, arbolando un ramo de olivo para que le dejasen penetrar los puestos y los rastrillos.

CAPITULO VII

Mucho contentó al duque de Arcos el que el pueblo desistiera de su empeño de apoderarse de San Telmo. Y para asegurar tan favorable resolución exigió del príncipe Toraldo que se hiciera acto público, en que se extendiera en debida forma el desistimiento de aquella petición, con pena determinada para el que la reprodujese. El capitán general del pueblo, por complacer al virrey, convocó inmediatamente otra reunión en San Agustín, en donde se extendió el instrumento con las formalidades de estilo, firmado por el electo del pueblo, y condenando a la pena de los rebeldes al que volviese a hablar de apoderarse del castillo. Y publicóse en seguida a son de trompeta por toda la ciudad.

Pero, entre tanto, un pelotón de pueblo había concluido una trinchera en la calle de San Bartolomé contra la puerta principal de Castelnovo y otras obras importantes de ataque contra el palacio en la calle de Toledo y en la bajada de Pizzo-Falcone. Lamentóse amargamente de esto con los diputados el duque de Arcos, manifestándoles que, faltando así a la tregua, era imposible toda negociación, y que cuando era él el primero en solicitar la paz, hostilizar con tanto descaro el castillo manifestaba poquísimo deseo de avenencia. Convencidos los diputados, salieron a hablar con los jefes de aquellos puestos para hacerles entrar en razón. Y como respondieran que hacían aquellos preparativos porque los españoles no cesaban de hacer los suyos y que aquella misma noche habían hecho reparos y cortaduras en el jardín de palacio y aumentado su guarnición, dispuso el virrey, para que se desengañaran de que era falso cuanto decían, que entraran dos de ellos a reconocer el puesto. Hiciéronlo así, y viendo que todo estaba como ocho días antes, se sosegaron. Toraldo, de acuerdo con el virrey, aprovechó la coyuntura y logró persuadir a todos que, pues se iba a firmar la paz y que los españoles, seguros de ella, no aumentaban sus reparos, eran ya inútiles aquellas obras; que las zanjas, espaldones y empalizadas tenían la ciudad intransitable, con grave perjuicio del vecindario, y que lo mejor era destruirlos y allanarlos. Mucho dolía al pueblo el hacerlo así; pero viendo que los españoles empezaron a derribar sus obras de defensa, que, sin duda, cuidarían de hacerlo con las que eran inútiles o de pronta reparación, y persuadidos de que era preciso dejar

expeditas las calles para las fiestas con que debia celebrarse la paz, destruyó en un momento la obra de tantos días, desconociendo, incauto, toda su importancia.

También consiguió el virrey, por medio de Toraldo, del electo Arpaya, que viendo el giro que tomaban ya los negocios, trató de ponerse en buen lugar, y de muchos de los capitanes del pueblo, que deseaban la paz de buena fe, el que se desistiera del capítulo en que se pedía que el general y jefes de la armada y de las galeras fuesen napolitanos, pues no sólo renunció la reunión de San Agustín a esta exigencia, sino que estableció pena de la vida para el que de nuevo la provocase, y para todo aquel que opusiera obstáculos a la completa paz, que con tanto anhelo se deseaba. Y el mismo Arpaya mandó, pocas horas después, arcabucear en la Vicaría a un hombre del pueblo que había perorado acaloradamente en un corrillo en favor de la guerra.

Pero, aun conseguidas tantas ventajas, el perplejo duque dilató algunos días la conclusión de la avenencia, esperando tal vez los socorros que por todos los conductos imaginables había pedido a Madrid, y que ya, ciertamente, tardaban. La dilación en terminar un negocio con tanta facilidad allanado en ventaja del Gobierno no dejó de producir graves inconvenientes. Pues conservó la ciudad en un estado anómalo, en que, si bien no se tiró un tiro de una ni de otra parte, ni se hizo obra ninguna de ataque y defensa, la mutua desconfianza tenía siempre las armas en la mano; y el pueblo, poco disciplinado, hallándose mal, ocioso y armado, se dio a saquear e incendiar los palacios y efectos de los nobles y de los pudientes que estaban o en las provincias o refugiados aún en Castelnovo. El general don Francisco Toraldo trataba en vano de impedir estos desórdenes y de atajar las venganzas particulares; pero su autoridad era tan escasa, como lo es siempre la que tiene por origen la elección de un pueblo amotinado. Por fortuna, no se pensó más en el prior de la Roccella ni en los otros caballeros custodiados en su casa, y de que era carcelera su hermosísima y gallarda mujer, pues se retiraron a donde quisieron en plena libertad, y aun entre los aplausos de los mismos que pocos días antes querían beber su sangre. Así pasan los odios populares, tan terribles en el primer momento.

Las provincias del reino, siguiendo los movimientos de la capital, habían sido teatro de grandes desórdenes, y nuevas revueltas y nuevos asesinatos tenían la tierra toda en combustión. Y las noticias de tan tristes acontecimientos aumentaban la inquietud de la ciudad, que iba escaseando de víveres, y cada día se veía más aislado el Gobierno legítimo y con más obstáculos que superar para su completo restablecimiento.

El día 5 de septiembre se adhirió, por fin, el virrey a la nueva capitulación. Y puestos todos de acuerdo, con gran satisfacción de la mayoría de los habitantes de Nápoles, que deseaban el término de tantas angustias, se dispuso su solemne publicación y juramento en la catedral.

Empezaron los preparativos necesarios para dar el correspondiente aparato a aquella solemnidad. Pero recibió el virrey varios avisos de que los díscolos y bulliciosos, bien que en pequeño número, audaces sobre manera, acalorados por emisarios extranjeros, conspiraban secretamente para llevar a cabo el plan frustrado el día de la Virgen de Agosto. Y muchos clérigos y religiosos le dijeron con gran reserva que sabían por el confesonario que se tramaba contra su vida: noticias todas que lo dejaron confuso y sin

saber qué partido tomar. Consultólo con varias personas, que creyendo de muy mal efecto el que manifestara desconfianza y que también podían ser exagerados los avisos, fueron de parecer de que debía ir el duque a la catedral, tomando de antemano todas las precauciones que aconsejaba la prudencia. Pero el bizarro Vargas Machuca, gobernador de Castelnovo, dijo con calor que su opinión era que de ningún modo debía la suprema autoridad ponerse en manos de los facinerosos; que nada importaba que la generalidad del pueblo estuviese de buena fe si una docena de revoltosos podían a su gusto inflamarla y empujarla a los más horrendos atentados, y que una vez apoderados del virrey, cuya persona representaba la del soberano, era de temer un desacato a la majestad real y que el motín tomase descaradamente el carácter de rebelión. Las palabras de este pundonoroso, entendido y experimentado militar hicieron el debido efecto, y desistió el duque, en lo que no hizo un gran sacrificio, de salir de su guarida para asistir a la ceremonia.

Resuelto así, envió el virrey a llamar a los jefes populares de su devoción, y les habló del modo más conveniente para que estuvieran alerta y a punto las masas populares de que disponían. Y luego llamó a los otros menos deseosos de paz y del restablecimiento de la tranquilidad, y con palabras magníficas, halagándolos primero, acabó por manifestarles que, habiéndose introducido entre el pueblo muchos facinerosos y algunos emisarios de los enemigos del rey, capaces, para imposibilitar todo ajuste, de arrojar a cualquier crimen que mancharía la reputación del pueblo napolitano y desvirtuarla la justa causa de sus esfuerzos, había resuelto, para evitar todo compromiso, jurar la capitulación en la capilla del castillo, siendo para la validez del acto enteramente diferente que la ceremonia se verificase en uno u otro santuario. Si estas palabras del virrey desconcertaron a alguno de los ocurrentes, cuidó de disimularlo. La mayoría las creyó sinceras, y muchos muy fundadas; y como fueron repetidas a las turbas, no hicieron el mal efecto que era de presumir.

El día 6, por la tarde, sin haber de antemano manifestado tal intento, salió el virrey imprevistamente a caballo, rodeado de oficiales de guerra, y paseó algunas Calles de la ciudad, con precaución, sí, pero sin temor, seguro de que, ignorándose que iba a dar aquel paseo, no podía estar urdida trama alguna contra su persona. Esta aparente muestra de confianza acabó de asegurar los ánimos de los que deseaban la paz y no tomaban parte en las secretas conspiraciones. Por lo que no dejó de oír algunos «vivas» y aplausos el duque antes de regresar al castillo, como lo verificó al anochecer.

Al día siguiente, por la mañana, concurrieron a Castelnovo, a caballo y en solemne procesión, el electo Arpaya, el capitán general don Francisco Toraldo, muy mortificado de la gota; los maestros de campo, los jefes populares Desio, Polito y Marchesse, y detrás de todos, en una carroza de gala con lucido séquito, el cardenal Filomarino, seguido de numeroso pueblo.

Dejaron todos los caballos para poder pasar el puente levadizo, y las armas, para atravesar los rastrillos, cosa que mortificó muchísimo a los populares, y más aún al ver toda la guarnición formada, grandes retenes en las plazas de armas y preparadas y a punto las baterías.

En la capilla de Santa Bárbara, ocupando cada cual su puesto correspondiente, y dejando entrar alguna gente del pueblo, se leyeron los cincuenta y ocho artículos de la nueva

capitulación adicional, y se juró en debida forma por unos y otros su cumplimiento. Terminado este importante acto, se cantó un solemne tedéum. Y en seguida tomó la palabra el virrey, y arengó con destreza y sagacidad a los concurrentes, elogiando al pueblo; pero condoliéndose de los excesos inevitables que habían tenido entrada en aquellos días de confusión. Insistió en que el alzamiento había sido razonable y promovido con motivos muy justos; pero afeó el que la primera capitulación hubiese sido infringida; trató de inculcar la idea de que emisarios extranjeros de los enemigos del rey eran los que agriaban los ánimos y abusaban del candor de los napolitanos, y concluyó manifestando el estado de penuria en que se hallaba el Tesoro y la necesidad de que la ciudad hiciera un nuevo generoso esfuerzo y un extraordinario servicio no ya al rey, sino a sí misma.

Pues no se trataba, en realidad, de enviar socorros a España, sino de procurarlos a los mismos habitantes de Nápoles, donde las circunstancias habían aumentado tanto la miseria, que faltaba subsistencia para todos y no se podía atender a la manutención de las tropas y a las necesidades urgentísimas de la Marina. A esta arenga, que fue muy bien escuchada y recibida, contestó el teniente Desio, poniéndose en pie y proponiendo con desenfado que, en virtud de que estaban completamente abolidas las gabelas para no aparecer más y siendo indispensable atender a los gastos del servicio público, se diese a su majestad una voluntaria contribución de quince carlinos (22 reales de vellón) por cada hogar. La aprobación fue unánime. Los vivas asordaron el aire y se creyó terminada de veras la sublevación.

CAPITULO VIII

Publicado solemnemente el juramento de las nuevas capitulaciones, quedó por algunos días en reposo la ciudad de Nápoles, pero no en completa tranquilidad. El poder de la autoridad legítima no se restableció cual se esperaba, y para lo que no le faltaban apoyos; y el pueblo, armado y obediente siempre a los jefes de la sublevación, estaba pronto a volver a la pugna y a renovar los desórdenes, con pretexto o sin él, según se les antojase a los que de hecho lo gobernaban. La mayoría de los habitantes de la ciudad deseaba ardientemente que no se interrumpiera el sosiego, conociendo que éste es el primer bien, la necesidad primera de la sociedad. Pero la minoría, que nada tenía que perder y sí mucho que ganar en el desorden, quería nuevo movimiento. Y, como acontece que siempre dominan todas las situaciones los pocos que se mueven, y no los muchos que se están quietos, pronto empezaron otra vez a conmoverse los ánimos y a presentarse síntomas de alarma y presagios de nuevos desconciertos. Aparecieron en las esquinas pasquines y carteles acusando a los españoles y a los nobles de planes de reacción y de venganza. Y corrieron por los corrillos de la gente baldía, que nunca falta en los puestos públicos de las grandes capitales, noticias alarmadoras y especies absurdas, pero de seguro efecto. Por lo que el electo del pueblo publicó el 11 de septiembre un bando, con pena capital para los autores de pasquines y para los noveleros, ofreciendo dos mil ducados de gratificación a los que los delatasen. Confirmó el virrey esta disposición, y mandó, además, sabiendo que la ciudad hervía en emisarios extranjeros, que en el término de tres días saliesen de ella los franceses, piamonteses, saboyanos y sicilianos que no contaran dos años de domicilio. Revalidó los privilegios de los tejedores de seda,

con lo que disgustó grandemente a los mercaderes, renovándose el litigio entre unos y otros. Arregló el precio de los víveres, y trató, esperando ya de un momento a otro la Armada española, de abastecer de vituallas y municiones los castillos y de recomponer y aumentar con disimulo los reparos y obras de defensa. Y como cayeran en sus manos varias cartas en cifra de algunos jefes populares al marqués de Fontenay, embajador de Francia en Roma, pintándole el momento favorable para, con poca fuerza, apoderarse del reino, renovó la vigilancia y el cuidado, temiendo a cada instante verse atacado por los franceses.

El día 12 recibió aviso el virrey, por una falúa que llegó en pocas horas de Cerdeña, de estar allí detenida por los contrarios vientos la Armada española, al mando del hijo natural del rey. Y esta circunstancia desagradó mucho al duque y le agrió el contento de ver tan próximo el suspirado socorro. Tratóse en su Consejo íntimo de mantener secreta la noticia; pero el día 18 empezó a transpirar y a producir diferentes efectos por la población. La mayoría de ella celebró la venida de aquellas fuerzas, que debían restablecer un orden duradero en el país; pero los alborotadores de profesión y los jefes populares que no querían volver a las tareas de su condición privada y que se saboreaban con el mando compelieron al general Toraldo a avistarse con el duque y a proponerle que mandara detener aquellas fuerzas navales en Gaeta para evitar mayores daños. Excusóse el virrey con decir que, viniendo directamente de España y a las órdenes de un príncipe real, no podía darles orden alguna. Respuesta que dejó muy poco satisfecho al populacho conmovido, pues empezó descaradamente a aprestarse a la resistencia, proveyendo largamente de armas, víveres y municiones la torre de San Lorenzo, el torreón del Carmen y otros puntos fortificados.

Dispuso el duque de Arcos, ya con más ánimo, fundado en las esperanzas de inmediato socorro, que se fortificasen unos edificios que estaban entre Castelnovo y el arsenal, y que en los pasados días había ocupado el pueblo, interrumpiendo la comunicación de aquellos puntos importantes. Empezóse la obra el 22 de septiembre, y alarmado el populacho, manifestó desde luego su disgusto. Iban creciendo los grupos de descontentos y empezando a manifestarse clara alteración cuando la noticia de haber sido preso Pione, el compañero de Masanielo, y jefe de una de las bandas de muchachos que, como dejamos dicho, dieron principio a la sublevación, y uno de los que mayores atrocidades habían cometido durante ella, vino a dar un pretexto plausible para el ya preparado rompimiento. Montaron en cólera las desharrapadas turbas y quisieron matar a uno de los jefes populares, llamado Milone, ya mal visto por partidario de la paz y que había tenido en su casa a aquel revoltoso y atrevido mancebo. Fueron, pues, a asaltar su vivienda, jurando matarlo, y matar en seguida al virrey y a todos los españoles.

El rumor del motín y la noticia de su objeto llegaron a un mismo tiempo al duque de Arcos, que recurrió al electo del pueblo para que tratara de conjurar la tempestad, que acaso en aquella ocasión hubiera podido un cañonazo ahuyentar para siempre. Acudió también a Desio, que, en unión con Arpaya, calmó el alboroto. Pero ¿cómo?... Mandando, con beneplácito del virrey, suspender inmediatamente las obras de fortificación comenzadas y presentando en la plaza y en plena libertad al preso, con una reverente excusa de la autoridad suprema, asegurando a la pillería que la prisión de Pione se había hecho sin su conocimiento y haciendo castigar a los que la habían verificado.

Con tan enérgicas y dignas disposiciones quedó el motín contento y servido, y se deshizo la alterada reunión de aquellos pocos alborotadores. ¡Y tenía el virrey a pocas millas una Armada mandada por un príncipe español, y tenía tropas leales indignadas de tanta condescendencia, y tenía de su parte la mayoría de una ciudad fatigada de desórdenes y de confusión!

Al siguiente día volvió a alterarse, con disgusto de todos, la pública tranquilidad, por dos capuchinos que predicando, como solían, en la plaza del Mercado conmovieron el populacho. Pero como el movimiento no encontró eco en otros barrios, se deshizo pronto por sí mismo. Y los predicadores, y nuevamente el mancebo Pione, y un cuñado de Masanielo fueron aquella noche arrestados y conducidos con sigilo a Castelnovo, de donde no volvieron a salir.

En todos estos alborotos tomaba parte, más o menos, según se lo aconsejaba su sagacidad, José Palumbo, que nunca quiso figurar en primer término, contentándose con el mando de un barrio y con ejercer una secundaria influencia. El que desde la muerte de Masanielo ambicionaba ardientemente sucederle, y ser cabeza suprema de la sublevación, era el maestro arcabucero Jenaro Anese. Pero, aun, que contaba con muchos partidarios, no había podido conseguirlo, y se sujetó de malísima gana al general Toraldo y a su teniente Desio, conservando, empero, con casi absoluto dominio, el mando del torreón del Carmen, ciudadela del populacho, y el gobierno del barrio de Lavinaro, foco permanente de alborotos. Este hombre, aunque cobarde audacísimo, era el que con más calor se oponía a todo avenimiento, sembrando las noticias más alarmadoras y las especies más a propósito para desacreditar a Toraldo, a Desio y a los jefes populares que propendían a la paz y al orden. Y espiando continuamente las ocasiones de alborotar, la encontró muy oportuna el día 30 de septiembre.

Habíase ya negado a dejar trasladar la exorbitante cantidad de pólvora (que, con peligro del fuerte y de los barrios circunvecinos, estaba depositada en el torreón del Carmen), a los almacenes y castillos. Y como aquella mañana, por disposición del capitán general del pueblo y del electo Arpaya, se condujese una gran cantidad de ella a San Telmo, Anese levantó el barrio de Lavinaro, y con la gente más perdida de él atacó la recua que conducía la pólvora, y, dispersando la escolta, se la trajo a su torreón. La noticia de este atentado, que conmovió algún tanto la ciudad, llegó al convento de San Agustín, donde Toraldo, su teniente Desio, el electo Arpaya y otros jefes populares estaban en conferencia. Y Desio, con el rostro encendido y ademán violento, dijo a Toraldo: «¿A qué juego jugamos?... ¿De qué sirve que los hombres de bien estemos aquí trabajando para asegurar la paz si otros la rompen y atropellan con tanto descaro? Tales atentados merecen pronto escarmiento.» Don Francisco Toraldo, conociendo lo nulo de su posición, se encogió de hombros, y respondió: «El señor electo, que tiene más autoridad que yo, puede tomar las disposiciones que juzgue más oportunas.» Con lo que Arpaya, enardecido y sin reflexionar lo que decía, ni delante de quién hablaba, se levantó, exclamando: «Hagamos matar a ese tunante. Yo, por mí, daré doscientos ducados al que nos haga tal servicio.» Y salió apresurado y resuelto, como para evitar las consecuencias que podía tener aquel grave incidente.

En el mismo momento llegó por distinto lado a San Agustín Jenaro Anese, y al verlo Panarella, jefe del barrio de la Congeria, animado por las palabras del electo y por el

espíritu que reinaba en la Junta, se arrojó a él con un puñal enarbolado. Interpusiéronse algunos frailes, que evitaron el golpe, y fue tal el susto de Annese, que, buyendo despavorido, se ocultó en el coro, detrás del órgano, y a poco rato, saliendo por un postigo secreto, se fue al barrio del Lavinaro a pedir cumplida venganza. Corrió pronto la noticia de este suceso, y conociendo el electo que podía encontrar graves peligros en la plaza del Mercado, adonde se encaminaba, mudó de rumbo y se fue al barrio de Santa Lucía, que estaba a su devoción. Panarella, despechado de no haber asegurado el golpe, fue en su busca y le ofreció poner inmediatamente sobre las armas todo el distrito de la Congeria y atacar al del Lavinaro, como hospedaje y asilo de la pillería que alteraba continuamente el reposo de la ciudad y que imposibilitaba toda medida de orden. Desio, que estaba presente, lo aprobó, y marchó a levantar también con el mismo objeto los barrios altos.

Tocóse alarma, resonaron las campanas a rebato, conmovióse la capital toda y se puso en defensa el Lavinaro, con Annese a la cabeza, ayudado de los barrios del Carmen y de la Marina, que hicieron causa común; mientras que el de la Congeria, con su jefe, Panarella, y seguido del de las Vírgenes, San Juan y Puerta Capana, se preparaban al ataque con resolución. Prontos, pues, estaban a combatir y a destruirse entre sí los sublevados, dividida en bandos la ciudad, y decidido el que capitaneaban Panarella y Desio, que era el más granado y numeroso, a pasar a cuchillo a la pillería y a destruir con fuego los barrios en que habitaba. Reinando tan ciego furor y tan enardecido encono entre ambas facciones, como si no fueran las mismas que pocos días antes formaban un solo cuerpo, peleando por la misma causa y perpetrando crímenes tan horrendos.

Sabedor el duque de Arcos de lo que ocurría en la ciudad, creyó, gozoso, llegado el momento de su seguro triunfo. Y para caer oportunamente sobre el pueblo así dividido, asegurando una completa venganza, mandó poner a punto la artillería de los castillos y preparar las guarniciones para hacer una repentina salida en la ocasión conveniente. Los barrios de la ciudad que no quisieron tomar parte en aquella lucha fratricida permanecieron tranquilos, aunque aprestando las armas para defensa propia y para declararse a tiempo por el partido vencedor.

Iba la ciudad a inundarse de sangre. Ambas fracciones del pueblo napolitano marchaban ya a embestirse para empezar una lucha de exterminio cuando el príncipe de Massa, don Francisco Toraldo, guiado por los impulsos de su corazón benéfico y generoso, y sin más objeto que el de impedir los desastres del momento, corrió a probar fortuna y a meterse entre los opuestos y encarnizados bandos para exhortarlos a la paz. Llegó a caballo al sitio en que casi comenzaba la pelea, y tuvo tan buena suerte, habló con tanta oportunidad y se sirvió de tan buenos ayudadores, que logró muy pronto ser escuchado y consiguió en pocos minutos conjurar y deshacer completamente aquella borrasca. Y llamando ante sí a Annese y a Panarella, los obligó a hacer las paces, abrazándose en presencia de todos, y a que mandaran retirarse en sosiego y dejar las armas a las encontradas turbas que capitaneaban.

Desconcertó al virrey este imprevisto desenlace de aquel drama, que tan sangriento y espantoso había aparecido. Y él y otros muchos hombres de Estado juzgaron que Toraldo había cometido una gravísima falta, ora mirase por los intereses de lo corona a quien decía servir, ora por los del pueblo sublevado a cuya cabeza e hallaba. Pues vencida la

gentuza alborotadora del Lavinaro, como lo iba a ser sin remedio, se hubieran evitado los desórdenes y matanzas que sobrevinieron; y la ciudad de Nápoles, libre de la levadura de discordias y sin continuar en aquel estado horrendo de anarquía, hubiera conseguido el objeto de quedar desahogada de impuestos arbitrarios y regida de la manera más conveniente a sus verdaderos intereses. Y el mismo Toraldo, obrando por el instinto de hombre de bien, empeoró muchísimo su difícil posición, pues se atrajo el odio de los españoles y de los napolitanos que deseaban acabar con los motines, sin ganar ni el afecto ni la confianza de los alborotadores.

CAPITULO IX

Al día siguiente, 1 de octubre de 1647, avisó al amanecer el castillo de San Telmo que una gruesa Armada se descubría en el horizonte. No faltó quien temiese y quien esperase que fuera de franceses, y aun el mismo virrey estuvo dudoso. Pero muy pronto la bandera real enarbolada en el vigía aseguró a todos que era española la que ya entraba en el golfo de Nápoles, con viento favorable y con mar bonancible. Cundió rápidamente la nueva por la ciudad, causando efectos diversos y despertando temores y esperanzas.

Cubriéronse de curioso gentío las playas, marinas, muelles y azoteas para ver llegar aquellos bajeles, cuyo arribo debía producir tan importantes resultados. Una salva general de todos los castillos Y fuertes, incluso del torreón del Carmen, saludó la insignia real, que tremolaba en la alta popa de la capitana. Y a media tarde fondearon majestuosamente enfrente de la Marinela, bajo el cañón de Castelnovo, veintidós hermosas galeras, doce gruesas naves y otros catorce barcos menores.

Don Juan de Austria, hijo natural de Felipe IV, joven de dieciocho años de edad, de gallarda presencia, benigno carácter y capacidad precoz, era el general de aquellas fuerzas. Traía por director y consejero (bien que se había quedado atrás por los malos tiempos y para recoger algunos bajeles que venían de Génova) al valiente caballero y experimentado marino don Carlos Doria, duque de Tursi, nieto del célebre Andrea y padre de Gianetino, que mandaba las galeras napolitanas. Venían, además, con su alteza el duque de Gandía y el barón de Batteville, como consejeros, y un tal Gaspar Leguía, como secretario.

La llegada de tan gran príncipe causó un momentáneo movimiento de alegre entusiasmo en el pueblo de Nápoles, «sublevado» hasta entonces, pero no «rebelde». Mas pronto se calmó para dar lugar a otros menos favorables, que cuidaron de mantener y de acalorar los hombres desconfiados y recelosos y los interesados en llevar las cosas más adelante. Pues, aunque temían que aquellas fuerzas, al parecer formidables, con que contaban ya los españoles pudiesen dificultar sus planes, esperaban mucho de los franceses, con quienes tenían muy adelantadas sus negociaciones.

El duque de Arcos, aunque no muy contento de encontrarse con un personaje superior suyo en clase y en autoridad, cuando esperaba sólo medios de ejercer sin límites la suya de virrey, disimuló sagazmente su disgusto, y trató de apoderarse del ánimo del joven príncipe, para dominarlo, tener en él un escudo y servirse de las fuerzas que traía para

restablecer su dominio y desquitarse con usura de las humillaciones a que lo habían conducido su imprevisión, primero, y luego, su debilidad. Envió a felicitarlo del deseado arribo a su yerno, el marqués de Lombay, y poco después al visitador general del reino, bien adiestrado en las ideas que sagazmente debía sembrar en el recién llegado acerca del estado del país y de las medidas de rigor que reclamaba. No hicieron gran mella en el ánimo de don Juan de Austria estas insinuaciones, pues comparaba las fuerzas populares y el cuerpo que tenía la sublevación, de la que había adquirido poco favorables noticias, con las fuerzas que traía a bordo, y que no pasaban de tres mil quinientos infantes, formando cuatro tercios, tres de españoles y uno de napolitanos. Y seguimos en esta enumeración al contemporáneo De Santis y al maestro de Campo Capecelatro, aunque autores posteriores, que han querido, acaso, aumentar la gloria de los triunfos del pueblo rebelde, acrecentando el número de las tropas que lo combatían, afirman que pasaban de seis mil hombres los que trajo la Armada. Número siempre escaso paría competir con más de cincuenta mil, no ya tímidos paisanos, sino guerreros avezados a las armas, mandados con inteligencia y sostenidos por circunstancias de mucha gravedad y por el estado del reino todo.

Al anochecer fue el virrey en persona a visitar al príncipe, y cuidó de llevar adelante su plan y de dar más extensión a las pláticas ya entabladas por su confidente el visitador. Habló a don Juan frío y discursivo, y muy dudoso en el partido que debía adoptar. Pero le contó los hechos a su manera, y le pintó las circunstancias tan favorables, asegurando que todos los barones del reino y más de veinte mil paisanos bien organizados y dispuestos en la ciudad le darían inmediatamente apoyo, que el joven príncipe y sus sesudos consejeros quedaron casi convencidos de las razones del duque, decidiendo, sin embargo, que se obrara con mucho pulso, y que, antes de apelar a la fuerza, se apurasen los medios de prudencia y de conciliación.

Al día siguiente reunió el virrey en Castelnovo a don Francisco Toraldo, capitán general del pueblo; a su teniente Desio, a los electos y diputados de los sediles, al del pueblo y a los jefes de los barrios, con otros ciudadanos de los más influyentes. Y les manifestó que la Escuadra española destinada a cruzar en el Mediterráneo, para proteger y defender las costas y perseguir a los piratas berberiscos, había llegado por casualidad al Puerto de Nápoles, sin más objeto que el de refrescar víveres y reparar las averías causadas por el último temporal de equinoccio, y de modo alguno para hostilizar a los napolitanos, de cuya lealtad y obediencia estaba tan seguro el rey. Pero que viniendo de almirante de aquella Escuadra un príncipe tan excelso, un hijo querido del soberano, y que miraba como hermanos a todos los súbditos de su padre, razón era obsequiarlo y servirlo como merecía, abastecer largamente sus bajeles y separar de sus ojos todo resto de los pasados disturbios. Que debía, pues, convidársele a honrar con su presencia la ciudad el tiempo que necesitara para reponerse, y que para que su venida a tierra fuera un nuevo vínculo de paz y de concordia, debía el pueblo deponer las armas, y si aún tenía mercedes que pedir o reclamaciones que demandar, hacerlo con toda confianza a tan excelso y benigno huésped, sin darse el aire de exigir las, porque no sería decoroso ni para la autoridad de tal personaje, ni menos para la reputación de fiel y de leal de que gozaba la ciudad de Nápoles.

El discurso del virrey, bien que muy estudiado, y sin la menor expresión que pudiese inspirar desconfianza o herir la susceptibilidad de los sublevados, hizo muy mal efecto en la asamblea, por más que Toraldo y los otros partidarios de los españoles trabajaron con el rostro y los ademanes para evitarlo. Y uno de los circunstantes, poniéndose en pie, entre el murmullo general de descontento, manifestó, con el rostro encendido y la voz alterada, que el pueblo no creía tan casual e inocente la llegada de la Escuadra, ni tan bien dispuesto a su comandante. Que veía su perdición en el momento de dejar las armas, como se le pedía. Y que asunto tan grave y trascendental no podía tratarse tan a la ligera, y que era preciso discutirlo y resolverlo en una asamblea general. Con esto se disolvió aquella reunión, quedando todos sospechosos y desabridos.

En seguida se convocó otra mucho más numerosa en el convento de San Agustín, a que concurrieron todos los jefes populares y muchos habitantes de la ciudad de todos colores, y púsose sin preámbulo a discusión si debía o no dejar las armas el pueblo para recibir en la ciudad al señor don Juan de Austria. Acaloradísimo fue el debate; hablóse largamente en pro y en contra. Las personas de responsabilidad, lastimadas de los pasados desórdenes, secundaron los deseos del virrey y de Toraldo. Las que miraban más adelante, y debían a la sublevación su importancia y engrandecimiento, se opusieron con sentidísimas razones, manifestando que sería el soltar las armas entregarse a discreción de enemigos poderosos y enconados; y abastecer la Armada, robustecerlas fuerzas que los habían de destruir.

Pero prevaleciendo estas opiniones en la numerosa asamblea, se decidió, después de largos discursos, que el pueblo se conservase armado, y que se enviaran diputados a cumplimentar y a regalar a su alteza «como deber de cortesía», manifestándole las quejas y recelos que obligaban a los napolitanos a no deponer las armas a sus pies.

No contentó a don Francisco Toraldo semejante resolución, y, animado con el recuerdo del buen éxito que tuvieron dos días antes su presencia y sus palabras con las masas populares, montó a caballo, y antes que se divulgara fue a recorrer los barrios bajos, para ver si podía sorprenderlos y hacerles consentir en la deposición de las armas. Empezó a trabajar con buenos auspicios a fuerza de arte y de buenas razones. Y ya dirigía la palabra a una masa considerable de pueblo que rodeaba su caballo, y que le oía con deferencia, cuando le ocurrió en mal hora servirse inoportunamente de un argumento *ad terrorem*, diciendo que era ya preciso avenirse a un pacífico acomodo, porque si no, la Armada, que era la más poderosa del mundo, podría muy fácilmente, con una sola descarga de su artillería, destruir la ciudad. Esta fanfarronada produjo grandes carcajadas, y tras de ellas tal repentino furor en la turba, que faltó muy poco para costarle caro al capitán general del pueblo.

También el virrey, por otra parte, mientras, valiéndose de la autoridad y astucia del consejero Miraballo, negociaba con los barones y grandes señores que se reuniesen y armasen, quiso probar la mano, y envió emisarios por todos los barrios de la ciudad a predicar el desarme, revalidando las juradas capitulaciones, ofreciendo nuevas mercedes y asegurando que pondría tan estrechos a los nobles, que nada tuviese que temer de ellos el pueblo. Pero tales mensajes hicieron corto efecto, y se llevó a cabo lo resuelto en San Agustín.

CAPITULO X

Al día siguiente, 3 de octubre, fueron a bordo los diputados del pueblo para cumplimentar y regalar al joven príncipe. Recibiólos éste con grandes muestras de amor y de consideración, admitiendo con cordialidad los refrescos abundantes y exquisitos que le presentaron. Manifestáronle humildemente el lastimoso estado de la ciudad, que haba tenido que apelar a las armas para libertarse de la total ruina a que la arrastraban, como al reino todo, los malos y codiciosos ministros, los insolentes y corrompidos nobles. Que, por tanto, no extrañara hallarlos con las armas en la mano para defenderse de tales domésticos enemigos, pero de ningún modo para deservicio de su majestad.

Eludió don Juan sagazmente la cuestión, contestando con palabras generales, y despidió a los diputados, contentos y satisfechos de la gallarda presencia y noble discreción de tan excelso príncipe. Pero mientras esto pasaba en la nave real, en ella y en las demás de la Escuadra se derramaron varias personas del pueblo, so pretexto de vender chucherías, frutas, pan fresco y otros regalos, y examinaron cuidadosamente el estado de los bajeles, sus provisiones y aprestos, y sobre todo el número de tropas que transportaban. Y vueltos a tierra, publicaron en los corrillos el mal estado de la Armada, la escasez de sus recursos y lo corto de las fuerzas que la tripulaban y guarnecían. Estas fidedignas noticias hicieron su efecto, y empezó a decirse en todas partes sin rebozo (como refieren De Santis y Capecelatro, contemporáneos) que la Armada era una vejiga llena de viento. Con lo que levantaron cabeza todos aquellos que al ver aparecer tales fuerzas habían desmayado, y, avergonzados de su infundado temor, volvieron más feroces y encarnizados a oponerse a todo acomodamiento.

Sin embargo, los españoles y todos los que tenían que lamentar alguna pérdida o insulto en los pasados desórdenes, ponderaban lo oportuno y decisivo del socorro y lo seguro de su resultado para obtener reparaciones y venganzas. Y nadie más que el virrey, corto de vista en todas ocasiones, participaba de estas ideas; y ufano más de lo que la prudencia dictaba, ensoberbecido más de lo que su situación permitía y creyéndose ya omnipotente, no volvió a pensar en el cardenal arzobispo, ni en lo mucho que hubiera valido su influencia, tantas veces puesta felizmente a prueba, en aquellas nuevas circunstancias. Pues sin contar para nada con él, y desdeñando sus relaciones, se dedicó exclusivamente a acalorar y organizar la nobleza en favor de sus planes de rompimiento y guerra, y a dominar el ánimo del príncipe, para que sirviese de ciego instrumento a su venganza.

Entre tanto, don Francisco Toraldo, Desio y otros cabos populares, que deseaban de buena fe el restablecimiento del orden y de la autoridad legítima y que, viendo más claro que el virrey, no querían llevar las cosas al último extremo, prosiguieron en la reunión de San Agustín las negociaciones. Y lograron, al cabo, el que se decidiese en ella que dejase el pueblo las armas depositadas en un almacén de la plaza de la Sellería, situada en el centro de la ciudad. Y que quedasen sólo seis mil hombres armados para defender las capitulaciones y asegurarse contra alguna intentona de los nobles, o algún rebato de los bandidos. Razonable y de muy buen acomodo parecía este partido, y el mismo Toraldo con otras personas de cuenta fue a bordo de la real a dar parte al señor don Juan de Austria de este acuerdo, que debía producir el más feliz resultado. Recibiólos el príncipe

con benignidad y agasajo, y aunque no le disgustó el arreglo, como ya habían extraviado su buen juicio, no se atrevió a resolver. Y contestando en términos generales, sin aceptar ni rechazar la propuesta, los despidió honrándolos y acariciándolos con cordialidad. Y despachó en seguida a su secretario Leguía a avisar de todo al virrey.

Éste, no ya perplejo en sus decisiones y dócil a todas las exigencias, como lo era pocos días antes, sino resuelto, inexorable, decidió que no era de modo alguno aceptable la proposición de la Junta de San Agustín, porque seis mil hombres armados eran suficientes para ser dueños absolutos de Nápoles e imposibilitar toda autoridad. Mas o porque no podía menos el virrey de manifestar siempre indecisión, o porque quiso obrar con más apoyo, de, terminó tomar sin pérdida de tiempo consejo de personas sensatas para su definitiva resolución. Ciertamente no comprendemos cómo el que quería con la fuerza de la Armada poner en brida ciento cincuenta mil hombres aguerridos y ya en rebelión abierta, hallaba tanto peligro en sólo seis mil, y después de haber hecho el pueblo todo un acto positivo de sumisión.

Celebró, pues, el duque de Arcos al día siguiente, una consulta poco numerosa, y a la que cuidó de convocar las personas que habían de apoyar su pensamiento. Pero no pudo eximirse de Cornelio Espínola, el negociante genovés, que, como dejamos escrito, aconsejó tan a tiempo la abolición de la gabela sobre la fruta, origen de los acontecimientos que vamos narrando. Enablada la discusión, este hombre prudentísimo, que conoció la propensión de la asamblea a adoptar medios violentos, manifestó con moderación y gravedad que no los juzgaba convenientes, cuando se presentaban otros no despreciables. Que no era tan fácil como se suponía el sujetar a viva fuerza la sublevación armada y aguerrida. Que los medios con que se contaba no eran bastantes para tan ardua empresa, pues, aunque la artillería arrasase la ciudad, no se lograría más que arruinar casas y palacios. Y, en fin, que el saber acomodarse a las circunstancias y sacar partido del amor y del respeto que inspiraba la presencia del príncipe real podría tener más ventajoso resultado. El capitán de la guardia del virrey, que asistía a la junta, caballero español, joven y acalorado, impaciente con el discurso del sesudo anciano, lo atajó con viveza, diciendo que la presa no era tan difícil y costosa como pintaba el miedo, y que el humo de los cañonazos bastaba para acabar con la sublevación. Que se recordara lo que había sucedido en tiempo de don Pedro de Toledo, cuando el tumulto contra la Inquisición, y que bastaron entonces tres mil españoles para sujetar y escarmentar a Nápoles, revuelta. Repúsole Espínola, con acento tranquilo y modesta sonrisa, que aquéllos eran tiempos muy diferentes. Que entonces vivía y reinaba un Carlos V, de tanto prestigio en el mundo, que a su nombre sólo se postraba el Universo. Que entonces tenía la ciudad de Nápoles la cuarta parte de población que al presente, y sólo quince mil hombres sobre las armas, los que fueron vencidos no con tres mil, sino con diez mil españoles y cincuenta galeras. Y que, a pesar de todo, la Inquisición no se estableció.

O hicieron impresión en el ánimo del duque de Arcos las razones de Espínola, o, aunque ya resuelto y decidido por la guerra, le asombró, como sucede a los caracteres débiles, su propia resolución, y aún luchaba con el estorbo de la habitual perplejidad pues disolvió la reunión sin que nada quedara decidido, y dispuso que se celebrase otra muy numerosa en San Agustín. En ella manifestó, por medio de sus comisionados, que el príncipe hijo del rey no podía ni debía venir a tierra hasta que los napolitanos todos depusieran las armas a

sus pies. Gran tormenta levantó en la asamblea esta manifestación, que rechazaba completamente el medio conciliatorio propuesto al mismo príncipe, y entablóse una reñida y larga discusión. Los partidarios del virrey, apoyados por los que anhelaban reposo y tranquilidad a toda costa, juzgaron aceptable la condición, aunque con ciertas cortapisas; pero los que tenían intereses creados que sostener, o justos temores que considerar, levantaron el grito en contra, apoyados y sostenidos por los revoltosos y por el clamoreo de la turba popular, que circundaba el convento, pidiendo guerra y anhelando combatir. Dejó, como astuto, el teniente Desio desfogar la borrasca, y en un sagaz discurso, sin declararse partidario de unos ni de otros, y sin aceptar ni rechazar la proposición del virrey, manifestó que era insostenible el estado a que habían llegado las cosas; que no era decoroso tener al hijo del rey relegado en los bajeles; que el pueblo armado seguía cometiendo tropelías inauditas y faltando abiertamente a la capitulación; que la insubordinación de Jenaro Annese y de otros cabos populares, que continuaban almacenando pólvora en el torreón del Carmen y trabajando en las fortificaciones, no se podía tolerar, y que era necesario, para el bien común, dar fin a tantos desórdenes y avenirse a la razón. No pudo acabar su discurso, que no dejaba de ir causando buen efecto. Las voces de Palumbo, Panarella, Caffiero y otros, que no sólo con descompuestas palabras le interrumpieron, sino que le atacaron furiosos con dagas y puñales, le obligaron a ponerse en salvo para huir de una muerte cierta. Refugióse en la sacristía, y alejóse luego de San Agustín para ponerse a buen recaudo.

Otra reunión se verificó al anochecer en palacio, presidida por el virrey, donde se mostró éste más conciliador y razonable de lo que solía; pero nada se resolvió en ella. Y en seguida, en un Consejo privado a que asistieron sólo el general don Vicente Tuttavilla, el visitador general del reino, el acalorado capitán de la guardia y los pocos jefes populares de entera confianza, se volvió a ventilar el negocio, y se decidió definitivamente apelar a la fuerza. El duque creyó así a cubierto su responsabilidad, y para más asegurarla hizo extender un acta prolija, firmada por cuantos estaban presentes. Verificóse así, aunque Tuttavilla, antes de firmar, expuso algunas juiciosas observaciones sobre lo poco que se debía fiar en las ofertas de los nobles, que contaban con escasos recursos, y que no tenían ya tanta influencia como se imaginaban, y sobre la poca fe que merecían las seguridades de los jefes populares, los que brindaban con la cooperación de una fuerza que, acaso, no encontrarían disponible ni decidida en el momento del conflicto. No se tomaron en cuenta estas reflexiones; firmó, pues, el documento, y al hacerlo aconsejó que antes de todo se asegurase la persona de Toraldo, porque iba a ser un obstáculo de mucha gravedad. Dijo el duque que Toraldo estaba ya escamado y sospechoso, y que sería difícil hacerse con él, porque no vendría ni al palacio ni al castillo aunque se le enviase a llamar. Replicó Tuttavilla que no se resistiría a ir a la nave real si el príncipe lo convocaba, y que podía arrestársele a bordo, debiéndose hacer lo mismo con el electo Arpaya, que, fingiéndose partidario del orden y celoso servidor del rey, era el que más acaloraba la sublevación y el que más imposibilitaba todo arreglo.

Determinado así, fueron a deshora a la capitana el virrey y el visitador general para obligar al príncipe a que llamase a Toraldo. hízolo; mas éste, o porque algún aviso secreto le advirtió del peligro, o porque temió desconfiar al pueblo, que lo observaba cuidadoso, yéndose a bordo a tales horas; o porque juzgó prudente evitar en aquellas difíciles circunstancias todo compromiso, no acudió al llamamiento. Entonces se trató

decididamente de desembarco y de ataque, haciendo con pluma y papel mil soñados cálculos de las fuerzas populares que se unirían a las tropas, les guardarían las espaldas y asegurarían el triunfo. Con lo que don Juan, joven inexperto, y sus consejeros, no bien informados del estado de las cosas, accedieron completamente a los intentos del obcecado virrey. Decidióse, pues, que desembarcaran aquella misma noche con sigilo en el arsenal dos mil quinientos hombres; que el teniente Desio, aprovechando los momentos, avisase a los confidentes y partidarios y aprestase con recato las fuerzas populares que habían de ayudar a la operación, y que esperaran todos para obrar la señal que daría la torre del homenaje de Castelnuovo, adonde se retiró el virrey antes de amanecer, llevándose consigo al secretario de su alteza.

CAPITULO XI

No encontró Desio tan bien dispuestas como se creía las gentes con quienes se contaba. Y advirtió, además, que el pueblo, o bien por instinto o por haber barruntado lo que ocurría, pasó la noche toda muy vigilante, fortificándose con zanjas y reparos y acrecentando sin estrépito los repuestos de armas y de municiones. Estas noticias no agradaron mucho al virrey, y, despertando algún tanto su perplejidad, le obligaron a reunir nuevo Consejo. Mas ya estaban las cosas muy adelantadas para retroceder, y se decidió llevar a ejecución el proyectado y dispuesto ataque; pero que antes de romperse las hostilidades se atrajesen con cualquier pretexto a Castelnuovo al electo Arpaya, a los dos hermanos Caffiero, a Salvador Barone, al secretario de Polito, a su sobrino Bautista, a su hijo fray Hilario, a Gregorio Accieto y a algunos otros de los que acaloraban al pueblo, y que eran más capaces de dirigirlo, y de tomar oportunas disposiciones de defensa. Enviáronseles astutos mensajeros, cayeron en el lazo y se presentaron casi todos en el castillo. Ya estaba instalado en él (pues no se perdía el tiempo) el Consejo de guerra que los debía juzgar; tomóseles declaración sin demora; confesaron, aterrados y sin apremio, que, a instigación de Palumbo y de Jenaro Annese, se disponían a sorprender la noche venidera los puestos altos de la ciudad, y a empezar desde ellos la agresión, combatiendo los castillos y cañoneando a la Armada. Y que hacía días estaban en correspondencia con el marqués le Fontenay, esperando una gruesa armaga francesa. Convictos de traición, fueron inmediatamente sentenciados y condenados a muerte, y sin más esperar ejecutalos, salvándose sólo fray Hilario Polito, Para tenerlo como en rehenes, y Francisco Arpaya. De éste exigió en el acto el virrey que, como «electo del pueblo», le pidiera en nombre de la ciudad la ocupación a viva fuerza, cual único medio de restablecer en ella el orden y el sosiego. Resistióse el magistrado popular, con una energía digna de un hombre de mejores antecedentes, a autorizar aquella agresión, que tenía todo el carácter de venganza. Y dice la Historia que, indignado el virrey de aquella noble repulsa, prorrumpió en frases y aun se propasó a acciones indignas de su alta jerarquía, de su madura edad, de su elevada posición.

El pobre Arpaya quedó sumido en un calabozo, trasladado después a Cerdeña y de allí a España, donde un tribunal lo condenó al presidio de Orán, en el que murió a los pocos años.

A media mañana del día 5 de octubre, los caballos de un coche que estaba parado a la puerta de Castelnovo se dispararon, y corrieron desbocados y sin cochero hacia la calle de Toledo, atropellando a la multitud y causando espanto general, desorden y confusión. Aprovechando lo cual, mandó impetuosamente el virrey salir un tercio de españoles gritando: «¡Viva el rey! ¡Vivan las gabelas!» Enarboló en la torre del homenaje la señal de arremeter, y en medio del trastorno general envió un mensaje al arzobispo, con quien para nada contaba hacía ya muchos días, encargándole mandase inmediatamente manifestado en las iglesias el Santísimo Sacramento, y hacer rogativas por el buen éxito de las armas del rey. Indignóse el prelado, y contestó que jamás prostituiría así su santo ministerio, ni demandaría los socorros espirituales en favor de una venganza atroz e inaudita. Repulsa que no dejó de atemorizar al duque, casi arrepentido, pero ya tarde, de su resolución.

El pueblo, que aunque esperaba el ataque no lo creía tan inmediato, aterrado y sobrecogido, huyó delante de aquellas fuerzas, que lo atropellaban todo. Y, aunque acudió a la defensa de sus puestos, lo hizo en desorden y con flojedad. Nuevas tropas españolas salieron del castillo tras de las que marchaban triunfantes por la calle de Toledo. Y dividiéndose unas y otras en pelotones, mandados por bizarrísimos oficiales, ejecutaron un plan muy bien combinado de antemano, atacando a un tiempo los puntos más importantes de la ciudad, y apoderáronse de ellos con poca pérdida y escasa resistencia. Las fosas del grano, el almacén de aceites, la Aduana de la harina, el hospitaletto, la cartuja de San Martín y Pizzo-Falcone quedaron pronto en poder de los españoles. Y los populares, arrollados en todas partes, sin tener ya dónde repararse y hacer resistencia, y habiendo perdido muchos de sus jefes, unos muertos en la refriega, otros apresados y conducidos a Castelnovo (como aconteció a Andrea Polito, el famoso inventor de la mina de San Telmo, que fue inmediatamente ahorcado y expuesto su cadáver en las almenas), huían despechados, sin saber cómo evitar su exterminio.

Pero las fuerzas españolas, tan escasas en número y esparcidas así por la ciudad, no tenían en ningún punto de ella gente bastante para extenderse por los barrios circunvecinos y darse la mano. Y quedando diseminadas y aisladas en los distintos puestos que habían ocupado, pensando sólo en mantenerse en ellos, dieron tiempo para reponerse de su primer espanto al pueblo, tan práctico ya en los combates, y para que con aquel aliento que da la desesperación tratara no sólo de defenderse de tan inesperada acometida, sino de recuperar con un valor desesperado las ventajas que una sorpresa le acababa de quitar.

Tocóse a rebato en toda Nápoles, y toda ella se alzó como un solo hombre en defensa de sus hogares, ansiando venganza de sus opresores. Los mismos que, partidarios del orden y de la paz, se habían mostrado deseosos de un acomodamiento, volvieron indignados a las armas y volaron a la pelea. Y aparecieron de repente, como si brotasen de la tierra, masas populares, unidas y resueltas, componiendo más de cincuenta mil hombres bien armados y decididos, que cayeron de un golpe y a un tiempo, despreciando la muerte, sobre todos los puntos que con tanta facilidad habían ganado los españoles. Éstos, viéndose, a su vez, tan vigorosamente atacados y por tan considerable número de enemigos, se defendieron esforzadísimo, sin cejar un paso; pero con las señales convenidas pidieron socorro a Castelnovo. Mas ¿cómo podía mandárselo el virrey, si

había dispuesto de todas las fuerzas y no había dejado ninguna reserva?... Envió orden a los castillos y a la Armada para que rompiesen el fuego de cañón contra la ciudad. Encarnizadísima andaba la pelea. San Telmo, Castelnovo, Castel del Ovo y las galeras, avanzando sobre la playa de la Marinella, empezaron a jugar su artillería con un espantoso estruendo que, retumbando en torno, esparcía el terror y la confusión por toda la comarca.

El señor don Juan de Austria, en el alcázar de la capitana, presenciaba con dolor el estrago. Y como viese en todas partes apretados a los españoles, sin ser socorridos ni ayudados por nadie, exclamó varias veces con desconsuelo: «¿Y dónde están los veinte mil hombres del pueblo que debían ayudarnos? ¿Dónde están?». Reconvención amarga al virrey y a sus consejeros, que con falsos cálculos lo habían decidido a un paso que repugnaba a su corazón.

Combatíase en toda la ciudad con tesón y encarnizamiento. Los españoles, aunque al cabo fueron arrojados de algunos puntos, resistían con valor heroico el empuje de las inmensas masas populares que los ahogaban. El pueblo, irritado con la ruina que las balas y bombas causaban en el hermoso caserío, peleaba rabioso y sediento de sangre. En las fosas del grano fue donde la pugna estuvo más empeñada. Dos veces perdieron y recobraron tan importantes puestos los españoles, y al cabo quedó en poder de los napolitanos, que incendiaron el grano allí almacenado, no pudiéndolo retirar oportunamente.

El teniente Desio se había quitado la máscara y decidídose abiertamente por el virrey. Y con los poquísimos del pueblo que aún seguían ciegamente la causa española hizo prodigios de valor aquel día, ocupando el barrio de Mortelle.

El fuego de la Armada causaba gran daño en el barrio del Lavinaro y en el del Mandaracho. Pero la artillería del tocón del Carmen, donde mandaba Jenaro Annese, causaba en las naves considerable avería. Y aunque don Juan hizo desembarcar quinientos hombres, última fuerza que quedaba a bordo, para dar una arremetida a aquel fuerte, no consiguieron más que aumentar la reputación de su bizarría, teniéndose, con pérdida noble, que replegar, al cabo, sobre Castelnovo. Y los bajeles, ya desguarnecidos muy malparados, lo hicieron detrás de Castel del Ovo, prosiguiendo desde allí a cubierto sus tiros contra el barrio y las marinas de Chiaya.

Mandaba aquel desastroso día todas las fuerzas españolas el general de artillería Batteville, noble borgoñón, que, como dejamos dicho, había venido acompañando al príncipe en calidad de consejero. Y no acertamos la causa por qué no las mandó en persona el mismo duque de Arcos como parece que hubiera convenido más a su reputación, y las confió a este caballero, famoso militar, sin duda, pero que no conocía la ciudad, ni el carácter peculiar de aquel género de guerra. La falta de estos conocimientos indispensables aumentó harto grandemente su embarazo; tanto, que hallándose con un número de enemigos superior al que había calculado, con continuos ataques mucho más ordenados y vigorosos de lo que esperaba, y con tan escasas fuerzas diseminadas en posiciones que no conocía, se arrepintió de haberse fiado de los planes del duque y de haberse plegado a sus exigencias; por más que como bueno, y apoyado en el esfuerzo y disciplina de sus tropas, no cediese un punto, y corriendo de uno a otro lado con actividad

suma, tomase las más acertadas disposiciones para no perder los puestos ocupados y para recuperar los perdidos.

Don Francisco Toraldo, en su anómala y delicadísima posición, si de veras anhelaba la paz y el mejor servicio del rey, como lo demostraba cumplidamente en las conferencias, trabada la lucha, se dejaba llevar de su instinto de leal caballero y de valiente soldado, y dirigía las operaciones sin engañar a los que se habían puesto en sus manos. Y como militar entendido y experimentado, ponía en muy duro aprieto a los españoles.

El continuo tronar de tanta artillería, el estallido de las bombas, el estruendo de los edificios que se desplomaban, las descargas continuas y la gritería de los combatientes, los lamentos de heridos y moribundos, los gemidos de niños, ancianos y mujeres que corrían, en medio de la matanza, de peligro en peligro, buscando en vano donde refugiarse; el son de trompas y tambores y el clamoreo de las campanas formaban un espantósimo rimbombe muchas leguas a la redonda, que aterró a los pueblos de la comarca, haciéndoles temer la destrucción completa de su hermosísima capital. En unos el terror obligó a decidirse por los españoles, cuyo triunfo se juzgó asegurado. En otros, el patriotismo hizo empuñar las armas a sus habitantes, para volar denodados a socorrer a Nápoles o a perecer entre sus ruinas. Llegó también en pocas horas, si no el rumor, la noticia vaga e inexacta de lo que pasaba en la ciudad, a la de Benevento, donde los nobles de más valía, entre ellos el famoso duque de Maddalone, reunidos bajo la inspiración del consejero Miraballo, trataban de socorrer al virrey. Y reuniendo repentinamente las fuerzas allegadizas que habían levantado, y repartiéndose los mandos de ellas, salieron en campaña para cortar los víveres a la sublevación e impedir los socorros que de las provincias pudiera recibir. Y enviaron un mensaje al virrey, pidiéndole nombrase un general entendido que los dirigiera y gobernara.

Declinaba la tarde y continuaba más encarnizada la pelea; en ambas partes se hacían portentos de valentía, sin decidirse por ninguna la victoria. Y ni las sombras de la noche, oscura y borrascosa, pusieron término al combate y a la matanza. Habiendo sido aquel funesto día uno de los más espantosos que ha pasado ciudad alguna y en que a más alto punto hayan llegado la furia y la tenacidad de encarnizados enemigos.

CAPITULO XII

Continuó al siguiente la pelea con el mismo ardor, con la misma incierta fortuna. El pueblo, reforzado con gente armada de los lugares circunvecinos, que habían abrazado resueltos, por un instinto vago de nacionalidad, el partido de la sublevación, se había engrosado considerablemente. Y para asegurarse el dominio de una parte de la ciudad, determinó apoderarse del importante puesto de Jesús-María, donde se habían hecho firmes los españoles. Arriesgada y difícil era la empresa. Pero como las fuerzas populares estaban muy bien dirigidas por viejos soldados napolitanos que, sirviendo al rey de Flandes, en Lombardía y hasta en América, se habían acostumbrado a la guerra y conocían todas las reglas del arte, ningún riesgo ni dificultad los arredraba. Multiplicaron con denuedo y resolución los ataques a aquel punto certificado, embistiéndolo con maestría suma; pero siempre se estrellaron en el valor de los defensores. Buscábase un

medio de llevar a cabo el intento, y don Francisco Toraldo propuso la construcción de un mantelete con ruedas, que facilitara la operación. Hízose a toda prisa; pero resultando pesado, embarazoso y de mal efecto, se alborotó el pueblo, diciendo que era traición del general para entretenerlo y dar un respiro a los enemigos. Acaloraron la idea los que miraban de mal ojo a Toraldo. Y se dispuso tumultuosamente, ya que no deponerlo, como algunos exigían, darle por teniente, o con este nombre por verdadero superior, un hombre de más confianza. Y quedó elegido teniente de maestre de campo general, puesto vacante por la abierta defección de Desio, Jerónimo Donnarumma. vendedor de hortaliza y pariente de Masanielo.

Desistióse por entonces del ataque a Jesús-María, pero fueron embestidos otros puestos también de importancia; unos resistieron gallardamente; otros, siendo en vano la más obstinada defensa, tuvieron que rendirse, y aquellos prisioneros fueron bárbaramente despedazados por el pueblo, indignado más que atemorizado con el bombardeo de la ciudad, que no cesaba un momento.

El día 7, queriendo Donnarumma acreditar su aptitud para el mando, determinó atacar la Aduana de la harina, ocupada desde el principio por los españoles y fortificada con una estacada, un pequeño foso y parapetos de fajina. Mas conociendo la dificultad de sobrepasar estos reparos al descubierto, inventó la siguiente estratagema: reunió un gran número de búfalos montaraces y, acosados y mordidos por perros de presa, los encaminó de modo que, derribando, ciegos, las estacas, salvando el foso y descomponiendo el parapeto, desordenasen la tropa. Y lo consiguió todo como se había propuesto, arremetiendo denodadamente detrás de aquellos animales feroces y apoderándose del punto sin dificultad. Grande fue la matanza de españoles en él. Y los pocos que salvaron la vida lo debieron a que, tirándose a la mar, ganaron a nado el castillo.

Despechado el virrey con esta desgracia ocurrida delante de sus ojos, mandó salir la escasísima guarnición de Castelnuovo para recobrar aquel importante puesto y escarmentar a los vencedores. Pero muy luego tuvo que retroceder con pérdida considerable, porque el pueblo, apoderado de las casas vecinas, le atajó el paso con un fuego muy nutrido desde los balcones y azoteas.

Aquel día recibió la sublevación considerables refuerzos de la Cava, Nocera, Paganí y San Severino; pero los que venían de otras ciudades más lejanas fueron detenidos por la caballería de los nobles que corría la campaña.

El cansancio iba haciendo ya no tan activa la pelea. Y don Francisco Toraldo, despechado y confuso con el desaire que le había hecho el pueblo, nombrándole un teniente, o más bien un superior, de condición tan baja y humilde como Donnarumma, no deseaba más que el término de aquella confusión. Y después de recobrar por medio de sus amigos y parciales alguna parte de su pasada influencia, recordando la lealtad, bizarría e inteligencia con que habla dirigido el primer día las operaciones, aprovechó aquel momento en que, necesitando ya todos de algún reposo, se combatía con flojedad, proponiendo que se pidiera una tregua de seis días al virrey para reponerse algún tanto y buscar aún, si era posible, algún medio de honrosa conciliación. Era tan grande la fatiga general y la necesidad de respiro, que no fue mal acogida la propuesta; y aprovechando la buena disposición del momento, fue Octavio Marchesse a negociar a Castelnuovo.

El duque de Arcos, siempre tan inexorable cuando se creía con ventajas, cuanto débil y complaciente cuando se creía sin ellas, y obcecado, desde que empezaron a combatirlo tan extraños sucesos, a tal punto que jamás juzgó con acierto las circunstancias, equivocando siempre sus resoluciones todas, juzgó, a pesar de la situación en que veía la ciudad y el reino, de la escasez de sus tropas y del mal estado de su inconsiderada empresa, que la propuesta de tregua era indicio de debilidad y de desfallecimiento. Y dando nuevo pábulo a sus descabelladas esperanzas, creyó que aquél era el tiempo de seguir impertérrito su malhadado plan, con la seguridad del triunfo. Y negándose a toda habla de acomodamiento, mandó redoblar el fuego de los castillos y tentar nuevos ataques y embestidas a los puntos reconquistados por el pueblo. Afligido Marchesse con el mal éxito de su comisión iba a retirarse, pero fue detenido y preso por haberse encargado de ella.

Abiertas con nuevo furor las hostilidades, arrojó el pueblo del puesto de los Estudios a las tropas tudescas que lo guarnecían, y se revolvió sobre el monasterio de San Sebastián para hacer lo mismo con las españolas. Muy heroica fue la defensa que éstas hicieron. Pero era tal la multitud resuelta que daba el asalto, y tan repetidos y vigorosos los ataques, que al cabo se apoderaron los napolitanos de la parte baja del edificio, quedando los españoles en el piso principal y continuando así por muchas horas la pelea. Escena muy repetida modernamente en la inmortal Zaragoza, cuando la sitiaron los franceses en la gloriosa guerra de la Independencia.

Raros sonaban ya los gritos de «viva el rey de España». Y como algunos jefes del pueblo, oyéndolos aún en medio del combate, manifestaron que era absurda gritar «viva el rey», y pelear con sus tropas, y cañonear sus bajeles, y desafiar sus estandartes, cesaron del todo aquellas aclamaciones, se abatieron las banderas en que había armas reales de España y empezó, cundiendo con suma rapidez y aplauso, el grito de «viva el pueblo y San Pedro».

Mucho agradó el cambio al cardenal Filomarino; se aprovechó de él para ganar partidarios al Papa, recordando su soberanía, y escribió a Roma muy satisfecho, y (no duele el decirlo) pidiendo el nombramiento de capitán general del reino. No agradó este incidente al Padre Santo, que quería conservar a toda costa el Estado de Nápoles bajo el dominio de España, temiendo que cayese en manos de los franceses. Desaprobó el celo del prelado y le dio órdenes terminantes, no sólo de trabajar activamente en evitar todo personal compromiso, sino de rechazar cualquier propuesta de sumisión que intentase hacerle el pueblo.

Los nuevos bríos que iba adquiriendo la sublevación, ya tornada en rebelión descarada con este completo alejamiento de los principios de lealtad y de amor al rey, hasta entonces nunca conculcados; el ver que sin esperanzas de socorro y con las pocas y fatigadas fuerzas que le obedecían no era fácil salir adelante de tanto apuro; el conocer que ni los castillos, ni las naves podían causar ya más estrago en la ciudad, y el encontrarse apretado con las exigencias de la Escuadra, que pedía víveres y municiones, escasísimas ya para todos, amilanaron el ánimo del virrey, que abriendo, aunque tarde, los ojos, conoció sus desaciertos y lo mal que había hecho en no conceder la tregua, que había el mismo pueblo solicitado. Pero como era su estrella la de no acertar nunca en sus resoluciones, se le ocurrió la peregrina idea de pedirla él a su turno, creyendo que la

obtendría con facilidad y que con ella ganaría tiempo para obrar según las circunstancias se presentasen.

Escribió, pues, un billete lleno de ofertas y de palabras blandas, como solía, a don Francisco Toraldo, haciéndole la proposición. Recibiólo este general en el momento en que acertadamente dirigía la construcción de una trinchera en la plaza del Puerto, con que combatir a Castelnovo, y para demostrar al pueblo que lo circundaba su lealtad y buena fe, lo mandó abrir y leer en público. Indignada la muchedumbre con la petición de tregua tan inoportuna, hecha por el mismo que la había rechazado el día anterior y juzgándola también, a su vez, indicio de debilidad, respondió con el grito unánime de guerra y arboló en el torreón del Carmen una bandera encarnada, por la que conoció el pobre duque de Arcos el mal éxito de su inconsiderada tentativa.

Grande empeño tenía el pueblo en desalojar a las tropas que se habían fortificado en la iglesia de Santa Clara, punto céntrico de la ciudad. Y construyó con acierto una trinchera en la calle de Torcella y unos carros fuertes con artillería, cubiertos de gruesos tablones, para aproximarse sin riesgo de las nutridas descargas de la certera arcabucería española, y después de un tenaz ataque y de una obstinadísima resistencia, los soldados españoles, faltos enteramente de municiones, tuvieron que rendirse y fueron inhumanamente hechos pedazos por la muchedumbre enfurecida.

Esta pérdida lamentable fue seguida de otra también de consideración. Escaseando los víveres en todos los castillos, mandó el virrey que fuese una galera a la torre del Greco para recoger grano y barinas de aquellos molinos, en la que, y al llegar a las playas de Resina, se rebeló la chusma, embistió en tierra y rompió sus hierros. El comandante y algunos hombres de mar, no pudiendo poner remedio, se salvaron con gran peligro, arrojándose en el esquife y huyendo en él a fuerza del remos a Castelnovo; mientras el paisanaje, acudiendo a la playa y entrando en el mar con el agua a la cintura, recibió en los brazos, con el mayor entusiasmo, a los galeotes, y quemó el casco, no siendo posible desencallarlos; pero retirando antes la artillería, que fue con gran algazara conducida en triunfo al torreón del Carmen.

CAPITULO XIII

Desesperado el virrey con tanto descalabro, se echó en brazos de la nobleza, buscando en ella socorro y sostén. Envió emisarios a Capua, donde estaba Miraballo, y con él el duque de Maddalone, el príncipe de Torrella, el duque de Gravina y otros señores, reuniendo nuevas fuerzas de sus vasallos y de los bandidos. Y les mandó no abandonar la campaña, procurar víveres a los castillos y continuar cortando los de los rebeldes e impidiendo que les llegasen socorros y refuerzos de las provincias.

Entre tanto, el fuego de los castillos empezaba a ser más lento por la escasez de municiones y por el poquísimo efecto que causaba ya en los sublevados. Pero los combates parciales eran continuos, y mucha la sangre que de una parte y otra se derramaba. Violentó el pueblo la cárcel de la Vicaría, hasta entonces respetada. Quemó el archivo del real patrimonio y dio libertad a los presos por tratos con Francia. Hallábase

entre ellos un hombre audacísimo, llamado Luis del Ferro, al cual, con otros partidarios de los franceses, se le ocurrió levantar en la plaza del Mercado un trono y colocar en él el retrato del Rey Cristianísimo. No habían llegado las cosas al punto de madurez necesario para esta demostración harto significativa, y produjo un efecto contrario al que se habían propuesto sus inventores; pues si una osada cuadrilla, prevenida de antemano, corrió a vitorear al monarca francés, otra, no pequeña, corrió a derribar el trono y el retrato, como se verificó, no sin derramamiento de sangre de unos y de otros, quedando tranquila espectadora de aquella parcial contienda la masa popular. Este acontecimiento le pareció al virrey que demostraba no haber perdido aún el pueblo napolitano su adhesión a la corona de España, y que ofrecía, por tanto, ocasión oportuna para tentar de nuevo la vía de la negociación. Y pidió inmediatamente al señor don Juan que escribiera al pueblo dándole las gracias por aquella muestra de lealtad, lo que el príncipe no verificó entonces, y él lo hizo a Toraldo con proposiciones nuevas de acomodamiento. La respuesta que tuvo fue ver enarbolar un estandarte negro en el torreón del Carmen y renovarse con gran furia el ataque simultáneo de todos los puntos ocupados por las tropas, llevando el pueblo a su frente por bandera la camisa ensangrentada de un español de cuenta que acababan de asesinar.

Afligido el ánimo generoso del joven don Juan de Austria y disgustado de las escenas de sangre y de destrucción que presenciaba; desabridísimo con el duque de Arcos, que, con sus falsas relaciones y apasionados consejos, le había comprometido a usar de sus fuerzas físicas y morales para verlas desairadas; viendo consumidas casi sus municiones, escasísimos de víveres sus marineros, rendidas de cansancio las chusmas, muy averiados sus bajeles, resolvió retirarse a la bahía de Baya, detrás del monte Posilipo. Verificólo sin más consulta, con gran despecho del virrey, a quien dejó sólo las galeras de Giannetin Doria, fondeadas al abrigo de Castelnovo y dos naves armadas, que en las playas de Resinas trataban de vengar el incendio de la galera sublevada.

La ausencia de la escuadra hizo el debido efecto en el pueblo, por más que el virrey trató de divulgar que no era más que una manifestación del deseo de que cesasen las hostilidades; pero que volvería muy pronto más terrible y asoladora si las cosas no se mejoraban. Los sublevados cobraron nuevo brío y se arrojaron, no teniendo ya que temer en la marina, a embestir la trinchera de Monserrate, que defendía la aproximación a Castelnovo. Guarnecíanla, como punto importantísimo, ochenta ilustres caballeros escogidos, cuarenta españoles y cuarenta napolitanos. Don Francisco Toraldo, que ya se había podido sobreponer a Donnarumma, dirigió en persona el ataque con pericia y con valor. Pero los que defendían la trinchera lo hicieron con tanta bizarría y resolución, que rechazaron constantemente a las tropas populares, causándoles una pérdida horrorosa. Este descalabro fue juzgado por los sublevados traición de su caudillo. Lo atropellaron y llevaron casi como preso abrumado de insultos y de amenazas a la plaza del Mercado, donde hubiera perdido violentamente la vida a manos de aquellos furiosos, sin los esfuerzos de sus amigos y parciales, que consiguieron apaciguar un tanto el embravecido populacho. El angustiado Toraldo, cuya posición era harto lastimosa, quiso hacer allí mismo dimisión del generalato. Pero los mismos que pocos minutos antes lo iban a despedazar, se opusieron con la misma violencia a su renuncia del mando. Con lo que rogó al pueblo que a lo menos le dieran algunas personas que mereciesen la confianza general para servirle no sólo de consejeros, sino de testigos y hasta de espías de su

conducta leal. Fue complacido en esto, y nombráronse por tumultuosa elección cuatro plebeyos de los más exagerados para servirle de consultores.

Aquel día se cometieron algunos asesinatos, so pretexto de castigar traidores, que andaban en tratos para vender la ciudad a los españoles. Y también fue asaltado el convento de jesuitas, profanando la iglesia, y muertos a puñaladas varios religiosos. Y hubieran sido mayores el escándalo y la matanza si el arzobispo cardenal no hubiese acudido a contener, con riesgo de su persona, a los furiosos que perpetraban tan horrendos crímenes.

Continuaban en tanto los ataques a las obras avanzadas de los castillos y a los demás puestos, que con tanta fatiga y gloria mantenían los españoles, sin esperanza de socorro, escasos ya de municiones, faltos absolutamente de víveres, y abrumados de cansancio. Volvió a jugar su artillería Castelnovo, sin más efecto que el de derribar algunas casas que quedaban en pie de la calle del Olmo. Y viendo el virrey que el pueblo no se amansaba que la fuerza española con una constancia heroica se consumía en hazañas sin resultado, quiso terminar tan angustiosa situación, y se dirigió al ofendido cardenal Filomeno, rogándole humildemente que se pusiera de nuevo de acuerdo con él y desplegara de nuevo su poderosa influencia y los recursos de su ministerio, para calmar el furor de los napolitanos y persuadirles a aceptar una honrosa capitulación. Rechazó con entereza el Prelado este mensaje, diciendo «que no se maravillaba de que quien había perdido el reino con su mala fe tuviera en tan poco el decoro de la Iglesia que quisiera comprometerla de nuevo, después de haberla obligado a comparecer a los ojos del pueblo como engañadora y perjura». Indignó tanto esta respuesta al virrey, que, ciego de cólera, mandó inmediatamente asestar la artillería contra el palacio arzobispal y destruirlo. Y sólo el prudente Espínola, que se hallaba presente y que sobornó con disimulo a los artilleros para que hicieran mal la puntería, salvó al duque de un crimen inútil y de una venganza insensata.

Llegaron comisionados de los barones que, teniendo por cuartel general a Capua, corrían las avenidas de la ciudad para ponerse de acuerdo con el príncipe don Juan y tomar sus órdenes. Pero éste, que confiaba poco en su socorro, y que sólo deseaba ardientemente no continuar aquella guerra desastrosa e interminable, procurando una paz honrosa para la tranquilidad de aquel infeliz reino, los envió a entenderse con el virrey. Pidieron a éste nuevas instrucciones, y, sobre todo, que les diera un caudillo que los dirigiera y mandara; y el duque eligió para ello a don Carlos de la Gatta. Mas como se resistiese este entendido militar a aceptar el cargo, lo confió al general Tuttavilla. El cual, autorizado con el correspondiente nombramiento, marchó inmediatamente con dos galeras a Baya, para ir desde allí, con setenta españoles, cincuenta alemanes y sesenta caballos borgoñones, a Aversa y Capua, probando, de pasada, con la gente de guerra de Puzzoli, que se mantenía leal, si podía apoderarse de la gruta de Posilipo, ocupada por los sublevados, y abrir un camino de abastecer las tropas y las fortalezas. No logró esta empresa porque se encontró con más oposición de la que había calculado, y marchó sin tardanza en busca de los barones, acompañándolo algunos caballeros.

En tanto, el señor Juan, deseoso de entablar por sí mismo y directamente negociaciones de acomodamiento, se valió del cura párroco Arinolfo para escribir a Toraldo, tomando por pretexto el desaire que los napolitanos habían hecho al retrato del rey de Francia, una

carta muy afectuosa, y dando margen con sencillas ofertas a una aceptable capitulación. El capitán general de los sublevados la leyó a los cabos populares, y con su acuerdo contestó respetuosamente, pero sin comprometerse a nada, manifestando hartazgo que la desconfianza con que todos lo miraban le ataba las manos para todo. Pero de esta correspondencia resultaron nuevas reuniones populares propendiendo a un ajuste, y el que se cruzaran, con un seguro que dio el príncipe, varios mensajeros de la plaza del Mercado a Baya, haciendo diversas propuestas. Redujéronse todas, por parte de los napolitanos, a que su alteza tomara el mando del reino, confirmando las capitulaciones juradas por el duque de Arcos, y entregando al pueblo el castillo de San Telmo, exigencia que imposibilitaba todo acomodo. Pues si a todas las demás, por exageradas que fuesen, se prestaba el príncipe, anhelando la conciliación, de ningún modo podía acceder a que el pueblo se apoderara de tan importantísima fortaleza. Rota, pues, la negociación, por esta causa, creció la rabia de los sublevados. Revocaron con público bando la concesión del tributo de quince carlines por hogar, decretada, como dijimos, el día que se juró la capitulación adicional. Declararon en forma solemne guerra a muerte a España y a sus valedores. Mandaron tomar las armas a todos los habitantes del reino. Tornaron con nuevo furor a atacar los puntos fortificados. Y advertidos de que los nobles andaban ya en campaña, publicaron de ellos una lista de proscripción, poniendo a talla su cabezas, y circulando por las provincias órdenes terminantes para que los persiguiesen y exterminasen, imponiendo la pena de incendio a los lugares y aldeas que los admitiesen sin resistencia.

Al mismo tiempo, desconfiado siempre el pueblo del general Toraldo, por más que en las operaciones militares lo dirigía con acierto, y disgustado ya de Donnarumma, ignorantísimo en la guerra, y cuyos recursos de entendido capitán se agotaron con la estratagema de los búfalos, quiso poner en su lugar un soldado experto en el arte y capaz de dirigir las operaciones complicadas de ataque y de defensa en regla, a que estaba ya reducida la pelea en las calles de la capital. Puso los ojos la muchedumbre en Marco Antonio Brancaccio, que, aunque pasaba de setenta y cinco años, conservaba todo el vigor de la edad juvenil y una justa reputación de militar científico y arrojado, adquirida bajo las banderas venecianas, siendo, además, conocido por su odio acérrimo a los españoles. Reuniéronse, pues, los sediles, y por unanimidad fue elegido maestro de campo general.

Recibió don Francisco Toraldo este nuevo desaire con despecho. Pues si le mortificó la anterior elección de Donnarumma, por lo zafio y humilde del compañero, o, por mejor decir, simulado superior que le daba el desconfiado pueblo, ahora lo humillaba la elección de un caballero igual suyo, y más entendido en el mando de la milicia y en las operaciones científicas de la guerra.

Brancaccio se resistió a aceptar el nuevo cargo, diciendo abiertamente que no quería ponerse a la cabeza de una sublevación que, según el rumbo que llevaba, había de concluir, tarde o temprano, en un acomodamiento con los españoles, que ejercerían a mansalva crueles venganzas. Pero como le asegurasen en unánime voz los que le eligieron que jamás, jamás llegaría tal avenencia, y que ya se combatía para sacudir el yugo extranjero, admitió el mando, y empezó a ejercerlo con suma energía. Como hubiesen vuelto a resonar, aunque rara vez, los gritos de «¡viva el rey de España!», ya por

la fuerza de la costumbre, ya por sugestión de los partidarios de la Casa de Austria, reforzó Brancaccio las razones que militaban contra tan absurda aclamación, contradicha con los hechos, y la prohibió con severas penas. Mandó abatir en todos los edificios públicos las armas reales, y ponderó en continuas peroratas la ventaja de establecerse en república libre e independiente. Muy bien acogidas fueron sus indicaciones, y aunque sin preceder acuerdo formal ni declaración en regla de tan importante mudanza, empezó a mirarse la ciudad como cabeza de la república napolitana. Y se acordó en la junta popular la redacción de un documento muy curioso, titulado «Manifiesto del pueblo», que se esparció por toda Europa, y que se envió oficialmente a diferentes Gobiernos.

Mucho alarmó a Toraldo el supremo ascendiente que tomaba el maestre general Brancaccio y el giro que, sin contar para nada con él, que, al cabo, era de derecho la suprema autoridad, iba dando a la sublevación. Pero, conociendo su propia debilidad, trató de contemporizar y de procurar, valido de sus amigos y parciales, que aún eran muchos, balancear y entorpecer los osados proyectos de su rival, y cada día era aún más embarazosa su posición. Don Juan de Austria lo miraba como enemigo; el virrey, como hombre despreciable y de fe dudosa; los nobles, como desertor; los amantes de la paz, como inútil para obtenerla; el pueblo, como traidor solapado y encubierto instrumento de sus opresores; y hasta sus mismos partidarios como demasiado blando y contemporizador: triste y merecida suerte de los que en las discordias civiles quieren servir a todos los partidos a un tiempo y contemporizar con encontrados intereses por la vana esperanza de concertarlos.

CAPITULO XIV

Antes de llegar el general Tuttavilla a la ciudad de Aversa salieron, sabedores de su venida, a recibirle los principales nobles, que con sus fuerzas colectivas y de toda broza lo esperaban para regularizar la guerra. Y después de conferenciar largamente con ellos y de inculcarles la necesidad de disciplinar su gente, de procurar socorros a los españoles, apretadísimos en los castillos y puestos, designó a cada cual el que debía ocupar y sostener; y reuniendo lo más granado de aquellas fuerzas, revolvió sobre Nápoles para apoderarse del Vómero, como tenía determinado.

Cada día escaseaban más los víveres a las tropas reales. Y habiéndose apoderado el pueblo de los molinos de la torre de la Anunciata, que estaban defendidos por sólo cincuenta soldados tudescos, temió el virrey que corrieran la misma suerte los de Castellamare y Gragnano, y expidió título de gobernador de aquella costa a don Pedro Caraffa, dándole el mando de cien infantes españoles y de sesenta caballos napolitanos, fuerzas, aunque escasas, suficientes para rechazar toda invasión, pues eran tropas escocidas, y militaban en ellas el marqués de Trebico, Bautista Alberico, Alejandro Caracciolo, el conde de Oppido y otros soldados de reputación.

También envió a Puzzoli una calera para llevar a Tuttavilla algunos cañones que había pedido, y dos mil ducados en metálico para comprar vituallas. Hallóle oportunamente el general con este auxilio cuando volvió de su entrevista con los barones. Y como en su marcha hubiese sorprendido una piara de vacas de carne, pertenecientes a un carnicero de

Nápoles de los más revoltosos, y un almacén de pipas de vino, excavado en medio de un espeso bosque, envió uno y otro a Castelnovo, y, además, gran cantidad de harina que le había procurado el duque de Maddalone. Socorro de gran consideración en aquellas circunstancias, que dio gran fama al general Tuttavilla, y que restauró el abatido ánimo del virrey las casi postradas fuerzas de los valerosos españoles, que en mal hora le obedecían.

El nuevo maestre de campo, Brancaccio, quiso estrenarse dando una arremetida general a todos los barrios sostenidos por los españoles; pero fue en todos completamente rechazado, lo que le hizo perder un poco su popularidad y que renaciera la de Toraldo. Este triunfo animó mucho al virrey, coincidiendo con el arribo a Baya del duque de Tursi, de quien ya hemos hecho mención, que trajo algunas galeras que habían estado detenidas en Génova, temerosas de dar en manos de los cruceros franceses. Pero esta llegada no proporcionó socorro alguno, tanto porque no venían tropas de desembarco en dichas galeras, cuanto porque el personaje genovés se reunió inmediatamente con el príncipe, desaprobando cuanto se hacía en Nápoles y lamentándose de no haber llegado a tiempo de impedir, con la autoridad de sus consejos, desaciertos tan trascendentales.

Quiso probar nuevamente fortuna Brancaccio atacando el puesto de San Carlos de Mortelle, y consiguió un nuevo descalabro. Los vecinos acomodados del barrio ayudaron a las tropas reales, y éstas pelearon con tanta decisión, que las masas populares fueron rechazadas con espantosa pérdida. Igual suerte corrieron seiscientos napolitanos escogidos que, llevando a su cabeza al carnicero aquel que cortó la del desventurado don José Caraffa, atacaron con ímpetu el puesto de Puerta Medina. Quince españoles solos que la defendían, sin armas de fuego, ni otras que espada y pica, opusieron a la masa popular tan denodada resistencia, causándoles tan horrendo estrago, que la rechazaron y desbarataron completamente, conservando aquel puesto importante (como dice De Santis, historiador contemporáneo y no muy favorable), con inmortal gloria de ellos y de la nación española.

Los descalabros sufridos en la ciudad no desconcertaban al pueblo, ni amansaban la tenacidad de la sublevación. Nuevos pasos dados por el señor don Juan y con consejo del prudente duque de Tursi, para procurar un acomodo, fueron completamente inútiles. Y los jefes populares, sabiendo que la nobleza, dirigida por Tuttavilla, empezaba a lo largo el bloqueo de la ciudad, trataron de encender la guerra en la provincia de Puglia, tanto para distraer a los barones cuanto para procurarse recursos en aquel feracísimo país. Mandaron, pues, una expedición para apoderarse de la ciudad de Ariano, colocada en el camino sobre una altura y guarnecida de tropas reales. Los habitantes, por sacudir el yugo del duque de Bovino, su señor, querían abrir las puertas a los populares, teniendo ya apretada la guarnición. Pero acudieron los barones, y en reñido encuentro escarmentaron a los napolitanos. Quisieron éstos refugiarse en Bovino, pero encontraron resistencia, sin duda porque ya iban vencidos, y tuvieron que volver completamente rotos, en el mayor desorden y con notable pérdida, a la capital.

Ufano y orgulloso empezó a mostrarse el virrey con estas ventajas, y se imaginó que la fortuna comenzaba a mirarle con menos desdén. Repartió los víveres que le enviara Tuttavilla entre los castillos y los puestos militares. Y aunque escaseaban las municiones, dispuso un nuevo bombardeo, pensando dar así el último golpe a la sublevación, en su

concepto ya abatida y postrada. Pero nuevos acontecimientos vinieron pronto a deshacer sus lisonjeras ilusiones.

Conociendo los jefes populares que nada adelantaba su causa con aquella lucha interminable, y que de poco servían los ataques parciales a puestos de escaso interés, y las expediciones de dudoso éxito a las provincias, y que lo que interesaba era dar un golpe positivo que asegurara, ante todo, el completo dominio de la ciudad, determinaron atacar de firme, y con fuerzas que asegurasen la operación, el convento de Santa Clara, recuperado otra vez y muy bien fortificado y guarnecido por los españoles. Era punto importantísimo para el nuevo plan, pues su posición central daba al que lo poseyese el dominio seguro de los barrios principales, y la llave de las comunicaciones entre los altos y los bajos de la población. Decidido, pues, por los populares el ocuparlo a toda costa, se encargó Brancaccio de los preparativos y del mando de las fuerzas que debían embestirlo, y don Francisco Toraldo de las obras de ataque y de la excavación de una mina con que debía volar un ángulo del edificio.

El día 21 de octubre, designado de antemano para la empresa, pusiéronse al amanecer a punto las tropas populares, en tanto número que casi eran embarazosas, y que sólo la pericia de Brancaccio pudiera manejar sin confusión. Como perdido para los españoles podía ya contarse aquel importantísimo puesto al ver las fuerzas que lo embestían y el buen orden del ataque; pero al reventar la mina, precursora del asalto, vino la explosión por un lado, sin causar el menor daño al convento, y arruinando unas casas de enfrente, que sepultaron entre sus ruinas todas las fuerzas populares que las tenían ya ocupadas. Al trueno de la mina siguió otro mucho más espantoso: el grito unánime de «¡Traición!», clavando la muchedumbre sus ojos de fuego en Toraldo. Conoció éste el paso en que estaba, y revolvió el caballo para salir de él; mas suspendió la acción, conociendo que con ella no podía lograr más que aumentar la sospecha. Estrechóle por todos lados la furibunda turba, abrumándolo de insultos y de maldiciones. Y huyendo de una salida oportuna que hicieron los soldados de Santa Clara, arrastró consigo al desventurado general hacia la plaza del mercado. Quiso en vano la designada víctima arengar a la muchedumbre; en vano sus amigos quisieron darle favor; en vano sus parciales trataron de distraer al pueblo. Antes de llegar a la plaza, donde tal vez hubiera encontrado defensores, en un sitio llamado la Pietra del Pesce, después de acribillado a puñaladas y de confundido a golpes, le cortaron la cabeza, resonando en sus labios estas palabras: «Muero por Dios, por el rey y por el pueblo, pues juro que mis acciones todas se han encaminado sólo a conciliar los ánimos, para dar paz a mi afligida patria...», ¡Desgraciado caballero! No sabía que en las disensiones civiles de nada aprovechan los medios de conciliación ni los buenos deseos, y que para reunir los ánimos discordes y embravecidos, y dar paz y concordia a un país revuelto, es necesario una energía de bronce, un prestigio de ángel, una fuerza de coloso para sobreponerse a todos los partidos, pues no halagando a los tinos y a los otros, no prestándose ora a unas, ora a otras exigencias, sino dominándolos todos e imponiendo silencio a todas, se consigue la unión y se restablecen el orden y la armonía.

CAPITULO XV

Muerto tan desastrosamente el capitán general que se eligió el pueblo con tanto empeño pocos meses antes, parecía regular que recayese el mando supremo en el animoso e incorruptible Brancaccio, que no poco lo deseaba. Pero hombre más de guerra que de astucia y de sagacidad, y poco favorecido por la fortuna en las empresas que había tentado desde que tomó como maestro de campo el mando de la sublevación, se vio con despecho grande pospuesto al villano de menos valer. El pueblo, en una tumultuosa junta, con el acierto que suele, elevó a Jenaro Annese desde el insignificante gobierno del torreón del Carmen al alto empleo de que acababa de caer don Francisco Toraldo, príncipe de Massa, uno de los primeros señores del reino. Y obteniendo el mismo día 22 de octubre, por sorpresa, una votación unánime de todas las utinas, confirmando la elección, tomó inmediatamente el zafio e ignorante maestro arcabucero el título de generalísimo y la posesión del encumbrado puesto en que no su capacidad, que era limitada; ni su valor, que era ninguno; ni su astucia, que era corta, sino un capricho de la ciega fortuna, le colocaba con una especie de proclama firmada por él y refrendada por Vicente Andrea.

Era este improvisado secretario abogado, por supuesto, versado en las argucias del foro, y con gran clientela en el populacho. Y empezó desde aquel día, con pedantesca verbosidad y arrogancia, a reproducir la idea de establecerse en república, recordando que ya Nápoles lo había sido, y pintando con gran copia de sofismas y de ejemplos históricos mutilados las ventajas de tal sistema y la ventura de los tiempos en que se ensayó en el país. Sus peroratas acabaron de romper los ya escasos y harto relajados vínculos que aún ligaban aquel rico Estado a la corona de España. Y conviene saber, aunque no sea de este lugar, que luego fue el mismo Vicente Andrea uno de los que más eficazmente contribuyeron al restablecimiento absoluto del dominio español, de lo que fue largamente remunerado.

Desabrido Brancaccio con el nuevo generalísimo, y muy mortificado con que el secretario leguleyo, con la audacia que da este carácter, se entremetiese también en los Consejos de guerra, manifestó, resuelto, que renunciaría a toda intervención en la dirección de ella si no la dejaban completamente en sus manos. Con lo que Jenaro Annese, conociéndose con escaso saber en la materia, y temeroso de disgustar a los muchos veteranos, que formaban el verdadero nervio de las tropas populares, y que eran partidarios del viejo maestro de campo, declaró que sólo a éste pertenecía el mando de las armas y la dirección de las operaciones militares. Pero unos y otros quedaron desazonados, empezando, desde luego, a no ser tan grande ni tan compacto el poder del nuevo generalísimo, ni tan íntima y estrecha la unión de los distintos elementos de aquella trabajada sociedad.

El general Tuttavilla, entre tanto, maniobraba para cerrar el bloqueo de la ciudad, ocupando y defendiendo los casales circunvecinos; y salió a impedir la operación, con considerable golpe de populares, Jaime Russo, hombre resuelto y no ignorante en la guerra. Empezó atacando unas casas fortificadas, defendidas por el capitán don Ignacio de Retes con cincuenta españoles, los que se portaron con tanto esfuerzo, que, deteniendo muchas horas al enemigo, dieron tiempo a Tuttavilla para reunir sus fuerzas y caer sobre los napolitanos. Mas éstos, aprovechando las ventajas del terreno, se dieron tan buena maña, que empeñaron un reñido combate. Derribó una bala al marqués de Longarino, que

estaba al lado del general Tuttavilla, con una sobreveste del mismo color y con un penacho igual en la cimera. Y creyendo que el general era el muerto, perdieron ánimo las tropas reales, y huyó a toda brida la caballería la vuelta de Aversa, publicando la pérdida del valeroso caudillo. Aprovechó grandemente Jaime Russo el momento de aquel desorden, cargando con intrepidez. Y aunque los soldados españoles, repuestos algún tanto y alentados por el bizarrísimo marqués de San Giuliano, mejoraron de terreno e hicieron prodigios, llevaron lo peor de la jornada. Y retiráronse a favor de la noche, dejando a los enemigos artillería, bagajes y crecido número de prisioneros, que fueron pasados a cuchillo. El victorioso jefe popular volvió ufano a Nápoles, mostrando satisfecho al pueblo los despojos de la victoria y las cabezas de los rendidos, entre las que todos querían reconocer la del general Tuttavilla, la del duque de Maddalone y las de otros personajes terribles u odiosos.

En tanto, en Aversa fue grandísimo el abatimiento con la noticia del descalabro, aunque grave, muy abultado por los fugitivos. Pero la llegada de Tuttavilla, sano y salvo, y la relación verdadera de lo acaecido, calmaron los ánimos y restablecieron el orden.

Brancaccio en Nápoles intentó varias acometidas, que no tuvieron feliz éxito. Una de ellas fue otra mina en la calle de Saponari, contra el convento de la Nuova, que no tuvo mejor resultado que la dirigida por el infeliz Toraldo.

Jenaro Annese publicó un bando contra los barones armados, con pena de la vida para el que no acudiese en un corto plazo a servir al pueblo. Y el duque de Arcos, por no quedarse atrás, publicó otro en sentido contrario. Y es menester decir en honor suyo que, después de la muerte de Toraldo, salió varias veces, ya a caballo, ya a pie, a reconocer, como debía haberlo hecho desde el principio, los puestos, a dar por sí mismo las disposiciones y a animar con su presencia a los soldados, que se estaban sacrificando inútilmente por llevar a cabo sus mal meditados planes.

Creía Tuttavilla, con razón, que su autoridad no era tan respetada, como a las operaciones de tan difícil guerra convenía, por los barones y caballeros, que con sus vasallos armados y mantenidos a su costa, o con bandidos de su devoción, formaban aquel ejército colectivo y, por consiguiente, indisciplinado. Y temía que cada uno de aquellos personajes deseara hacer el condotiero y guerrear por su cuenta. Creencia y temor que le quitaban la energía que da la confianza. Quejóse varias veces de su embarazosa posición. Y sabido por los barones, determinaron, por el bien común, y poniendo aparte sus aisladas pretensiones, asegurar a Tuttavilla con escritura pública, documento muy curioso, su ciega obediencia, y que tenía las facultades necesarias para gobernarlos. Provisto de esta nueva e inusitada autorización, que pinta al vivo el desorden de aquellos tiempos, pasó muestra el sesudo general a las fuerzas con que acudían los barones. Conoció lo escaso de ellas y su mala calidad, y avisó al virrey para acabarlo de desengañar de lo errado de sus cálculos y de sus esperanzas. Trató de fortificar a Aversa lo mejor que pudo, y organizó como le fue posible aquellas tropas, saliendo de nuevo en campana, para seguir cortando los socorros a la sublevada capital.

En ella empezaba ya a conocerse la imposibilidad de apoderarse de los puestos fortificados, que de hecho la dominaban. Y como hijas del desfallecimiento por tantas tentativas malogradas y por la prolongación de una situación tan penosa, a que no se le

veía fin, empezaron a circular voces en las reuniones populares que manifestaban deseo de un acomodo con los españoles, con tal que fuese mediador el Pontífice y se asegurasen las capitulaciones. Llegó esta especie a oídos del conde de Oñate, nuestro embajador en Roma, y sin perder tiempo rogó al Padre Santo que ejerciese la mediación. Éste, siempre temeroso de que los franceses se apoderasen del reino de Nápoles, se prestó gustoso a los deseos del conde, y envió órdenes e instrucciones al nuncio Altieri para abrir las conferencias con el virrey y con el generalísimo del pueblo. El duque de Arcos, cada día más obcecado y tenaz, desechó bruscamente toda propuesta, excusándose con que, teniendo de su parte y empeñados en aquella guerra a los barones del reino, no podía sin su consentimiento entrar en tratos con los rebeldes. Jenaro Annese contestó resueltamente que no era posible avenencia, porque el pueblo estaba harto de las falsas promesas de los españoles y resuelto a establecerse en república independiente. Y ésta fue la vez primera que sonó oficialmente esta resolución, que cambiaba completamente la fisonomía de los acontecimientos y daba mayor gravedad a las circunstancias.

El 25 de octubre, Juan Luis del Ferro, el mismo que expuso con tan mal resultado el retrato del monarca cristianísimo, y que se daba en las reuniones populares el no muy bien justificado título de su embajador, presentó a Jenaro Annese, cabeza de la república napolitana, una carta del marqués de Fontenay, en la que ofrecía al pueblo en nombre del rey de Francia una armada de cincuenta navas gruesas y veinticinco galeras y un millón de ducados, que debían ser entregados por el negociante Tadeo Barbarino. Leída en público en la iglesia del Carmen esta comunicación, causó general entusiasmo. Y la gente, ganada ya a favor de los franceses, pidió con desaforados gritos que se echasen por tierra todos los retratos de Felipe IV, de Carlos V y de los demás soberanos españoles, y que se colocase de nuevo en la plaza y bajo dosel el del Rey Cristianísimo. Iban las ciegas turbas a ejecutar uno y otro, cuando las personas más sesudas impidieron lo segundo, manifestando: «Que pues no se peleaba ya sino por la nacionalidad y por la independencia, no convenía sustituir señor a señor, y dominación extranjera por dominación extranjera. Y que, por tanto, no se debía hablar más ni de España ni de Francia, sino solamente de Nápoles. Prevaleció tan acertado dictamen y se alzó un dosel con la imagen de Nuestro Señor Jesucristo y con la de San Jenaro; contestando con otras demostraciones de júbilo y de gratitud a las ofertas de Francia, evitándose con cuidado el dar a su generosidad el título de protección. En todo lo cual se descubre que no faltaban hombres de cabeza y de corazón entre aquellas desordenadas y rabiosas turbas.

CAPITULO XVI

Mientras esto pasaba en Nápoles, puesto otra vez en campaña Tuttavilla, apretó el bloqueo de la ciudad, reforzando y manteniendo los puestos militares de Puzzoli, Aversa y Acerra y ocupando las aldeas intermedias, con lo que empezó a ser insoportable la escasez de víveres en la población. Jenaro Annese, para remediarla, recurrió a Salerno y a las ricas costas de Amalfi. Pero la comunicación directa con aquel país estaba interceptada por doscientos caballos, al mando de don Carlos Caraffa, que era dueño de Castellamare e impedía constantemente el paso del puente de Scafati. Trataron los rebeldes de apoderarse de él a viva fuerza o por sorpresa; mas, llegando a tiempo el general Tuttavilla, los rechazó y deshizo, volviendo rotos y escarmentados a la ciudad. Ni

esta ventaja, ni otras que diariamente conseguía aquel experimentado y activísimo caudillo, le inspiraban confianza en el éxito de la empeñada pugna, considerando cuán malas y escasas eran las fuerzas con que se pretendía terminarla. Y escribió de nuevo al virrey una desconsolada carta, hablándole claro y manifestándole que con sólo las tropas allegadizas de los barones y con los recursos de un país tan exhausto era imposible llevar adelante aquella guerra.

Al mismo tiempo, habiendo llegado al conocimiento de los señores las propuestas del Papa y la repulsa del duque de Arcos, dando a entender que eran ellos los que dificultaban una avenencia, se indignaron con razón, y sin querer contar más con el virrey, escribieron en derechura al señor don Juan de Austria una reverente exposición, manifestándole qué no serían ellos jamás estorbo de una fraternal reconciliación, pues tenían las armas en la mano para mostrar su lealtad y sostener la soberanía del rey de España, pero no para oprimir al pueblo ni para asolar al país. Y que lejos de oponerse a un avenimiento suplicaban a su alteza que concediese al pueblo los indultos, franquicias y ventajas que pudiese apetecer, siempre que dejase las armas y de buena fe se sometiese a lo más justo y razonable, y a lo más conveniente al ser, vicio del rey, y a la felicidad de los napolitanos.

Las pocas esperanzas de Tuttavilla y las buenas disposiciones de la nobleza movieron a don Juan de Austria a tentar nuevo ajuste. Pero, dados con la conveniente cautela y la debida dignidad los primeros pasos, se vio claramente que era ya tarde; que habían cambiado completamente las circunstancias; que la sublevación era ya rebelión declarada, y que el pueblo napolitano no peleaba ya por adquirir tales o cuales franquicias, éstos o los otros privilegios, sino por su independencia y nacionalidad y por sacudir el yugo extranjero. ¡Generosa y noble resolución en verdad! Pero empresa descabellada en aquella época, y difícilísima, si no imposible, de llevar a cabo, tanto por la desunión mortífera en ideas y en intereses que devoraba el país cuanto por los medios con que le quería hacerla triunfar, y por los hombres bajos y de ruines pensamientos, y de capacidad limitada, que la dirigían.

En las galeras llegada! con el duque de Tursi vino nombrado por el rey, maestre de campo general, don Dionisio de Guzmán. Por lo que el señor Batteville renunció este cargo que ejercía con nombramiento del virrey. Pero temiendo éste, con razón, el cambio de la dirección de la guerra y el que cesase en él el valeroso borgoñón, ya acostumbrado a ella y enterado ya del terreno, para caer en manos de un militar, aunque de alta y merecida reputación, que jamás había estado en Nápoles, ni era conocido de los soldados, y que a una edad avanzadísima juntaba los continuos padecimientos de una gota tenaz, negoció con destreza y dispuso las cosas de tal modo, que Batteville conservó el mando activo de las armas, y Guzmán, sin resentimiento, quedó con el cargo de supremo consejero en casos de guerra.

Arreglado este negocio, para dar calor a las operaciones de Tuttavilla, le envió el virrey a Nola al marqués del Vasto con ciento noventa españoles, y orden terminante de estrechar el bloqueo y de atender a la sumisión de las Provincias limítrofes, sin descuidar el puente de Scafati, de que con tanto empeño querían apoderarse los napolitanos. Y llegando por entonces a Aversa con alguna fuerza el duque de Castel de Sangro y el gran prior Caracciolo, envió el activo general de refuerzo a la torre, que defendía dicho puente, a

Picolomini y al duque de la Regina, los que pusieron en ella de presidio cuarenta españoles y otros tantos alemanes con el capitán Mengical y el sargento Serra, valerosísimo soldado. Y al mismo tiempo, el príncipe de Montersarchio cortó el agua a los molinos de Torre de la Anunciata, de donde, aunque con trabajo y peligro, se proveían aún de harinas los rebeldes. Gran terror causó en Nocera la proximidad de las tropas leales y llamó en su ayuda a Hipólito Pastena, el que gobernaba la rebelión en Salerno. Hubo reñidas escaramuzas entre las tropas de bandidos que éste capitaneaba y las que obedecían a Tuttavilla. Pero dueño éste del puente de Scafati y extendido su dominio a los casales de Avella, Barjano y Mugnano y apoderándose también de Somma y Mareglano, cerró completamente el bloqueo de Nápoles, poniendo en gran carestía a los rebeldes, mientras envió socorro, de consideración al virrey en dinero y vituallas.

Apretado así el pueblo, y viendo que pasaban días y días sin que asomara la escuadra francesa y sin que llegaran los prometidos socorros, empezaron a circular voces de que la carta del marqués de Fontenay, presentada por Ferro y leída con tan buen efecto en el Carmen, era falsa y un engaño para llevar adelante una guerra desastrosa, que empezaba a dar a todos fatiga y cuidado. Aumentó esta sospecha el que la tal carta había desaparecido en cuanto se verificó su primera lectura, y por más que se había deseado haberla a la mano para examinarla de nuevo y meditarla más detenidamente, jamás se había podido dar con ella. Y llegó a tal punto la desconfianza popular, que como un fraile capuchino presentara otra carta también con la firma, verdadera o supuesta, del embajador francés, reproduciendo las ofertas y añadiendo seguridades, faltó poco para que fuese despedazado por el populacho, pues debió la vida a que mandó oportunamente Jenaro Annese meterlo en un calabozo mientras se averiguaba la verdad.

Con este objeto envió el generalísimo del pueblo a Roma, con poder suficiente y autorización en regla, para entenderse directamente, y en nombre de la república napolitana, con el marqués de Fontenay y pedirle socorro a Nicolo María Mannara. Pues aunque el historiador De Santis dice que fue el doctor Francisco Patti, es evidente equivocación, porque éste fue después, como diremos, y con encargo muy distinto. Y nos apoyarnos para asegurarlo así en el conde de Módena, que tuvo, como vamos a referir, ocasión de tratar a uno y a otro negociador y parte muy activa en aquellas conferencias. Y ésta fue la vez primera que oficialmente, y de un modo ostensible y autorizado, se entablaron negociaciones formales entre los sublevados, o, por mejor decir, ya rebeldes napolitanos y la corona de Francia. Pues aunque los trabajos estaban muy adelantados, todo, hasta entonces, se había hecho bajo cuerda, por medios indirectos, por personas sin responsabilidad, y en reuniones privadas, sin acuerdo de las juntas populares y sin autorización de los jefes del pueblo.

El señor don Juan de Austria, conociendo desde luego que la situación se hacía grave y peligrosa, y que si el estado de cansancio y privación de todo, en que se encontraban las escasas tropas españolas, que sólo a fuerza de constancia heroica se sostenían, se presentaba de refresco una armada francesa, con gente de desembarco para socorrer al pueblo, era segura la completa pérdida del reino de Nápoles, envió nuevos emisarios a tentar el vado con ventajosas proposiciones. Pero sólo consiguieron oír claramente por terminante respuesta que, estando ya comprometido el pueblo con el rey de Francia y entabladas las negociaciones, nada tenía que tratar con el de España, ni con el príncipe, su

hijo, ni con sus ministros. Con lo que despechado don Juan perdió por primera vez los estribos, y mandó continuar la guerra sin tener más miramientos con la ciudad.

El duque de Arcos, al mismo tiempo, trató por otro lado de probar fortuna. Y envió un secreto confidente a Jenaro Anese, ofreciéndole una gruesa suma y un lucrativo cargo de importancia en la Península si entregaba el torreón del Carmen y ahogaba la rebelión. Pero el maestro arcabucero, o porque no se fió de la propuesta y de quien la hacía, o porque tuvo un momento de grandeza de ánimo y de elevación de carácter, o porque pudo más en él la ambición que la avaricia, delató inmediatamente al pueblo la propuesta y mandó ahorcar en el acto al que la había traído. Mucho le valió esta demostración, pero para acabar de calmar las sospechas que contra él se propalaban en los corrillos, amenguando su autoridad, publicó el 29 de octubre un bando o proclama, atribuyéndolo todo a manejos ocultos de los españoles para desacreditarlo.

Continuaba en tanto la guerra en la ciudad y en sus contornos. En ella eran diarios los asaltos a los puestos y las escaramuzas por las calles; en ellos, el general Tuttavilla mantenía, sin soltar las armas de la mano, el bloqueo, habiendo vuelto a empeñar un rudo encuentro, en que, aunque con mucha pérdida, quedó vencedor sobre el puente de Scafati. Castelnuovo cañoneaba sin cesar la calle del Puerto, con lo que incomodaba continuamente a los rebeldes. Y éstos, aprovechando una noche oscurísima y lluviosa, levantaron, con gran silencio y presteza y con inteligencia admirable una trinchera con espaldones, que los puso completamente a cubierto, empleando en su construcción sacos de lana y de algodón, y hasta fardos de paños, tapices, ricas telas y géneros preciosísimos de Levante, que sacaron a viva fuerza de todos los almacenes de la marina. Cuando al amanecer se encontró el virrey con aquella obra encima, que resistía el tiro de cañón y que ponía en gravísimo peligro la fortaleza, bramó de cólera, y mandó inmediatamente ahorcar de las almenas a tos centinelas, que no habían notado la operación, sin que les sirviese de excusa la oscuridad.

Aunque el pueblo no había adelantado terreno alguno dentro de la ciudad, tampoco lo había perdido, ni había padecido en los contornos descalabro capaz de hacerle decaer de ánimo. Pero la falta de víveres lo trabajaba y consumía, y el cansancio de tantos días de continua pelea, sin adquirir notable ventaja, empezaba a manifestarse. Y bien por la necesidad que ya todos tenían de descanso, bien porque el tiempo iba calmando el ardor y entusiasmo de las masas populares, bien por los ocultos manejos de los partidarios del virrey, empezaron a circular por los corrillos ideas de desaliento y de deseos de salir de cualquier modo de tan insostenible situación. Por otro lado, como en tiempos revueltos pululan las ambiciones, y anhelando todos saborearse con el poder, se trabaja para que pase de mano en mano, y al que lo ejerce se le desacredita y baldona, hágalo bien o mal, sólo porque lo ejerce a despecho de los que lo desean y no saben o no quieren esperar que les llegue su turno, empezaron también a renovarse con más calor las hablillas en descrédito de Jenaro Anese. No tardó éste en saberlo, y violento y despechado, publicó un furibundo bando, prohibiendo discurrir sobre la situación y tomar en boca su nombre, bajo pena de la vida, como asimismo toda reunión pública y clandestina, sin exceptuarse las de jefes militares, sediles y capitanes de barrios, aun cuando fuese para tratar de cosas de guerra. Aterró e impuso silencio a todos esta disposición. Pero Brancaccio, que siempre miraba al generalísimo del pueblo con odio, y, lo que es peor, con desprecio,

levantó el grito contra este bando, diciendo, y con razón, que debilitaba su autoridad militar. Y por esto, y por creerse desairado porque en la correspondencia con el embajador Fontenay no se hacía mención de él para nada, tuvo un acaloradísimo altercado con Annese, de que resultó el hacer renuncia del mando de las armas y alejarse completamente de los negocios públicos. Ocurrencias todas que dividían más y más los ánimos, ya demasiado discordes, y que imposibilitaban el establecimiento de la soñada república. La que acabó de morir en la cuna, renunciando a su nacionalidad, cuando se le ocurrió darse un supremo jefe extranjero.

CAPITULO XVII

Desde el momento en que unas barcas de la isla de Prócida, llevando fruta a Roma, esparcieron las primeras noticias de las ocurrencias de Nápoles y de la exaltación de Masanielo, el embajador de Francia cerca de la Santa Sede, marqués de Fontenay Mareuil, tuvo a su Gobierno al corriente de los progresos de la sublevación. Y aunque le indicó desde luego la oportunidad que ofrecía para procurar la desmembración de aquel importantísimo reino de la corona de España y no se descuidó en enviar a él agentes secretos que, acalorando el movimiento popular, procurasen darle el giro más conveniente a los intereses de su Corte, no recibió de ella instrucciones tan terminantes como había creído. Y se vio obligado a mantener cierta circunspección, sin soltar, empero, de la mano los cabos de la red oculta que había ya extendido, para tirar de ellos según las nuevas órdenes que pudiera y deseaba recibir.

En el Gabinete de Francia empezaban a nacer deseos de no llevar adelante la guerra con España. Y había resuelto continuarla lentamente, y sin tentar nuevas empresas que dificultasen un próximo acomodo. Por lo que el cardenal Mazarino, aunque conoció todo el fruto que podrían dar los alborotos de Nápoles, se decidió por esperar sus resultados sin decidirse a nada, ni aventurar, por lo pronto, el crédito y poder de Francia. Mas, para estar dispuesto a todo, mandó aprestar en Tolón una gruesa armada, que diese la vela al primer aviso. Hablóse de todo esto en París, y varios personajes franceses quisieron trasladarse a Nápoles. Y entre ellos, el que lo tomó con más calor y mayores instancias hizo para verificarlo, ofreciendo hasta llevar a cabo la empresa a su costa, fue el príncipe de Condé; pero encontró en el Gobierno una formal y decidida oposición.

Entre tanto, se desarrollaban aquellos extraordinarios sucesos. Y en Roma trabajaba con asiduidad para traerlos a su mano, sin contar para nada ni con el embajador de Francia ni con el Gobierno francés, Enrique de Lorena, duque de Guisa. Este príncipe, joven, de ánimo osado y bullicioso, de poco maduro juicio, de gallarda presencia, de condición liberal, de corazón valiente, de modales muy atractivos, se hallaba en la Corte pontificia solicitando anular su descabellado matrimonio con la viuda del conde de Bossut, para contraer otro no más acertado con mademoiselle de Pons, a quien amaba ciegamente. Y cuando, desesperado con las dilaciones y dificultades de la curia eclesiástica, pensaba en volverse a París, apretado por su amada, las noticias de las ocurrencias de Nápoles lo detuvieron. Tenía el duque francés en su compañía al discreto y sesudo barón de Módena, que, con el título de conde, escribió y publicó poco después memorias históricas de estos sucesos. El cual, habiendo topado por casualidad con los Procitanos, que llevaron a Roma

las primeras noticias, los presentó al duque, quien echó con ellos el cimiento de un atrevido plan, cuyos resultados vamos a referir.

Descendía por línea femenina el duque de Guisa de Renato de Anjou, y acalorado con este recuerdo, se imaginó con derecho a la corona napolitana, y se propuso aprovechar las circunstancias del momento para ceñírsela a poca costa. Recibió contentísimo a los Procitanos, los regaló y agasajó grandemente, y les encargó hiciesen saber a los habitantes de Nápoles que había un príncipe del linaje de sus antiguos reyes pronto a sacrificarse por que recobraran la libertad. Y, efectivamente, aquellos rudos marineros fueron los que primero dieron origen a la idea de la protección francesa en el populacho sublevado. Después no se descuidó el duque en buscar con empeño, y en conseguir ver y hablar a cuantos napolitanos llegaban a Roma. Y hasta se atrevió a enviar mensajeros a Nápoles, que fueron reconocidos, detenidos y ahorcados en Gaeta. También trató de que autorizara sus pretensiones el marqués de Fontenay; pero este sagaz diplomático lo acogió con tal frialdad y le puso tantas dificultades, que el ambicioso joven resolvió recatar sus manejos del embajador y valerse de otros medios para obtener el apoyo del Gabinete francés. Dirigióse al cardenal de Santa Cecilia, hermano de Mazarino, y le ofreció para una sobrina la mano de su hermano el duque de Joyeuse, si alcanzaba la protección del purpurado ministro, y hasta la cooperación de Francia en favor de su proyecto. El cardenal de Santa Cecilia recibió no sólo con gusto, sino con entusiasmo, las confidencias y las proposiciones del príncipe francés. Y tan ligero como él, y de viva imaginación, llegó a pensar que el asegurar en las sienes de aquel pretendiente la corona de Nápoles era asegurar la tiara para las de su hermano, y que no era, además, de desdeñar, por lo pronto, un enlace con la familia real, por lo que se apresuró a escribir al hermano ministro en los términos más eficaces. Pero el ministro, hombre de otro alcance y de más flema y madurez, contestóle sagazmente con aquellas frases que suenan mucho y que no dicen nada; pero que vienen bien a todos los resultados posibles de un negocio dudoso e intrincado.

Entre tanto, tentó el duque de Guisa nuevos medios de comunicación con los napolitanos, y creyó como el mejor de todos un hermano del famoso Domingo Perrone, que llegó a Roma. Apoderóse de él, enviólo con cartas e instrucciones; pero la suerte parecía burlarse del ambicioso, y dispuso que este agente llegase a Nápoles cuando ya su hermano había tan desastrosamente desaparecido de la escena política.

Tampoco los partidarios de Francia en Nápoles se descuidaban, pues llegaron nuevos comisionados a Fontenay. Entre ellos, Lorenzo Tóntoli y Agustín de Liezo, que se quedaron en Roma, llamándose, no sabemos con qué autorización, residentes del pueblo napolitano. Trabó con ellos estrechas relaciones el duque francés por medio del activo barón de Módena. Y uno y otro, oyendo las abultadas relaciones de estos agentes, que, como interesados en dar importancia a su causa, exageraban los medios con que contaban, juzgaron la empresa más fácil de lo que realmente era, y con gran actividad buscaban los medios de llevarla a cabo.

El marqués de Fontenay, por su parte, y a pesar de su sagacidad exquisita, también concebía lisonjeras esperanzas, sin conocer las exageraciones de los negociadores napolitanos. Volvió a solicitar de su Corte más atención a aquellos importantes acontecimientos, y empezó a trabajar de veras bajo mano para que la sublevación se

inclinase a buscar el amparo de su rey. Pero el aspecto frío de este embajador y su parsimonia en gastar disgustaban tanto a Tóntoli y a Lieto cuanto los hechizaba el calor y la generosidad del joven y arrebatado príncipe francés. E ignorando sus antecedentes y el poco crédito que gozaba en su Corte, en él y sólo en él fundaban sus esperanzas, escribiendo a Nápoles los más exagerados elogios de su persona.

El ningún efecto de la llegada de don Juan de Austria, lo que había enardecido la situación el inoportuno uso de escasa fuerza; la declaración primera de los sublevados en favor del Papa y su última resolución de constituirse en República, agujonearon de nuevo a Fontenay. Y lo hizo de tal modo al cardenal Mazarino, que dio éste orden de zarpar inmediatamente a la armada de Tolón al mando del duque de Richelieu, llevando a bordo al señor de Creuzet y al de Forgetz, generales de crédito, que podían ponerse a la cabeza de la rebelión. No juzgando político el ministro cardenal fiar empresa semejante, en que se trataba de la adquisición de un reino, a príncipe de la sangre, o a personajes de tanta valía, que osasen trabajar por cuenta propia en aquellas circunstancias.

En este punto estaban las cosas cuando llegó a Roma el verdadero comisionado oficial de Jenaro Annese, Nicolo María Mannara.

La casual circunstancia de vivir en Roma en el mismo palacio, aunque en pisos distintos y en habitaciones totalmente independientes, el embajador de Francia y el duque de Guisa, proporcionó a éste el apoderarse del ánimo del enviado napolitano, y el verlo, oírlo y comunicarlo antes que el hábil diplomático lo consiguiera. Arribó Mannara, después de una larga y penosa navegación, a Fiumicino, y de allí se trasladó a caballo a Roma, donde llegó a media mañana harto mal parado, cubierto de lodo y empapado de la lluvia. Y en este estado, que prevenía, ciertamente, muy poco a su favor, apeóse a la puerta del palacio Barberini, y subió a la vivienda del marqués de Fontenay, precisamente cuando éste acababa de salir. Los secretarios y dependientes de la Embajada, como habían observado la frialdad y reserva con que el jefe acogía a los napolitanos, no les daban grande importancia, y recibieron con desdén al recién llegado, diciéndole que esperase hasta que volviera el embajador. El agente de Annese tuvo que conformarse con un recibimiento tan poco lisonjero, y se sentó a esperar, empapado y mohíno, en una de las primeras antecámaras. Entró en ella, por acaso; un lacayo del duque de Guisa, le habló y supo quién era. Y así como los servidores de Fontenay observaban con los napolitanos el desdeñoso continente de su señor, los del duque se esmeraban en afectar el interés y cariño que el suyo les demostraba. Y después de acariciar éste a su manera a aquel hombre de tan mala catadura, sólo porque venía de Nápoles, corrió a ponerlo en noticia del barón de Módena. Avisó éste inmediatamente al duque, y, aprovechando los instantes de no estar en casa el embajador, mandó al mismo criado que, con disimulo y ocultándose de la gente de la Embajada, trajese de un modo o de otro aquel hombre a su presencia. La suerte favoreció la ejecución, y Mannara se trasladó, sin que nadie lo notase, a los aposentos del duque de Guisa. Recibiólo el barón con los brazos abiertos. Mandó darle vestidos y servirle un abundante almuerzo, en que no escaseó el vino. Y cuando lo vio repuesto, enjuto, refrigerado, y agradecido sobre todo a tan buena acogida, y con el ánimo dispuesto favorablemente, lo introdujo en el gabinete del príncipe, quien ya estaba convenientemente preparado.

CAPITULO XVIII

La acogida cariñosa y franca del duque de Guisa, contrastando sobre manera con el desdén y poco miramiento de la recepción en casa del marqués de Fontenay, hizo su natural efecto. Pues el comisionado del pueblo de Nápoles fundó toda su confianza en tan joven y gallardo príncipe, le manifestó sin reserva sus instrucciones y le pintó el estado de la sublevación, aumentando, como era regular, sus recursos y sus esperanzas. Con profunda atención le oyó el duque, no muy satisfecho de que no hubiera sonado para nada su nombre en los labios de aquel napolitano. Y empezando con destreza, superior a la que solía ostentar, por hacerle grandes elogios del embajador, por disculpar la mala acogida que había encontrado en su casa, atribuyéndola a descuido de criados, y por asegurarle que hallaría en aquel personaje, como representante de tan gran rey, toda protección, pasó luego a hablarle de sí mismo. Explicóle con prolijidad su descendencia de la familia de Anjou, y le pintó con vivísimos colores su ardiente entusiasmo por un pueblo generoso y valiente, que peleaba con tanto tesón para conquistar su libertad y su independencia. Y mostrando en seguida temores de que toda la buena voluntad del Rey Cristianísimo, su pariente, y todo el celo del marqués de Fontenay pudieran ser contrariados por el retardo que los vientos opusiesen a la Armada, o por otras causas imprevistas, insinuó al novel diplomático, en quien ya ejercía una verdadera fascinación, la idea de lo conveniente que sería proveer a estas eventualidades yendo él mismo a ponerse al frente del pueblo y a combatir por la nueva República, como lo estaba haciendo en Holanda el príncipe de Orange. Y que su persona en Nápoles, ligada con la familia real, aumentaría el celo de los ministros para no retardar los socorros, y avivaría en el rey de Francia el deseo de que triunfase una causa en que tenía empeñado a tan cercano pariente, grato, además, a los napolitanos, como vástago de sus antiguos reyes.

Alucinado Mannara con este discurso, creyó ver en su mano una importante y brillantísima negociación que iba a darle alto nombre y fortuna. Y, aunque en sus instrucciones no se le decía nada del duque de Guisa, creyó tener en el artículo en que se le autorizaba en general para procurar lo que más conviniera al triunfo de la República campo abierto para solicitar la cooperación de un príncipe que tan poderoso se imaginó y tan preponderante en la Corte de París. El duque, conociendo que era ya suyo completamente aquel mensajero, para asegurárselo aún más, le ofreció grandes mercedes, y le encargó que ocultase aquella conferencia a los ojos del marqués de Fontenay, para no lastimar su amor propio de embajador. Ofrecióselo el napolitano, y saliendo de la casa del duque por la puerta del jardín, volvió a entrar por la principal, y subió a la del embajador, haciendo creer que venía de la posada en que habla dejado su equipaje.

Recibiólo el marqués con agasajo, pero con reserva. Leyó las cartas de Jenaro Annese, que le escribía por sí y a nombre de la Junta popular. Y después de informarse detenidamente de la situación de Nápoles y de las esperanzas que fundaba en la protección del Rey Cristianísimo, manifestó al mensajero la gratitud de su soberano a tales pruebas de confianza, y le aseguró que de un instante a otro la Armada francesa, que había zarpado ya de Telón, llegaría a patentizar con poderosos socorros el alto aprecio con que miraba su Corte la amistad de los valerosos napolitanos. Dióle rendidas gracias por todo el enviado del pueblo, y añadió, como cosa sencillísima y natural, que, para prevenir cualquier eventual retardo, deseaba la República naciente tener en su seno, como

prenda de alianza, algún príncipe francés que mandara las armas, interesara a Francia en su socorro y asegurase el éxito de la independencia por que se peleaba. No cayó, Por lo pronto, en la cuenta el marqués, y respondió en términos generales. Mas volviendo a la carga el napolitano, le dijo «que, informado el pueblo de que se hallaba en Roma el duque de Guisa, príncipe del linaje de Anjou, pedía que fuera a ponerse a su cabeza y a organizarlo convenientemente para la guerra con sus opresores, ínterin llegaba la Armada y los demás socorros que el Rey Cristianísimo enviase». Sorprendióse grandemente el astuto y experimentado diplomático oyendo tan explícita petición, y cuidando de no darlo a entender en el semblante, contestó, a pesar suyo, con agitado aliento y balbuciente voz, que creía que el duque de Guisa estaba en Roma de incógnito y por negocios particulares; y que no sabía si, hallándose sin carácter, séquito y aparato de príncipe, le acomodaría ir a Nápoles en aquellas circunstancias y arrostrar las dificultades que podría ofrecer el viaje. Mannara, sin titubear (más diestro entonces que Fontenay), ocultando con gran primor que estaba ya de acuerdo con el duque, repuso que los napolitanos no necesitaban más que de la persona de tan gran príncipe, no de su séquito y aparato, pues hallaría entre ellos uno y otro superiores al del mayor monarca. Y que para asegurar el viaje bastaban las falúas napolitanas, tan prácticas de aquellos mares y tan acostumbradas a burlar los cruceros españoles. Estrechado tan de cerca el embajador, terminó sin afectación la conferencia, prodigando en cuanto pudo agasajos al negociador. Y se encerró en seguida en su gabinete a meditar detenidamente cómo impedir la ida del duque de Guisa a Nápoles sin comprometerse con él, ni con la Corte, ni con los napolitanos.

El barón de Módena, por quien sabemos todas estas menudencias, dice que el marqués tenía deseos de ir a Nápoles, pero que le faltaba resolución; que acaso lo hubiera verificado llegando a tiempo la Armada francesa, y que por esto se opuso en cuanto le fue posible a la marcha del duque. Mas nosotros, registrados otros autores no tan interesados en la empresa del príncipe francés, visto el modo con que éste se portó cuando logró lo que tanto ambicionaba, y examinando imparcialmente su conducta pública y privada antes y después de aquellos acontecimientos, juzgamos que el marqués debió de creer que el duque iba a imposibilitar el triunfo de los napolitanos y a empeorar su causa, con su ligereza y corta capacidad, y a enviar también a la Corte (como sucedió) el deseo de socorrer a la nueva República, por los resentimientos antiguos y modernos de la corona de Francia con la familia de Guisa. Y que por esto, sin duda, se opuso constantemente a que cargasen tan débiles hombros con empresa de tanto peso e importancia. El éxito no tardó en justificar los recelos del previsor diplomático.

Mannara informó sin perder momento al duque de Guisa de su conferencia con el embajador. Y éste, al día siguiente, fue a visitarlo y a referirle la proposición de los napolitanos, sin darle importancia y calificándola más bien de descabellada. Pero el duque le manifestó que no la creía tanto que no fuera aceptable en interés de la Francia. Y que si el deseo del pueblo napolitano era tenerlo en su capital y valerse de sus servicios, estaba muy dispuesto a ir allá a servir al rey y a impedir, a costa de los mayores sacrificios, que el retardo eventual de la Armada diese lugar a imprevistos acontecimientos que privasen a Francia de tan oportuna ocasión para acrecentar su gloria y su poderío. Desconcertóse el embajador con esta declaración explícita, y mucho más cuando el cardenal de Santa Cecilia, que llegó casualmente en aquel momento, reforzó con gran calor los argumentos del duque. El sagaz diplomático no se atrevió a combatir

con un príncipe osado que tan bien sabía disfrazar su ambición con el traje de sacrificio por la gloria de su rey y con un cardenal influyente y hermano de su primer ministro. Y por eludir toda responsabilidad, celebró una consulta, sin aventurar su juicio, con otros cardenales y prelados franceses que estaban en Roma. Y éstos, no tan sagaces como Fontenay, o ignorantes de los antecedentes del personaje y del disfavor en que estaba con la Corte, decidieron por unanimidad que, pues el pueblo napolitano pedía que el duque de Guisa lo gobernara, no debía retardarse el viaje del príncipe, por convenir así a los intereses de Francia.

Regresó Mannara a Nápoles con cartas de Fontenay, muy expresivas y satisfactorias para el generalísimo del pueblo y para la real República napolitana. Y llevó también otras del duque, llenas de pomposas ofertas y de magníficas esperanzas. Su llegada a Nápoles fue en el momento en que Jenaro Annese, aborrecido generalmente por su bárbara grosería, crasa ignorancia e insaciable avaricia, temía un desastrado fin; y lo salvó el entusiasmo general que encendieron las noticias positivas y seguras de tener efectivamente la protección de un poderoso monarca, tan cercanos sus socorros y pronto para ponerse a su cabeza un esclarecido príncipe de su familia, porque, cuidando los partidarios del arcabucero de atribuir a su habilidad y celo tan grandes ventajas, lo rehabilitaron en la opinión de las populares turbas, enajenadas de contento y nuevamente alentadas para continuar la guerra. Annese, viéndose de nuevo asegurado, creyendo en el primer momento que se pondría para siempre a cubierto de las veleidades del populacho trayendo a su lado al duque, se apresuró a que fueran efectivas sus ofertas. Y sin pensarlo mejor despachó de nuevo inmediatamente a Roma al mismo Mannara, con el padre Capece, fraile dominico, y con Aniello de Falco, general de Artillería, para dar en nombre de la real República las gracias al embajador francés, y para rogar al duque de Guisa que se presentase sin demora a tomar el mando supremo de las armas, en los mismos términos que lo desempeñaba en Holanda el príncipe de Orange.

Apenas había partido de Nápoles esta formal legación, y aún estaban casi a la vista las barcas que la conducían con próspero viento, cuando se arrepintió el generalísimo del pueblo de haber obrado con tanta ligereza y precipitación. Pues, o bien porque le abrieron los ojos algunos de sus partidarios, más sagaces que él, o bien porque el instinto de la ambición alumbró a su escaso entendimiento, conoció que le iba a ser imposible mantener superioridad sobre un personaje tan esclarecido, y que pronto sería suplantado por él, volviendo de nuevo a la insignificancia de su vulgar condición y a ponerse al alcance de la venganza de sus muchos enemigos. Asombróle esta idea. Maldijo su inconsiderada resolución. Y anheloso de remedio, consultó sus temores con Francisco Patti, abogado de mucho crédito y hombre de gran astucia y desfachatez. Éste, en lugar de desvanecerlos, como el pobre Annese esperaba, se los aumentó, asegurándole que se había cortado la cabeza y que debía por todos los medios imaginables impedir la venida del príncipe francés. Desesperado el generalísimo del pueblo, y sin más afán que el de conservar su posición a toda costa, se echó en brazos del confidente letrado, rogándole hasta de rodillas que marchase a Roma sin perder un instante, para deshacer con su maña y osadía cuanto hicieran los otros tres comisionados y para poner todos los obstáculos posibles a los intentos del duque de Guisa. Hízose de rogar Francisco Patti, pero al fin se determinó a encargarse de misión tan delicada, de que él mismo redactó las instrucciones. Reducíanse éstas a negociar directamente con el Padre Santo y proponerle o que

conservase para sí la Santa Sede el reino de Nápoles, cuyo dominio directo le pertenecía, o que lo tomase bajo su protección y amparo como República independiente de la tiara, o que concediese la investidura de rey de aquel reino a uno de sus sobrinos. Y en el caso de que el romano Pontífice no diese acogida a ninguna de estas proposiciones, a dirigirse al marqués de Fontenay y manifestarle que Jenaro Annese, el Consejo supremo de la República y los napolitanos de arraigo y de responsabilidad deseaban entenderse sólo con él y con el Rey Cristianísimo. Y rogarle que fuese a Nápoles sin demora a representar a tan poderoso monarca, seguro de que su presencia y su autoridad harían mucho más efecto que la del duque de Guisa, joven inexperto y que sólo había sido deseado, con poco acuerdo momentáneamente, por una parte muy pequeña de lo más despreciable del populacho. De suerte que la misión de Patti abrazaba dos negociaciones, para echar mano de la una, si no tenía buen resultado la otra. Y ambas dirigidas a impedir la venida a Nápoles del príncipe francés, con quien le era imposible competir al villano Jenaro Annese.

CAPITULO XIX

Mannara y sus dos compañeros llegaron con felicísimo viaje a Roma, donde fueron muy bien acogidos por el marqués de Fontenay. Presentáronse en seguida al duque de Guisa, quien, adiestrado, sin duda, por el barón de Módena y otras personas de talento que lo circundaban, y en lo posible lo dirigían, los recibió afectuosísimamente, pero negándose a oír sus proposiciones oficiales sino en presencia del embajador. Por lo que, a instancias de los comisionados, se celebró aquel mismo día una entrevista en el salón del marqués, en que oficial y solemnemente, en nombre de la República, pidieron al duque que se dignase de ir a Nápoles y de tomar el mando de sus ejércitos. El príncipe, siempre bien aleccionado, después de manifestar su gratitud a los mensajeros y de asegurarles de su ardiente deseo de complacer al pueblo que representaban, dijo «que para volar a su socorro sólo esperaba, a fuer de leal súbdito francés, el que se lo mandase el representante de su rey y señor». Apuradísimo se vio Fontenay, conociendo el compromiso y la inmensa responsabilidad en que podía incurrir. Y balbuciendo algunas palabras sin sentido, que manifestaban su turbación, expuso al cabo que no tenía instrucciones bastantes y, por tanto, autoridad ninguna para mandar y dar órdenes a tan alto personaje; pero que tampoco las tenía para poderse oponer a una elección espontánea del pueblo napolitano y de su generalísimo cuando recaía en un príncipe francés; y que no habiendo recibido aún contestación de la Corte de sus últimos despachos, lo único que podía asegurar era que la Escuadra francesa estaba ya navegando la vuelta de Nápoles y que en ella tendría la nueva República el más firme apoyo para asegurar su independencia y su libertad. Bastóle al osado duque esta declaración, aunque tan ambigua; y apoyado en ella, aceptó en el acto el cargo con que Nápoles le brindaba y resolvió partir en cuanto vinieran a buscarlo las falúas.

Contentísimos los comisionados de Jenaro Annese con el buen éxito de su negociación, despacharon por mar y tierra avisos a su capital, pidiendo que viniesen inmediatamente a Fiumicino las barcas que debían conducir al príncipe general.

Loco de contento el duque de Guisa con ver tan cercano el objeto de sus anhelos, mientras preparaba el viaje y buscaba dineros y municiones que llevar consigo, daba incautamente una inconsiderada publicidad a todas las negociaciones, sin recatarlas ni aun de sus más encarnizados enemigos. Y con diez mil escudos, que le proporcionó el cardenal de Santa Cecilia, y con una escasa cantidad de pólvora, que le vendió el duque de Bracciano, se aprestó a la partida. Nombró confesor al padre Capece, ofreciéndole una mitra, y envió a París a un secretario con cartas para su madre pidiéndole fondos y que negociase con la autoridad de su nombre el que no escaseasen los socorros y el que apoyasen con calor los ministros del rey su atrevida empresa.

Cuanto se había trabajado por unos y otros en tan embrollado negocio lo sabía menudamente el conde de Oñate, embajador de España en Roma, y que seguía una activísima correspondencia con Madrid sobre todo lo que ocurría en Italia. Y como sagaz y entendido y gran apreciador de las cosas y de las personas, creyó que la ida del duque de Guisa a Nápoles era la ocurrencia más favorable, dada la situación en que se encontraba aquel reino. Conocía personalmente al joven príncipe y sabía que estaba mirado de mal ojo en la Corte francesa, donde su audacia debía despertar recelos y entorpecer, cuando no imposibilitar, los socorros que, sin estar él de por medio, hubiera dado la Corte de Francia; y no ignoraba tampoco la mala voluntad del marqués de Fontenay, circunstancias todas que, unidas al estado de desorden en que había caído la rebelión y a la envidia y temores que ya se habían despertado en el corazón del villano Annese, debían apresurar forzosamente el descrédito del duque, y con él nuevos acontecimientos, que al cabo proporcionaran el completo triunfo de las armas españolas. Con tales seguridades para lo venidero, fundadas en datos casi positivos, lejos de trabajar contra el duque de Guisa, pensó sólo el diplomático español en allanarle diestramente el camino de su perdición, teniendo siempre al corriente de todo al señor don Juan de Austria y al duque de Arcos, que no se descuidaron, valiéndose de sus muchos confidentes, en preparar el terreno de modo que lo encontrase deleznable y resbaladizo el príncipe aventurero.

Tan feliz como había sido el viaje de los tres comisionados de Jenaro Annese, fue largo y penoso el de Francisco Patti, que llegó cuando el negocio estaba ya resuelto. Empezó, sin embargo, con grande actividad y sigilo sus negociaciones. Mas desengañado pronto de que el Padre Santo no daba oídos a sus propuestas, se acogió a la segunda parte de sus instrucciones, y se dirigió al embajador marqués de Fontenay. Mucho, muchísimo se alegró éste de cuanto le dijo el agente secreto. Pero conoció muy luego que llegaba tarde, y que impedir ya el viaje del de Guisa era punto menos que imposible. Así se lo manifestó a Patti, exhortándole a que fuera a París para tratar directamente con la Corte. Entonces el astuto abogado, consultando, ante todo, su propio interés, creyó que le importaba ya más servir al duque de Guisa que al maestro arcabucero. Se excusó del viaje a París con la falta de medios y de credenciales e instrucciones. Y se despidió del embajador, demostrándole que se resignaba con lo resuelto, supuesto que podía ser en beneficio de su patria. En seguida fue a buscar a los otros comisionados, fingiendo que acababa de llegar de Nápoles para apresurar la partida del duque. Y aún tuvo la desfachatez de asegurarlo así al mismo, con las más bajas y viles adulaciones.

Llegaron en esto a Fiumicino catorce barcas o falúas napolitanas destinadas para el viaje del príncipe. Éste apresuró sus preparativos, y después de mil necias publicidades y de darse una pueril importancia, dispuso su salida de Roma con un aparato triunfal. Llevando la ligereza y petulancia hasta el extremo de pasar con su comitiva y un trompeta delante por la plaza de España y por debajo de los balcones del conde de Oñate, que acaso, al verlo desde detrás de sus vidrieras, desplegaría los labios con la sonrisa de la compasión. Acompañáronlo en varios coches el marqués de Fontenay, el cardenal de Santa Cecilia y otros señores y prelados franceses hasta la basílica de San Pablo, extramuros. Allí se despidieron, prosiguiendo el duque su viaje a caballo hacia el mar, con el barón de Módena y los emisarios napolitanos. Llevando, además, en su séquito al señor de Cerizantes, como representante de Francia nombrado por el embajador, esto es, de espía; a Jerónimo Fabrani, en calidad de secretario, y a Agustín de Lieto, con la de capitán de guardias. Cada falúa no podía contener más que dos o tres pasajeros. El duque entró en una con sólo su ayuda de cámara, y en las otras se repartió la comitiva, dando la vela, con tiempo bonancible, el día 13 de noviembre de 1647, a la medianoche.

Al siguiente, en las aguas de Ponza, descubrieron esta flotilla tres galeras españolas que estaban en acecho. Pero no pudieron darle caza, porque se dispersaron inmediatamente las falúas en todas direcciones; y no conociendo en la que venía el príncipe, no sabían a cuál habían de perseguir, mucho menos desapareciendo pronto todas a favor de la noche oscurísima y borrascosa. En tanto, con destreza suma y sin perder tiempo, la barca en que venía el duque, navegando tierra a tierra y pasando entre las islas Ischía y Prócida, con rumbo a la de Capri, apareció al amanecer en el golfo. Y, aunque acosada por la mosquetería de los botes armados que envió don Juan de Austria a perseguirla, arribó en salvo a la torre del Grecco; de allí se trasladó inmediatamente a la playa del Carmen, recibida por el pueblo con la mayor alegría y entusiasmo.

CAPITULO XX

En punto harto crítico llegó el duque de Guisa, provisto de fantásticas esperanzas, más bien que de efectivos recursos, a ponerse a la cabeza de un alzamiento popular, con más ruidosa apariencia que poderosos medios de conseguir un triunfo glorioso y duradero. El movimiento, que, empezando motín despreciable de muchachos contra la gabela de la fruta, llegó a ser rebelión abierta contra la dominación española, había recorrido en breve tiempo largo espacio, pero por terreno poco firme, y se hallaba desfallecido de su propio esfuerzo. Es verdad que todo el país estaba en armas; pero no conforme ni en la causa ni en el fin con que las empuñaba y esgrimía. Es verdad que ciento cincuenta mil hombres, secundados por la casi totalidad de la población, habían peleado, y peleado con valor heroico y con constancia tenaz, en la capital y en los alrededores; pero este número estaba ya muy disminuido, y era aún más pequeño si se contaba con él para operaciones difíciles y en regla. Y, además, no eran sólo aquellas tropas populares y aquellas masas informes e indómitas del populacho los habitantes de la ciudad. Los vecinos de arraigo, los que vivían o de empleos públicos, o del tráfico, o de la industria, llamados entonces «capas negras», y que componían la clase media del pueblo napolitano, si se alzaron contra los impuestos, o por satisfacer resentimientos personales, o por buscar medio de acrecentar su fortuna, estaban hartos de aquel desorden, disgustados de los excesos del populacho,

desengañados de toda ilusión, deseosos de tranquilidad; y no eran enemigos de la dominación española, creyéndola prenda única de estabilidad y de reposo. La nobleza, que no dejaba de tener poderío y mucho peso en la balanza de los destinos del país, combatía encarnizadamente la revolución. Y tres castillos casi inexpugnables, muchos puntos importantes de la ciudad y el dominio absoluto del mar eran de los españoles. La conmoción duraba y crecía, porque el temor de las «capas negras» a los asesinatos y a los incendios los tenía aterrados y retraídos, sin atreverse a comunicar entre sí y a ponerse de acuerdo por no incurrir en sospecha de los agitadores y porque las escasas fuerzas españolas, aunque ventajosamente colocadas, no tenían poder suficiente para destruir las masas proletarias, ni para inspirar confianza bastante a la clase media, inerte, sí, pero disgustada y numerosa.

La organización misma de la parte militante del país no dejaba esperanza de consistencia alguna. En las provincias no era uniforme; en la ciudad, si bien había la suficiente para pelear, no había ninguna que la constituyese. Y ya creyéndose fiel al rey de España, ya declarándose enemiga de los españoles, ya proclamándose República, ya echándose en brazos de un príncipe extranjero, siempre era una masa de proletarios, de descontentos y de bulliciosos, armada e indomable, con un hombre cualquiera y eventualmente a la cabeza, que la empujaba, más que la regía, y que la tiranizaba o la obedecía humildemente, pasando con rapidez de señor a siervo, y de verdugo a víctima. La rebelión, en fin, del reino de Nápoles, que tanto ruido hacía en Europa, no podía tener por resultado la independencia, porque no tenía fuerzas propias ni físicas ni morales para conquistarla. Sólo con una escuadra superior a la de don Juan de Austria y con tropas de desembarco suficientes para levantar el bloqueo de la capital, uniformar la opinión de las provincias, organizar el país y arrojar, después de largos sitios en regla, a los españoles de las fortalezas, hubiera podido Nápoles cambiar de dominación; pero no constituirse en Estado independiente. Y esta mudanza de mano, si es que era favorable para los napolitanos, sólo podían verificarla los franceses; pero su cooperación era dudosa con la intervención de un príncipe mal visto en la Corte de Francia, temerosa de su exaltación.

Todas estas circunstancias y las reflexiones consiguientes habían ya, como dijimos, arreglado la conducta del conde de Oñate, y marcaron al señor don Juan de Austria y al duque virrey la que debían observar. Así que no vieron en el duque de Guisa más que un aventurero, que si iba por lo pronto a dar calor efímero a la rebelión, iba luego a ser un estorbo para su progreso, y acaso el medio más eficaz de su acabamiento y de su ruina. Y resolvieron mantener a toda costa las posiciones ventajosas de que eran dueños, apretar el bloqueo de la ciudad y esperar a que los desaciertos del nuevo caudillo y el cansancio, desorden y miseria de las masas combatientes dieran el triunfo a las armas españolas.

No pensaba lo mismo el inexperto y arrogante príncipe francés, pues, sin considerar que sólo había traído a la República en embrión una docena de aventureros por todo esfuerzo, siete u ocho mil escudos por todo auxilio y unos cuantos quintales de pólvora por todo socorro, ufano y desvanecido con el feliz éxito de la travesía, con las salvas del torreón del Carmen, con las aclamaciones del populacho, se creía ya libertador de un pueblo oprimido, fundador de una monarquía independiente, árbitro futuro de la suerte de Italia toda. Rodeado de tan lisonjeras esperanzas y de un inmenso gentío que lo vitoreaba, se dirigió a caballo a la iglesia catedral para dar gracias de su feliz arribo al Todopoderoso.

Y en seguida lo llevó consigo Jenaro Annese a su guarida del torreón del Carmen para que allí viviese en su compañía, ínterin se le preparaba más digno y decoroso alojamiento.

No sería, ciertamente, muy agradable para el orgulloso príncipe francés, para el atildado petimetre de París, el verse tratado tan familiarmente por el zafio arcabucero y el encontrarse en su asquerosa manida. Donde, aunque se veían hacinadas por los rincones vajillas de plata y oro, telas riquísimas y otros preciosos objetos robados, había tanta inmundicia, tan pestífero olor, tales harapos y ajuar tan pobre y tan repugnante, que la persona menos delicada no hubiera podido permanecer allí cinco minutos. Aumentaba lo disgustoso de aquel cuartucho la desharrapada esposa del generalísimo del pueblo, que allí, a su lado, desgredada, aunque con un brial de seda que había sido de la duquesa de Maddalone, preparaba en un anafe de yeso la escasa comida de su marido, que iba a ser el banquete de todo un Enrique de Lorena. Y como para dar el último perfil a tan repugnante escena, Jenaro Annese, mientras se acababan de preparar los macarrones, haciendo alarde de confianza con su huésped, se puso muy oportunamente a curar con ciertos ungüentos una llaga pestífera y cancerosa que tenía en una pierna.

Es la ambición la más acomodaticia y doblegable de todas las pasiones. Y el duque de Guisa, conociendo que el indisponerse con Annese, o el desagradarle en aquellos primeros momentos, podría dar por tierra con sus gigantescos planes, se mostró harto contentísimo de aquella grosera familiaridad y repugnante acogida. Abrazó muchas veces al arcabucero, acarició a la cocinera, elogió el albergue franco y la comida sobria, conferenció íntimamente con el generalísimo, procurando desvanecer en él todo recelo de ser suplantado, y hasta se prestó a acostarse con el hediondo jefe popular, pasando la noche a su lado, en un colchón en el suelo, mientras roncaba en otro allí inmediato la señora del castillo. No sabemos si el cansancio de la navegación y las fuertes emociones de la llegada le proporcionaron tranquilo reposo en tan poco digno hospedaje, ni si ensueños de gloria y de poderío revolaron sobre su frente. Las historias de aquel tiempo sólo dicen que pasó la noche vestido y que se levantó al amanecer para recorrer la ciudad.

Cercado de innumerable populacho, que creía ver en el duque de Guisa su libertador, y seguido del temor de los «capas negras», que, ignorantes de los antecedentes de aquel príncipe, creían que estaba detrás de él todo el poder de Francia, fue a reconocer los puestos militares, a revistar las tropas de paisanos armados que tan denodadamente combatían y sobre los que, justo es confesarlo, brillaba la aureola de la constancia y del valor, y a examinar por sí mismo los recursos con que contaba el pueblo rebelde que venía a gobernar. Muchas ilusiones se le desvanecieron aquella mañana viendo con sus propios ojos lo exagerado de las noticias que volaban por el mundo sobre el poder y el porvenir de la rebelión napolitana. Halló, es verdad, una masa de hombres resueltos y armados muy considerable; pero sólo había en ella ocho o diez mil verdaderamente capaces de guerrear en regla. Y cuando él creía encontrarse con todos los habitantes de la capital, y aun de las ciudades de provincia, uniformes en opinión, en deseos, en odio a los españoles, en ansia de libertad, se encontró con que una resoctabilísima clase media permanecía indiferente y disgustada, cuando no hostil, y que era tan numerosa, que con sólo resolverse y querer podía inclinar a su lado la balanza de la fortuna. Vio que en la misma masa militante no reinaba orden ni concierto; que la República no estaba

organizada y constituida, y que era imposible que lo estuviese; que los jefes populares gozaban de escasísimo poderío y de muy efímero ascendiente, y que, aunque abundaban en las filas del pueblo veteranos de bizarría y de arrojo, no había al frente de ellas oficiales expertos, prácticos e inteligentes, capaces de dirigir con tino las combinadas operaciones que aquella guerra requería. Advirtió la falta total de dinero, la escasez completa de víveres, la mezquina provisión de armas y de municiones; finalmente, la imposibilidad de llevar a cabo con aquellos elementos los planes que había concebido en Roma y que lo habían traído a aquel teatro de desdichas.

Pero sin amilanarse, confiando en lo sonoro de su nombre, en los caprichos de la fortuna, en su valor personal, y creyendo, alucinado, que el Gabinete francés no lo abandonaría y que la influencia de su familia podría procurarle tesoros y soldados con que coronar su empresa, se propuso seguir adelante, impertérrito, y aprovechar aquellos primeros momentos de entusiasmo popular para probar la mano, procurando obtener alguna ventaja sobre los españoles que diese gloria a su nombre y que sirviese de buen agüero para las empresas futuras.

Con el objeto de aumentar la consideración del pueblo de Nápoles y del reino todo, y para fortalecer la suprema autoridad militar que iba a ejercer, dispuso el duque de Guisa, o, por mejor decir, hizo proponer a Jenaro Annese, y aprobar a la Junta popular de San Agustín, que se le tomase juramento de fidelidad a la República solemnemente en la catedral. Y que se le entregase allí, con las ceremonias debidas, un estoque bendito en forma por el arzobispo cardenal. Conociendo Filomarino cuánto iba a comprometerle este paso, con que sancionaba la rebelión, se excusó con el mal estado de su salud. Pero un aviso, mejor dicho, una amenaza secreta, que le fue comunicado, de que si no se prestaba de buena voluntad correría riesgo su persona, lo decidió a asistir a la función y bendecir y entregar una espada con que debían ser exterminados los españoles y destronado el legítimo soberano. Acción que lo desacreditó sobre manera con la gente sensata, y que oscureció en gran parte la justa reputación que había ganado con su conducta, ya prudente, ya enérgica, ya arrojada y siempre digna en aquellas difícilísimas circunstancias.

En tanto, el general Tuttavilla consiguió nuevas ventajas sobre el puente de Scafati, deshaciendo, no sin trabajo y después de reñida pelea, unos cuatrocientos caballos napolitanos que salieron de la ciudad para sorprenderlo. Con lo que apretando el bloqueo, pudo rehabilitar las aceñas de la Torre de la Anunciata y enviar algunas harinas a Castelnuovo. Pero no bastaron para socorrerlo, según la necesidad en que estaba. Por lo que le mandó terminantemente el virrey que tratase a toda costa de abrir el paso de la gruta de Posilipo, único camino de recibir bastimentos. Tuttavilla, aunque creía de difícil éxito esta empresa, se preparaba a tentarla. Y dispuso en Puzzoli doscientos buenos caballos, que, reuniéndose con alguna infantería que de la guarnición de Castelnuovo debía llevar a la playa de Bagnoli una galera, intentasen sorprender la gruta. Pero como tuviese aviso por medio de sus confidentes de que el duque de Guisa quería empezar su campaña atacando a Aversa, cuartel general de la nobleza, y luego a Capua, para abrirse el camino de Roma, tuvo que reconcentrar sus fuerzas para impedir esta operación.

Efectivamente, el príncipe francés intentaba acometerla; mas cuando supo el movimiento concéntrico de Tuttavilla, la dejó para más adelante, y pensó sólo en ganar alguna ventaja

notable en la ciudad. Determinó, pues, consultando con los jefes populares, por los que afectaba la mayor deferencia, atacar el puesto de San Carlos de Mortella, para apoderarse luego de las eminencias y acercarse a San Telmo.

El 21 de noviembre dispuso el duque de Guisa, al amanecer, una columna de cuatro mil hombres para verificar la operación, que empezó con muy buenos auspicios. Apoderáronse de los primeros reparos, con muerte de muchos españoles, y se derramaron a saquear e incendiar las casas contiguas. Cargaron sobre ellos don Carlos de Gante y el capitán Fusco con dos compañías de arcabuceros, y los pusieron en grande apuro. Y queriendo la reserva de las tropas del pueblo socorrer a los suyos, se interpuso oportunamente monsieur de Batteville, seguido de don José de Sangro y del príncipe de Tarsis con gente de refresco, y destrozó completamente la columna que subía al socorro de la que estaba ya derramada por la altura, causándole una gran mortandad. Consternóse el pueblo y quedó no sólo frustrada la operación del nuevo caudillo, sino también desacreditado su nombre, y con mal agüero su fortuna.

CAPITULO XXI

Este descalabro y el descrédito del corto séquito con que se había presentado el duque de Guisa, de los ningunos socorros que había traído y de la tardanza de la Armada francesa, empezaron a disgustar a muchos de los hombres del pueblo. E instigados secretamente por los agentes ocultos del virrey y de don Juan de Austria, no dejaron de manifestarlo en plazas y corrillos. Esto obligó a Jenaro Annese aunque no le sonaban mal aquellas hablillas, a dar varias órdenes prohibiendo con severas penas tal desahogo, y al duque a publicar una meliflua proclama, henchida de ofertas y de buenas esperanzas, y a procurar por todos los medios que le había dado naturaleza captarse el afecto del populacho. Achacó la rota padecida a la confusión que ocasionaba la multitud de jefes y cabos que, interpretando a su modo las órdenes superiores, imposibilitaban toda unidad de acción. Y dispuso un nuevo arreglo del paisanaje armado, organizándolo según un nuevo sistema francés. Para esto quiso formar un regimiento modelo, y mandó que cada capitán de utina le diese diez hombres escogidos, con el sueldo de un carlín diario. Y ofreció la misma ventaja a los soldados napolitanos que desertasen de las banderas españolas. Mientras se dedicaba a estos arreglos militares, no se descuidaba en atraerse por todos los medios reservados posibles la adhesión de los «capas negras», dejándoles entrever que iba a enfrenar al populacho y a darles la influencia saludable en los negocios públicos. Y empezó también a procurar que se disminuyese el encono del pueblo contra la nobleza, buscando medios de halagarla y de darle esperanzas del pronto restablecimiento del orden en todo el país. Pero llevando de frente y no sin sagacidad todas estas negociaciones, meditaba al mismo tiempo el plan de apoderarle de Aversa. Y tomaba sus medidas para alejar de ella al general Tuttavilla, que con su columna volante y actividad suma corría de una parte a otra, logrando siempre ventaja en diarios encuentros y continuas escaramuzas.

Por entonces recibió de Madrid el virrey, duque de Arcos, en contestación a sus despachos dando parte de la segunda avenencia celebrada con el pueblo después de la muerte de Masanielo, completa aprobación de su conducta y plenos poderes para un arreglo definitivo y para hacer en nombre del rey todo género de concesiones a los

napolitanos. Y creyendo que esta autorización, la sanción real dada a las capitulaciones hechas y la seguridad de que la obtendrían las que aún se pudieran hacer, abrían nuevo campo a una fácil negociación, imprimió y repartió con profusión la plenipotencia de que estaba revestido, con una exhortación a la paz y con nuevas ventajosas propuestas. El crédito del negociador entra por mucho en el éxito de las negociaciones, y el del duque de Arcos andaba muy por tierra, con la mala fe de sus anteriores tratos, para que pudiese inspirar confianza alguna. Así que, a pesar de sus nuevos y amplios poderes, su nombre solo cerraba la puerta a todo acomodamiento. Siendo la respuesta general a sus nuevas insinuaciones que nadie se fiaba de sus ofertas, ni creía en sus palabras conciliatorias. Desaire completamente personal, reforzado con un bando de Jenaro Annese prohibiendo, bajo pena de la vida, todo trato con el virrey.

Corrido el duque de Arcos, disimuló la afrenta que a su nombre se hacía, y trató de minar al de Guisa y a Annese por otros medios; mientras, el señor don Juan de Austria, convencido de que el reino se perdía, bajo el mando supremo de tan desacreditado y aborrecido virrey, meditaba el modo prudente de quitar este estorbo a la paz y a la terminación de tantos desastres.

El duque de Guisa, persistiendo en su idea de salir a campaña y de acometer a Aversa, reunió la gente popular en San Agustín, y expuso en ella, no sin acierto, y dando a entender que no le era extraña la ciencia de la guerra, que continuar perdiendo fuerzas y tiempo en atacar con éxito o sin él los puestos españoles sería perecer en una lucha interminable; que era preciso llevar la guerra fuera de la ciudad, deshacer el bloqueo para proveerse de bastimentos, animar al país y esperar con ventajas positivas y con una organización estable la Armada francesa, que no podía ya tardar en aparecer, concluyó proponiendo la expedición sobre Aversa, pintándola tan fácil como importante. Grandes y unánimes aplausos recibió por respuesta, y se decidió en la Junta, por voto general, ponerse completamente en sus manos y fiarle sin restricción alguna y sin intervención de nadie el arreglo y ejecución de las operaciones militares.

No agradaba mucho a Jenaro Annese este ascendiente que ganaba el duque; pero tenía que doblegarse a él, mal de su grado, y ayudó a la empresa propuesta con eficacia, por no hacerse sospechoso. El de Guisa organizó con destreza el cuerpo de tropas populares que debían acompañarle a la expedición, y dispuso al mismo tiempo varias oportunas salidas para distraer a Tuttavilla y ocuparlo lejos del verdadero punto de ataque. Pero el activo y entendido general no ignoraba ninguno de sus planes, y se los comunicaba constantemente al virrey. Mas éste no daba gran valor a sus noticias, y lo apretaba sin cesar para que emprendiera la toma de la gruta, creyendo remediar así la miseria que reinaba ya en los castillos, alterando la salud de sus guarniciones.

Preparado todo para el ataque de Aversa, trató el duque de Guisa de nombrar maestro de campo general, altísimo empleo que había querido reservar para su hermano segundo. Muchas ambiciones se pusieron alerta. Monsieur de Cerizantes se lisonjeó de obtenerlo, aunque sólo había venido como espía del marqués de Fontenay, y era completamente ajeno a la carrera militar. También tuvo la audacia de aspirar a él Agustín de Lieto, hombre de nada, y cuyo nombramiento de capitán de guardias había ya escandalizado a Nápoles. Pero lo obtuvo el barón de Módena, buen soldado y leal caballero, que no quiso,

por cierto, recibir la patente de la Junta popular con la firma de Annese, sino expedida y firmada por el mismo duque.

Entre tanto, un bandido llamado Papone se alzó en las inmediaciones de Gaeta con una tropa numerosa, y saqueando y destruyendo los casales en que no había cundido la rebelión, llegó a talar los campos de Capua y a dar cuidado a Aversa, que ya temía ser embestida. Aprovechando esta favorable incidencia y la venida de Pastena de tierra de Salerno con gran golpe de rebeldes a acometer a la Cava y «a caer de nuevo sobre el puente de Scafati, salió el duque de la capital el 12 de diciembre, al frente de cuatro mil peones, quinientos jinetes y seis cañones gruesos, todo con bastante orden y buen ánimo, pero con escasas municiones; y se dirigió a San Giuliano, casal de mucha importancia, situado ventajosamente entre Aversa y Nápoles. Apoderóse de él sin dificultad y extendióse al de Santantimo, poco distante. El barón de Módena, con tanta actividad como inteligencia, pensó inmediatamente en fortificar ambos puntos, pues teniendo los nobles mucha y buena caballería y pocos infantes, era necesario ponerse a cubierto de un rebato.

El general Tuttavilla, avisado a tiempo de la salida en campaña del duque, dejó reforzado el puente de Scafati, avisó a Castellamare para que saliera su escasa guarnición a detener a Pastena y revolvió al socorro de Aversa, llegando oportunísimamente.

El príncipe francés, aprovechando la ocupación del barón con las obras y reparos que dirigía, trató de entablar, contra su dictamen, hablas secretas con los de Aversa, para mostrar a los nobles su buena voluntad. Y solicitó una entrevista con algunos de ellos, lo que no tardó en conseguir. Cuando lo supo el leal y entendido consejero, le manifestó que era muy aventurado el paso que iba a dar, no por desconfianza de los nobles napolitanos, incapaces de felonía, sino por la sospecha que iba a despertar en el pueblo y por el partido que podía sacar el envidioso y enconado Jenaro Annese. El duque recibió con ceño estas juiciosas observaciones del único hombre que lo seguía con verdadera lealtad y puro interés, y llevó adelante su poco meditado plan.

Ajustada la conferencia, se señaló para celebrarla el convento de Capuchinos, que está entre San Giuliano y Aversa; y se pactó que cada parte llevaría sólo nueve hombres de séquito. Al día siguiente, por la mañana, llegó el primero al puesto marcado el duque de Andría, en nombre de los de Aversa, con sus nueve caballeros; y minutos después llegó el duque de Guisa con otros nueve, entre los que iban el barón de Módena, que no quiso dejar solo al príncipe, y algunos oficiales napolitanos. Al avistarse se adelantó a galope el de Andría, y lo mismo hizo el de Guisa; y después de saludarse cortésmente, echaron ambos a un tiempo pie a tierra y se abrazaron. Visto lo cual, se apearon y acercaron ambas comitivas, mezclándose sin recelo y con notable cordialidad. Conferenciaron los dos duques largo tiempo en la celda prioral, tratando el francés de persuadir a la nobleza que dejara la causa de España y se adhiriese a su servicio, y contestando el napolitano que jamás dejarían los nobles las armas en defensa del rey legítimo, a quien habían jurado fidelidad. Con lo que, sin adelantar nada, se retiraron, satisfechos uno y otro de la cortesanía, lealtad y honra, con que por ambas partes se había celebrado la entrevista.

El historiador De Santis, a quien no hemos perdido de vista en el curso de esta historia, dice que esta habla se tuvo después del ataque del puente de Frignano (que luego

referiremos). Y que la procuró y ajustó el general Tuttavilla, con la intención de apoderarse traidoramente de la persona del duque, si no se prestaba a retirarse del reino. Y añade que el temor de la Escuadra francesa, que llegó el mismo día, impidió el atentado. Pero el barón de Módena, que no pierde ocasión de denigrar a los españoles y a sus partidarios, y que como maestro de campo general y confidente íntimo del príncipe francés debía estar al corriente de cuanto pasaba, y que, como hemos dicho, asistió a la conferencia, la refiere como ocurrida antes de la tal jornada de Frignano y del arribo de la Escuadra francesa, y no indica la menor sospecha sobre la buena fe y caballerosidad de los señores de Aversa y del general Tuttavilla, a quien siquiera nombra en esta ocasión. Ni es de creer que tan esclarecido general, y caballeros de tanta estima como lo son y lo han sido los napolitanos, pensasen en tan indigna superchería. O estuvo De Santis mal informado, o un resentimiento personal le hizo acoger como cierta la sospecha de algún malicioso, o una hablilla vulgar y despreciable.

Sucedió como lo había previsto el barón. Jenaro Annese y muchos de los jefes populares le escamaron con esta conferencia. Y no tuvieron que hacer poco el duque y sus partidarios para remediar el daño, rectificar la opinión de las turbas, contener las murmuraciones de la soldadesca y restablecer la confianza y la disciplina.

Pocos días después, avisado el duque de Guisa de que en el casal de San Cipriano, había un considerable almacén de grano, envió las compañías de Giaromo Rosso a apoderarse de él. Este movimiento alarmó a Aversa, y salieron de ella mil quinientos caballos con dirección a San Giuliano. Estaba comiendo el duque cuando recibió el aviso de los puestos avanzados, y, montando a caballo, mandó al barón que pusiera las tropas a punto de defender el cuartel general; al señor Yznards, que con la infantería de Santantimo saliese a sostenerle, y voló con la caballería al encuentro de la de sus enemigos, que en buen orden se aproximaba. Pasado el puente de Frignano, decidió la carga, y las compañías de su guardia la dieron con intrepidez; pero los nobles las arrollaron de tal modo, que se pusieron en desorden los escuadrones que las sostenían. El duque, en aquel conflicto, se portó con la bizarría que distingue y ha distinguido siempre a los príncipes franceses, y haciendo prodigios de valor, trató de rehacer a los suyos; pero lográndolo tan imperfectamente que era imposible el sostenerse, mandó tocar a recoger, y dispuso la retirada por el puente de Frignano, paso dificultoso, y en el que se temió una completa derrota, porque la caballería de la nobleza le apretaba muy de cerca. El barón de Módena había provisto a su seguridad, pues sin decirle nada había emboscado la infantería en unas casas hundidas y espesos matorrales que cubrían la entrada del puente. Y saliendo al proviso con ellas sostuvo allí la retirada del príncipe, conteniendo con notable descalabro la caballería de Aversa. Del séquito del duque quedó prisionero el señor de Orillac, vilmente asesinado luego por un cobarde; pero los nobles napolitanos le hicieron unas magníficas exequias, para dar un testimonio público de que no habían tenido parte en aquel crimen, y de que, como buenos, sabían honrar el valor de sus enemigos.

Este reencuentro, aunque tan desgraciado, dio mucha nombradía al duque, por la brillante muestra que dio de su valor personal. Y desmintió completamente las hablillas y las sospechas nacidas de su conferencia con el de Andría.

Seguía, pues, en su cuartel general de San Giuliano, extendiéndose por los casales que circundan a Aversa, esperando para embestirla que Papone acabase de interceptar el

camino de Capua, y que Pastena llegase con las fuerzas de Salerno, cuando recibió aviso de Jenaro Annese de estar a la vista la Armada francesa. Noticia que le enajenó de gozo en el primer momento, pero que, reflexionando luego, lo dejó suspenso y discursivo.

Efectivamente, el 18 de diciembre de 1647, al amanecer, aparecieron en el golfo de Nápoles, y fondearon luego en la punta de Posilipo, veintinueve naves gruesas con cuatro mil hombres de desembarco y cinco brulotes. Mandaba estas fuerzas el duque de Richelieu, y le acompañaban el comendador de Goutes, el bailío de Valance y otras personas de cuenta, que venían voluntarias a la expedición. La Armada española, casi desmantelada y desprovista de tripulación, se hallaba dividida en tres distintos puntos: en Baya, donde estaba el señor don Juan; en el puerto de Nápoles, al abrigo de los castillos, con Gianetin Doria, y en Castellamare, adonde habían ido algunos bajeles para guardar la costa. Y si la Escuadra francesa la hubiese atacado, así dispersa y desapercibida, y sin tener en ninguno de los tres puntos fuerzas suficientes para resistir, habría sido, sin duda alguna, destruida. Y el no haberlo hecho fue cosa tan de bulto que maravilló a todos, dando a los napolitanos suspicaces muy mala espina del intento de aquellas fuerzas auxiliares.

Dado fondo, trataron los franceses de reconocer la punta, para verificar el desembarco. Y después de recibir a bordo a los comisionados del pueblo, que fueron a cumplimentar al almirante con gran cortesía, al despedirlos les manifestó éste que estaba dispuesto a enviar guarnición de sus tropas al torreón del Carmen. Desconcertó esto sobre manera a Jenaro Annese, siempre temeroso de perder un ápice de su autoridad. Y reuniendo la Junta popular, presentó la proposición, sin apoyarla ni contradecirla. Pero los amigos del arcabucero, ayudados, sin saberlo, por los agentes del virrey y por los «capas negras», pusieron tan diestramente en juego la desconfianza que había inspirado el que la Armada francesa en cuanto llegó no hubiera empezado su ayuda a la República por destruir la Armada española, que resolvió casi por unanimidad oponerse a que los franceses guarneciesen la ciudadela del pueblo. Desabrido el de Richelieu con esta repulsa, no verificó tampoco el desembarco en la punta de Posilipo. Sólo saltó en tierra, con escaso acompañamiento, el abate Baschi, familiar del cardenal de Santa Cecilia, para ir a San Giuliano a visitar al duque de Guisa.

Llegó sin contratiempo, fue recibido con mucho júbilo y regresó a los bajeles después de una larga y secreta conferencia. No sabemos lo que en ella pasó, pero quedó de ella tan desconcertado el duque, que prorrumpió imprudentísimamente en público en groseras injurias a Francia, a su Gobierno y a su almirante, con palabras y acciones de frenético. Traía orden el de Richelieu de entenderse sólo con Jenaro Annese y de ponerse en todo a su disposición, sin que en las instrucciones se mencionase, ni aun por incidencia, al duque de Guisa. Y aunque el prudente barón de Módena procuró calmarlo y aconsejarle lo que más convenía, el acalorado mancebo, sin oír más voces que las de su resentimiento, resolvió impedir por todos los medios posibles el desembarco de los franceses, a quienes ya detestaba como enemigos, y dar a conocer al Gobierno de Francia que se engañaba miserablemente dando importancia al ignorante y vil maestro arcabucero, y en no darla a un príncipe ilustre de su nación. Decidido a todo, para desembarazarse de los juiciosos consejos del barón, lo envió bruscamente a continuar el sitio de Aversa, y marchó precipitado a Nápoles con su capitán de guardias Lieto y con su

consejero áulico Agustín de Millo, letrado que estaba de acuerdo con el virrey y que era el que trabajaba con más empeño para indisponer al príncipe con el barón.

CAPITULO XXII

Informado el duque de Arcos de cuanto había hecho y dicho tan indiscretamente el de Guisa y del proyecto que a Nápoles los traía, vio el cielo abierto, y que la suerte propicia le proporcionaba el medio más oportuno de alejar la Armada francesa, que lo había puesto en extremo cuidado. Y antes que llegase a la ciudad el irritado y poco sesudo príncipe, puso en juego sus artes habituales. Circuló con tanta rapidez sus instrucciones a los «capas negras» y preparó el terreno con tanto acierto, que la recepción del duque francés tuvo toda la apariencia de un verdadero triunfo, y jamás el entusiasmo pareció más general. El letrado Agustín de Millo, y los otros, que adulando al incauto mancebo, pérfidos, lo vendían, aprovecharon su desvanecimiento para hacerle creer que el pueblo no quería más jefe que a él, y que para nada necesitaba de franceses ni de escuadra sospechosa por no haber destruido la española, como tan fácil le hubiera sido.

Hinchado con tales obsequios y lisonjeado con tales insinuaciones, reunió el duque de Guisa la Junta popular, y pidió en ella determinado el mando supremo, acusando a Annese de querer entregar el torreón del Carmen al almirante Richelieu, que podía estar de acuerdo con los españoles para atacar la independencia de la República. Entablóse acalorada discusión. Pero los esfuerzos secretos de los «capas negras» y los públicos y descarados del padre Capece, de José Palumbo, de Grazullo de Rosis, de Carlos Longobardo y de otros jefes populares, allanaron la pretensión del príncipe francés. Y fue proclamado el 23 de diciembre «duque de la República napolitana y defensor del Estado». Despechado Jenaro Annese, montó en un caballo y recorrió los barrios bajos, gritando: «Que el jefe que proclamaba la Junta los iba a vender a los nobles, con los que estaba de acuerdo.» Pero como el zafio, cobarde y codicioso arcabucero no había sabido más que hacerse enemigos, no encontró eco ni amparo en parte alguna, y confuso y ahogado de impotente rabia se encerró en su torreón. El duque, envanecido con su fácil victoria, avisó de ella, como por desprecio, a Richelieu y recorrió las calles de la ciudad, recogiendo aplausos de la multitud y llegando de cuando en cuando a sus oídos los lisonjeros acentos de «¡Viva nuestro rey!» El historiador De Santis asegura que fue aquel día proclamado dux, como el de la República de Venecia; pero ningún documento hemos visto que lo indique, y el barón de Módena y otros autores sólo refieren que le fue conferido el título que dejamos mencionado.

Jenaro Annese, en su torreón, podía muy bien haber desconcertado la ufanía y fantásticos proyectos del ambicioso mancebo, entregando aquella fortaleza a los franceses o a los españoles; pero incapaz de resolución en que necesitase de habilidad o de valor, tomó la de enviar humildemente su sumisión al nuevo jefe del Estado. Con lo que quedó el duque reconocido sin contradicción en Nápoles como la suprema cabeza de la soñada República, recibiendo en seguida la adhesión y felicitaciones de Pastena, Papone y demás jefes de bandas populares de las provincias limítrofes.

Entre tanto, la Armada española, aprovechando una oscurísima noche, con ágiles maniobras y sin ser sentida, se reunió en Baya. Lo que, advertido al amanecer por la francesa, trató de embestirla. Púsose a la vela Richelieu para verificarlo, pero teniendo en contra el viento lebeche, que soplabá recio, se dirigió a Castellamare, donde encontró en el valiente Caraffa gallarda resistencia, causándole notable daño la artillería de tierra, por lo que dio fondo fuera de su alcance. El día 22 fue la Armada española reorganizada lo mejor posible con actividad e inteligencia por el señor don Juan, la que atravesando el golfo hizo rumbo contra la francesa. Viéndose ésta embestida, levó anclas y salió al encuentro. Ya comenzaba el combate, que era ciertamente de éxito muy dudoso, cuando una violenta turbonada, que levantó mucho mar y causó averías en unos y en otros, lo imposibilitó. Los franceses se vieron obligados a salir del golfo, pasando con gran peligro por entre la punta de la Campanella y la isla de Capri, y los españoles fondearon, después de larga brega, al abrigo de los castillos.

Creyéndose el duque de Guisa ya seguro en la soberanía de Nápoles y animado con las noticias de las ventajas conseguidas por Papone sobre Teano, por Pastena en el puente de Scafati y por el barón de Módena en las inmediaciones de Aversa, miraba las fuerzas navales francesas como enemigas, y al verlas alejarse se llenó, ¡insensato!, de júbilo, prorrumpiendo sin reserva en los mayores dieterios contra Francia en general y contra el duque de Richelieu, el marqués de Fontenay y el cardenal Mazarino.

Pasado el temporal, volvió a aparecer la Armada en el golfo el día 27; salió a su encuentro la española, trabóse combate, pero flojamente y sin suceso decisivo, y fondeó el duque de Richelieu detrás de Nisida. Desde allí pidió socorro de víveres al de Guisa; éste le respondió secamente que Nápoles los necesitaba, con lo que desabrido el almirante y sabedor de las bravatas y fieros del desvanecido príncipe, dio la vela y desapareció, llevándose además un bergantín cargado de grano que venía para los rebeldes. Esta brusca partida contentó mucho al duque de Guisa, sin conocer que aseguraba el triunfo a los españoles. Pero los napolitanos, que ignoraban las pasiones de unos y de otros, los manejos ocultos y las verdaderas instrucciones que tenía la armada del Rey Cristianísimo, quedaron atónitos y desanimados viendo partir aquellas fuerzas que con tanto empeño habían solicitado y en las que habían fundado, con razón, todas sus esperanzas. Así, pues, quedaron realizados los sagaces cálculos del conde de Oñate, del duque de Arcos, de don Juan de Austria y los deseos de cuantos tenían verdadero interés por la corona de España.

Libre el duque de Guisa de tan importunos testigos, dio rienda suelta a su ánimo jactancioso, a su propensión al lujo y vana pompa y a su debilidad por el bello sexo. No descuidaba, es verdad, la guerra, con exceso tal vez; pero hablaba mucho y con escasa discreción; ostentaba un boato que contrastaba con la miseria pública y hacía descaradamente, sin pudor ni miramiento, la corte a la hermosa viuda del desdichado Toraldo y a una hermana de su capitán de guardias Lieto. Éste y el licenciado Millo, que eran sus íntimos favoritos, ostentaban también un lujo insultante. Y echaban mano para sustentarlo de los más sórdidos manejos. Todo esto causó el efecto natural en el pueblo, y el mismo duque de Richelieu, antes de ausentarse la última vez, tuvo a bordo mensajeros secretos para hacerle saber aquellos excesos y escándalos, y que la nación no quería tal

jefe. Y después marcharon con gran sigilo comisionados a Roma para quejarse al marqués de Fontenay de la depravada conducta del duque.

Mientras éste se lisonjeaba ciego de ceñir pronto una corona, que alejaba de sus sienes con su poco tacto y liviano proceder, su fiel amigo y leal servidor, el barón de Módena, trabajaba para proporcionársela y darle triunfos que contrabalanceasen sus desaciertos. Y aprovechando las ventajas conseguidas por Papone y por Pastena, apretó con tesón la ciudad de Aversa. Hallábase ya en ella en grande apuro el general Tuttavilla, pues con sólo la caballería de la nobleza, muy mermada, era imposible defenderla. Pidió socorro de infantería al virrey, pero éste no tuvo de dónde enviársela, y se contentó con excitarle a resistir con firmeza todo ataque. Mas viéndose aquel valiente y entendidísimo militar estrechado muy de cerca, que empezaban a ser distintos los pareceres de los nobles, cuyas eran las fuerzas con que contaba, y que algunos de ellos, como lo hizo el duque de Maddalone, se retiraban sin contar con él, llevándose su gente, convocó un Consejo de guerra, donde, leídas las órdenes del duque de Arcos, expuestos los medios de defensa y debatidas las probabilidades de su éxito, se acordó, por mayoría, como consta del acta de aquella reunión, que tenemos a la vista, abandonar a Aversa y marchar a reforzar la guarnición de Capua, plaza mucho más importante y necesitada de gente que la defendiera. Ejecutóse inmediatamente aquella misma noche esta resolución; pero no con tanto orden como hubiera sido de desear y con precipitación tan grande que quedaron abandonados graneros inmensos atestados de trigo y forrajes. El barón de Módena ocupó la plaza al amanecer, viéndola abandonada; se apoderó de todos los repuestos, picó la retaguardia de los fugitivos y avisó al duque sin pérdida de momento. Marchó éste en persona inmediatamente a tornar posesión de tan importante conquista. Y, o ya que miró con envidia al hábil general que la había conseguido, o ya que, ufano y envanecido con haber depuesto a Annese y alejado a Richelieu, le ofendieran los buenos consejos del amigo, o porque el veneno que habían derramado en su corazón los nuevos pérfidos confidentes había hecho su efecto, trató al barón de Módena con un despego, con una altanería, con una ingratitud tan ajenas de aquel momento, tan en disonancia con el importante servicio que acababa de hacer a su causa y manifestadas con tan poco miramiento a la vista de todos, que quedó el vencedor de Aversa harto humillado y ofendido.

El general Tuttavilla logró con dificultad suma llegar a Capua: tan grande fue el desorden de la retirada. Y entró en ella casi solo. Los barones, roto el freno de la obediencia, como suele acaecer en los desastres, se dispersaron con sus fuerzas indisciplinadas. Y unos se derramaron a guerrillear por su cuenta, otros se dirigieron a sus tierras sublevadas para ver si las podían hacer entrar en razón, y otros, acercándose a Nápoles, entablaron comunicación con el virrey. Éste puso en Consejo de guerra al valiente y desgraciado general, y nombró para sustituirlo a don Luis Podérico, que, con algunas compañías de infantería y unos cuantos caballos borgoñeses, marchó en una galera a la boca del Volturno para trasladarse a Capua.

CAPITULO XXIII

Aunque alejada la Escuadra francesa, estaba verdaderamente perdida la rebelión napolitana, nunca en apariencia se vio más boyante ni había contado con tan grandes ventajas. El ejército formado por la nobleza, respetable en caballería, estaba disperso. Papone, dueño de Sesa, Fondi e Itri, y engrosada considerablemente su banda, señoreaba un extenso territorio, sin dejar salir a los españoles de Capua y de Gaeta. Pastena, después de haberse apoderado del puente de Scafati, había vuelto triunfante por nuevos refuerzos a Salerno, y era dueño absoluto de tan importante ciudad. Con la toma de Aversa y de sus abundantes graneros, debía reinar la abundancia en Nápoles. Las primeras capitales de las provincias reconocían ya la suprema autoridad del duque de Guisa, seguían armadas y hacían continuas correrías contra los castillos que aún conservaban los barones o que aún estaban por el rey de España, con lo que la guerra era continua, general y encaminada al mismo fin en todo el reino. Y hasta la importante persona del duque de Tursi, consejero y director de don Juan de Austria, estaba en Nápoles prisionera, víctima de un exceso de noble arrojo o de ciega confianza. Pero el duque de Guisa, con su ligero e inconsiderado comportamiento, desperdió el fruto que podían haber producido tan felices coincidencias. Pues creyéndose ya sin enemigos de ninguna especie o, por mejor decir, derrotados todos, se entregó a rienda suelta a sus pasiones, manifestó abiertamente su envidia a todo género de mérito e hizo imprudente alarde de sus costumbres relajadas y licenciosas, con lo que apresuró su perdición y la de la causa que tan ligeramente y con tan fantásticos planes había abrazado. Descuidó el sitio de Capua, donde por falta de dinero se insubordinaron las tropas, padeciendo el honrado barón que las mandaba serios descalabros. Desaprovechó el recurso de los graneros de Aversa, entregándolos a la codicia de logreros, con lo que no remedió, sino aumentó la carestía de Nápoles. Y por más que los hombres sensatos de la revolución, que deseaban consolidarla asegurando la independencia nacional, le instaban para que organizase la República y le indicaban el modo de hacerlo pronto y del modo más conveniente para el país, persistió en permanecer él solo a la cabeza de la sublevación desorganizada, obrando según su capricho y como absoluto déspota sin regla ni concierto.

Por aquellos días recibió don Juan de Austria pliegos de España con poderes amplios para hacer todo cuanto considerase necesario para acabar con la rebelión y para asegurar el dominio de Nápoles, y ofreciéndole pronto socorro. Y trató de corresponder dignamente a esta confianza de su padre y de su rey. Divulgada la noticia, que oyó con imbécil desprecio el duque de Guisa, aunque debió haber conocido que había hecho gran mella en los napolitanos, Jenaro Annese y su partido, por un lado, y por otro los «capas negras», que ya conocían que Francia había levantado la mano, manifestaron muy reservadamente al príncipe español que no le sería difícil concertar un ventajoso acomodo, como no interviniese en él el virrey, cuyo nombre era odioso a la nación. También los barones que guerreaban en distintos puntos se pusieron de acuerdo entre sí y le enviaron un mensajero rogándole que tornase el virreinato y alejase al duque de Arcos, con lo que podría lograrse fácilmente, en una avenencia, el fin de tantas calamidades.

Don Juan, de ánimo generoso y benigno y ajeno de toda ambición, resistía el despojar a una autoridad legítima para ponerse en su lugar; pero apretado por todas partes y convencido de que el odiado duque era un obstáculo invencible para la deseada pacificación, juntó un numeroso consejo en Castelnovo. Discutióse en él detenidamente si era o no posible tranquilizar el reino bajo el gobierno del virrey; si convendría o no

destituirlo, y si el príncipe, en virtud de sus poderes, podía o no verificarlo y tomar su lugar. Los tres puntos, después de largo debate y de razones de mucho peso, expuestas por las distintas opiniones, se decidieron por considerarle mayoría de votos en contra del duque de Arcos, el cual resignó allí mismo su autoridad y entregó el bastón, despedido al considerar que otro iba a coger el fruto de su obstinada paciencia y de su lentísima astucia. Pues menester es confesar que si su debilidad, imprevisión o falta de energía primero, y luego sus imprudentes arrebatos, pusieron las cosas a punto de perdición, su constancia inflexible en los reveses, esperándolo todo del tiempo, y su funesta habilidad, no envidiable, en atizar rencores, encender pasiones y desunir, sin reparar en los medios, los ánimos de sus enemigos, tenían ya inminente la completa ruina de todos ellos y el triunfo seguro de las armas españolas. Despojado, pues, del mando y sustituido en él por un príncipe de sangre real y de altas esperanzas, partió, el 28 de enero de 1648, en una galera para Civitavecchia, llevándose tras sí la maldición de todo el pueblo. Pero, sea dicho en elogio de su probidad, tan pobre, que tuvo que buscar prestado el dinero indispensable para los gastos del viaje.

Tomó el señor don Juan el título de virrey interino. Publicó en Nápoles y esparció en el reino una proclama escrita con mucho tacto, que hizo un efecto maravilloso, y despachó a Madrid un correo con relación circunstanciada de lo acaecido. Y pocos días después, o para demostrar lo seguro que estaba de recobrar el dominio de la ciudad y del reino todo, o porque realmente fuese deplorable el estado de la Armada, determinó privarse de su apoyo y de un medio de retirada, y la envió a Puerto Mahón.

No dejó de inquietar al duque de Guisa aquel cambio, y trató de ganarse a toda costa al duque de Tursi, tan influyente en el ánimo del nuevo virrey, y a quien como hemos apuntado tenía prisionero y no muy generosamente tratado. Mas habiéndose estrellado su plan en la entereza del noble anciano, despreciador de halagos y de amenazas, de palabras blandas y de groseros insultos, determinó ganar con las armas en la ciudad ventajas tales, que aumentarían su prestigio y deshicerían las esperanzas que empezaban a fundarse en el príncipe austriaco. Reunió un cuerpo escogido de tres mil hombres y atacó con él vigorosamente el arrabal de Chiaja y su ribera. Apoderóse, sin gran resistencia, del torreón de Piedigrotta, y en seguida de la iglesia de San Leonardo, sobre el mar, y se derramaron los vencedores a saquear y ejercer todo género de violencias en los habitantes de aquel barrio, poco entusiasta de la rebelión. Orgulloso el duque con esta victoria, quiso embestir a Puzzoli, pero volvieron de allí sus tropas escarmentadas.

El señor don Juan, con prudencia muy superior a sus años, anudó diestramente las negociaciones rotas por culpa de su antecesor, tanto con Jenaro Annese cuanto con los «capas negras». Y no se descuidó en comunicar órdenes a los barones que obraban fuera de Nápoles para que se reunieran de nuevo, con lo que algunos vinieron disfrazados a tomar personalmente sus órdenes y a ponerse completamente a su disposición.

Los tratos secretos entre los populares descontentos y el nuevo virrey empezaron a abrir camino a un arreglo, y aun se cruzaron proposiciones no desatendibles. Aquéllos pedían la ocupación de uno de los castillos, la intervención en la elección de autoridades y la facultad de enviar embajadores a Roma, bajo cuya protección se había de hacer el ajuste. Éste contestaba que el pueblo ocuparía los muros y puertas de la ciudad y conservaría el torreón del Carmen, que intervendría en el nombramiento de funcionarios públicos,

exceptuándose el de virrey, el de general de la armada y el de gobernador de los castillos, y que podría enviar comisionados a la corte pontificia. Pesábanse secretamente estas demandas y estas concesiones, cuando algunos favorables sucesos vinieron a reforzar el prestigio del príncipe español. Pues si tuvo el descalabro de que las galeras *San Francisco de Boria* y *Santa Teresa* fueran entregadas al pueblo por las chusmas, que se rebelaron y asesinaron a los cómitres y oficiales del mar, el príncipe de Rocarromana sorprendió y derrotó a Papone, libertando su pesado yugo la Tierra de Labor y restableciendo la comunicación entre Capua y Gaeta, y el duque de Bovino, en un reñido encuentro, destrozó a Pastena en el momento que marchaba apoderarse sin dificultad de Castellarnare y de la Torre de la Anunciata.

Estas ventajas, adquiridas por las armas reales, consternaron a los rebeldes. Y viendo que no estaban contrapesadas con la toma de Aversa, pues que no se había remediado con ella el hambre de la ciudad, y reconociendo ya todos el error de haber rechazado los socorros de la Armada francesa, fue universal el despecho y el abatimiento. Aprovecháronse grandemente de él el villano Jenaro Annese, los ardientes partidarios de la soñada República y los afectos a la paz a toda costa y a los españoles, reuniéndose, como siempre acontece en ciertas circunstancias, los distintos partidos pequeños, aunque opuestísimos entre sí, para destruir al dominante, y lisonjeándose cada cual de que, quitado el estorbo, supeditarán luego a los otros sus aliados, triunfando sus ideas y sus peculiares intereses. ¡Error gravísimo y común en todas las disensiones civiles!

El duque de Guisa, llena la cabeza de viento, confiado siempre en sus propios recursos y abandonado en brazos de infames favoritos, era el único en Nápoles que no conocía los peligros de la situación. Y creyéndose con más fuerzas de las que realmente tenía, y contando siempre con el prestigio de su nombre, sin ver que andaba ya por tierra, determinó una embestida general y simultánea a todos los puntos de la ciudad ocupados por los españoles, jactándose de que en un momento y de un golpe iba a apoderarse de toda ella. Opúsose a este descabellado proyecto el barón de Módena, que, aunque ofendido y desairado por su príncipe persistía, a fuer de leal, en aconsejarle, y le manifestó, con sólidas razones, que la operación era de éxito muy dudoso, y que lo que convenía era estrechar a Capua y apoderarse de ella a toda costa. Pero el presuntuoso mancebo despreció sus avisos y preparó el ataque, sin recatar de nadie su plan ni reservar las instrucciones dadas a los distintos jefes que debían ejecutarlo, con lo que el príncipe virrey tuvo lugar de prepararse, de reforzar los puestos y de asegurar el éxito para sus banderas.

Dispuso todo a medida del capricho del duque francés, que recibió de refuerzo para aquella jornada un número inmenso de bandidos que vinieron a su llamamiento y de los restos de las tropas del derrotado Pastena, señaló el día 12 de febrero para el ataque general. Repartió la masa de tropas populares, no mal organizadas, en divisiones de dos y de tres mil hombres, mandadas por los jefes más expertos y animosos, quedándose él con una numerosa y escogida reserva en San Lorenzo. Prontas las columnas en sus puestos respectivos, y bien aleccionados los jefes, se dio la señal de arremeter, y cada una por el camino trazado de antemano, se arrojó, denodada, sobre el puesto español, cuya expugnación le estaba encomendada, con lo que fue en un momento general el combate por toda la ciudad. Duró todo el día y gran parte de la noche, furioso y encarnizado. Y

aunque el orden y el ímpetu de la acometida hubieran honrado al ejército mejor disciplinado y más valeroso, la defensa fue tan resucita y gallarda que ni un solo puesto donde ondeasen las enseñas españolas fue ganado por el pueblo. Y siendo tan desigual el número de los defensores, que cada uno de ellos tenía que pelear a la vez con diez asaltantes, quedó la victoria por las armas del rey, siendo increíble el destrozo de las masas populares, que dos, cuatro y seis veces volvían como perros rabiosos a las estacadas y parapetos, inexpugnables por el esfuerzo heroico de los españoles. Pues lució tanto aquel tremendo día, que el mismo barón de Módena, sobrio en elogiarlos, dice en sus memorias como testigo de vista: «El valor de los españoles adquirió muchos grados de gloria en tan importante jornada.»

Día de luto y de consternación fue para la angustiadísima ciudad el que siguió a tan horrenda matanza. Sangre y sangre napolitana corría por los arroyos de las calles, y lágrimas amargas por los rostros de sus habitantes. Cuál buscaba al amanecer, entre los montones de muertos horrendamente heridos y mutilados, el cadáver de un padre, quién el de un hijo o un hermano, aquélla el de un esposo o un amante, otros los de sus amigos y protectores, y todo era confusión y despecho, y los alaridos de las viudas, de los huérfanos, de los ancianos, resonaban en aterradora armonía.

Furioso el duque de Guisa, culpando, con bien poca razón, de cobardes y de traidores a los jefes de las columnas, recorrió a caballo la ciudad, oyendo en toda ella gritar a los afligidos grupos: «¡Paz, paz queremos!», y no pocas veces ni en pocas partes: «¡Viva el rey de España!» Exclamaciones que le pintaban el estado de los ánimos, el abatimiento de las turbas y el deseo general de reposo a cualquiera costa. Y para aumentar la desesperación de Nápoles y completar el día, los bandidos que habían venido a tomar parte en tan desastrosa facción, y que pasaban de cinco mil, pidieron descaradamente la recompensa ofrecida. El duque, por contentarlos, no pudiendo cumplir su oferta, les dio una escasa suma de dinero, con lo que enojados aquellos facinerosos, aprovechando del luto y desfallecimiento general, atacaron y saquearon antes de salir de Nápoles el barrio de San Antonio, sin que nadie se lo pudiese estorbar.

Nuevas proclamas del duque y nuevos esfuerzos de sus partidarios calmaron poco a poco tan aflictiva situación; renacieron esperanzas de pronto regreso de la Armada francesa, suponiendo que había ido a la isla de Elba a recoger más tropas de desembarco. El bandido Papone volvió a aparecer en las inmediaciones de Capua, repuesto de su derrota. Y un numeroso cuerpo rebelde, mandado eventualmente por un francés aventurero, consiguió una señalada victoria, sorprendiendo otro de tropas napolitanas leales, mandadas por el marqués de Salsa, el de Buonalbergo, don Pedro Espínola y otros caballeros que pelearon como buenos y murieron desastrosamente. Tantas ventajas animaron mucho a los populares, haciéndoles olvidar la pasada rota, y trataron de apoderarse por inteligencia del importante puesto de Pizzo-Falcone; pero fueron descubiertos los agentes de la trama y ahorcados inmediatamente.

Aclarado un poco el horizonte y tranquilizado algún tanto el espíritu público, insistieron los partidarios de la República en que no fuese ésta una mentira, y en que se organizase como tal el Estado, saliendo del de confusión en que se hallaba y que creían ser la causa de tanta alternativa y de tan poca consistencia. El duque de Guisa, viéndose estrechado de cerca, esquivó las exigencias de los republicanos, y fomentó un partido contrario que se

opusiese abiertamente a ellas, con lo que llevó con su imprudencia habitual las cosas casi a punto de rompimiento. Pues en la plaza del Mercado y en otros sitios de la ciudad hubo serios disturbios, en que sonaron encontrados los gritos de «¡Viva la República!», «¡Viva el duque de Guisa!», dando la contienda ocasión de que con buen agüero llenasen también el aire las voces de « ¡Viva la paz y el rey de España!» Y, por último, el duque, para terminar aquel desorden fomentado por él mismo, pero que no giraba tan en su provecho como había creído, manifestó que quería organizar debidamente el Gobierno republicano, arboló una bandera que por un lado tenía sus armas y por otro las iniciales S. P. Q. N., nombró una Comisión para trabajar el proyecto de Constitución y la forma que se había de dar al Senado, y acuñó monedas con su busto y el sello y leyenda de la República napolitana.

CAPITULO XXIV

El señor don Juan de Austria, con gran tacto y discreción, aprovechaba las circunstancias todas que debían de apresurar el favorable desenlace de aquel sangriento y prolongado drama. Logró, como era de esperar, ausente el duque de Arcos, atraer el arzobispo Filomarino. Y haciéndole olvidar pasados resentimientos, le obligó a poner nuevamente el peso de su influencia en la balanza. Estrechó relaciones con Jenaro Annese, acaloró a Vicente Andrea y a los republicanos, y dio oportunas instrucciones a los «capas negras». Con todo lo cual adelantó muchísimo en el camino de las negociaciones, y con tanto recato, habilidad y circunspección, que nada, nada pudo traslucir ni sospechar el ligero y atolondrado duque de Guisa, formando ciertamente un contraste singular el carácter de los príncipes.

Cerca estaba, pues, el triunfo que merecían los españoles por su constancia en mantenerse firmes contra los embates de la fortuna, cuando vino a reemplazar a don Juan en el cargo de virrey, que interinamente y con tanto acierto desempeñaba, el conde de Oñate, embajador de España en Roma, y de quien ya hemos hecho honorífica mención.

Alarmado el Gabinete de Madrid con la noticia de la, aunque saludable, ilegal deposición del duque de Arcos, juzgándola con harta razón de peligroso ejemplo, por más que hubiese recaído la suprema autoridad en tan leal y generoso príncipe, hijo predilecto del soberano, se apresuró sabiamente a enviar un virrey con nombramiento real. Dudóse en la corte sobre la elección, y aún hubo en el consejo quien desacertadamente propuso al duque de Medina de las Torres, ya conocido y muy poco amado de los napolitanos; pero afortunadamente recayó en el conde de Oñate. Elección feliz, pues este personaje había, con su sagacidad y entereza, ganado en Roma mucho crédito, aumentando en muchos quilates el buen nombre que heredó de su padre, famoso por los importantísimos servicios que había prestado en Alemania, ya descubriendo y contrarrestando la conjuración de Walstein, ya deshaciendo los atrevidos planes de esforzado Gustavo Adolfo. Recibió, pues, su nombramiento en Roma, avisó de él al señor don Juan, y el día 2 de marzo de 1648 llegó a Nápoles con cinco galeras, dinero, municiones y, aunque poca, alguna gente de refuerzo. Desembarcó en el arsenal, saludado por la artillería de los castillos y combatido por la del torreón del Carmen, cuyos tiros le mataron dos galeotes del esquife al momento de tocar en el muelle.

El señor don Juan de Austria, como generoso príncipe, honrado caballero, reverente hijo y leal vasallo, acató las órdenes de su rey y la voluntad de su padre sin el menor descontento, despojándose gustoso de un mando que ejercía, no legalmente, sino por la fuerza indeclinable de las circunstancias. Y lo entregó sin titubear y sin reserva al que venía en toda regla a ejercerlo. Y para que lo hiciera con más acierto y mejor servicio de la corona, puso en sus manos todos los hilos de las negociaciones secretas, y le instruyó lealmente del estado de los negocios, dándole además muy sesudos e importantes consejos. A lo que el conde correspondió como debía a tan franco proceder, elogiando mucho la conducta observada por el príncipe en los días que había gobernado el reino, y siguiendo sus mismos pasos, no ejecutó en lo sucesivo nada importante sin tomar antes su beneplácito.

Reconoció personalmente el nuevo virrey los castillos y puestos fortificados de Nápoles, circuló proclamas y ofertas de completo olvido por la ciudad y por las provincias; se puso en comunicación con las capitales subalternas del reino y con todas las fortalezas mantenidas por las armas del rey; envió oportunas órdenes y acertadas instrucciones a las columnas volantes que cruzaban el país todo. Socorrió con hombres, municiones, vituallas y dinero las plazas de Capua y de Gaeta; estrechó relaciones con Jenaro Annese y con los «capas negras»; animó con cartas y honrosos mensajes a los nobles que peleaban y sostenían el nombre español en sus feudos. Y a los que estaban más inmediatos les rogó viniesen, como lo verificaron, a la ciudad para reforzar su guarnición.

Desconcertado el duque de Guisa con la actividad increíble del nuevo virrey y por la facilidad y acierto con que organizaba sus recursos, empezó a sospechar que tenía minado el terreno que pisaba. Pero en lugar de conocer que le perdían sus nuevos favoritos y su poca circunspecta conducta, se entregó más y más en brazos de ellos, y aumentó más y más los escándalos. Llegando a tal punto la ceguedad, que como el barón de Módena, a pesar de verse en desgracia, sólo arrastrado de su buen celo por aquel ingrato príncipe, le rogase que mirara por sí y por su reputación, se indignó tanto que lo mandó prender, lo encerró sin comunicación y dispuso que se le formase causa por una Comisión militar creada expresamente. Este arbitrario e injusto proceder con militar tan valiente, tan entendido y tan estimado de todos, y algunas muertes violentas que mandó dar a personas de gran valía entre él populacho y los desórdenes de su vida privada, acabaron de disgustar completamente aun a sus más ciegos partidarios. Llegando a ser ya tan poco respetada su persona y acatada su autoridad y a hacerse el servicio de tan mala gana, que varios puestos de los más importantes de la ciudad quedaron algunas noches completamente abandonados

No dejó de aprovechar este resfriamiento por el príncipe francés el villano Jenaro Annese, pues se salía a caballo de su guarida para concitar contra él los barrios del Lavinaro y de la Congeria. Mas el duque, que al cabo era valerosísimo y jamás recataba su persona, voló a atajar el desorden y a reprimir la osadía del arcabucero, que, viéndose sorprendido y descubierto, huyó cobardemente a esconderse en su torreón. Este acontecimiento, el haber sido ahorcado después de padecer tormentos espantosos los autores y cabezas de dos conspiraciones republicanas que se descubrieron y la voz esparcida con oportunidad de que de un momento a otro volvía la Armada francesa con fuerzas muy considerables, restablecieron algún tanto la opinión y autoridad del duque de

Guisa, dando vida a nuevas esperanzas. Y algunas ventajas conseguidas, por Papone en las márgenes del Voltorno y por Pastena cerca del puente de Scafari, reanimaron el aliento del populacho.

El duque de Guisa, o porque efectivamente esperase socorros, si no de la Armada francesa, de algunos bajeles que le pudieran enviar sus agentes particulares, o por dar a entender que los esperaba, quiso asegurarse de un buen fondeadero, como era indispensable en estación tan cruda. Y discurrió en mal hora apoderarse de la isla de Nisida, que, colocada detrás de la punta de Posilipo, ofrece abrigo a embarcaciones de poco porte. Defendíala un castillejo con escasa guarnición española. Trató de ganar a ésta con dinero, y viendo rechazadas sus ofertas, determinó acometer la isla. Y lo verificó saliendo con corto aviso de Nápoles, al frente de unos cinco mil hombres, disponiendo que le ayudasen cuantas barcas de pescadores pudo armar y fortalecer convenientemente.

El conde de Oñate, que acechaba para aprovecharse sin dilación todos sus desaciertos, viéndolo ocupado en aquella inoportuna empresa, pensó al momento en hacer una salida de los castillos, publicando la paz, pero dispuesto a la guerra si hallaba resistencia en el pueblo. Reunió inmediatamente un Consejo de guerra presidido por el señor don Juan de Austria, y consultó con él la operación, confesando que era osada y que podía ser de gravísimo riesgo. Acostumbrados todos los concurrentes a la paciencia ejemplar y nimia circunspección del duque de Arcos, y empapados en sus máximas, creyeron imprudente y demasiado arrojada la determinación. Pero el príncipe don Juan, cuyo ánimo generoso no estaba muy satisfecho con tanta espera, y el anciano don Dionisio de Guzmán, de genio pronto y arrebatado e inteligentísimo en el arte de la guerra, defendieron el proyecto del virrey con tanto calor y con tan poderosos argumentos, que el Consejo decidió al cabo su ejecución.

CAPITULO XXV

Sin pérdida de tiempo combinó su plan el activo conde de Oñate. Circuló las órdenes necesarias con el mayor recato y dio las instrucciones convenientes con la mayor reserva. Y aprovechando el oportuno socorro llegado de España en una galera de Sicilia, de quinientos buenos soldados al mando del valeroso maestre de campo don Alonso de Monroy, decidió la jornada.

Reforzado el castillejo de Nisida, reconocidos los puestos militares de los rebeldes, y puestos de acuerdo con los «capas negras» y con los jefes populares ganados de un modo o de otro, antes de amanecer el memorable día 6 de abril de 1648 puso el determinado virrey sobre las armas todas las tropas disponibles: españolas, napolitanas y tudescas, que formaron una columna de poco más de tres mil hombres. El denodado don Juan de Austria fue de los primeros en acudir a caballo. Y como el conde de Oñate le rogase que no saliera del castillo ni aventurara su persona en aquella jornada, en que podía ser grande el riesgo y el éxito dudoso, le contestó resuelto y como verdadero príncipe, que, porque lo consideraba así, no dejaría de hallarse en ella, y de hacer lo que a su alto nombre convenía. Llegada la hora y dada la señal, marchó la fuerza unida al puesto de San Sebastián. Y de allí, partiendo a un mismo tiempo las distintas divisiones que debían

atacar simultáneamente los puestos populares, se dio glorioso principio a la reconquista de la ciudad.

El maestre de campo Caraffa, con ciento sesenta españoles y cincuenta napolitanos, tomó la puerta de Alba y los baluartes de la de Constantinopla, encontrando escasa resistencia. Y fue a reunirse a la plaza del Almirante con don Diego de Portugal, que la había ocupado con trescientos españoles, para sostener al capitán Vargas, que entró en el alojamiento del duque de Guisa arrollando su guardia. El puesto de Sant-Anello fue acometido vigorosamente y tomado por el maestre de campo Jennaro con cien españoles, cien valones y doscientos tudescos. El marqués de Torrecusa se encargó con un pelotón de veteranos y de oficiales excedentes de atacar la Vicaría, como lo ejecutó con felicidad, y detrás de estas columnas, que a un mismo tiempo obraban, sostenidas por otras que las seguían de cerca, salió la caballería mandada por el general Tuttavilla, llevando a sus órdenes al marqués de Peñalva, a don Alonso de Monroy, al príncipe de Torrella y a otros nobles napolitanos, y ya se dividía para sostener los ataques, ya se reunía en las plazas, según convenía al plan propuesto o lo exigían las circunstancias. Mandaba la retaguardia el señor don Juan de Austria, cercado de una escolta de nobles napolitanos, a las órdenes del duque de Andría, y llevaba consigo el tercio de Viedma, y la caballería del país, dividiéndose o reuniéndose esta fuerza muy oportunamente, según convenía al éxito de la operación, o lo exigía el terreno. Y detrás, con la reserva, marchó el virrey, conde de Oñate, con la caballería borgoñana y algunos arcabuceros españoles escogidos. Acompañábanle los generales Guzinán, Bateville y Visconti, con otras personas de importancia. Y acudía con actividad e inteligencia a donde era menester.

Ni uno solo de los puntos embestidos pudo resistir el ímpetu de nuestras tropas. Y dejando en los más importantes un piquete que los custodiase, sin perseguir a los fugitivos ni ensangrentarse en los vencidos, volvieron a reunirse las fuerzas en tres columnas para atravesar la ciudad y caer a un tiempo sobre la plaza del Mercado y el barrio del Lavinaro, pues las turbas populares, que habían sido desalojadas con tanta facilidad, se refugiaron en aquellos puntos, donde rehechas y engrosadas con todos los habitantes de ellos, se disponían a arrancar a los españoles la, hasta entonces, tan fácil y rápida victoria.

El cardenal Filomarino, que, aunque había cooperado a las últimas negociaciones, lo había hecho con frialdad y corto empeño, sabiendo que el virrey y el príncipe estaban reconquistando tan fácilmente la ciudad, al frente de un puñado de soldados, y que pasaban con sus columnas vencedoras cerca de su palacio, salió a pie y en ropa de casa a su encuentro para felicitarlos y ofrecerles su cooperación. Acogiólo el conde con muestras de gran respeto y de atenta cordialidad. Y disponiendo le trajesen al proviso sus vestiduras de ceremonia y dándole un caballo dignamente enjaezado, que llevaba de respeto, lo puso al lado del príncipe, continuando la marcha hacia la plaza del Carmen.

A medida que se acercaba el rumor de las tropas vencedoras, se enfriaba el ardor de las aún respetables masas, que, aunque en desorden y con la confusión propia del caso, podían haber hecho una obstinada defensa. Sólo Mateo Amore osó adelantarse al encuentro de las columnas con unos cuantos valientes; pero pagó con la vida su temeridad. Lo mismo acaeció a Pedro Longobardo en el barrio del Puerto, donde opuso a las fuerzas españolas una obstinada resistencia. Estos últimos descalabros acabaron de

desanimar al pueblo, y a media mañana, las escasas tropas del rey eran dueñas de toda la ciudad, sin más pérdida que la de diez hombres. Tan corta fue la resistencia que encontraron, pues por todas partes, al grito de «¡Viva el rey!», «¡Viva la abundancia!», «¡No más gabelas!», caían las armas de las manos de los rebeldes y se poblaban las calles, balcones y azoteas de alegre gentío, que repetía agitando en el aire blancos pañuelos: «¡Viva la paz!», «¡Viva el rey de España!»

Sólo quedaban ya en poder de la rebelión San Lorenzo, puerta Nolana y el torreón del Carmen. Envió el virrey dos destacamentos a apoderarse, como lo lograron sin dificultad, de los dos primeros puntos. Y puso todo su conato en ocupar lo más pronto posible el tercero, que era el verdaderamente importante. Reunió las fuerzas todas, no dándole ya cuidado los barrios bajos. Y encargó al príncipe don Juan que las llevase sin detenerse a la plaza del Mercado, mientras él, con algunos arcabuceros escogidos y caballos a la ligera, recorría y aseguraba las avenidas de las calles laterales y se apoderaba de paso de algunos puestos de poca importancia y cuerpos de guardia, que podían aún servir de puntos de reunión a los desesperados. Y se llevó consigo al cardenal arzobispo para asegurárselo, conferenciando con él sobre el modo de restablecer completamente la tranquilidad, después de afianzada la victoria.

Sin oposición ni contratiempo alguno llegó el señor don Juan de Austria a la plaza del Carmen, en donde pálido y temblando salió del convento y se arrojó a sus pies el nuevo electo del pueblo, el cual, oyendo en los benignos labios del príncipe las palabras consoladoras de «perdón y olvido de lo pasado», se animó algún tanto, le besó la mano, y tomando un caballo lo siguió en silencio. Vinieron muy pronto el virrey y el arzobispo, y extrañando que no se hubiese ya presentado Jenaro Annese, y advirtiendo que el torreón daba muestras de ponerse en defensa, enviaron un oficial de energía a entenderse con el maestro arcabucero. Éste, consternado, le dijo: «Que pues se hallaba allí el cardenal Filomarino deseaba tratar con su eminencia.» Diósele gusto por evitar inútiles desgracias, y entró el prelado solo en el torreón. Y no tardó en salir, dejando convencido a aquel hombre soez, pero todavía temible, de que rendir y entregar la fortaleza inmediatamente era lo que le cumplía. Envió el virrey a don Carlos de la Gatta a posesionarse de ella. Pero el pérfido Annese, con su gramática parda, mostrándose muy solícito en enterarle nuevamente de las armas, víveres y municiones que estaban allí almacenados, retardaba visiblemente la entrega.

Con lo que cansada la probada paciencia del virrey, que se había apoderado, entre tanto, del convento, mandó arrimar dos petardos a la puerta del torreón. Su estruendo y el efecto que produjeron aterraron a Jenaro Annese, y salió pálido, trémulo, miserable, a presentar las llaves de la fortaleza al príncipe español. Acogiólo don Juan con benignidad, manifestándole con el ademán y con las palabras que lo perdonaba. Y como aquel villano aún continuase dando muestras de terror y de desconfianza, le gritó su alteza con enfado: «Por vida del rey, mi señor, álcese y no dude que está perdonado.» Don Carlos de la Gatta fue en el acto nombrado gobernador del torreón, y quedóse en él con dos compañías escogidas de españoles y algunos artilleros alemanes.

Enarbolado el estandarte real en la ciudadela de la rebelión, la capital toda estaba en poder del virrey, cuya osada empresa había completamente coronado la fortuna. Sólo restaban dos cosas: aseinar completamente la victoria y dar gracias al Todopoderoso.

Para lo primero, envió el conde de Oñate al general Tuttavilla y al valeroso don Alonso de Monroy, con fuerzas escogidas, a ocupar las alturas del Vómero y las marinas de Chiaja e impedir al duque de Guisa la vuelta a la ciudad. Para lo segundo, don Juan, a la cabeza de las tropas vencedoras, se dirigió a la catedral. Cantóse allí un solemne tedéum con gran concurrencia. En seguida dio el príncipe un paseo triunfal por las calles principales, colgadas y adornadas ricamente, y puestos de trecho en trecho retratos del rey, vitoreados sin cesar por un inmenso gentío. El historiador De Santis, testigo de vista, refiere con estas palabras, que traducimos del italiano, tan inesperada escena: «Era cosa increíble el ver cómo lloraban de ternura y de alegría, hombres, mujeres, jóvenes, ricos y pobres. Y abrazarse amigos y enemigos, habitantes y forasteros, sin rencor de los pasados robos y recientes violencias... Parecía que no había más que una voluntad: la de gozar la paz tantos meses deseada.» El barón de Módena la refiere también casi en los mismos términos.

Entre los sonoros aplausos de la muchedumbre alborozada llegaron a palacio el príncipe, el virrey y el cardenal, seguidos y acompañados de los generales y consejeros, de los señores napolitanos y de los jefes populares, que o se habían rendido a tiempo o habían contribuido a la feliz pacificación. Las tropas se retiraron a los cuarteles, y, castillos, desbaratando antes las trincheras y empalizadas de los puestos populares. Gruesos retenes quedaron en los más importantes, y numerosas patrullas se derramaron por la ciudad con órdenes terminantes de observar la más estrecha disciplina, y con pena de muerte para el soldado que molestase en lo más mínimo a los habitantes.

El estruendo de las salvas, el rumor de las aclamaciones populares y el rimbombe de las campanas avisaron al duque de que algún suceso de mucha importancia ocurría en la capital, y levantando el campo, trató de regresar a ella inmediatamente. A pocos pasos llegaron confusas nuevas de lo ocurrido, pero que no dejaban duda del completo triunfo de los españoles. Y vióse el duque francés en el momento abandonado por las fuerzas populares que acaudillaba. Resolvió entonces, seguido de algunos caballeros, dirigirse a Aversa para ponerse a la cabeza de las tropas que amagaban a Capua y hacer con ellas el último esfuerzo. Pero al anoecer llegó allí, antes que él, la noticia exacta de lo ocurrido en Nápoles, y aquel ejército popular, ya muy indisciplinado y desobediente por la falta de pagas, se dispersó en cortos instantes. Informa de todo don Luis Poderico, y temiendo la fuga del duque al Estado romano, derramó su caballería por la frontera para cortarle el camino. El desgraciado príncipe, perseguido y cercado por todas partes, y no sólo ya por, sus enemigos, sino también por sus propios soldados y por los villanos de la comarca, que pocas horas antes lo vitoreaban y obedecían, trató valerosamente de abrirse camino con la espada. Pero herido su caballo y estrechado de cerca por el bizarro Visconti, teniente de la compañía de corazas de don Diego de Córdoba, se entregó prisionero, y fue conducido a Capua con diez caballeros franceses, que como buenos no lo abandonaron. Recibiólo allí cortesmente el general Poderico, púsolo a buen recaudo y dio aviso al virrey. Dos días después fue conducido a Castelvoturno, y de allí al castillo de Gaeta, donde el severo conde de Oñate quiso cortarle públicamente la cabeza. Mas el señor don Juan se opuso, hasta recibir órdenes del rey. Así se hizo, y a pocos meses vino la de que fuera el príncipe prisionero a España, donde no tardó en recobrar su libertad.

Con gran rapidez se extendieron las noticias de lo ocurrido en la capital, y de la prisión del duque de Guisa, por todas las provincias del reino. En todas ellas cesaron al punto los horrores de la guerra. Y todas despacharon comisionados a Nápoles para someterse a la autoridad del virrey e implorar la clemencia del príncipe don Juan. Y aunque-después de trastornos tan complicados como habían agitado aquel vigoroso país era difícil restablecer pronto y de un golpe la calma y el reposo, la entereza del conde de Oñate, templada acaso por la benignidad de don Juan y la prudencia, sagacidad y tacto de ambos, restablecieron en pocos días el imperio de las leyes y el orden público, borrando pronto hasta las huellas y rencores de tan calamitoso período.

No cumple ya a nuestro propósito referir que algunos días después, habiendo momentáneamente aparecido a la entrada del golfo la Armada francesa, se descubrió una conjuración de poca importancia, que costó la cabeza al turbulento Jenaro Annese. Ni cómo el activo conde de Oñate aseguró el Estado de Nápoles, desalojando gallardamente a los franceses de la isla de Elba y de las costas de la Toscana. Ni tampoco que mucho tiempo más adelante el atrevido duque de Guisa volvió, sin éxito, a dejarse ver en las playas de Castellamare. La sublevación napolitana, que nos propusimos referir, empezó el 15 de julio de 1647 y terminó, cansada de sus propios esfuerzos y vencida por la perseverancia española, el 6 de abril de 1648, corto período en que manifestaron los napolitanos un valor fabuloso y, a veces, una ferocidad inaudita, y los españoles una constancia heroica.

El primitivo objeto de aquel movimiento popular, esto es, el de la abolición de las gabelas, quedó conseguido, aunque a costa de un mar de sangre y de pérdidas incalculables, que hicieron, como siempre acontece en tales casos, mucho más doloroso y terrible el remedio que la enfermedad. El anhelo de emancipación y de independencia que nació en el curso de la conmoción, aunque noble y generoso, fue tan inoportunamente concebido, y por tan malos medios, y por tan impotentes manos encaminado, que no podía tener efecto. El Cielo, en sus inescrutables decretos, tenía guardada la emancipación e independencia del reino de Nápoles para un siglo después, y de un modo más tranquilo, legítimo y conveniente, que afianzara, bajo el cetro de un gran príncipe de la Casa de Borbón, su grandeza, su gloria y su estabilidad.

Nápoles, 1847.